

# El demonio Escondido

José A. Jiménez-Barbero

Ganador Premio Palin 2018

noir

**D.J.57**

# **El demonio escondido**

José Antonio Jiménez-Barbero



© José Antonio Jiménez-Barbero 2018

© Ediciones Dokusou

Depósito Legal:

MU 1269-2018

I.S.B.N.:

978-84-948938-3-4

Edita: Ediciones Dokusou

[www.edicionesdokusou.es](http://www.edicionesdokusou.es)

Impreso por:



*Este libro es especial y por eso está dedicado a alguien especial.*

*Para Julia, la pequeña de mi casa, que en estos momentos me observa escéptica desde el mágico altar de su cuna a través de sus ojos sabios de cuatro meses.*

# **PRIMERA PARTE**

## **Los niños perdidos**

**La más hermosa de las jugadas del Diablo es persuadirte de que no existe.**

**Charles Pierre Baudelaire (1821-1867)**

## *Ellos*

El chico se detiene sobresaltado. Juraría que ha escuchado un leve susurro parecido a un lamento, pero no está seguro. Tras dirigir otra subrepticia mirada alrededor, sigue caminando a ritmo febril. Su cabeza bulle en ideas. Algunas fantásticas, otras terribles, todas espeluznantes... De momento, las voces que lo atormentan día y noche le han dado un respiro y debe aprovechar la oportunidad. Nunca sabe cuándo pueden regresar y Alejandro reconoce en su fuero interno que cada vez está más asustado.

Acelera el paso de manera inconsciente, a pesar de que no tiene ninguna prisa en llegar. *Ellos* parecen estar ahora por todas partes. Detrás de cada sonrisa, de cada mirada, de cada silencio. Resulta fácil adivinar la siniestra monstruosidad de sus pensamientos aviesos, sutiles, cargados de malignidad. Lleva observándolos casi desde el mismo día en que llegó a ese perverso lugar. Los espiaba de manera furtiva, aprovechando los breves instantes en que se encontraban distraídos, absortos en alguno de sus inicuos planes.

Hace unos días logró descubrir su guarida por casualidad.

Sucedió durante un recreo. Carlota se había quedado en clase a terminar un trabajo de religión y a él no le apetecía nada salir al patio con los demás —cada vez le cuesta más fingir—, así que decidió hacer una pequeña expedición por el interior del colegio. El edificio, viejo y lleno de fantasmas, es un auténtico mausoleo dedicado por entero a *ellos*; largos, larguísimos pasillos mal iluminados, oscuros techos suspendidos desde alturas infinitas y frías paredes de piedra convierten al colosal edificio en un tétrico y fantasmal palacio.

Es un lugar que huele a maldad.

Caminaba sin rumbo fijo por uno de los laberínticos corredores que jalonan el vetusto colegio. Sumido en sus cavilaciones, casi había perdido la noción del tiempo —ese es el mareante efecto que provocan los espacios monótonos y gigantescos— cuando dio con ella: una puerta pequeña, fea y contrahecha, muy diferente a los inmensos portones de madera virtuosamente ornamentados que cierran los innumerables despachos y aulas del colegio. Enseguida atrajo su atención; miró asustado a ambos lados y aguzó el oído intentando captar cualquier sonido extraño. Tras asegurarse, sujetó el negruzco pomo con sumo cuidado y lo giró. Cerrada, por supuesto. Sin embargo, se negaba a abandonar

tan pronto... ¿Y si allí ocultaban sus nefandas reliquias? Sería su oportunidad para demostrar a todos que *ellos* existían. Y de salvar a su familia. Y a Carlota...

Volvió a contemplar la puerta, con más atención esta vez. A pesar de su vetustez, mostraba signos de haber sido utilizada con frecuencia. Era demasiado baja para conducir a una habitación corriente, por lo que podría pertenecer a un desván u otro cuartucho similar. Sobre todo, resultaba extraño verla ahí; no encajaba en el conjunto del lujoso colegio. Con un resoplido de disgusto volvió a intentarlo, esta vez apoyando el hombro con fuerza. Para su sorpresa, se abrió de improviso con un desconcertante chasquido, lo que le hizo trastabillar. Alguien (*ellos*) había colocado una especie de cuña que dificultaba su apertura. De nuevo observó a su alrededor, receloso. No se veía nada. No se escuchaba nada. El silencio era absoluto, y sin embargo no podía quitarse de encima la sensación de que lo vigilaban hacía rato... A pesar de todo entró.

Le sorprendió encontrarse en una gigantesca sala de techos abisales. Las paredes, inmensas, cubiertas por elaboradas telarañas de formas caprichosas, aparecían coronadas por sucias vidrieras policromáticas que apenas permitían la entrada de un minúsculo rayo de luz. El ambiente, polvoriento y sofocante, le llenó de aprensión y por un momento tuvo la tentación de escapar. Incluso dio un paso hacia la salida, pero finalmente, tras sacudir la cabeza con determinación, decidió que tenía que echar al menos un breve vistazo.

Aunque en un principio no pudo distinguir más que tenues sombras de objetos, a los pocos segundos sus ojos lograron adaptarse a la densa penumbra, apenas rota por una insignificante brizna de luz, y la sala comenzó a desvelarse: una añosa mesa rectangular situada en el centro, enormes librerías cubriendo las paredes en las que se apilaban, desordenados, viejos y pesados libracos, cuadros inmensos con retratos oscuros de clérigos anónimos, y en una esquina al fondo de la sala un vetusto armario de gruesas puertas que enseguida llamó su atención; si *ellos* querían esconder algo importante lo más probable es que lo hicieran allí. Por supuesto, el mueble se encontraba cerrado con llave. Esta vez el empleo de la fuerza no fue suficiente y al final se vio obligado a desistir.

—¡Maldita sea! —exclamó disgustado.

En ese momento le llegó el rumor lejano de unos pasos apresurados que provenían del pasillo. Presa del pánico, dirigió una rápida mirada a su alrededor hasta reparar en la pesada cortina que cubría una de las paredes sin ventanas, justo enfrente del siniestro armario. Se envolvió en ella agradecido y rezó como

nunca para que el visitante pasara de largo y siguiera su camino. Preces ahogadas y aturcidas, musitadas hacia dentro.

La puerta volvió a abrirse con un chasquido seco dando paso a una sombra cubierta en hábitos. Al principio permaneció inmóvil, acechando el interior en completo silencio. Aunque Alejandro no se atrevió a asomarse desde su escondite, se la podía imaginar con claridad, escudriñando, olfateando, adivinando su presencia. Estaba aterrorizado. A pesar de la distancia, era capaz de percibir la perversidad y la depravación que irradiaba *aquello*. Porque no. No era un ser humano lo que se arrastraba en ese momento por la pulverulenta estancia envuelta en penumbras.

Después de varios segundos de duda, la sombra se decidió a entrar. Sus pasos ya no parecían elásticos y vivos, sino lentos, pegajosos. Era evidente que notaba *su* presencia. Y Alejandro, con el aliento contenido y el corazón a punto de estallar, comenzaba a convencerse de que iba a ser descubierto. Una fina gota de sudor se desprendió de su frente —ahora empapada— y resbaló hasta la nariz provocándole un irritante cosquilleo; en ese instante supo que se estaba preparando un estornudo y que él no podría evitarlo.

Mientras, la sombra, que se había detenido junto al armario, parecía muy ocupada en revisarlo a conciencia. Con claridad escuchó el sonido de una pesada llave de hierro girando en la cerradura seguido del quejido de la puerta y, de nuevo, la llave. Después, el silencio.

El estornudo era inminente e inevitable por lo que, angustiado, se llevó la mano a la nariz oprimiéndola con fuerza y conteniendo el aliento hasta hacerse daño. Entonces escuchó el inconfundible ruido de una estrepitosa caída y el grito de dolor de la sombra; por una suerte inconcebible, el accidente había coincidido con el rumor ahogado de su pecho tratando de contener el espasmo.

—¡Estúpida silla! —oyó a la sombra lamentarse mientras se apresuraba hacia la puerta. Con una nueva queja seguida de una obscena maldición, la abrió de manera apresurada y (gracias a Dios) salió fuera, dejándolo otra vez solo.

Cinco minutos después, Alejandro huía por el inmenso corredor en dirección a una salida cualquiera. Solo quería alejarse de *aquello*, de aquel horror, antes de que lo atrapara para siempre...

...Se estremece al recordarlo, mientras acelera el paso de nuevo. Hoy va a llegar tarde, eso seguro. No se considera un chico miedoso, pero aún evoca con terror el episodio. A pesar del tiempo transcurrido, el recuerdo de la sombra, su

nauseabundo hedor a corrupción y, sobre todo, el sonido de su voz cargada de malevolencia y crueldad, todavía irrumpen en sus sueños transformándolos en pavorosas pesadillas. En esas ocasiones se despierta con el puño dentro de la boca, intentando ahogar un grito de horror.

Porque ese día descubrió la guarida de *ellos*...

Pero, además, pudo contemplar el verdadero rostro del Demonio.

# *El héroe cansado*

## I

El inspector Augusto Salas es un hombre de rígidas costumbres.

Todas las mañanas, aún con el pijama puesto y antes de tocar el desayuno, despliega frente a sí el periódico del día (lee *El Español* desde que comenzó a editarse) y revisa la portada con un metódico vistazo. A continuación, sin detenerse apenas en las páginas políticas o de economía —que por desgracia ocupan gran parte del diario— echa una ojeada superficial a los titulares relacionados con los sucesos relevantes de ese día.

Hoy el policía dedica una lectura profunda e interesada a una de las noticias de portada. Un mohín de desagrado se dibuja en su rostro mientras lee con repugnancia el escandaloso titular: «Un niño de catorce años se suicida en un instituto de Murcia».

—Maldita sea... —masculla en el preciso instante en que su esposa se sienta a su lado con estrépito.

—¿Qué te pasa ahora? —le espeta en tono irónico. Conoce muy bien a su marido y está más que acostumbrada a sus constantes quejas y resoplidos de indignación. Por eso se limita a recibir sus diarios rezongos con una beatífica sonrisa de paciencia.

—Otra vez. Otro niño —es su escueta respuesta—. Y esta vez aquí, en Murcia.

Laura toma el periódico que le tiende su marido y lee con interés la noticia que le señala este, mientras se lleva a los labios la taza de café, ya casi fría. El gesto le cambia de inmediato y su semblante, habitualmente animado y alegre, se ensombrece mientras repasa la breve noticia:

*A.G.L., varón de catorce años, vecino de la murciana pedanía de Espinardo, ha fallecido tras arrojar al parecer desde una terraza del Instituto de Enseñanza Secundaria Obligatoria Francisco de Asís, en Murcia. La información que maneja la policía parece indicar que se trata de un suicidio. Los padres del niño, que han declinado realizar declaraciones a este periódico, se encuentran abatidos [...]*

—¡Uff! ¡Qué desagradable! —exclama Laura al terminar de leer la escabrosa noticia. No puede evitar un estremecimiento de horror mientras contempla ensimismada la borrosa fotografía que muestra el desangelado cuerpo tendido en el suelo, cubierto por una tétrica sabanilla policial. Alrededor, grupos de asombrados alumnos observan la escena tras la cinta amarilla que acordona el lugar. A unos metros de distancia, varios adultos de aspecto nervioso ataviados con anacrónicas sotanas conversan con un policía joven que parece apurado mientras toma notas en un pequeño cuaderno. Su compañero, que tiene pinta de hallarse próximo a la jubilación, observa la escena con las manos enfundadas en sus bolsillos. La mala calidad de la fotografía impide a Laura identificar la expresión de su rostro, pero algo le dice que es de fastidio.

—Conozco a ese. Es un buen poli —le informa en ese momento su marido, mientras lo señala con el dedo—. Era ya del Cuerpo cuando yo ingresé.

—No parece impresionado.

—Ha visto muchas cosas —le aclara con displicencia.

Mientras se viste de forma apresurada, Salas piensa que le gustaría decirle a su esposa que el viejo Bastida ha presenciado más de cien muertes a lo largo de su carrera, algunas de ellas más luctuosas que la que aparece en la fotografía: es probable que en muchos casos las víctimas fallecieran en sus propios brazos, con el cuerpo cercenado y vomitando sangre. Pero el inspector es prudente y guarda silencio, como ha hecho siempre.

Está convencido de que Laura intuye mucho más de lo que deja adivinar tras sus reposados ademanes de ingenua complacencia, a pesar de que ella nunca le haya dicho nada al respecto. Se trata, pues, de una especie de acuerdo matrimonial, una conjura de silencio mutuamente aceptada.

—Bueno, se me hace tarde. Hoy estoy citado en un juicio, así que no te puedo decir cuándo volveré. Si a las dos y media no he llegado, empieza a comer tú —le advierte mientras se sacude algunos restos de cruasán de su espeso bigote ya entrecano a sabiendas de que, a pesar de todo, ella le esperará.

Minutos después, y tras depositar un rápido beso sobre la frente de su esposa —siempre suave, siempre dulce a pesar de los años—, se lanza a la calle. Vive a unos veinte minutos andando de la comisaría, por lo que nunca utiliza el coche. Le gusta pasear por la vieja ciudad a esas horas. Dentro de poco las calles se llenarán del bullicio del tráfico y del griterío de la muchedumbre, pero a esas horas Murcia todavía duerme. Como todas las mañanas, solo encuentra durante

su trayecto a un puñado de viandantes que, arrebuajados hasta el cuello en sus pesados abrigos, caminan como él apresurados y cabizbajos, bien de regreso a casa o bien en dirección al trabajo. Saluda con la mirada a alguno. Son viejos conocidos sin haber cruzado nunca una palabra, pero mantiene con ellos una curiosa familiaridad basada en la circunstancia de compartir a diario esos íntimos y breves momentos de paz.

## II

—Buenos días, Areta —le saluda Ramón nada más cruzar la puerta.

Es otro caimán como él, pero de los de uniforme. Sentado tras una vieja y apolillada mesa de color indefinible, le dirige una cínica sonrisa mientras juguetea con un sobado mondadientes que sostiene entre los labios en peligroso equilibrio. El apodo, que dibuja en el rostro del inspector un gesto de desagrado, en realidad alude a su gran parecido con el célebre detective interpretado por Alfredo Landa. Salas se aleja mucho del estereotipo de aguerrido inspector de policía, alto, fuerte y de profunda mirada. Él, en cambio, es bajito, rollizo sin llegar a ser obeso y su cabello comienza a clarear de manera palmaria en algunas zonas. Solo si te fijas bien, si lo miras de verdad a los ojos, te das cuenta de que hay algo más. Y entonces, puede que prefieras mirar para otro lado.

—Si tú lo dices... —replica mientras deja caer su gabardina sobre el perchero con gesto aburrido.

—¿Te pasa algo, viejo?

—Sí. Que tengo que venir aquí y aguantar tus mierdas a diario —le responde.

—Vete a tomar por culo...

A pesar de la rudeza de sus palabras, su tono es mordaz y repleto de sarcasmo. Se trata de una vieja broma entre dos veteranos luchadores, que en realidad escenifica la camaradería de los compañeros de armas que han compartido historias que preferirían olvidar. Aún con el rictus de disgusto en su cara, atraviesa el angosto pasillo que conduce hasta su despacho donde pasará las siguientes dos horas preparando su declaración para el juicio.

El asunto es muy feo. Un caso más de violencia de género, de esos que le revuelven las tripas. Una mujer de sesenta años, inculta y sin espíritu, que al parecer ha estado soportando las *caricias* de su marido, un impenitente borracho, hasta que pasaron a mayores. De hecho, no fue ella quien dio el paso de informar

sobre los malos tratos sino uno de sus hijos, el mayor, que cansado de ver a su madre cubierta de cardenales un día sí y otro también, decidió al fin denunciarlo. Afortunadamente, la violencia doméstica dejó de ser un delito privado hace ya muchos años por lo que, tras la declaración de su hijo, el indeseable tipejo pasó a disposición judicial.

Y hoy se celebra el juicio.

Salas revisa las fotos que se presentarán durante la vista, en las que pueden observarse cada detalle de los golpes, hematomas y quemaduras de cigarrillo que ha sufrido la pobre mujer a lo largo de los años. Los lugares escogidos por su marido para ejecutar sus repugnantes castigos son de lo más variopinto: senos, nalgas, parte interna de los brazos... Zonas del cuerpo habitualmente ocultas por la ropa con el fin de evitar las miradas curiosas.

—Hijo de puta...—masculla de vez en cuando el policía, mientras lee una y otra vez la declaración de la víctima. Recuerda a la perfección la entrevista con ella. Su voz cargada de miedo y culpa, el temor reverente hacia su verdugo, la mirada empañada para siempre de recelo y desconfianza. Y, junto a ella, sosteniéndola, su hijo. Salas no deja de preguntarse cómo el chico aguantó tanto tiempo sin hablar. Aunque no lo dice, él sospecha que también sirvió de saco de boxeo al embrutecido animal en más de una ocasión.

Cuando decide levantarse de su asiento, en su tenso rostro puede leerse la fiera determinación que reconocen sus compañeros y que le valió su pintoresco apodo. Con el material ordenado y clasificado con meticulosidad en un roñoso maletín medio deshilachado —su mujer se empeña una y otra vez en que se compre uno nuevo, pero él ya le ha cogido cariño a este—, abre la puerta de su despacho en dirección a la calle.

—¿Ya te vas? —le increpa Ramón desde su mesa, ahora cargada de expedientes.

—Joder, qué ganas tengo de que te jubilen.

—No más que yo, te lo puedo asegurar. No más que yo... —replica este, prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada.

Con una media sonrisa en los labios, el viejo inspector sale de nuevo al exterior, zambulléndose entre la multitud que transita en ese momento por las calles de Murcia. Se cruza otra vez con cientos de rostros impersonales, cada uno de ellos con su propia historia, su propio drama íntimo de felicidad o

tristeza, de esperanza o amargura, de dolor o éxtasis. Y, por un breve instante, el veterano policía es consciente de su insignificancia.

No es la primera vez que le ocurre. De hecho, últimamente le sucede demasiado a menudo: preguntarse si su trabajo tiene en realidad algún sentido.

### III

El juzgado, a escasos minutos de Jefatura, es un antiguo y tosco edificio de sucio color gris ceniza que se levanta imponente y amenazador en medio de una céntrica avenida de la ciudad. No necesita identificarse a la pareja de guardias civiles que custodian la entrada y que, con una señal de la cabeza, lo invitan a pasar por el exterior del arco detector de metales. Es ya bien conocido entre el gremio. Sube con parsimonia los dos tramos de escaleras y poco después alcanza el estrecho y lóbrego pasillo en el que se localizan las dependencias de los juzgados número dos y tres.

A este último se dirige dedicando una rápida mirada a su reloj: las doce menos cuarto. Aún faltan quince minutos para que dé comienzo la representación.

—Buenos días, usted debe ser el oficial Salas —se dirige a él un sujeto imberbe de cabello engominado. Sus gestos son nerviosos y denotan deseo de mostrarse complaciente. Detrás de él, sentada en un banco y con su hijo al lado cubriéndola con un brazo en ademán protector, la pobre mujer.

—Y usted es el abogado de la víctima, ¿no es así? —replica él, obviando el error que acaba de cometer (lo ha degradado de forma descarada) y aceptando la mano que mantiene en el aire. Húmeda y blanda. Quizá sea este su primer caso de cierta envergadura y tiene miedo a cagarla—. Tranquilo, está todo atado. Usted límitese a hacer las preguntas que convinimos por teléfono y la cosa saldrá bien.

—Creo que la defensa tratará de desvirtuar la declaración del hijo e imagino que espera que la mujer no sea capaz ni de abrir la boca —replica el bisoño letrado lanzando fugaces miradas a su espalda.

En un desvencijado banco, demasiado cercano a la víctima para su gusto, se sienta el animal. Su mirada es tranquila, complacida. Cruzado de brazos y con la espalda apoyada contra la pared, casi repantigado, se dedica a mirar alternativamente al techo del pasillo y a sus acusadores, sin mostrar inquietud alguna por su suerte. A Salas le suena bastante la cara de su abogado; es

probable que se trate de uno de los del turno de oficio. Sentado junto a su cliente, apenas le presta atención, absorto en la lectura de un voluminoso fajo de documentos.

—¡Matías Calderón Ruipérez! —se escucha en ese momento. Se trata del secretario judicial que, con el acta en la mano, comienza a citar a los distintos actores del proceso.

Con el mismo ademán aburrido, el animal se levanta de su asiento y se dirige hacia él, extrayendo su DNI de una abultada cartera de piel marrón. Poco después entra en la sala de vistas seguido de su abogado.

—¡Isabel Carrillo Méndez! —grita a continuación el funcionario.

Temblando, se levanta en esta ocasión la mujer sostenida por su hijo. El abogado, más nervioso si cabe, se dirige presuroso hacia ellos y tomando el DNI de sus trémulas manos lo entrega a su vez, penetrando en la sala acto seguido.

Fuera se quedan Augusto Salas y el hijo de la víctima. Son testigos del juicio, por lo que no podrán acceder hasta ser requeridos por el secretario. El inspector se acomoda en el banco junto al muchacho, quien mantiene el rostro enterrado entre sus manos, mesándose los cabellos con preocupación.

—Creo que todo saldrá bien. El juez que preside hoy no suele ser muy benévolo con estas cosas y las pruebas forenses que aportamos son irrefutables —se dirige a él tratando de tranquilizarlo.

—Gracias, inspector. Espero haber hecho lo correcto.

—No lo dudes ni un momento.

—Es mi padre —le recuerda él entre susurros—. A pesar de todo, no deja de ser mi padre...

—Bueno, eso es algo que no elegiste tú. Pero él sí pudo elegir y decidió esto, recuérdalo —le dice—. Hiciste lo que debías, créeme. Antes o después se le hubiera ido la mano con ella, muchacho. He visto muchas historias parecidas y todas suelen terminar igual.

Sabe que tiene dos hermanos más que no han acudido hoy y que ni tan siquiera aceptaron declarar en su día. Salas ignora si es el miedo lo que los ha alejado de todo esto o se trata de simple indiferencia. Ha visto tantos casos parecidos que a estas alturas existen pocas cosas que consigan sorprender al avezado policía, así que no pregunta.

—¡Inspector Augusto Salas!

—Mi turno —le dice mientras se incorpora sosteniendo su ajado maletín. En el último momento, posa levemente su mano sobre el hombro del muchacho, que lo agradece con la mirada—. Tranquilo. Todo saldrá bien.

El juicio transcurre sin sobresaltos. Nunca los ha contado, pero quizá lleve a sus espaldas más de trescientos, y conoce a casi todos los jueces de la ciudad. Los abogados de prestigio —aquellos que tienen unas minutas prohibitivas para cualquier ciudadano de a pie— lo conocen y lo respetan. Sus declaraciones son cortas, concisas, exactas, evitando cualquier ambigüedad o imprecisión que pueda aprovechar el defensor para sugerir el mínimo atisbo de incertidumbre sobre la culpabilidad del acusado.

En esta ocasión, de nuevo, su voz serena y grave desgrana un discurso perfecto en el que plantea un caso claro e irrefutable, apuntalando la sentencia condenatoria. El acusado, todavía sereno, apenas parpadea mientras él describe, en lenguaje aséptico y sin matices, los hechos y pruebas que lo presentan como un maltratador crónico, una persona que ha torturado a su esposa e hijos durante más de veinte años de todas las formas imaginables: brutales palizas, quemaduras en los lugares más dolorosos e insospechados, bofetones sin motivo aparente —o simplemente porque algo le había irritado—, gritos constantes, amenazas de muerte... Hasta su abogado vuelve la mirada avergonzado en más de una ocasión, incapaz de mantener su fingida indiferencia. Cuando termina de hablar, el juez no hace preguntas sino que cede la palabra al fiscal, quien también declina el ofrecimiento:

—Creo que el inspector lo ha explicado todo a la perfección —manifiesta con voz afectada.

El abogado de la acusación, por el contrario, sí que aprovecha su turno de preguntas. Están ya pactadas de antemano, por lo que las contesta casi sin pararse a pensar. Tan solo vienen a reforzar el contenido de la acusación, apenas aportan información nueva.

—Tiene la palabra el letrado de la defensa —indica el juez una vez que finaliza.

—Con la venia, Señoría. Inspector, en todo este tiempo, ¿consta algún tipo de denuncia por malos tratos en sus registros contra mi defendido?

—La denuncia fue formalizada hace seis meses.

—¿Y antes de eso?

—No.

—¿Quién interpuso la denuncia, inspector?

—Fue su hijo, Luis Calderón Carrillo.

—Es decir, que la propia víctima no quiso denunciar los hechos.

—No, pero fue ratificada por ella con posterioridad —le recuerda con gesto cansado el policía.

Preveía esa estrategia. Es el único argumento que puede esgrimir el defensor. Aunque todos los presentes saben que la violencia de género es un delito público (y, por tanto, puede ser denunciado por cualquier persona y perseguido de oficio), el astuto abogado se ha apresurado a deslizar esta información con la intención de generar dudas sobre una posible aquiescencia de la víctima. Lógico, pero repugnante. En ocasiones hay que tener un estómago muy duro para ejercer de abogado, medita el policía.

—Protesto, Señoría —interviene el acusador con gesto enfadado—, lo que sugiere la defensa está fuera de lugar. Si la víctima quiso o no denunciar los hechos al principio resulta irrelevante en este caso, dadas las agresiones continuadas que han quedado aquí probadas.

—Se acepta. No siga por ahí, letrado.

—Disculpe, Señoría. No hay más preguntas.

A continuación, entra en la sala el hijo, el principal testigo de la acusación. Tras prestar el obligado juramento o promesa —después de una breve vacilación se acoge a la fórmula del juramento—, comienza con su escabroso relato interrumpido en ocasiones por los callados sollozos de su madre. Su declaración reafirma la responsabilidad del animal, que no baja la mirada en ningún momento. Al contrario, mantiene los ojos clavados en los de su hijo, amenazante y provocador. En las ocasiones en que el llanto de la mujer interrumpe la narración de su hijo, en su rostro solo puede verse una ligera impresión de hastío y despreocupación.

Nada de esto pasa desapercibido para el veterano policía, que ve repetirse hoy la familiar danza macabra: una mujer zaherida y amordazada por el miedo y la vergüenza, junto al animal torturador que ha logrado convertirla en una muñeca de trapo...

Afortunadamente, el muchacho termina su agónica declaración quedando el juicio visto para sentencia. De momento el juez determina, como medida precautoria, una orden de alejamiento de quinientos metros de su víctima (no se le escapa a Salas la malévola sonrisa que se dibuja en el rostro del animal al

escucharlo). El fiscal, por su parte, solicita una pena de dos años de cárcel —que no cumplirá dado que carece de antecedentes— y una multa de tres mil euros en concepto de indemnización por las lesiones.

El rostro amargado de la pobre mujer, su mirada asustada y repleta de incertidumbre, siguen impresos en la retina del policía cuando abre la puerta de su despacho, media hora después.

Un caso más. Una muesca más en su dilatado historial.

Ahora toca olvidarlo todo para mantener a salvo su salud mental. Si a lo largo de los años no hubiera aprendido a transformar esos recuerdos en desvaídas fotografías en blanco y negro, y a enterrarlas en lo más profundo de su mente, hace tiempo que habría enfermado. Pero Salas sabe que no podrá soportarlo mucho más. Y a pesar de que aún le queda bastante para jubilarse, intuye que su cordura está llegando al límite y que más pronto que tarde se verá estampando sellos en cualquier sección burocrática, lejos de la calle para siempre.

Es cuestión de tiempo. Demasiada mierda, demasiadas vidas rotas, demasiadas mujeres muertas, demasiados *malos* en la calle, demasiada política barata.

Demasiado.

Y él no es más que otro viejo *caimán*, aburrido y derrotado, deshojando la margarita de su propio fracaso, que es también el fracaso de una sociedad rota e irredenta.

# *La polilla y el caimán*

## I

Las doce y media de la mañana. «Ya queda menos para volver a casa», piensa el inspector Salas mientras revisa distraído el expediente de un caso de violación del que se ocupa en ese momento. Se trata de un asunto claro —las pruebas forenses de ADN arrojan un resultado inequívoco— por lo que su actuación en esa fase se limita a repasar las declaraciones de los testigos antes de solicitar al juez la detención del sospechoso.

En su puerta resuenan dos golpes irritados, seguidos de la aguardentosa voz de Ramón:

—El viejo quiere verte, Areta.

—¿Para qué? —replica él molesto por la interrupción.

—¿Y yo qué coño sé? ¿Acaso soy tu puto recadero...? Te espera en su despacho. Ahora.

—Mierda... —masculla Salas en tono de consternación.

«El viejo» es el comisario Escobar. A pesar del apelativo, no es mucho mayor que el propio inspector. Su carácter enérgico, e irascible en ocasiones, le ha granjeado enemistades tanto por arriba como por abajo. Solo los que lo conocen bien, como Salas y unos pocos más, le guardan cierto aprecio. Intuyen que, pese a sus modales hoscos y su gesto siempre huraño, Escobar es un hombre íntegro, de una sola pieza. Alguien de quien se puede uno fiar.

Abre su puerta sin ceremonia alguna y la escena que contempla lo deja perplejo por un segundo. El viejo no está solo esa mañana. Frente a él, sentada en tono relajado mientras revisa lo que parece un expediente, se encuentra una mujer joven de unos veintitantos años, alta, morena y de complexión atlética. Un rápido vistazo le permite adivinar que se trata de una poli: el aire experto con el que lee el documento policial y la ligera inclinación a la izquierda al sentarse — el lugar contrario al que se suele enfundar el arma— la delatan. Por su parte, Escobar la mira igual que un escéptico antropólogo contemplaría a una nueva especie de homínido. Con el ceño fruncido y sus nervudos dedos cubiertos ya de manchas seniles tamborileando nerviosos sobre la mesa, parece entre fascinado y

colérico. Quizá no ha decidido aún qué actitud debe adoptar. De hecho, se muestra aliviado al verlo:

—Pasa, Augusto. Ponte cómodo.

—Buenos días, comisario. Gracias —responde él tomando asiento junto a la desconocida.

—Te preguntarás por qué te he mandado llamar...

—Estaba terminando de revisar el asunto de la violación a la chica gitana. La verdad es que voy un poco hasta arriba en estos momentos —comienza diciendo a modo de reproche.

—Bien, bien. Estupendo —lo interrumpe su jefe sacudiendo la mano como quitándole importancia—. Te presento a la oficial Reverte. Viene de Madrid —añade como si eso lo explicase todo.

—Encantado —replica el policía, enarcando las cejas. A su pesar, siente cierta curiosidad. Debe haber alguna razón de peso para que hayan trasladado a una poli de la capital hasta Murcia, pero no comprende qué demonios pinta él allí.

—Me imagino que leíste hace unos días la noticia del chico que decidió arrojarse al vacío desde la terraza de su instituto. Fue un asunto muy sonado.

—Lo recuerdo.

—Parece que hay dudas en torno al caso. En realidad, no está del todo claro que se trate de un suicidio. Existen... circunstancias especiales, por decirlo así. De hecho, el propio Delegado del Gobierno ha solicitado la colaboración de Madrid —explica el comisario con aire nervioso.

Es curioso el tono tímido que emplea ahora el viejo. «Parece casi avergonzado», se dice Salas.

—Jefe, hace ya más de cinco minutos que me estoy preguntando qué narices quiere usted de mí —se limita a decir.

—¡Maldita sea, Salas! ¡Perdón! —se apresura a añadir lanzando una mirada de soslayo hacia la mujer, que parece ignorarles—. Joder, te he llamado para que te encargues del caso, cojones.

—Con todos mis respetos, creo que tengo asuntos más importantes de los que ocuparme que de un simple suicidio. Siento mucho lo que le sucedió a ese muchacho y todo eso que se dice, pero creo que la violación que estoy investigando ahora...

—Ya te he dicho que existen ciertos detalles en este caso que lo convierten en

especial. Y no hay más que hablar, Augusto, joder.

Ahora la mujer los observa con aire divertido. Por alguna razón, parece disfrutar de la situación. Salas no replica en esta ocasión. Prefiere no tensar más la cuerda.

—La oficial Reverte es experta en psicología infantil y su ayuda te será muy útil durante la investigación —dice al fin el comisario, rompiendo el incómodo silencio.

—Con todos los respetos para la señora...

—Señorita —corrige la aludida. Su voz es elegante y pausada, pero firme. Denota seguridad, aunque sin resultar agresiva o intimidante, y además lo mira a los ojos directamente cuando se dirige a él, lo que le vale un sordo gruñido de incomodidad del veterano policía.

—Señorita —repite el inspector, displicente—. Disculpe, pero como iba diciendo, siempre he trabajado solo y hasta ahora no creo que haya habido ningún motivo de queja al respecto.

—Le aseguro que mi participación no será un obstáculo para su trabajo. Soy experta en psicología infantil y conductas asociadas a la depresión y el suicidio en menores. Mi labor aquí se circunscribirá estrictamente a tareas de asesoramiento y...

—Comisario... —la interrumpe el inspector con cierta desazón.

—No hay más que hablar, Salas. El caso es tuyo y Carmen te ayudará. De todas formas, no depende de mí —le advierte con una mirada cargada de significado.

El inspector comprende. De hecho ya lo había captado antes, pero no ha podido evitar sublevarse. Resulta obvio que la cosa viene desde bastante arriba y que la participación de *la nena* es un sí o sí.

Puta política de mierda.

—De acuerdo, Escobar —acepta por último a regañadientes—. ¿Cuándo empiezo?

Formula la pregunta con toda la intención, a fin de dejar claro desde el primer momento quién está al mando.

—¿Por qué no hoy mismo? He pensado que podríamos hablar con los padres —propone *la nena* con cierta acritud.

—Por mí, vale.

—Correcto.

El comisario los observa de hito en hito, sin atreverse a intervenir. Sospecha que no saldrá nada bueno de semejante sociedad, pero ¿qué puede hacer al respecto...? Los *politicuchos* chupatintas de arriba le han impuesto a esa estirada universitaria, y aunque le duele hacerle eso a su amigo, el asunto es de tal importancia que no se atreve a confiárselo a nadie más. Salas es el más experimentado de sus hombres, así que prefiere que sea él. Dadas las circunstancias parece lo más seguro.

—Bien. Mantenedme informado de todo. Se trata de un tema delicado... Hay demasiada gente importante que espera resultados de vuestro trabajo —afirma ominosamente.

## II

El trayecto en coche hasta Espinardo, donde reside la familia del muchacho, transcurre en un ambiente glacial e incómodo, mitigado tan solo por la formal letanía con la que Carmen trata de ilustrar a su compañero:

—Alejandro Guillén Lorente, de catorce años, al parecer se arrojó el pasado martes a las nueve y media de la mañana desde la terraza del instituto de enseñanza secundaria Francisco de Asís, situada a unos diez metros de altura, resultando muerto en el acto al golpearse directamente en la cabeza contra el suelo. En su cuerpo no se hallaron signos de violencia y el examen forense no reveló la presencia de tóxicos, así que todo apunta a un suicidio. Además, en uno de los bolsillos de su pantalón se encontró una nota que decía: «No puedo seguir así..., y no lo haré. No lloréis por mí».

—¿Cómo dice? Repita eso último.

—¿Se refiere a lo de la nota?

—Sí. El periódico no la menciona.

—«No puedo seguir así..., y no lo haré. No lloréis por mí» —vuelve a leer ella.

— Mmm... ¿Se ha comprobado si era de su puño y letra?

—Imagino que sí. Lo preguntaré.

«Al menos parece eficiente», piensa Salas resignado.

—De acuerdo, continúe.

—Alejandro, según declaración de sus padres, era un chico inteligente y extrovertido muy aficionado al deporte y la lectura, y que solía obtener excelentes calificaciones hasta que comenzó a estudiar en el Francisco de Asís. Parece ser que a partir de ahí todo cambió. Según informaron, se fue volviendo retraído y silencioso, pasaba mucho tiempo encerrado en su habitación sin salir ni querer hablar con nadie y, sobre todo, constataron un drástico empeoramiento en sus notas.

—¿Y no podría deberse todo a las drogas, simplemente? Parece lo más lógico...

—El informe toxicológico es negativo. No. Me inclino a pensar que detrás había una situación de acoso escolar. En fin, ya lo averiguaremos. Por cierto, aquí es —indica señalando un bonito edificio de color crema y azul.

La casa, probablemente un antiguo palacete reformado, está dotada de amplios balcones de forja adornados con formas curvas y preciosas espirales. Preside la calle Mayor de Espinardo y destaca del resto de construcciones de manera ostensible, constituyendo sin duda una de las casas principales de la pequeña pedanía.

—Gente de pasta —murmura Salas con asombro mal disimulado.

—Creo que a su comisario se le ha olvidado comentarle un pequeño detalle —dice ella con un atisbo de sonrisa en los labios.

—¿A qué se refiere?

—El padre del chico es Marcos Guillén: el Delegado del Gobierno.

—¡Joder! ¡Será cabrón! —exclama ahora el inspector, fuera de sí—. ¿Y cuándo pensaba decírmelo? ¿Cuándo me abriera la puerta?

Salas maldice a su superior en voz alta sin recato alguno, soltando los tacos más obscenos e injuriosos que conoce. Maldita serpiente traicionera. Ahora lo entiende todo. Por qué el puto viejo le ha endosado un simple caso de suicidio, los nervios a flor de piel que ha mostrado durante toda la conversación y la presencia allí de esa maldita burócrata... El miserable canalla le acaba de pasar una patata caliente de mil demonios.

—En realidad, eso correspondía a su jefe, ¿no le parece? —replica ella en tono sereno cuando Salas deja de lanzar procacidades.

Es cierto. Eso le jode más aún, ya que hace más hiriente la situación y más enojoso el ridículo, así que guarda silencio. Estaciona el vetusto coche policial frente a la misma puerta principal, y tras cerrarlo con un sonoro portazo de rabia, acciona el timbre de forma enérgica.

—Veamos qué nos pueden decir —rezonga entre dientes.

A los pocos segundos, una anciana de aspecto triste abre la puerta con cautela. Guiñando los ojos ante la súbita entrada de la luz, los contempla por unos instantes con aire receloso, antes de preguntar en tono plañidero:

—¿Qué desean?

—Somos policías. Necesitamos hablar con Marcos Guillén —informa circunspecto el inspector mostrando su placa a la mujer— con relación a la muerte de su hijo, Alejandro.

—Pasen —contesta ella haciéndose a un lado. No muestra sorpresa alguna. Diríase que esperaba la visita.

Los introduce a un amplio vestíbulo de altas paredes pintadas de azul cielo y adornadas con bellos retratos de época que Salas no puede evitar contemplar con admiración. Carmen, por su parte, continúa mirando a la mujercilla con aire impaciente.

—Esperen aquí un instante. Avisaré a los señores enseguida.

—¡Señores! —repite con indignación la psicóloga nada más quedarse solos—. ¡Parece que esta gente viviera todavía en el siglo XIX, por Dios!

En el ínterin, Salas la observa con cierto interés distraído. En realidad está reflexionando sobre qué tipo de personas serán los padres del chico. ¿Tendrá que vérselas con gente prepotente y resabiada clamando justicia y lanzando amenazas por doquier? ¿O se encontrará más bien con una familia hundida y resignada? Pronto lo sabrá.

—Déjame hablar a mí y trata de no interrumpirme demasiado, ¿serás capaz de hacerlo? —espeta a su compañera sin ocultar su desdén.

Ella le devuelve una mirada indiferente, pero no replica. Por el contrario, parece que uno de los retratos le llama poderosamente la atención en ese momento, por lo que se gira en su dirección fingiendo ignorarle.

A los pocos minutos aparece un individuo alto, de rostro ojeroso y cetrino y cabello entrecano que comienza a ralea en algunas zonas. Su mirada, intensa y enérgica, los contempla de manera apreciativa antes de interpelar al policía.

—¿Es usted el inspector Salas? —pregunta en tono grave mirándolo a los ojos.

—Sí. Me envían de Jefatura—confirma este exhibiendo su placa.

—Les estaba esperando. Pasen, por favor. Están en su casa —les indica su anfitrión acompañando su invitación con un gesto de la mano.

Son conducidos a través de un largo pasillo hasta un amplio salón iluminado por una fastuosa lámpara de araña, en cuyo centro se encuentra una elegante mesa de madera y cristal de estilo dieciochesco. Junto a ella, recostada lánguidamente en un pequeño sillón, se halla una mujer alta y enjuta de cabello rubio y lacio, algo descuidado. En sus ojos, grandes y grises, se aprecian todavía los signos del llanto reciente.

—Mi esposa, Rocío —hace las presentaciones su marido mientras los invita a ocupar unas elegantes sillas de madera lacada, al parecer dispuestas de antemano alrededor de la mesa.

—Siento su reciente pérdida, señores. Estamos aquí para intentar esclarecer los hechos que rodean la muerte de su hijo por lo que cualquier información que puedan proporcionarnos nos resultaría de suma utilidad —comienza diciendo Salas en tono ceremonial.

El matrimonio asiente levemente, invitándolo a proseguir.

—De acuerdo. Aunque me consta que ya se lo han preguntado, me gustaría saber si su hijo manifestó en algún momento estar siendo perseguido o acosado por otros chicos —continúa Salas evocando a tiempo la hipótesis de su compañera.

—Mi mujer y yo hemos hablado mucho sobre ese tema tratando de recordar cualquier palabra de nuestro hijo, cualquier frase suelta que pudiera darnos una pista, pero no nos viene nada a la memoria. Lo único que sí notamos fue un cambio en su carácter. Entiéndanlo, Alejandro era un niño de natural alegre y extrovertido, nunca nos había ocultado nada hasta ahora. Era, quizá, demasiado confiado para mi gusto..., quiero decir que se fiaba mucho de la gente; parecía pensar que todo el mundo era bueno, que no existían personas malvadas, figúrense —explica el padre en tono compungido.

La última frase arranca un ahogado sollozo de su esposa, en cuyo rostro aparece ahora una pequeña y solitaria lágrima.

—También empeoraron las notas —añade ella, pesarosa, tras enjugarla con un sencillo pañuelo de lino blanco que extrae de su manga—. Mi Alejandro era un

alumno modélico que solía traer sobresalientes a casa, hasta que llegamos a este lugar y comenzó a acudir al Francisco de Asís.

—Continúe.

—Además, observamos un cambio en su carácter. Se volvió triste, amargado, silencioso... no comentaba nunca nada que tuviera relación con el colegio. A decir verdad, apenas hablaba ya con nosotros.

—¿Y en qué momento concreto notaron esos cambios en su hijo? —pregunta Salas.

—Creo que... sí... a las dos semanas de empezar el curso, quizá a finales de septiembre —responde la madre tras una ligera vacilación.

—O sea, que su hijo llevaba mostrando una conducta anómala más de tres meses. ¿Y no pensaron en consultar a un experto, un psicólogo, o al propio orientador del colegio? —inquire ahora la oficial Reverte a pesar del gesto de reproche de su compañero.

—Bueno, creímos que era cosa de la adaptación, que se le pasaría con el tiempo... —explica el padre evasivo.

—El trabajo resulta a veces tan absorbente... ojalá lo hubiéramos hecho. Ojalá hubiéramos estado más atentos... —continúa su esposa con un nuevo sollozo.

—Y... esto... ¿creen que existe la posibilidad de que su hijo estuviera, digamos, experimentando con algún tipo de droga? —pregunta Salas en tono bajo y respetuoso.

Marcos Guillén lo mira colérico, apretando la mandíbula hasta que los músculos de la cara se marcan como latigazos. Es obvio que se esfuerza por no perder la compostura. Finalmente contesta con voz opaca:

—No, inspector. Mi hijo no era un drogadicto.

Salas y su compañera se miran de reojo sin saber qué hacer. El viejo policía, por su parte, se siente incómodo. No está acostumbrado a tratar con gente de esta clase. Sus *entrevistas* suelen ser más directas e incisivas. Pretenden obtener la información precisa para su investigación, sin fútiles rodeos ni incómodas pausas.

Sin embargo, en esta ocasión no puede actuar de esa forma. Frente a él se encuentra el Delegado del Gobierno en Murcia —su máximo jefe— que acaba de perder a un hijo. Es un padre, sí. Un padre roto de dolor, con el espíritu quebrado y el rostro marcado por el sufrimiento. Pero no es un padre cualquiera,

al que pueda interrogar una y otra vez hasta la extenuación. A ese hombre le bastaría una simple llamada de teléfono para enviarlo a patrullar las calles de nuevo. No debe olvidarlo.

El silencio se ve roto de repente cuando una niñita de cabello rubio y rizado que le cae sobre la espalda prendido de una larga y preciosa trenza, irrumpe en el salón y se arroja sobre la afligida mujer, abrazándose a ella casi con desesperación.

—¡Mami, mami! —profiere entre lágrimas.

Salas se vuelve entonces hacia su compañera: «¿no eres tú la psicóloga? Pues es tu turno, amiguita...», parece querer decirle con una irónica sonrisa en sus labios. Ella le devuelve una mirada glacial, al tiempo que se limita a cruzar los brazos.

—No sabía que tenían ustedes una hija —dice finalmente el policía.

—Les presento a Lucía —informa Marcos Guillén. Su voz ahora surge tierna y cálida, en contraste con el tono sobrio empleado hasta entonces. La contempla con una mezcla de arrobó y posesión, como si él fuera un coleccionista de arte y la niña su mejor obra, aquella de la que se siente especialmente orgulloso—. Estaba muy unida a su hermano...

—Por supuesto. Si no es mucha molestia, nos gustaría ver la habitación de Alejandro antes de irnos —pide Salas incorporándose de su asiento.

—Perdonen, ¿podría hablar con Lucía un instante? Será solo un momento, se lo aseguro —solicita Carmen Reverte de forma repentina.

Tanto los dos padres como el veterano inspector se cruzan las miradas, intrigados.

«Pero, ¿qué pretende esta estúpida universitaria? ¿Joderme?», se pregunta Salas.

Inmediatamente reacciona el padre, que replica dubitativo:

—No sé si eso sería muy oportuno..., quizá más adelante. Tenga en cuenta que tenemos todo muy reciente...

—Podría ser interesante. Dado que, según aseguran, Lucía mantenía una relación muy estrecha con su hermano, es posible que sepa algo relevante que ustedes ignoren y a lo que ella misma no conceda importancia —explica la oficial.

La niña la mira un instante a los ojos. Su pequeño y rubicundo rostro no muestra miedo, sino curiosidad. Tras unos segundos de vacilación, cruza una breve mirada con su madre, antes de afirmar con la cabeza.

—Vale, hablaré con esa señora. Quiero ayudar al hermano —dice en tono sereno.

Su padre hace un pequeño gesto de resignación, antes de asentir con la cabeza. Por su parte, Salas se muerde los labios y a punto está de morderse también el bigote. ¡Joder! Interrogar a una niña de... ¿cuántos?, ¿siete, ocho años?

—¿Qué edad tienes, pequeña? —le pregunta Reverte como si hubiera leído su pensamiento.

—Ocho años —contesta—. Y no soy tan pequeña —añade tajante.

—Claro que no, cariño. No quería decir eso, discúlpame. Si tus papás están de acuerdo, y nos disculpan un momento, me gustaría hablar un ratito contigo —le explica lanzando a estos una significativa mirada.

—Oiga, no pretenderá... —comienza a protestar su padre.

—Por favor, si no podemos hablar con ella a solas, no servirá de nada. Descuiden, tengo formación en psicología.

Salas ha comenzado ya a morderse los bigotes con saña.

—Oficial... —balbucea en tono de advertencia.

Pero la madre sale inesperadamente en ayuda de su compañera:

—No hay ningún problema. Estaremos en la salita de al lado, cariño —le dice a su hija con ternura, antes de besarla de nuevo.

—No pasa nada, mami —contesta ella con el mismo tono de tranquilidad.

Finalmente, y tras lanzar severas miradas en dirección al inspector, Marcos, el padre, el Delegado del Gobierno, se levanta de su asiento y abandona la estancia seguido por su mujer que lo acompaña con aire decidido.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Reverte... —susurra en tono áspero una vez se encuentran los tres solos.

Sin inmutarse, la oficial se sienta en el sofá junto a la niña y le dirige una sonrisa resplandeciente:

—Hola Lucía, yo me llamo Carmen y este señor es el inspector...

—Augusto. Mi nombre es Augusto —aclara este después de un leve carraspeo.

Tras dedicarle un gesto de asentimiento, la oficial Reverte se vuelve de nuevo

hacia la niña.

—Lucía, tanto Augusto como yo estamos aquí para tratar de descubrir lo que le pasó a tu hermanito.

—Alejandro ya no está. Se ha ido al cielo, con los ángeles y con Dios — explica ella en tono severo.

—Así es. Por eso nosotros...

—Sois policías, ya lo sé. Mi papá me lo dijo esta mañana. Me contó que ibais a venir.

—¿Sí? ¿Y qué más te dijo tu papá?

—Me pidió que me quedara en mi cuarto, pero estaba triste y quería ver a mi mamá.

—Es lógico, cariño. Ahora te voy a hacer solo un par de preguntas. Piénsalo bien antes de contestar, ¿vale? Como cuando en el *cole* la *seño* te hace una pregunta muy difícil.

—De acuerdo. No se preocupe. Estoy triste, pero no tengo miedo —afirma la niña en tono de resolución.

La seriedad y madurez de la pequeña han logrado despertar el interés y la admiración del avezado inspector, que ahora se inclina hacia ellas desde su alejado asiento, tratando de captar todos los matices de la conversación.

—Porque eres una niña muy valiente. De eso ya me había dado cuenta —la anima hábilmente su compañera—. La primera pregunta, y la más importante, ¿alguna vez mencionó tu hermano si había alguien malo que le estuviera haciendo daño en el colegio?

La niña, obediente, frunce el ceño con aire reflexivo, como si escudriñara en lo más profundo de sus recuerdos. Por último, niega con la cabeza, aunque con gesto de duda.

—Nunca me dijo nada de eso. Pero yo sabía que Alejandro no estaba bien, que algo malo le pasaba. No era feliz, ya casi nunca reía.

—¿Y alguna vez le preguntaste qué le ocurría?

—Antes de venir aquí jugábamos juntos a muchas cosas. Él se disfrazaba de príncipe y yo era la princesa; me contaba lo que había hecho en el *cole* ese día y nos reíamos a todas horas. Pero después dejó de hablar conmigo. Estaba siempre triste y se encerraba en su habitación. Le ocurrió como a Elsa, la princesa de Frozen.

—Comprendo.

Salas se dispone a intervenir. Resulta evidente que la niña está sufriendo y, sinceramente, no cree que pueda aportar ninguna información de interés. Pero de nuevo se le adelanta su compañera.

—Pues muchísimas gracias, Lucía. Nos has ayudado bastante y estoy segura de que Alejandro estaría muy orgulloso de su valiente hermana —le dice por último cogiéndola de la mano.

Cinco minutos después, y tras devolver la niña a los brazos de su madre, preceden a Marcos a través de una empinada y aristocrática escalera de caracol rodeada por un espléndido pasamanos de mármol blanco en dirección a la habitación de Alejandro.

—¿A qué ha venido todo eso? —rezonga Salas en voz baja—. ¿Era necesario interrogar a la pequeña?

—Yo creo que sí —replica ella sin inmutarse—. Ha sido bastante clarificador, ¿no cree?

—¿Bromeas?

—Casi nunca...

Tras conducirlos a través de un largo pasillo, el padre, que no se ha percatado del breve intercambio de palabras, abre una de las puertas invitándolos a pasar con un gesto de la mano. Su semblante sigue mostrándose contenido y severo, sin apenas mostrar emoción alguna, aunque Salas cree adivinar en sus ojos la profunda pasión que lo aflige.

—Aquí es. Su habitación. Espero que encuentren lo que buscan —les dice.

—Gracias. Será solo un minuto —asegura el inspector.

—Tómense el tiempo que necesiten. Creo que está todo tal y como él lo dejó.

La habitación, un vasto aposento de más de treinta y cinco metros cuadrados, se encuentra, como el resto de la mansión, elegantemente amueblado, aunque en este caso se puede advertir el toque moderno y personal que su malogrado propietario ha intentado darle. Aquí y allá, algún póster de grupos de rock —a Salas le sorprende descubrir a los AC/DC y los Who junto a otros más recientes como Coldplay— adornan las inmaculadas paredes pintadas en blanco liso. En el lado opuesto, una suntuosa librería de madera lacada muestra un amplio y ecléctico surtido de volúmenes de todo tipo almacenados en un caótico orden desordenado.

En el centro, una cama sin sábanas y una mesita de noche sobre la que descansa un portarretratos con la fotografía de dos niños que sonríen ingenuamente. Salas reconoce enseguida a Lucía, a pesar de que se trata de una imagen tomada un par de años antes. Lleva un vestido rojo, largo y vaporoso, cargado de lazos y cintas. Algo recargado para el gusto del inspector.

—Ven a ver al crío —avisa a su compañera, que se aproxima interesada.

Contemplan un instante, en silencio, al chico que aparece junto a Lucía, cogiéndole la mano con ternura. Un muchachito de aire feliz y ojos azules les devuelve una mirada profunda y algo irónica desde el pequeño marco. Posa elegantemente vestido con un bonito traje de corbata, de color azul marino.

—Era un chico muy guapo —comenta la oficial en tono apenado.

Salas, que opina lo mismo, frunce el ceño pensativo.

—¿Qué ocurre? —le interpela entonces su compañera.

—Me fastidia cuando alguien no me dice la verdad, o al menos oculta parte de ella. Y tengo la sensación de que ahí abajo no nos han dicho todo lo que saben —replica molesto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Como te he dicho, es solo una sensación. Y no olvidemos que se nos ha asignado un simple caso de suicidio por presiones de arriba... en definitiva, porque se trata de *él* —indica el inspector haciendo un significativo gesto hacia la puerta.

—Es posible que tengas razón—admite la oficial afirmando con la cabeza—. La verdad es que yo me he estado fijando especialmente en la postura que han adoptado durante la entrevista: me refiero a su lenguaje corporal. Todo indicaba premeditación, teatralidad, como si lo hubieran ensayado antes.

—Eso es algo natural en los políticos —repite Salas con una sonrisa despectiva—. La teatralidad y el engaño...

—¿Qué es eso? —lo interrumpe entonces su compañera mientras señala con la mirada un grueso libro de color negro que Salas se apresura a coger.

—¡Vaya! Esto sí que me sorprende. Una Biblia —dice mostrándosela; se trata de un magnífico ejemplar de lomos negros de piel y cantos dorados cuya portada aparece ocupada por una enorme cruz latina, también de oro.

Carmen enarca una ceja, despectiva, pero prefiere fijar su atención en la completa y vasta librería que hay en la pared opuesta.

—Al chico le gustaba leer —comenta en tono apreciativo.

—Y además era religioso. Es difícil encontrar chavales de esa edad que lean la Biblia hoy día —insiste Salas.

—¿Seguro? —pregunta su compañera mostrándole ahora otro libro, este muy manoseado y con las pastas deslucidas—. *El capital*, de Karl Marx

—Bueno, podría ser que al muchacho le motivaran ambas cosas —argumenta él, aunque en su voz puede notarse un claro tono de duda.

Distraído, abre la Biblia y comienza a hojearla sin interés aparente. De improviso, una pequeña hoja arrancada descuidadamente de algún cuaderno de notas, se desprende deslizándose con pereza hasta el suelo. Sin embargo, en ella solo existen un par de breves anotaciones escritas a mano con letras mayúsculas:

LUCAS 23, 28

MATEO 24, 2

—¿De qué se trata? —pregunta de inmediato su compañera, acercándose.

—Es una anotación manuscrita. Parecen versículos del Nuevo Testamento.

Con aire interesado, el inspector busca en la Biblia los pasajes mencionados, localizando en seguida el primero, que lee en voz alta:

—«Pero Jesús, volviéndose a ellas, dijo: hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos».

—¿La anotación es de Alejandro?

—Será fácil comprobarlo. Aunque también podemos preguntárselo directamente a los padres... —De repente el inspector guarda silencio, meditabundo—. No. Será mejor que no se lo pregunte a ellos. Al menos de momento.

—Busca el otro pasaje —le pide Carmen.

Salas vuelve a deslizar con agilidad sus dedos entre las suaves páginas del libro, localizando en pocos segundos lo que buscaba:

—«Mas respondiendo Él, les dijo: ¿veis todo esto? En verdad os digo: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada».

—¿Crees que tendrán alguna relación con el asunto?

—No lo sé... imagino que no. Quizá le gustaron y en lugar de subrayar el libro prefirió anotarlos para volver a ellos más adelante.

—Es posible. Si estaba sufriendo depresión o acoso quizá se refugiara en lecturas religiosas a modo de escape en lugar de acudir a un psicólogo.

—No hay nada mejor que un buen loquero, ¿verdad? —replica Salas en tono mordaz.

Pero la ironía no es algo que vaya demasiado con el carácter de la adusta policía, que contesta con un bufido de irritación.

# *Con la Iglesia hemos topado...*

## I

Mientras revisa una y otra vez el breve expediente del caso, Salas no puede evitar la sensación de que hay algo que no encaja.

El documento, en realidad, no contiene más que las anotaciones del joven compañero de Bastida —la primera unidad de intervención que se personó en el lugar de los hechos—, un resumen del examen forense (que emplea un lenguaje farragoso y excesivamente técnico, solo para concluir que el chico falleció a causa de un traumatismo), unas cuantas fotografías del cadáver tomadas en el lugar de los hechos, y dos o tres páginas redactadas por los muchachos de la *científica*. Estas últimas son las que estudia absorto, repasando con obstinación cada línea en busca del hilo que le falta.

—Buenos días, inspector. ¿Está usted listo? —lo interrumpen en ese momento desde la puerta.

Con un expresivo suspiro de resignación, el veterano policía sale de su ensimismamiento al tiempo que dirige una mirada de indiferencia hacia su impuesta compañera.

—La estaba esperando, oficial. De hecho, llega usted tarde.

—Solo han sido cinco minutos...

—...Tarde —completa la frase con una sonrisa de aquiescencia.

—De acuerdo. He llegado tarde —reconoce Carmen Reverte con cansada displicencia—. Veo que estaba revisando el historial. A mí todo me parece cada vez más claro. Lo que sabemos hasta ahora nos indica que se trataba de un chico sensible, atormentado, probablemente sometido a una grave situación de acoso que le llevó al suicidio. Un caso de tantos...

—Bueno, eso está aún por ver. Si algo he aprendido en este oficio es que no debe darse nada por sentado. Formarse prejuicios o ceñirse a teorías previas a veces nos impide ver los hechos bajo su verdadera luz. Veamos lo que nos cuentan hoy los profesores.

## II

El prestigioso colegio religioso Francisco de Asís, procede de una construcción conventual del siglo XVI que fue transformada por los franciscanos en colegio para huérfanos y niños sin recursos a mediados del siglo XIX. Sin embargo, la floreciente y almidonada burguesía murciana de esa época pronto logró desplazarlos de allí para convertir la institución benéfica en un elitista colegio privado. A mediados de los años cincuenta, en pleno resurgimiento industrial, los patriarcas de algunas de las familias más poderosas utilizaron su influencia económica para que la dirección del centro fuese entregada a una orden religiosa menos puntillosa en lo referente a temas de caridad. En consecuencia, a los pocos meses se llevó a cabo la vergonzosa reubicación de los desgraciados niños. En furtivas remesas, se les fue trasladando a centros públicos u hogares de acogida, a fin de que los remilgados hijos del tejido empresarial no se vieran obligados a sufrir la penosa experiencia de compartir espacio con sus congéneres menos afortunados.

El edificio, una magnífica e imponente construcción en piedra, es reconocido en la actualidad como una de las mayores joyas arquitectónicas de su tiempo. Rodeado por extensos jardines salpicados de fuentes, riachuelos artificiales y amplias arboledas, el coste de su mantenimiento (subvencionado por el gobierno regional y las elevadas cuotas de sus matrículas) es uno de los más ominosos secretos de la institución. Constaba en su origen de tres alturas. La parte baja, que rodea un espectacular claustro barroco de techos abovedados y arcos con ventanas acristaladas, se destina ahora a comedor (antiguo refectorio), despachos de oficinas, y una monumental biblioteca que es el orgullo del Obispado de Cartagena, responsable último de la gestión del colegio. Se comunica con el siguiente nivel mediante tres tramos separados de escaleras que desembocan en un ancho pasillo abierto a la planta baja —como los antiguos patios andaluces— donde se encuentra la mayoría de las aulas, en total unas veinte.

Por último, la segunda planta —igualmente espaciosa, pero más austera en cuanto a ornamentación—, a pesar de que conserva vestigios del estilo barroco original, alberga también algunos dormitorios y otras habitaciones destinadas a distintas funcionalidades. Aquí los pasillos son más estrechos y sinuosos, y los techos, bajos e irregulares, lo que le confiere un aspecto vagamente tétrico.

Sobre ella se construyó con posterioridad una vasta terraza destinada a la instalación de trasteros a la que se accede desde una de las escaleras.

Por supuesto, el prestigioso colegio cuenta con su iglesia. Fue construida sobre los cimientos de un primitivo monasterio del que aún conserva la austera fachada en piedra natural. Además, presume de una puerta con arco de medio punto y dos esbeltas [torres](#) coronadas por cúpulas de teja vidriada con el característico [azul](#) del [barroco](#) murciano. El templo está rematado por una fastuosa [cúpula](#) poligonal señalada al exterior con columnas en las esquinas, y una linterna de claroscuro muy acusado y de considerables dimensiones.

La máxima autoridad de la institución es el padre Ramiro, quien recibe a los dos policías en su despacho tras hacerlos esperar en el pasillo durante más de media hora. Se trata de un individuo alto, magro, de ojos descoloridos y fríos, y labios finos que forman una línea estrecha e indivisible que parece tatuada en su severo rostro. Unas gruesas gafas de concha acentúan la torva seriedad de su gesto así como el aire despreciativo que desprende su alargada y fina nariz que apunta, indefectiblemente, hacia el techo. Desde su *sancta sanctorum*, una fastuosa mesa de brillante color negro como ala de cuervo, los observa tenso por encima de sus alargadas y reseca manos que mantiene estrechadas una contra otra, formando un apretado puño.

—Ustedes dirán, caballeros —les conmina con aire acusador.

«Tiene miedo, en realidad», piensa Salas complacido. «Miedo, y algo más...»  
¿Quizá sorpresa? A lo mejor nunca pensó que el suicidio de su alumno fuera investigado de forma tan exhaustiva. Pronto lo sabrán.

—Espero que tenga usted claro que se trata de una investigación oficial.

Conoce bien a estos polvorientos clérigos que se consideran intocables bajo el manto protector de la clase política. Por eso, esta vez cree que la mejor táctica es mostrarse autoritario desde el principio, sin ambages ni sutilezas.

—El Francisco de Asís está dispuesto a colaborar con la policía en todo lo que necesite. Aunque me temo que en este desgraciado asunto los hechos estén muy claros...

—Explíquese padre.

—Como podrá imaginar, he estado conversando sobre el asunto con sus profesores y casi todos coinciden en que el muchacho debía estar sufriendo algún tipo de crisis personal. Era un chico triste y amargado que permanecía solo la mayor parte del tiempo. De hecho, no se le conocen amistades serias por lo

que hemos podido colegir. Y en lo que respecta a su rendimiento académico, dejaba mucho que desear... Su tutor, el padre Sabino, se interesó por su situación en repetidas ocasiones, pero el muchacho se cerró en banda desde el principio; tenía una personalidad hermética y poco dada a compartir sus asuntos con los demás. Una lástima, en mi opinión. Quizá, si hubiese permitido al padre Sabino ayudarlo, nada de esto hubiera ocurrido —sentencia el director, meneando la cabeza con aire compungido.

—Ese padre Sabino, ¿es orientador o psicólogo, o algo parecido? —inquire Carmen de improviso.

El director la mira con fijeza, antes de replicar irritado:

—Por supuesto que no. Es mucho más que eso. El padre Sabino es un hombre de Dios —pronuncia en tono solemne.

Carmen lanza un resoplido de frustración, pero guarda silencio.

—¿Y sería posible hablar con él? Al tratarse de su tutor quizá pueda aportarnos algún dato de interés —solicita Salas en tono humilde pero firme.

—Sí, claro. Aguarden aquí un minuto. En previsión de ello le he pedido al padre que acudiera. Debe estar esperando en su despacho.

Ya solos, el inspector dirige una significativa mirada a su compañera:

—Parece que está muy interesado en convencernos de las causas naturales del suicidio —le dice en tono acre.

—Ya lo he visto... En realidad, esperaba algo así. Este tipo de colegios tratan por todos los medios de ocultar estas cosas.

—¿Sigues pensando que se trata de un caso de *bullying*...?

En ese momento se abre la puerta y entra de nuevo el padre Ramiro seguido de otro cura, un tipo de aspecto tímido y mirada huidiza que se limita a quedarse muy cerca de su superior, mientras mantiene la vista fija en algún punto indefinido situado por encima de sus cabezas.

—Les presento al padre Sabino, profesor de matemáticas en nuestro colegio y tutor de Alejandro —dice el director en su tono autoritario e inflexible.

Carmen se apresura a acercarse a él y, tras estrechar su mano, le invita a sentarse. El apocado profesor parece nervioso; los mira de hito en hito, mientras cruza nerviosamente sus piernas, colocando una encima de la otra en actitud protectora.

—Querían hablar conmigo, según me dice el padre Ramiro... —comienza tras

un leve carraspeo. Su voz es aguda y atildada, reflejo todavía de los ecos del seminario.

Carmen y Salas contemplan al hombrecillo con recelo y conmiseración. Al inspector este tipo de individuos, acomplejados y temerosos, siempre le han generado cierta aprensión. Le cuesta dirigirse a ellos ya que teme asustarlos con preguntas demasiado directas. Y, por otra parte, le dan la sensación de ocultar algo tras sus modales exaltados. Es quizá por ello que esta vez toma la iniciativa su compañera, que le espeta con cierta brusquedad:

—Padre, hemos estado hablando con el director sobre su alumno, Alejandro. Ha de saber que estamos realizando una investigación oficial sobre las causas que rodearon su desgraciada muerte. Tenemos interés en saber qué tipo de chico era. Hasta ahora solo hemos hablado con sus padres, pero claro, la visión de ellos es necesariamente subjetiva, y sería importante para la investigación el punto de vista de alguien neutral.

—Sí, le comprendo. Claro... conocer la personalidad del pobrecillo... qué pena de chico. Hubiera sido un buen matemático, ¿saben? Tenía una mente lógica y muy intuitiva. Me sorprendió en más de una ocasión al hallar las soluciones a problemas de álgebra de cierta complejidad. Lástima que estuviera siempre distraído en clase, mirando por la ventana o leyendo esos libros...

—¿Libros? ¿Qué libros? —interviene el inspector.

Sabino le devuelve una mirada asustada, al parecer preocupado por haber dicho algo relevante.

—Pues sí, verá. Sucedió en varias ocasiones que sorprendí a Alejandro con lecturas que no tenían relación con mi asignatura.

—¿A qué tipo de lecturas se refiere?

—No me fijé demasiado —vacila— puede que fueran de química, o algo parecido, por las ilustraciones de la portada. Le llamé la atención, por supuesto, aunque él no pareció demasiado contrariado... ¿Es importante ese dato?

—No lo sabemos. En principio, cualquier detalle podría serlo —replica Salas.

—Volviendo a la pregunta anterior, ¿cómo describiría usted a Alejandro? —interviene Carmen Reverte.

—Mi impresión es que se trataba de un chico inteligente, pero de naturaleza introvertida..., lo cual no es malo necesariamente —se apresura a explicar el sacerdote—. Pero también melancólico, ¿saben? Daba la sensación de que

estuviera experimentando algún grave conflicto interno. A veces me recordaba a un personaje de Goethe: solitario, triste, resuelto...

Solo Carmen asiente con la cabeza. Salas, por su parte, que no tiene ni idea de quién es Goethe, continúa preguntando:

—Creo entender que carecía de amistades íntimas.

—Al menos que yo supiera. En el patio pasaba el tiempo solo, comiendo un bocadillo o repasando los deberes. O eso parecía.

—No le comprendo.

—Bueno, alguien que dedica tanto tiempo a las tareas de clase debería al menos entregarlas a tiempo. Y según me comentaban los profesores de otras asignaturas, casi nunca lo hacía... Ahora que lo pienso, eso parece algo extraño, ¿no creen?

Salas se limita a encogerse de hombros, dirigiendo una nueva pregunta al profesor:

—En realidad, sospechamos que el niño podría haber estado sufriendo acoso por parte de otros alumnos. ¿Observó en alguna ocasión que tuviera problemas de este tipo? Una discusión importante, alguna pelea...

Esta vez, ambos observan un claro gesto de desasosiego en el clérigo ya que dirige una mirada angustiada por encima de su hombro en dirección al director, quien se apresura a salir en su ayuda.

—En mi colegio nunca se producen actos de este tipo, señores. Tratamos de inculcar en nuestros alumnos valores cristianos: el amor por el prójimo, la caridad, el temor de Dios...

Carmen no puede evitar soltar un bufido de irritación. Se dispone a replicar —probablemente en tono áspero—, cuando esta vez se adelanta su compañero, lanzándole una severa mirada de advertencia.

—No dudamos de las excelentes cualidades de su metodología pedagógica, padre, pero ha de comprender que no podemos dejar ninguna posibilidad sin barajar. Resulta hoy demasiado común este tipo de conductas indeseables en nuestros colegios y, por lo que sabemos, en muchas ocasiones pasan inadvertidas a los propios profesores.

—¿Qué intenta decir, inspector? ¿Insinúa que Alejandro sufría maltrato por sus compañeros y que por eso se suicidó? —exclama en tono desabrido.

No ha levantado la voz —que sigue siendo sibilante y contenida—, pero sus ojos, ahora finos como rendijas detrás de las gafas, transmiten una creciente cólera.

—No insinúo nada. Pero no lo descarto —contesta este con tranquilidad—. Y le sugiero que se calme, padre.

—Creo que no sabe bien con quién está usted hablando.

Salas lo mira aburrido. No es la primera vez que recibe ese tipo de amenazas. De hecho, han sido el pan de cada día a lo largo de su carrera. Y aunque desearía lanzar alguna ácida invectiva sobre el negro cuervo que lo contempla airado desde su sitial, se contiene:

—Es posible, padre. Pero sí sé quién soy yo: un policía haciendo su trabajo — le replica con voz serena en la que puede notarse cierto aire de fastidio—. En cualquier caso, sí que creo que sería conveniente que usted recordase quién es el padre de la víctima, ¿no cree?

Tras unos segundos de silencio, que el padre Sabino emplea en contemplarse los cordones de sus zapatos y el director en lanzar furibundas miradas a los dos visitantes, Salas decide apiadarse de ellos y añade en el mismo tono:

—No queremos causar problemas. Solo estaremos por aquí un par de días, haremos algunas preguntas rutinarias a los profesores y nos marcharemos sin hacer ruido. Ni siquiera notarán nuestra presencia —dice conciliador.

—Eso espero, inspector. Eso espero —responde el interpelado en tono de advertencia. Sin embargo, a los policías no les pasa desapercibido el evidente alivio que desprende su voz.

Minutos después, ambos caminan por una anchurosa senda arbolada que los conduce a lo largo del recinto. Una extensa planicie de césped, mullido y fragante, cubre la mayor parte del jardín, en el que longevos olivos enanos se alternan en armónico orden con moreras peladas y almendros a medio desnudar. Una sutil brisa sacude en ese momento las afiladas hojas de los olivos arrancando algunas de ellas, ya a punto de caer.

Camina sin prisa, como distraídos, en tranquilo silencio que rompe la oficial Reverte:

—¡Cargante y estirado cuervo arrogante!

Salas levanta una ceja, saliendo repentinamente de su ensimismamiento.

—La actitud del *páter* es normal —intenta aclararle—. Tenga en cuenta que estamos en el colegio más prestigioso y caro de Murcia. El escándalo provocado por el suicidio de uno de sus alumnos debe haber supuesto un fuerte varapalo para ellos. Si además resultara que el chico estaba sufriendo acoso escolar bajo sus mismas narices podrían enfrentarse al mayor desastre de su historia... ¿Quién querría traer a sus hijos a un colegio donde los alumnos son maltratados hasta el punto de llegar a suicidarse? En realidad, deben estar muy preocupados. Y no sin razón.

—Ya, pero esos aires... esa prepotencia...

Una irónica sonrisa se dibuja por un momento en el rostro del veterano policía, antes de añadir:

—Tenga en cuenta que aquí en Murcia la Iglesia siempre ha tenido mucho poder. La universidad privada, por ejemplo...

—¿Pero qué coño...? —le interrumpe su compañera en ese momento.

Salas, sorprendido por el exabrupto, sigue la dirección de su mirada.

Se trata del coche.

No lo ve al principio. Nota que hay algo extraño en él, pero desde esa distancia no es capaz de identificar qué. Solo cuando se aproxima unos metros más advierte el siniestro detalle.

—Demasiado bajo —susurra incrédulo.

—¡Maldita sea! —exclama su compañera furiosa—. Nos han pinchado las ruedas.

—No —replica él en el mismo tono entre sorprendido y escéptico—. No están pinchadas. Las han rajado —puntualiza.

El vehículo oficial, un Citroën C4 de color azul marino sin otra seña identificativa de su procedencia policial que la propia matrícula de la Dirección General de Policía, ofrece una chocante imagen: su chasis prácticamente descansa sobre el suelo, apenas sostenido ahora por cuatro neumáticos que muestran como avergonzados su alargada herida. La forma del desgarró, zigzagueante y profunda, demuestra rabia y frustración, como si su autor no hubiese querido limitarse a dañar el coche, sino también a descargar su furia.

No es la primera vez que el inspector Salas ha sufrido ataques, bien sobre su persona o, como en este caso, sobre vehículos oficiales, pero han sucedido en el transcurso de investigaciones polémicas o de cierta peligrosidad. Esta vez, sin

embargo, se ha producido en el aparcamiento de un importante colegio privado, a la vista de todos y durante una investigación rutinaria por simple suicidio. Así que se rasca de nuevo la cabeza —su gesto habitual de extrañeza— mientras examina con más atención las hendiduras.

—Será mejor que vea esto, inspector —lo llama entonces su compañera, que parece mirar algo junto a la puerta del conductor. Cuando llega a su altura, el experimentado policía que hasta ese momento creía haberlo visto casi todo en la vida, no puede reprimir una expresión de enfado y sorpresa.

El coche, que apenas salía del garaje de Jefatura debido a la afición del inspector por caminar, había ido acumulando una espesa capa de polvo sobre los cristales, la materia prima ideal para los creadores urbanos. En este caso, el o los artistas, lo han utilizado para dejarles un enigmático recado.

—Creo que el asunto está comenzando a interesarme, oficial —comenta a su irritada compañera mientras contempla las deformes y apresuradas letras que conforman la frase: «Dejad descansar a los muertos».

# Compañeros

## I

—¿Qué tal tu nueva compañera? —pregunta Laura a su marido levantando sus vivaces ojillos por encima del libro.

Salas, que por su parte finge leer una vieja novela de Stephen King, responde con un sonido farfullante.

—¿Cómo? —inquieta su esposa con aire malicioso.

—Es una estirada metomentodo... pero parece que entiende su oficio —repite malhumorado.

Laura conoce demasiado bien a su marido como para ignorar la amalgama de emociones que le aflige en ese momento. Es evidente que Augusto está enfadado consigo mismo por tener que reconocer que, en el fondo, le empieza a caer bien la chica.

—Bueno, dale tiempo. Estoy segura de que llegareis a entenderos.

—Estos novatos aterrizan pensando que ya lo saben todo hasta que se dan cuenta de que los viejos ya pasamos por ahí, pero mientras descubren ese pequeño detalle resultan un incordio —refunfuña su marido—. De todas formas, lo que me molesta en realidad es la manera en la que el comisario me ha obligado a cargar con ella.

Laura contempla a su marido con ternura. Para ella nunca fue el entusiasta agente Salas. Tampoco se convirtió, años después, en el circunspecto oficial Salas, ni, por último, en el cínico y veterano Areta, como le apodan sus antiguos colegas. Siempre ha sido su Augusto, el hombre bueno y sensible que llenó su vida desde el principio y que aún la hace reír con sus salidas, entre amargas e irónicas. Lo conoce tan bien que es capaz de adivinar casi siempre cuándo algo le preocupa, por más esfuerzos que haga él por ocultarlo; pues, aunque el inspector Salas resulta hermético para el resto de personas, ella es capaz de leerlo como el libro que tiene ahora entre sus manos. El amor que profesa a su marido procede, no solo del sentimiento mágico que a veces une a una mujer determinada con un hombre en particular por extrañas e indescifrables razones, sino también del profundo respeto que le inspira.

Cuando el intenso entusiasmo que le causaba su profesión se fue transformando en tibia satisfacción, y esta última en decepción profunda, lo aceptó; a medida que sus aspiraciones se veían truncadas por su rebeldía natural contra jefes demasiado estóolidos, aprendió a respetarlo; y, al final, cuando renunció a seguir ascendiendo en el escalafón con el fin de no perderse a sí mismo en la conspicua corrupción del sistema, ese respeto se transformó en franca admiración. Por eso también sabe que si su marido está molesto es porque, en parte, adivina un pálido reflejo de sí mismo en su nueva compañera. Y que eso le irrita profundamente y, al mismo tiempo, le hace sentir culpable.

Así que tras esbozar una nueva sonrisa, le dice en tono cordial:

—Trata de ver el lado positivo de la situación, cariño.

—¿Qué lado positivo? Es un coñazo, lo mires por donde lo mires —vuelve a refunfuñar, esta vez con menor convicción. Sin embargo, al cabo de unos segundos sonrío también—. Deberías haber visto la cara que puso cuando descubrió el coche. Todo su autocontrol y su aire de suficiencia se esfumaron de un plumazo.

Laura arruga el ceño al recordar el relato que le hizo su marido sobre el estado en que encontraron el vehículo policial a la salida del colegio. Aunque trata de no mostrar el miedo que siente por Augusto cada vez que este sale por la puerta para afrontar una nueva jornada de trabajo, en esta ocasión no puede evitar un sentimiento de desasosiego.

—Es extraño. Se supone que estáis investigando un simple caso de suicidio en un inocente colegio de religiosos. ¿A quién puede molestar eso?

—A cualquier gamberro que odie a la policía —replica su marido en tono evasivo—. Son cosas que pasan a veces, cariño. Ya sabes que hay mucha gente por ahí a la que no le gustamos.

En realidad, el curtido inspector intuye que algo más oscuro se oculta tras el sabotaje del coche y la velada amenaza escrita con toscas letras sobre el cristal polvoriento. Por desgracia, los compañeros de la científica no han logrado identificar huella alguna. La persona que lo hizo se tomó la molestia de enfundarse unos guantes previamente, lo que excluye la posibilidad de un acto vandálico e impremeditado cometido por simples gamberros ociosos.

—Augusto, por favor, no seas condescendiente conmigo. Tú sabes que esto se sale de lo corriente... En fin, ya me dirás algo cuando te dé la gana, como siempre.

—¡Dame cuartel, mujer! —replica este con un bufido.

Pero sí. Sabe que, antes o después, terminará confesándose con ella.

Como siempre...

## II

Abre el diminuto y ruidoso frigorífico buscando en vano algo lejanamente comestible. El sonido que produce el irritante aparato la saca de quicio, pero es lo que hay. De nada sirve lamentarse. Alquilar un piso decente en el centro de Murcia por menos de trescientos euros ha resultado imposible hasta el momento. Esto es lo mejor que ha encontrado: cuarenta metros cuadrados de suelos agrietados y paredes desconchadas, atiborrado de trastos que parecen rescatados de un vertedero y que dan la inquietante sensación de que van a estallar en pedazos de un momento a otro.

—¡Mierda! —exclama la oficial Reverte con frustración—. ¿Y qué demonios voy a cenar yo ahora?

Es sábado por la noche, así que no va a tener otro remedio que coger el coche y acercarse a la gasolinera más cercana a pillar algo.

—También podría ir a un restaurante... —se dice poco convencida.

Pero sabe que eso no va a ocurrir. Las cuentas no le salen. Si a mil ochocientos euros le resta quinientos de alquiler, luz y agua, y los quinientos de la manutención de su hijo, le queda lo justo para la compra de la semana. De momento, se acabaron las salidas.

Por simple asociación de ideas, el recuerdo de Adrián vuelve a colarse en su cerebro, así que, tras maldecir de nuevo a Gaby —o «el cabrón», como ella lo llama—, traga saliva dos o tres veces para evitar el sollozo que comienza a abrirse paso en su garganta y susurra con odio:

—Hijo de puta...

Cierra de un portazo el despoblado frigorífico y se dirige decidida hacia la calle. Algo encontrará por ahí.

Las luces de la ciudad la animan en un principio, a pesar del viento helado que le recuerda la proximidad del invierno (*la Navidad, no olvides que otra vez se acerca la puñetera Navidad*) y la obliga a arrebujarse aún más en su ancho y ajado abrigo de pluma gris. Mientras cruza el Puente Nuevo, bellamente

iluminado esa noche, no puede evitar una fugaz mirada por encima de la pasarela, en dirección al río. Para alejar los siniestros pensamientos que comienzan a acudir a ella, se entretiene en repasar los detalles del caso.

Fue ella quien solicitó a Jefatura de Madrid que la asignaran en calidad de asesora. Y no precisamente porque le interesara un simple caso de suicidio en adolescentes. Necesitaba un cambio de aires con urgencia.

Pero la verdad es que el asunto ha comenzado a atraerle. El gesto triste aunque resignado del padre, las miradas recelosas de su esposa, la rígida oposición del tirano director a que se investigue en su colegio, y hasta la actitud oscura y timorata del tutor del muchacho, la impelen a pensar que existe algo feo en todo aquello. Y para colmo, el atentado hacia el vehículo policial y la enigmática y amenazadora frase dibujada en la suciedad de la ventana.

Por supuesto, lo primero que solicitó Salas fue que se tomaran huellas de la misma, lo que les llevó a otra sorpresa mayor: el autor debió utilizar guantes para escribir su mensaje ya que no dejó ninguna, al menos en ese cristal. Es decir, se adivina cierto nivel de premeditación en el incidente; no se trata de ningún acto impulsivo, realizado por algún atolondrado adolescente bajo los efectos de la ofuscación. Sencillamente, a alguien le molestó que la policía estuviera husmeando por allí.

Tras unos instantes de duda penetra en un angosto y caldeado *kebab* concurrido por grupos de jóvenes, algunos de ellos aún adolescentes, que esperan su turno entre risas y ruidosas conversaciones. Imposible no sentir algo de añoranza en medio de las estridencias de la juventud.

Le toca pedir a ella. Un dependiente de tez oscura y labios anchos y carnosos, le espeta en un inteligible español con claro acento extranjero:

—¿Qué desea?

—Un *kebab*, por favor —responde de forma automática.

—¿*Doner*, *durum*, o *shawarma*?

Por unos segundos la mente de la policía se queda en blanco. No sabe a qué se refiere el tipo ahora mismo: un *kebab* es un *kebab*, ¿no?

—Eso de ahí —explica señalando el enorme rollo de carne que gira lentamente mientras expide húmedas y olorosas vaharadas de vapor.

—¡Ah! ¡*Doner kebab*! ¡Ahora mismo, señora!

Contemplando al laborioso cocinero/camarero —de poco higiénico aspecto—, Carmen se pregunta si no se habrá equivocado... Quizá debió elegir el *durum*, o el *shawar-lo-que-sea*. Pero, una vez más, ha preferido optar por lo ya conocido, como suele hacer cuando está indecisa. Es más seguro.

—Gracias —dice recogiendo su pedido, al tiempo que deja el dinero justo sobre el grasiento mostrador.

Tenía apetito, pero el olor de la carne especiada lo ha transformado en un hambre voraz, por lo que, mientras camina en dirección a su piso, lanza una enorme dentellada al bocadillo, casi sin abrirlo. Los jugos gástricos segregados de inmediato le causan una pequeña punzada de satisfacción. No sabe por qué razón le viene ahora a la mente la figura rechoncha y el inexpresivo rostro de su nuevo compañero.

A su pesar, debe reconocer que se han desvanecido parte de los prejuicios que se había formado respecto al desfasado policía. Un caimán que ya ha superado sobradamente la cincuentena, con más de treinta años en el Cuerpo por lo que ella sabe, y que no ha logrado llegar más que a simple inspector, no le generaba mucha confianza que digamos: o era un incompetente o era un vago. Por supuesto, no ayudó nada el abierto rechazo que encontró el primer día, ni las miradas despectivas y suspicaces que recibía en cada intervención.

Carmen dejó hace tiempo de ser la ingenua aprendiz de policía, llena de ilusiones y expectativas. Ha rodado algo desde entonces y a día de hoy es consciente de que se mueve en un mundo de hombres, concebido por hombres para hombres; donde las mujeres son miradas desde lejos, casi siempre con recelo, como usurpadoras de un espacio que nunca les ha pertenecido. Por eso no le sorprendió la fría actitud de Salas hacia ella.

Sin embargo, para ser justos, el viejo caimán ha demostrado que tiene redaños y algo más. A veces le da la impresión de que no dice todo lo que piensa. Además, ha notado un sutil cambio respecto a ella; el último día, a raíz del incidente con el coche, creyó percibir que la miraba incluso con cierta... ¿aprobación?

Bueno, pronto todo habrá terminado. La semana que viene, una vez que consigan hablar con el resto de profesores —y si hay suerte, con algún alumno—, el asunto se aclarará bastante; ella redactará su informe y poco después regresará a Madrid. Si todo sale bien, y el caso se resuelve de manera satisfactoria, dentro de pocos meses podrá optar a un merecido ascenso y, con suerte, dejar atrás algunas sombras de su pasado. Además, ya comienza a estar

harta de los retorcidos subterfugios que impone la intrincada burocracia policial; de la hipocresía, de la política y, en definitiva, de los *trepas* que debe sortear día tras día para que se reconozcan sus méritos profesionales.

Se detiene abruptamente frente a un escaparate. No pertenece a una tienda de ropa o a una elegante joyería. Ninguna de ellas hubiera llamado su atención. Se trata, tan solo, de una tienda de juguetes. Junto a un enorme peluche de color morado, situado de manera estratégica entre la casa de Peppa Pig y una chillona bicicleta naranja, se exhibe el disfraz de Batman, el personaje favorito de su hijo...

Si cierra los ojos unos instantes es capaz de ver a Adrián bajo la máscara del superhéroe, sonriendo feliz, fingiendo que vuela mientras despliega la oscura capa en una alocada carrera...

¡Dios, cómo duele!

Bajo el brumoso cielo de Murcia, muy cerca del Puente Nuevo, una madre desolada pega su rostro sobre el frío cristal de una juguetería, incapaz de evitar que brote una silenciosa y solitaria lágrima.

# *El padre Jonás*

## I

Tras el amplio ventanal, el inspector contempla fascinado a los chicos que juegan al fútbol bajo la pálida luz del sol de diciembre. Mientras ellos se disputan acaloradamente el balón, un grupo de niñas se arracima junto a las gradas, observando y jaleando el encuentro. Más allá, otra camarilla formada por alumnos de ambos sexos desfila en apretados corros parlotando con despreocupación. El sobrio uniforme gris, que recuerda el sucio color de un plomizo cielo otoñal, no es suficiente para ocultar el ardiente tremolar de emociones que se adivina en sus rostros juveniles.

A su espalda, un sacerdote larguirucho y de aspecto nervioso, afronta como puede las incisivas preguntas de Carmen.

—O sea —insiste ella contemplando fijamente al profesor que apenas es capaz de sostener su mirada—, que no puede señalarme ni un solo alumno con el que Alejandro acostumbrara verse o relacionarse... ¿Y a pesar de ello insiste en asegurar que no había nada anómalo en su conducta?

—A mí no me consta, al menos —balbucea el cura intimidado.

—¿Lo vio alguna vez hablar con otros chicos? ¿Jugar al fútbol, quedar con ellos para hacer deberes? ¿Discutir?

—No, pero...

—Padre Martín, no creo que usted conociera en absoluto a su alumno —sentencia Carmen con un resoplido de frustración.

Salas, apiadado del pobre clérigo, está a punto de intervenir cuando se abre de improviso la puerta, dando paso a un colérico director.

—¿Les queda mucho? Necesito al padre Martín, tiene una clase ahora.

—Se acordó que podríamos entrevistarnos con los profesores sin interrupciones —le recuerda el inspector en tono pausado.

—Llevan más de una hora hablando con él y sus alumnos esperan.

«Más vale no discutir», piensa Salas. Cuanto antes termine con todo esto, mucho mejor.

—De acuerdo. Ahora quisiéramos ver a su profesor de educación física.

—Imposible, está también en clase.

—No, según ese calendario de actividades —corrige él señalando el cartel que cubre una de las paredes de la sala justo al lado de la ventana.

—Están comenzando a cansarme sus impertinencias. Daré parte a quien corresponda, téngalo por seguro —les advierte levantando enérgicamente el dedo índice, como reprendiendo a un alumno travieso.

—Padre, nosotros somos los principales interesados en terminar lo antes posible, pero si se niega a colaborar esto puede llegar a eternizarse. Por otra parte, le recomiendo que abandone ese tono de amenaza. Conmigo pierde el tiempo —responde con frialdad.

Carmen lo observa estupefacta. Salas, indiferente, le devuelve la mirada. Una mirada en la que cree adivinar un resto de cínica sorna.

Al final, el director opta por marcharse dando un portazo, seguido del nervioso padre Martín.

—Esperen aquí —les increpa antes de salir.

—¿Qué opina? —inquire Carmen a su compañero cuando al fin se quedan solos.

—Demasiada gente que sabe demasiado poco...

—Eso mismo creo yo —repite la oficial frunciendo el ceño.

—... Y que este tío comienza a tocarme los cojones... —añade con acritud.

Carmen Reverte suelta su primera carcajada en mucho tiempo, mientras Salas la mira divertido. La sombra de una sonrisa parece querer asomarse a su hosco ceño.

Es entonces cuando escuchan unos tímidos golpes en la puerta.

—Adelante —invita el inspector volviendo a endurecer su gesto.

Un rostro cuadrado, cubierto por una espesa mata de cabello rubio y ensortijado, aparece por el vano de la puerta sonriendo con timidez.

—El director me acaba de informar que desean verme. Soy el padre Jonás, responsable de la educación física —aclara en tono reposado. Su voz es grave sin resultar áspera.

A Carmen, ya cansada de tanto cura de voz apagada, le alegra escuchar a alguien que no parece hablar de la misma forma en que rezaría el rosario. Su

primera impresión se ve reforzada cuando el profesor penetra en la estancia: en lugar del clérigo timorato que esperaban, aparece un hombre alto y fornido de mirada clara y profundos ojos azules, que se aproxima a ellos con paso firme.

—Buenos días —saluda estrechando las manos de ambos —ustedes dirán. Estoy a su disposición... Una pena lo del muchacho Guillén. Parecía buen chico. No dejo de reprocharme el no haber podido hacer nada para evitar su triste final —se lamenta consternado meneando la cabeza.

—¿Qué impresión le daba Alejandro? —pregunta el inspector señalando una silla frente a él.

—No lo llegué a conocer muy bien. Tenga en cuenta que apenas llevaba aquí tres meses —comienza con aire reflexivo—. Era un gran deportista, eso saltaba a la vista. Destacaba en todas las disciplinas que pude evaluar: natación, carrera, bádminton...

—¿Y en fútbol o baloncesto? Veo que tienen un espléndido campo de entrenamiento —indica el policía señalando la ventana.

—La verdad es que solía participar poco en los deportes de equipo, y cuando se veía obligado a ello (si estaba programado algún partido), escogía los puestos individuales, o simplemente ponía cualquier excusa para no jugar.

—¿Lo describiría entonces como un muchacho solitario, extraño...? —inquirió el inspector.

—Bueno, en cierto modo, no era como los demás chicos, si es eso lo que quiere decir. Tenía mucha personalidad... pero además, creo que había algo más. Daba la impresión de que le preocupaba algo.

—¿A qué se refiere, concretamente?

—Recuerdo que lo abordé al terminar una sesión de baloncesto, hará cosa de un par de meses, y que su reacción me dejó bastante intranquilo.

Acto seguido, el sacerdote comienza a hablar. En su voz, melancólica y titubeante, se adivina un vestigio de culpa que los policías no dejan de advertir.

## II

Se aleja solo, apartado del resto de compañeros, en dirección al vestuario. En el último instante oye a su

espalda la voz del padre Jonás, que lo llama por su nombre:

—¡Alejandro! ¿Puedes acercarte un momento?

Pesaroso, consciente de las miradas suspicaces y burlonas que lo persiguen, se gira hacia él con displicencia. Le cae bien este cura. De hecho, es el único al que traga un poco, aunque siempre resulta incómodo que a uno lo llamen aparte. Ahora todos lo mirarán de nuevo con recelo y curiosidad, algo que odia. Y más en ese maldito colegio.

Así que se acerca hasta el profesor tratando de no fruncir el ceño demasiado, pero su paso, lento y apático, lo delata.

—¿Qué desea, padre? —pregunta cortante.

—Felicitarte —le dice el profesor en tono alegre—. Has estado soberbio en defensa. Como mucho, quizá hayas pecado un poco de individualista.

—Lo siento. Trataré de hacerlo mejor la próxima vez.

—Debes hablar más con tus compañeros de equipo, he visto que os falta comunicación...

Alejandro, ya algo molesto por el derrotero que parece tomar la conversación, permanece en silencio, aguardando a que el padre termine su perorata. Este se interrumpe en ese instante y lo mira a los ojos. No hay reprobación ni prejuicio en esa mirada. Solo interés. El

silencio entre ambos se prolonga unos segundos hasta casi volverse incómodo. Finalmente, es el profesor quien lo rompe:

—Alejandro, dime la verdad, ¿existe algo que te preocupe? ¿Algo de lo que quieras hablar...? Cualquier cosa...

—¿A qué se refiere?

—¿Acaso crees que no me doy cuenta de que siempre andas solo? Si tienes algún problema puedes contármelo sin reservas... —le señala el profesor con gesto conmisericordioso.

Alejandro, cabizbajo, aprieta los labios con fuerza reprimiendo en el último momento una expresión de rabiosa frustración. Siente amargura y cólera a partes iguales: su ira, contenida, a punto de rebosar, amenaza con desbordarlo minuto a minuto. Nunca antes había experimentado algo así. Y ahora, este cura que va de enrollado, se permite sentir lástima por él... ¿Qué sabrá el maldito de lo que le ocurre? ¿Qué puede hacer, él o nadie, por ayudarle?

Algo ha debido reflejarse en su rostro porque el profesor le devuelve una mirada de preocupación e incluso lo toca en el hombro.

—¿Estás bien?

—Sí, padre. No es nada. Ha habido algunos problemas

en casa, ¿sabe? Discusiones y todo eso... pronto se solucionará.

—¿De veras? ¿Estás seguro? Te prometo que...

—¡Deje de prometer! ¿Vale? —le espeta airado, ya incapaz de contenerse.

Aguarda las palabras de enfado del profesor seguidas del castigo correspondiente, pero este no llega. Por último, se atreve a levantar la mirada, encontrándose de nuevo con unos ojos llenos de comprensión y piedad, y, por un momento, está a punto de ceder. De contarlo todo y terminar con su lenta agonía de una vez.

Abre la boca para hablar, para explotar por fin, mas solo es capaz de pronunciar unas atropelladas palabras de disculpa.

—Lo siento, padre Jonás. No sé qué me ha pasado... Le agradezco mucho su interés y todo eso, pero no puede ayudarme.

Jonás lo retiene por el hombro un instante. Parece a punto de decirle algo a su alumno, aunque finalmente lo deja ir. Quizá no sea el momento indicado.

### III

Salas parece meditar en silencio mientras observa de nuevo a través de la ventana, cogidas las manos detrás de la espalda ligeramente encorvada. Contempla el aire desolado del patio en el que, apenas dos horas antes, una veintena de adolescentes jugaba en bullicioso desorden. Ahora permanece vacío, recordando el paisaje muerto de una ciudad fantasma extraída de un cuento de

Bradbury, y eso le provoca un aturdido sentimiento de melancolía. El padre Jonás acaba de marcharse cerrando la puerta silenciosamente tras de sí, dejándolos de nuevo solos mientras aguardan la llegada del siguiente profesor. Mira de soslayo a su compañera que observa la puerta, pensativa. Está claro que ha quedado impresionada, tanto por el relato como por el narrador, lo cual hace que aflore una breve sonrisa en sus labios.

—¿Qué le ha parecido? ¿Cree que lo que Alejandro trataba de ocultar a su profesor era que estaba sufriendo acoso por parte de sus compañeros? —le pregunta en tono callado.

—No estoy segura... es posible —replica ella tras un instante de reflexión—. También podría tratarse de otra cosa: conflictos familiares, problemas amorosos... cualquiera de ellos encajaría.

—Yo no soy experto en bullying, pero hasta el momento nada parece indicar que estemos investigando algo más que un simple caso de suicidio por razones desconocidas. Y, sin embargo, hay algo en todo esto que me rechina.

—Recuerde lo del coche, Salas. Eso no fue una simple gamberrada. Estamos incomodando a alguien...

Sin previo aviso, se abre otra vez la puerta dando paso a un hombre bajito y calvo que aparenta unos cincuenta años de edad. Tiene un rostro de aspecto ratonil y sus pequeños ojos —agrandados de forma pintoresca por unas gruesas lentes bifocales— parecen mirar ansiosos a su alrededor, girando en todas direcciones salvo en la de los dos policías. Al percatarse de que ambos lo contemplan con gesto curioso, bufa una desagradable risilla antes de explicarles:

—Soy el padre Vicente, profesor de religión. Imagino que ustedes serán los policías que están tratando de averiguar por qué ese desdichado chico decidió cometer un pecado tan atroz —les dice con voz aguda, infantil.

A Carmen le repele este cura de inmediato. El contraste con el padre Jonás resulta tan clamoroso que por un instante se ve obligada a girar el rostro hacia la ventana para ocultar un mohín de desagrado. Por su parte, Salas permanece impertérrito, aunque con gesto algo más adusto de lo habitual.

—Siéntese un momento si es tan amable, padre —le pide en tono frío—. Por favor explíquese; no acabo de entender lo que quiere usted decir con lo de «pecado atroz».

El padre Vicente abre mucho los ojos y se santigua repetidas veces antes de añadir:

—Por supuesto me refería al pecado de quitarse la vida, agente...

—Inspector, si no le importa.

—Perdone, no me manejo demasiado bien con las jerarquías policiales. Como le decía, la vida es un regalo de Dios-nuestro-Señor, y solo Él tiene derecho a arrebatársela —explica con voz severa.

—Vale. Es suficiente —lo corta Carmen con voz algo alterada.

—Padre, solo le haremos unas sencillas preguntas sobre el muchacho cuya desgraciada muerte estamos investigando, y podrá marcharse —le dice Salas en tono sosegado.

—Usted dirá, inspector. Estoy a su entera disposición —responde el cura, parpadeando con placidez.

—¿Qué podría decirnos sobre el chico? ¿Posee alguna información que nos permita aclarar por qué decidió precipitarse desde la terraza de este colegio?

El pequeño sacerdote, sin apenas tomarse un segundo para reflexionar, como si aguardara la pregunta, responde de forma automática:

—Era un chico extraño, solitario. Atormentado, si me permiten la expresión. Y algo indolente el pobrecillo, al menos durante mis clases.

—¿En qué sentido era indolente? —pregunta la oficial.

—En todos. Nunca participaba en los debates, por ejemplo —explica, aunque parece titubear al final.

Salas, que enseguida lo capta, le interpela de inmediato.

—Me da la impresión de que duda usted, padre.

—Sí, disculpe. Acabo de recordar que hubo una clase en especial que llamó bastante su atención. Fue cuando abordamos el importante tema de la presencia de Satanás en el mundo y de las artimañas que emplea a menudo para corromper el espíritu humano...

El cura permanece pensativo unos instantes. Se muestra incómodo con el interés suscitado entre los dos policías. Quizá teme haber dicho algo comprometedor o indiscreto, pero lo cierto es que ahora parece vacilar.

—Continúe, por favor —debe insistirle el inspector.

—No hay mucho que decir al respecto, la verdad sea dicha. El chico permaneció, contra su costumbre, muy atento a la lección e incluso formuló al final un par de preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Pues... déjeme pensar... recuerdo que estuvo interesado sobre las formas que podía adoptar el Maligno; soy un experto en ese tema; de hecho he escrito varios tratados al respecto que han sido considerados de lo más edificantes...

—¿Y qué le contestó usted?

—Que la mayor argucia del Enemigo es hacernos creer que no existe. Por supuesto lo remití a mi libro, *El engaño del Demonio*, en el que sostengo la idea de que Satanás no necesita disfrazarse debido a que forma parte de la propia naturaleza humana.

De nuevo, Salas y Reverte se cruzan la mirada entre perplejos y divertidos. Al final, el interrogatorio parece estar convirtiéndose en una insólita clase de Teología. Por último, el inspector se encoge de hombros y decide poner punto final a la extraña entrevista.

—Padre Vicente, solo una cosa más antes de que vuelva usted a sus importantes quehaceres. ¿Le consta que Alejandro estuviera sufriendo alguna forma de acoso o violencia por parte de sus compañeros?

Esta vez no pestañea. El curita se limita a negar vigorosamente con la cabeza, mientras replica exasperado:

—¡Por supuesto que no, señores! No duden de que una situación de ese tipo nunca se hubiera permitido en el Francisco de Asís. Es más, les diré que no he conocido un lugar donde se respire un ambiente de amor por Dios y por el prójimo más puro que aquí. Les doy mi palabra...

—Y yo le creo, padre. Puede usted retirarse. Gracias de todas formas —lo corta Salas sin miramientos.

Segundos después, el indignado hombrecillo abandona la habitación dando un solemne portazo, dejando de nuevo solos a los dos estupefactos policías.

Salas, que aún conserva el gesto de desagrado, se rasca la coronilla de manera distraída mientras masculla para su capote:

—¡La madre que lo parió!

# Carlota

## I

Es un día como cualquier otro en la Jefatura Superior de Policía de Murcia. Eso significa que, quien más, quien menos, anda atareado en algún asunto considerado extremadamente importante.

De hecho, el subinspector Manzano comprueba los registros telefónicos del Cochambre, un narcotraficante al que anda pisando los talones desde hace más de seis meses y, mientras escucha una y otra vez al personaje enumerar a su esposa una serie de productos de lo más comunes que debe conseguir en el supermercado para ese mismo día, empieza a convencerse de que el maldito le está enviando un mensaje en clave. Ello significaría que ya sospecha que tiene el teléfono pinchado, lo que para Manzano constituiría una catástrofe; toda la puta operación se iría al garete.

Si dejamos al joven subinspector con sus cuitas y avanzamos hasta el despacho anexo, encontraremos al inspector Márquez acompañado del comisario Padrón-Bravo. Ambos discuten los detalles de una importante operativa que planean llevar a cabo en el barrio de La Fama, prevista para el próximo viernes por la noche. Si todo sale bien, y su informador está en lo cierto, quizá el inspector logre capturar el mayor alijo de droga de su carrera, mientras que el obeso comisario, por su parte, podría conseguir una nueva tercera o cuarta página en el periódico del sábado. Y, con el tiempo, quien sabe... quizá un nuevo ascenso.

Tan solo dos puertas más adentro encontraremos a un individuo de rostro redondo y serio que lee circunspecto frente a la pantalla de su ordenador. Se trata, ni más ni menos, que del inspector jefe Carreras, eminente miembro de las fuerzas del orden que alcanzó la fama meses atrás por dismantelar una banda de narcotraficantes que operaba desde un centro de internamiento de menores. En esta ocasión se enfrenta a un asunto de lo más peliagudo: un crimen cometido en la planta de psiquiatría de un hospital. Lo complica todo el inquietante detalle de que el asesinato se perpetrara en el interior de un despacho cerrado por dentro y de imposible acceso desde el exterior.

Carreras cree estar viviendo una situación de novela de Ágatha Christie. Por más vueltas que le ha dado al extraño asunto se reconoce incapaz de encontrar

una explicación razonable. Se trata de un misterio de los denominados «de cuarto cerrado». Nadie pudo entrar y nadie pudo salir, y sin embargo el crimen se cometió. Por la mente del policía comienza a cobrar forma, cada vez con más fuerza, la loca idea de solicitar la ayuda de ese niño psicópata, Ángel Salazar... Pero dejémoslo también a él de momento y continuemos nuestra particular singladura.

Más allá de una moderna puerta acristalada, de esas deslizantes y silenciosas que se abren automáticamente, se encuentra la unidad de delitos sexuales. Si pudiéramos introducirnos en la impenetrable sala de interrogatorios, descubriríamos cómo la inspectora jefa Cabrera y un asqueado oficial Ramírez bombardean a preguntas a un individuo de mediana edad y rasgos simiescos, llamado Mario Amador Fernández, apodado el Monstruo. Bajo unos modales reposados y un gesto entre despectivo y burlón, se encuentra el violador más contumaz y sádico de la Región de Murcia. Con varias condenas cumplidas por agresión sexual a menores (niños y niñas; el Monstruo no hace distinción de sexos), en estos momentos, apenas dos meses después de su puesta en libertad, vuelve a ser interrogado en relación con otro caso. Esta vez se trata de una niña de apenas cuatro años de edad, cuya madre cometió el grave error de despistarse por un momento en el parque de su barrio mientras conversaba con una vecina. Tan solo dos minutos necesitó para engatusar a la chiquilla con una muñeca de Peppa Pig y conducirla hasta su vehículo.

En esta ocasión, Mario casi comete un homicidio además de la violación, ya que la niña, a consecuencia de la salvaje agresión, sufrió fuertes desgarros en vagina y ano que provocaron a su vez una importante hemorragia. Por suerte, el lugar donde la abandonó para que muriera desangrada —como se abandona un montón de ropa sucia— estaba próximo al hospital, por lo que pudo ser auxiliada a tiempo. Vivirá, aunque el perjuicio psíquico causado por el recuerdo del horror perdurará por siempre en la pequeña Victoria.

Él sabe que no tiene escapatoria, ya que sus fluidos quedaron por todo el cuerpo de la pequeña. Lo puso tan cachondo que se tuvo que correr varias veces durante las cuatro horas que duró la salvaje orgía. Pero no se arrepiente de nada. De hecho, si aún permaneciera en libertad, a estas horas ya andaría al acecho de otra pieza. Ahora volverá a la cárcel, con suerte a Sangonera de nuevo, donde se reencontrará con sus antiguos compañeros. Es consciente de que le esperan un par de semanas algo duras —los violadores no caen muy bien por allí—, aunque posiblemente su abogado consiga que permanezca aislado de los demás, en un

módulo aparte. Protegido, en fin. Deberá esperar otros cinco o seis años a que su buenísima conducta logre reducir la pena que le impongan, para volver a lo suyo...

Como las andanzas del Monstruo no interesan demasiado al devenir de nuestra historia, me permitiré la licencia y el placer de abandonar su compañía para dirigirnos a un lugar ya conocido, situado en el otro extremo de las dependencias. En el austero despacho del inspector Salas hallaremos al susodicho acompañado de su provisional compañera, la oficial Reverte, y a alguien más.

## II

Se trata de una niña. Parece fuera de lugar, encogida en su silla. Sobrecogida bajo la mirada de los dos policías que la observan de hito en hito con aire intrigado. De momento permanece en silencio, intimidada en apariencia; tan solo ha acertado a pronunciar su nombre, Carlota. Al cabo de un rato, y después de tragar saliva un par de veces, parece que se decide. Carraspea.

—Les he visto en el colegio —dice a modo de preámbulo—. Ustedes son los policías que investigan lo de Alejandro, ¿verdad?

—Eso es.

—Nadie sabe que he venido aquí hoy. Ni siquiera mis padres —informa, dirigiéndoles una mirada suplicante: «por favor, me gustaría que esto quedara entre nosotros», parece rogarles.

—No sé lo que vas a decirnos, así que no te puedo garantizar nada —aclara el inspector con cautela creyendo adivinar su expresión.

Es preciosa... preciosa pero triste, se dice el policía. Su piel blanca (sin llegar a pálida) está apenas está señalada por el acné, y sus ojos, de brillante color avellana, muestran una inteligencia sutil y sublime que la envuelven en un halo de belleza intocable.

La muchacha parece vacilar, pero finalmente asiente convencida y continúa:

—De acuerdo, lo entiendo. Hablaré de todas formas. Lo haré por Alejandro.

Salas está empezando a sentir curiosidad. Hasta ahora no han encontrado nada que indique algo relevante. Tampoco lo esperaba, a decir verdad. Sabe que si está investigando este simple suicidio se debe tan solo a que la víctima es hijo de

quien es. De otra forma, lo más probable es que el asunto hubiera muerto antes de nacer, y que a él nunca lo hubieran apartado de sus mujeres apaleadas y sus sórdidas violaciones. Y aunque hay algo que le huele mal en todo aquello, está más que decidido a realizar su informe esa misma semana y cerrar el caso sin más. Tiene cosas más importantes que hacer.

*...Y ahora acude esa niña extraña con una historia que contar y sospecha que no le va a gustar nada.*

—Alejandro y yo éramos novios. Por eso sé que no se suicidó. Alguien lo mató —suelta la cría de sopetón.

Un espeso silencio cae sobre ellos. Ese tipo de silencios extraños que suceden a veces y que suscitan el típico comentario: «ha pasado un ángel». Solo que, en esta ocasión, en lugar de un ángel más bien parece que hubiera caído una bomba.

—¿Qué... qué estás diciendo? —logra balbucear el curtido policía. Carmen Reverte ni siquiera respira.

—Alejandro no se suicidó como dicen todos. Es más, habíamos planeado escaparnos juntos esa misma semana. Alguien lo asesinó. Alguien del colegio.

Salas la mira ahora con una atención distinta. Después de treinta y pico años en el negocio se considera capaz de adivinar si una persona miente con tan solo mirarla, pero para su consternación tiene la impresión de que la niña dice la verdad.

—Está bien, Carlota. Será mejor que comiences desde el principio, ¿no te parece? —la interpela. Al mismo tiempo se sienta en su sillón y, tras indicar con un gesto a su compañera que lo imite, se reclina con suavidad mientras apoya el mentón sobre su mano en actitud de escucha.

Y Carlota, la niña de ojos avellana, comienza a hablar. Primero despacio, con torpeza, escogiendo las palabras cuidadosamente. A medida que transcurren los minutos su discurso se vuelve más ágil y su voz se escucha cada vez más clara y enérgica.

—Alejandro y yo nos conocimos a primeros del mes de septiembre, nada más comenzar las clases en el instituto. Aunque asistíamos a aulas distintas, coincidíamos a la hora del recreo. Han transcurrido ya tres meses, pero lo recuerdo todo como si hubiera pasado ayer mismo. Él se encontraba en el campo de fútbol, jugando con los demás chicos mientras yo, sentada en las gradas, fingía leer un libro. En realidad lo miraba a él. Creo que me enamoré desde el principio —en este momento, Carlota enrojece hasta las raíces del cabello y

agacha la mirada—. En ningún momento me imaginé que pudiera interesarse por mí: era un chico tan guapo y tenía ese aire de indiferencia o indulgencia... no sé bien cómo explicarlo. Era como si no le interesaran las cosas normales.

—Sé perfectamente lo que quieres decir, continúa por favor —dice Carmen con suavidad.

—Bueno, el caso es que... en un momento del juego, Alejandro se lesionó y salió cojeando del campo. —Mientras rememora el suceso, a Carlota se le escapa una solitaria lágrima que trata de ocultar con un breve parpadeo, lo que provoca otra pausa.

—Tranquila. Tómate tu tiempo. No hay ninguna prisa —trata de apaciguarla Carmen con un gesto.

—En realidad, la lesión no era tan grave como pareció en un principio. Sospecho que no deseaba seguir jugando, que había exagerado un poco para poder abandonar el partido. Así que se sentó a mi lado y comenzó a hablarme.

—¿De qué hablasteis? —inquire Salas impaciente.

—Me dijo cómo se llamaba y dónde vivía. También que esa era su primera semana en el colegio y que tenía un poco de miedo a no encajar; cosas sin importancia en realidad —añade ruborizándose—. Por mi parte le hablé de mí y de mi familia un poco, sin entrar en detalles... Y así empezó todo. Al día siguiente continuamos viéndonos en el mismo sitio, a la hora del recreo. Él fingía que le dolía la pierna aún y se quedaba conmigo...

De nuevo se detiene. De nuevo parece avergonzada. De nuevo vacila, antes de seguir hilvanando a trompicones su pequeña historia de amor.

—Un día, quizá una semana después de aquello, me insinuó que me quería y me preguntó si querría salir con él. A partir de ese momento comenzamos a quedar a la salida del cole para caminar juntos hasta la parada del autobús. En el colegio, sin embargo, solo nos veíamos de manera ocasional para evitar problemas.

—¿Qué clase de problemas? —pregunta Carmen con extrañeza.

—Bueno, los curas siempre lo han dejado claro: no quieren líos entre alumnos. Es una estúpida norma que ha existido siempre, desde que el colegio se convirtió en mixto; ellos dicen que es para salvar *el recato* del centro, pero Alejandro y yo estábamos convencidos de que simplemente se debía a que sentían un poco de envidia... como ellos no pueden... —repite con un bufido.

—Antes has comentado que sabías a ciencia cierta que Alejandro no se suicidó, ya que planeabais marcharos juntos. Acláranos eso, por favor —interviene Salas tratando de reconducir la entrevista.

—Existían otras circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Alejandro estaba teniendo dificultades.

—¿En su casa? ¿Con compañeros del colegio?

—No lo sé... no lo creo —replica Carlota dubitativa—. Verán, Alejandro era una persona muy sensible e inteligente, pero en ciertos aspectos resultaba algo enigmático.

—¿Crees que guardaba algún tipo de secreto?

—No sé... Podría ser. Nunca me quiso contar nada concreto. Eran sobre todo frases sueltas o silencios extraños e inquietantes los que me hacían pensar que le ocurría algo malo. Cuando en alguna ocasión le preguntaba al respecto, se limitaba a decirme que era mejor que yo no supiera nada, por mi propia seguridad.

—¿Recuerdas alguna de esas frases? Podría ser importante —inquire de nuevo el inspector.

—Una en particular. Y de forma muy vívida porque me impactó bastante. Acabábamos de salir del colegio y nos dirigíamos como siempre a la parada de autobús más próxima. Yo ese día estaba especialmente feliz ya que había conseguido una nota muy buena en el examen de literatura y parloteaba sin cesar a su lado, sin reparar en que él, por el contrario, se mostraba taciturno y silencioso. En un momento dado se detuvo y clavándome la mirada de una forma extraña, me dijo: «Ellos están cada vez más cerca. Lo noto. Veo cómo me observan, cómo esperan el momento idóneo para destruirme a mí y a los que amo. No sé cuánto tiempo pasará antes de que lo consigan, pero nunca permitiré que te hagan daño.»

—¿Ellos? ¿Quiénes eran «ellos»? —interrumpe el inspector conteniendo el aliento.

—No lo sé; nunca me lo quiso decir. Decía que cuanto menos supiera del asunto, mejor.

—¿Y después? ¿Qué ocurrió a continuación?

—Una tarde comenzamos a planear nuestra fuga. Dijo que era urgente para él desaparecer, huir, marcharse lejos para salvar a su familia. En un principio traté de disuadirlo, pero cuando me convencí de que estaba decidido a hacerlo, le aseguré que lo seguiría adónde quiera que fuese... y lo hubiera hecho —afirma convencida ahogando un tímido sollozo.

—Una pregunta más. Encontramos esta nota en el bolsillo de Alejandro —dice Salas mostrándole las dos cortas líneas—. «No puedo seguir así... y no lo haré. No lloréis por mí». Parece la clásica nota de suicidio, ¿podrías aclararnos su significado?

Carlota frunce el ceño, sorprendida. La examina con atención durante casi un minuto, antes de indicar:

—Es su letra, de eso estoy segura. Pero no entiendo qué significa... —después levanta la cabeza y lo mira desafiante—. Él no se suicidó. Si piensan eso es porque no conocían en absoluto a Alejandro.

La improvisada entrevista ha terminado y el silencio se adueña otra vez del despacho. Salas entonces lo abandona disimuladamente para dejar que Carlota se desahogue con tranquilidad; parece que hablar de ello ha desatado el dolor de la pobre niña, que ahora se deshace en sollozos entre los brazos de su compañera.

Pragmático como siempre, analiza meticulosamente las posibilidades que se abren en la investigación a la luz de sus declaraciones. Está seguro de que Carlota ha dicho la verdad (o al menos ella lo cree así), pero al aceptar su versión también debe afrontar el hecho de que ya no se enfrenta a un claro caso de suicidio, sino a algo más siniestro.

De momento, al parecer, no podrá emitir ningún informe.

# Alejandro

## I

—Esto lo cambia todo. Imagino que se da cuenta, ¿verdad? —interpela Carmen Reverte a su adusto compañero.

Hace rato que Carlota se marchó de Jefatura. Bastante más calmada que a su llegada, su rostro, sereno y limpio a pesar de la huella dejada por el llanto, evidenciaba que se había quitado un pesado fardo de encima. Sus ojos brillaban ahora bajo una nueva luz, mezcla de esperanza y alivio.

—Sí —asiente el interpelado torciendo levemente el gesto—. Entre otras cosas, significaría que no estamos ante el suicidio de un adolescente, que es, según creo, la razón por la que usted vino aquí —le recuerda.

Carmen asiente con gesto irritado, antes de contestar:

—Lo sé, pero deseo continuar en esto. Puede ser que el crío sufriera violencia de cualquier otra clase, en cuyo caso mi experiencia como psicóloga podría resultar muy útil —recalca de manera atropellada.

El tono de sus palabras no logra convencer al veterano policía, que contesta con displicencia.

—La declaración *no oficial* de la niña —no olvidemos ese detalle— podría indicar que nos hallamos ante un posible homicidio. Si esto se confirmara, el asunto pasaría a ser investigado por otra unidad policial. No obstante, en mi opinión, de momento debemos seguir trabajando como hasta ahora y ver qué averiguamos —le explica en tono sobrio.

Al oír esto, el rostro de Carmen se ilumina con una leve sonrisa que no pasa desapercibida para el veterano policía, que se apresura a añadir:

—Deseo aclararle una cosa. En el momento en que aparezcan indicios serios de que el niño murió asesinado, se acabará el trabajo para nosotros. Y usted regresará a Madrid, ¿entendido? —le advierte.

«Maldito caimán resabiado», piensa la joven oficial, mirando frustrada a su superior. Por un momento, había llegado a considerar con respeto al inspector Salas, pero esta última admonición logra que vuelva a verlo como lo que es en

realidad: un viejo policía obsoleto y fracasado. Un timorato dinosaurio, que perdió el entusiasmo por su trabajo hace demasiado tiempo.

—Creo que deberíamos visitar a los padres del chico. Ahora estoy seguro de que nos ocultaron información —masculla él reflexivo y huraño, tableteando con impaciencia sobre la mesa.

El trayecto hacia el domicilio de Alejandro transcurre, por tanto, en un incómodo silencio con el que la psicóloga trata de castigar al inspector. Se siente furiosa y decepcionada al mismo tiempo. Un asesinato en un colegio religioso podría ser el espaldarazo que necesita para encarrilar su carrera y cerrar antiguas heridas. Y el viejo estúpido que conduce a su lado manejando el volante con la aprensión típica de la gente mayor, parece empeñado en arrebatárselo.

Por otra parte —y esto le cuesta más reconocérselo a sí misma—, si la apartan del caso se verá obligada a regresar a Madrid, donde la cruda realidad de su frágil mundo la aguarda impaciente para seguir causándole dolor: su hijo, su Adrián, quien afortunadamente ignora por qué solo puede ver a su mamá los fines de semana, siempre bajo la vigilancia estrecha y la mirada desaprobadora de su abuela.

Deberá retornar a la rutina de la visita obligatoria de carácter mensual a su psicoterapeuta, una severa psiquiatra de rostro cerúleo y mirada intensa, adscrita a los servicios médicos de la policía, cuya auténtica misión consiste en verificar que sigue limpia, que no ha vuelto a probarlo. De ella depende, del informe que emita a final de año, que pueda conseguir una relajación en el régimen de visitas...

—¿Está bien? La noto ausente —pregunta su compañero titubeante. Parece haber detectado algo en su gesto, además de su rabia.

—Son cosas mías —responde ella en tono seco—. No se preocupe, se me pasará.

—De acuerdo —contesta él, mientras detiene el vehículo de nuevo frente al lujoso palacete de Espinardo—. Hemos llegado.

En esta ocasión es la madre, Rocío, quien sale a recibirlos. No puede evitar un gesto de extrañeza al verlos, aunque se rehace con prontitud, invitándolos a pasar al interior con sus modales obsequiosos y elegantes.

—Mi marido ha salido, pero no tardará en regresar —explica a modo de disculpa—. Poco a poco trata de volver a sus ocupaciones. Aunque el señor Presidente, con gran amabilidad, le ofreció sustituirlo de forma temporal,

Marcos ha preferido retomar su agenda. Dice que el trabajo es su mejor terapia. Yo, sin embargo, ya ven, aquí sigo.

—No se preocupe, señora. Quizá pueda usted ayudarnos igualmente —contesta Salas tomando asiento en el precioso sillón de estilo victoriano que le ofrece su anfitriona.

En el rostro de la mujer, demacrado y castigado por la pena, se aprecian signos aún del llanto reciente. Sus ojos, cargados de pesadas ojeras, parecen apagados, como sin vida. Carmen sospecha que lleva varios días sin dormir; probablemente se encuentre en las primeras fases de una depresión.

—Trataré de ser lo más breve posible. No quiero causarle un dolor innecesario —dice el inspector en tono afectado—. Verá, a lo largo de nuestras pesquisas hemos conseguido hablar con alguno de sus compañeros más íntimos y sus manifestaciones nos llevan a pensar que Alejandro podía haber estado sufriendo algún tipo de amenaza... —En este momento se detiene en una especie de pausa dramática y clava su mirada en la de Rocío antes de proseguir—. En la anterior visita, ustedes nos aseguraron que desconocían una circunstancia de este tipo. Quizá no fuimos muy precisos al formular la pregunta entonces, así que se la haré de nuevo: Alejandro, su hijo, ¿les dio alguna vez la sensación, o les verbalizó de cualquier forma, que se sintiera amenazado por alguien? Por favor, medite bien la respuesta, es más importante de lo que parece.

Primero sorprendida, después implorante y, finalmente, resignada. Esa es la sucesión de emociones que Salas ha creído percibir en el rostro de la apenada madre. Por último, asiente con la cabeza y, tras enjugarse una lágrima que pugna por brotar de sus ojos cansados y enrojecidos, hace ademán de comenzar a hablar. Sin embargo, cuando aún no ha despegado los labios, una voz que parece un exabrupto les llega desde el otro extremo de la habitación:

—¿Alguien podría explicarme qué significa esto?

Todos se muestran sorprendidos. Todos menos Salas, que mira irritado hacia la puerta por donde aparece la conocida y elegante figura de Marcos Guillén Robles.

—Buenos días, señor Delegado del Gobierno —dice levantándose del sillón con ademán ceremonioso—. Esto significa, ni más ni menos, que hemos obtenido nueva información relativa al supuesto suicidio de su hijo y necesitamos aclarar algunos detalles.

—Debería haber llamado antes para concertar una cita conmigo y no presentarse en mi casa de esta manera, de improviso... —comienza recriminarle en tono alterado mientras abre y cierra las manos de forma compulsiva.

—Eso hubiera hecho, por supuesto, en caso de que mi intención fuera la de ser recibido por usted en razón de su cargo para algún asunto de interés público. No obstante, estoy aquí en calidad de policía investigando un caso de muerte y ustedes son los padres de la víctima, por lo que no lo he considerado necesario —replica el inspector con aplomo.

—¡Están aquí porque yo lo ordené, entérese bien! —Resulta evidente que al político no le gusta que le contradigan y mucho menos que lo pongan en su sitio, ya que continúa en el mismo tono—. ¡Solicité a su jefe al mejor hombre para que investigara las circunstancias en que se produjo la desgraciada muerte de mi hijo! ¡Alguien capaz, discreto y que estuviera a la altura! Veo que se ha cometido un grave error...

Salas resopla, mientras maldice de nuevo al viejo para sus adentros, pero continúa inflexible:

—Señor, haga lo que crea procedente. Si ese es su deseo, puede llamar al comisario Escobar y pedirle que me releve del caso —añade, fingiendo ignorar las miradas de consternación de su compañera.

—¡Lo haré! ¡No lo dude ni un segundo...!

—Sin embargo, le pediría que antes me escuchara —lo interrumpe haciendo un gesto con la mano e invitándole a sentarse.

Y, sorprendentemente, Marcos Guillén, el máximo responsable de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado en Murcia y uno de los políticos más prometedores del panorama nacional, se sienta frente a él tras un instante de duda.

Salas se la ha jugado todo a una carta. O consigue la colaboración de Guillén —y con ello la información que necesita y que le están negando de manera persistente—, o lo expulsan del caso y arruinan para siempre su ya maltrecha carrera; aunque esto último, a decir verdad, no le preocupa demasiado.

—De acuerdo. Hable —le apremia en tono autoritario.

Salas vuelve a resoplar y, tras dirigir una breve mirada a su compañera —que parece desear encontrarse en cualquier otra parte— y a la esposa de Guillén —quien se muestra apenada, además de nerviosa—, comienza a relatar las

revelaciones de Carlota. Cuando minutos después finaliza su narración, guarda silencio con el fin de dar tiempo a que calen sus palabras.

Los dos lo miran con la sorpresa reflejada en sus rostros. Sorpresa y algo más. ¿Miedo? ¿Culpa? ¿Recelo? Después, y tras un gesto de asentimiento por parte de su esposa, Marcos Guillén se dirige a él. Su voz ya no es colérica; por el contrario, muestra resignación y una profunda tristeza:

—Está bien. Creo que será mejor que lo sepa. Tendrá que disculparnos, pero debe comprender que tan solo deseábamos proteger la memoria de nuestro hijo... Alejandro estaba en tratamiento psiquiátrico desde hacía más de seis meses. Según su psiquiatra, el doctor Besteiro, padecía un trastorno que a veces le hacía creer en cosas que no eran reales.

«¿Querías proteger el recuerdo de tu hijo o tu carrera política?», se pregunta el inspector, aunque no dice nada.

—¿Una psicosis? ¿Esquizofrenia? —interviene Reverte.

—¡Mi hijo no estaba loco! —replica el padre volviendo a aparecer un destello de ira en su voz.

—Disculpe a mi compañera, señor Guillén. Continúe, por favor —le pide Salas ignorando de nuevo a la oficial.

—Alejandro padecía algún problema relacionado con los nervios y el estrés. No era un demente... —trata de explicar bajando la mirada como avergonzado.

—Señor Guillén, necesitaremos hablar con ese psiquiatra, confío en que lo entienda.

El político oculta su rostro entre las manos. Parece reflexionar: como si en su interior se librara una dura batalla. Y en realidad eso es lo que ocurre. Su ego se debate entre la vergüenza por su hijo y el amor hacia él... Y el miedo al escándalo... Y el temor a que su carrera política se vaya al traste... Y, finalmente, la culpa que lo corroe.

Así que levanta la cabeza y asiente resignado.

—De acuerdo. Les daré su teléfono y su dirección. Además, hablaré con él para que les permita acceder a su historial.

Salas, impresionado a su pesar por el profundo abatimiento que muestra ahora el antes colérico rostro de Marcos Guillén, asiente también de forma imperceptible.

—Se lo agradezco, señor. No tema; la información será tratada de manera confidencial. Nuestro interés tan solo radica en llegar al fondo de este asunto y esclarecer la verdad.

—Eso espero, inspector. Eso espero.

Y en estas últimas palabras, Salas percibe un sutil aire de advertencia.

## II

El despacho de un psiquiatra no se parece en nada al de cualquier otro médico. De hecho, mientras que el resto de especialistas suelen diferenciar claramente entre la consulta —lugar donde se realizan las exploraciones de rigor— y el despacho —destinado a la entrevista inicial y las transacciones comerciales—, un psiquiatra solo precisa para ejercer su profesión de una pequeña habitación, una mesa y dos o tres sillas.

Es por ello, entre otras cosas, que antaño se consideraba a la Psiquiatría como la cenicienta de las especialidades médicas, aspecto este potenciado a veces por dichas especialidades, algunas de las cuales pretendían que solo cardiólogos, neurólogos, oncólogos y resto de «ólogos» pudieran ser considerados como auténticos médicos de prestigio.

Por fortuna, con el tiempo se ha ido modificando esta concepción, tanto en la población en general como entre los propios miembros de la ilustre profesión médica. En parte por el importante cuerpo de conocimientos que se ha ido generando en torno a la salud mental y en parte también, quizá, porque muchos de estos ilustres médicos han tenido que recurrir en ocasiones a la consulta de un psiquiatra...

De los dos policías que, tras presentarse a la recepcionista, penetran en el despacho del reputado psiquiatra esa mañana, solo la oficial Carmen Reverte está familiarizada con estos lugares.

Le sorprende el aire de dandi que desprende el afamado doctor. Es un hombre de mediana edad y elevada estatura. Ojos marrones que bizquean un poco al concentrar la mirada y pulcro cabello estudiadamente peinado, a fin de disimular la creciente alopecia que comienza a aparecer a nivel de la coronilla. Sus modales afectados y su discurso pedante despiertan de inmediato el rechazo de la oficial, que se muestra todo lo cortés que puede ser hoy día un psicólogo en presencia de un reputado psiquiatra.

—Siéntense, por favor —les dice ofreciéndoles sendos sillones de moderno diseño minimalista.

«Demasiado bajos», rumia Salas cuando ocupa con cautela uno de ellos. «De aquí voy al suelo, seguro».

—Buenos días, doctor. Creo que el señor Guillén le ha informado ya...— comienza a decir.

—Sí, por supuesto. Ayer mismo recibí su llamada... ¡Pobre hombre! ¡Y qué entereza! —exclama con aire pesaroso.

—Sí. El golpe ha sido duro. En ese caso, le habrá comentado nuestro interés por conocer el estado psíquico de su paciente.

En lugar de responder, el psiquiatra despliega una gruesa carpeta A/Z de la que comienza a extraer páginas escritas a ordenador. Parece buscar entre ellas una en particular, sobre la que finalmente se detiene:

—Creo que no hace falta recordarles que todo esto es información confidencial, protegida por el secreto profesional. Sin embargo, dada la naturaleza de los hechos, y por supuesto, considerando que cuentan ustedes con la autorización de sus padres, estimo que no habrá inconveniente en mostrarles parte de su informe. En concreto, este documento resume mi diagnóstico e impresiones generales sobre el estado psicopatológico de Alejandro —les dice poniendo en sus manos un par de folios.

Carmen se apodera de ellos de inmediato y comienza a leerlos de manera concienzuda. Salas, por su parte, que se ha percatado en un primer vistazo de que el lenguaje del informe resulta incomprensible para él, se limita a observar a su compañera. Esta asiente de vez en cuando y se detiene en partes del mismo, releendo algún párrafo con aire de extrañeza. Poco después lo deja encima de la mesa y se dirige al psiquiatra:

—Según esto, el chico podía estar sufriendo un trastorno psicótico...

—La Psiquiatría es una ciencia muy compleja y, a veces, inexacta. Pero sí, en mi opinión, Alejandro presentaba un cuadro que muy bien podría encajar con un proceso de esa naturaleza.

Salas, convidado de piedra en ese diálogo, los mira con aire enfurruñado antes de intervenir:

—Lamento recordarles que por desgracia no domino la terminología psiquiátrica, así que les agradecería que hicieran el esfuerzo de traducir lo que

ahí dice a un lenguaje más... digamos comprensible para el común de los mortales —observa con ironía.

—Disculpe, inspector. Si me lo permite le resumiré mis impresiones sobre mi paciente... trataré de usar términos vulgares para que pueda usted entenderlo — replica Besteiro en el mismo tono.

—Por favor, sea usted lo más vulgar posible. Se lo agradecería enormemente.

Ignorando el sarcasmo, el doctor comienza a explicar:

—Tras cinco sesiones de terapia individual, en las que realicé distintas entrevistas a fondo a mi paciente, llegué a la conclusión de que Alejandro podía estar sufriendo un incipiente trastorno psicótico, es decir, una dolencia psíquica caracterizada por la ruptura radical con la realidad, con el mundo real. En concreto, en este caso, pude distinguir delirios paranoides de persecución; eso significa que el chico tenía la falsa creencia —generada por su mente— de que estaba siendo perseguido por alguien, o que sobre él y su familia se cernía una grave amenaza.

—Quiere decir que el chico pensaba que alguien deseaba hacerle daño sin que fuera esto verdad —remarca Salas.

Tanto Reverte como Besteiro asienten con energía.

—Eso es —confirma este último.

—¿Me podría describir con más detalle en qué consistía ese delirio? —insiste el inspector. En su tono de voz se distingue una mezcla de resignación y alivio.

—Alejandro era un chico inteligente y sensible, pero algo hermético. Mucha gente piensa que los psicóticos o los esquizofrénicos presentan, además, retrasos o deficiencias a nivel cognitivo, y eso no es así necesariamente. No, señor — declara el médico reclinándose en su sillón. Al mismo tiempo, levanta la mirada hacia el techo y une las puntas de los dedos con aire de erudito en un gesto que a Reverte vuelve a parecerle pedante—. De hecho, tras nuestra segunda sesión, el chico se cerró en banda. Quizá llegara a percatarse en algún momento de que no daba mucho crédito a su historia, no sé... Verán, él creía firmemente en la existencia de un grave complot en el que estaban implicadas fuerzas o entes de carácter místico-religioso que pretendían apoderarse de él o acabar con su familia; eso no me llegó a quedar del todo claro. Una lástima, la verdad —añade tras un suspiro—. Ojalá hubiera podido prescribirle un tratamiento farmacológico, pero debido a la oposición del padre me fue imposible.

—¿Qué quiere decir? —inquire Carmen inclinándose hacia delante con aire

interesado.

—Es muy sencillo. En este tipo de trastornos se ha de iniciar de inmediato un tratamiento a base de neurolépticos, es decir, antipsicóticos, a fin de frenar lo antes posible las ideas delirantes y las alucinaciones, en caso de que aparecieran...

—¿Alucinaciones? —pregunta ahora Salas—. ¿Qué son? ¿Como visiones o algo así?

—No exactamente. Se tratan de alteraciones de la percepción. Pueden presentarse en forma de sonidos o voces, imágenes, olores, sabores... Los órganos de los sentidos perciben objetos que no están ahí. He de decir que en el caso de Alejandro no se daba este fenómeno, o al menos yo no lo detecté.

—¿Y dice usted que el padre se negó a que su hijo tomara tratamiento? —insiste la psicóloga.

—En rotundo. De hecho, su actitud fue siempre negadora y resistente. No llegaba a aceptar que su hijo padeciera un trastorno mental grave.

Los dos policías se dirigen una mirada de comprensión que no deja de advertir el facultativo:

—¿Ocurre algo...? ¿Algo sobre Alejandro que yo ignore?

—Digamos que esta información nos ha despejado bastantes dudas, doctor —explica el inspector evasivo.

Luego, tras un instante de reflexión en el que se observa cierta indecisión, continúa:

—Verá, su paciente tenía una amiga... una amiga íntima. Tan íntima que habían planificado fugarse días antes de que él decidiera quitarse la vida.

Su revelación consigue el efecto esperado. El atildado psiquiatra enarca sus pobladas cejas y en su rostro se observa un gesto de estupor.

—¿Una amiga íntima? ¿Quiere decir que tenía novia? La verdad, a mí nunca...

En ese momento, el teléfono móvil del inspector comienza a sonar de manera insistente. La melodía, un fragmento de la última canción de *El canto del loco*, arranca una sonrisa a Carmen Reverte, que continúa su conversación con el psiquiatra mientras su compañero atiende la llamada.

—Como ha dicho usted antes, su paciente era una persona muy reservada. Afortunadamente confesó sus temores a esa chica, cuya declaración nos pareció

de lo más sólida. En realidad, comenzábamos a albergar dudas sobre el supuesto suicidio de Alejandro.

—Eso es ridículo, señores —se apresura a afirmar el psiquiatra—. Como les he dicho, todas las ideas conspiranoicas de mi paciente provenían de su pobre mente perturbada. Es un caso muy triste, aunque común, por desgracia. La tasa de suicidios entre psicóticos es muy alta. Muchas veces, acuciados por la angustia que les ocasionan sus terribles delirios; otras, sin embargo, en momentos de lucidez, al hacerse conscientes de su mal. El caso es que muchos terminan optando por quitarse la vida, incapaces de soportar ese sufrimiento.

—Comprenda que hasta ayer mismo desconocíamos que Alejandro padeciera algún tipo de enfermedad mental, doctor. Y nuestra obligación es agotar cualquier línea de investigación que surja...

En ese momento, Salas cuelga el teléfono y les dirige a ambos una mirada grave y reflexiva. Carmen conoce ya lo suficiente a su compañero como para adivinar que algo le inquieta. A pesar de todo, no puede evitar una mirada de extrañeza ante la pregunta que este formula a continuación.

—Entonces doctor, ¿asegura usted que cuando alguien padece ese trastorno que dice es incapaz de percibir la realidad? ¿Que inventa conspiraciones inexistentes y enemigos imaginarios?

—Bueno, más o menos, aunque no exactamente —replica vacilante el psiquiatra.

—¡Vaya! —exclama el policía rascándose la coronilla, preocupado—. En ese caso, me temo que hay algo que no termina de encajar en todo esto. O su diagnóstico no es preciso, o hay que revisar algunas teorías psiquiátricas...

—¿Qué está usted diciendo? ¿Cómo se atreve...? —replica el facultativo adoptando un aire ofendido.

—Pues verá, doctor, acaban de comunicarme algo que me da derecho a «atreverme» —le interrumpe el policía elevando la voz un tono—. La chica, Carlota, la pretendida novia de Alejandro de quien hablábamos hace poco...

—¿Qué pasa con ella? —exclama ahora Carmen Reverte preocupada.

—Está muerta —le contesta en tono sombrío su compañero—. La acaban de encontrar en el patio del colegio. En el mismo lugar que Alejandro. De la misma forma.

—¿Otro suicidio? —interviene el psiquiatra.

—No. Me temo que esta vez el asesino se ha visto obligado a emplearse a fondo. Han hallado señales de violencia en el cuerpo.

# ¿Asesinato?

## I

Los de la científica han terminado ya su trabajo y en pocos minutos se procederá al levantamiento definitivo del cadáver. Carlota permanece mientras en el asfalto, a tan solo unos metros de sus curiosos compañeros que la contemplan espantados al otro lado de la ondulante cinta policial. Su cuerpo, cubierto por una fina sábana, es un pequeño e inquietante despojo en medio de la vasta extensión del patio, igual que hace una semana lo fue también su amigo.

Salas recuerda la fotografía aparecida entonces en el periódico: la imagen borrosa de otro niño en la misma posición, en el mismo lugar, rodeado de alumnos fascinados y profesores atónitos que se agolpaban como abejas a la miel, señalando con gesto de estupor algunos o curioso morbo otros. Recuerda también al veterano Bastida y a su compañero, tomando notas en un pequeño cuaderno de tapas deslucidas sin reparar en que un fotógrafo los acababa de inmortalizar... Pero una fotografía, al fin y al cabo, no es más que una fría y muerta representación de la vida, en nada parecida a la realidad que, ahora sí, le ha alcanzado de lleno.

Qué incomprensible, a veces, resulta todo.

Carmen Reverte, a su lado, está sin duda impresionada y no le extraña. Hace unas horas, el cuerpo que en este instante yace bajo la impersonal sabanilla azul, respiraba y pensaba. Y sufría. Y amaba. Y ahora, allí, su cadáver viene a recordarle, de forma repentina y terrible, lo frágil que puede ser la existencia. La joven oficial de policía parece haber acusado el golpe. Sus grandes ojos verdemar permanecen demasiado abiertos, resistentes a parpadear, quizá para evitar que aparezcan las lágrimas que pugnan por salir. Es la típica imagen de alguien que trata de simular una fortaleza e indiferencia que en realidad no siente.

Salas la mira y, por un momento, recuerda que ignora casi todo de su nueva compañera. Podría ser madre o hermana o tía de alguna niña de esa edad. Él sabe, porque se lo han contado sus compañeros, que cuando un poli se enfrenta a la muerte de un menor, su primer pensamiento es para su hijo o su nieto, a quien ven indefectiblemente representado en la víctima. Y que cuando contemplan al

pobre crío asesinado, maltratado o violado, dan gracias a Dios porque los suyos estén bien.

—Va a ser complicado que podamos seguir con el caso —apunta por decir algo.

—¡Ni lo pienses! ¿Me oyes? —exclama ella furiosa—. ¡El caso es nuestro!

—Carmen —comienza él azorado. Por primera vez en muchos años de carrera, se muestra vacilante.

—Esta niña no tenía que haber muerto, Salas. Tú lo sabes. Debimos prever que algo así podía suceder y, a pesar de ello, la dejamos ir sin protección alguna —dice en tono exaltado.

—Escúchame un momento...

—Pudimos haberla salvado, Augusto—insiste. Sus brillantes ojos arrasados por lágrimas que se niegan a caer todavía se clavan en los del inspector, al que por vez primera acaba de llamar por su nombre de pila.

Salas sabe que su compañera está siendo injusta. Las declaraciones de Carlota habían sido demasiado vagas e imprecisas como para justificar una medida de vigilancia como la que ella acaba de sugerir. A pesar de todo, sus palabras despiertan en él una ira sorda, quizá no tan vehemente como la de su compañera, pero igual de poderosa porque es la ira propia de las personas tranquilas y pacíficas. No obstante, calla. Con los labios apretados se inclina sobre el cadáver y retira parcialmente la sábana, contemplando el rostro petrificado de la chiquilla. Su semblante, torcido en un gesto de terror y sorpresa, sirve para aumentar si cabe la rabia del veterano policía, quien sin embargo se obliga a examinar con detenimiento a la víctima. Su mirada experta recorre con meticulosidad cada detalle de su cara —en la que se aprecian con claridad las señales de feroces puñetazos—, sus labios inflamados y cubiertos de sangre ya reseca, y por último su cuello, donde se adivinan las marcas infligidas por los dedos del asesino.

—El maldito se ha ensañado con ella —dice con voz sofocada—. Hijo de puta —añade para su capote, mientras cierra un puño con rabia.

En su fuero interno está decidido. Su compañera tiene razón: el asunto es suyo.

—Subamos a la terraza —le ordena en un susurro.

## II

Carmen se asoma al borde, el mismo lugar desde donde precipitaron a Carlota, y se estremece. Debe haber unos doce metros de altura, lo equivalente a un edificio de cuatro plantas. Suficiente para provocar la muerte en el acto. Salas apenas le presta atención; en cuclillas, examina el suelo con interés.

La terraza del colegio es una amplia superficie de unos quinientos metros cuadrados en la que se ubican una treintena o más de pequeños trasteros cerrados con llave. El suelo, de viejo y desgastado ladrillo rojo, aparece tapizado de papeles arrugados, antiguas colillas, y alguna lata cubierta de orín. Se trata, salvo por su enormidad, de una terraza común y corriente que genera en Carmen impresión de abandono y dejadez. Hasta huele mal.

Por ese suelo sucio su compañero gatea ahora, explorando palmo a palmo.

—¿Y si hubiera huellas? —se atreve a sugerirle—. ¿No podrías borrarlas?

—Los de la científica ya pasaron por aquí. Solo han encontrado huellas de zapatos. Algunas de ellas podrían pertenecer a Carlota, aunque no están seguros.

—¿Y las otras?

—Hay al menos cinco tipos diferentes que se dejaron en distintos momentos. Imposible identificarlas —masculla su compañero con irritación.

Carmen opta por guardar silencio. No está el horno para bollos y, por otra parte, le agrada el interés que parece mostrar ahora Salas por el caso.

—¿Qué buscas, si puede saberse? —vuelve a preguntar al cabo de un rato. Su compañero sigue gateando hacia atrás, alejándose de manera paulatina del lugar de donde presumiblemente arrojaron a Carlota. Se limita a levantar una mano, como pidiendo tiempo, pero no le contesta. Por el contrario, continúa con la cara casi pegada al suelo, como si estuviera olisqueando algo.

—De acuerdo —dice resignada cruzándose de brazos.

Aburrida, posa su mirada sobre los trasteros. Aunque muy alejados del lugar, atraen su atención por su disposición aparentemente arbitraria que parece conformar una suerte de intrincado laberinto. Las distancias entre ellos difieren de forma llamativa. Mientras que en algunos casos dejan auténticos callejones, en otros apenas los separa una fina rendija. Da la impresión de que se han ido construyendo a medida de las necesidades y no siguiendo un plan establecido.

En ese momento, Salas lanza un breve gruñido. Decididamente, su compañero no es muy expresivo:

—¿Qué ocurre? ¿Has encontrado algo?

—Podría ser —dice él mientras contempla un pequeño objeto en la palma de su mano—. Solo se trata de un botón, pero aún tiene prendidos restos de hilo. Ha sido arrancado hace poco.

—¿Y cómo se les ha pasado por alto a los compañeros de la científica?

—Estaba aquí, en este rincón, pegado al resquicio de la puerta de acceso. Quizá no lo vieron o no lo consideraron importante... —sugiere Salas sin mucho interés—. Lo cotejaremos con los botones de la camisa de Carlota. Si no coincidiera con ninguno de ellos, podría pertenecer a su asesino —añade poco convencido.

—Bueno. Algo es algo, ¿y los trasteros? —sugiere señalando las pintorescas construcciones.

—Están cerrados con llave. Habrá que pedir autorización al director del colegio... o en su defecto, una orden judicial —explica Salas con aire de fastidio.

—Bueno. Esperemos que esta vez ese capullo se muestre más colaborador.

Salas le devuelve una mirada escéptica. Es evidente que no comparte su optimismo.

### III

Treinta minutos después, dos policías muy cabreados abandonan el recinto del colegio con paso apresurado. Carmen no deja de lanzar imprecaciones y miradas amenazadoras hacia el vetusto edificio. Su máximo responsable, el padre Ramiro, acaba de negarles el acceso a los trasteros.

—¡Maldito fanático reprimido de mierda! —exclama por tercera o cuarta vez—. ¡Deberíamos acusarlo de obstrucción a la justicia!

—Tranquilízate, de nada sirve perder los estribos, y probablemente nos estén observando en estos momentos —le dice su compañero, que sigue manteniendo su gesto ceñudo—. Esta tarde solicitaré al Juez de Guardia una autorización y mañana mismo podremos efectuar el registro.

Apenas ha abierto la boca ante la diatriba del religioso, que trataba de justificar su postura apelando al *sagrado* derecho a la intimidad. La hipocresía del severo clérigo no parece conocer límites. Pero mañana, con la orden judicial en la mano nada podrá hacer, piensa el veterano policía.

Ahora solo falta convencer al viejo.

## IV

—Conoces cómo va esto mejor que yo, Salas—le espeta Escobar en tono agrio—. No insistas, por favor.

—Raúl, tú sabes que nunca te he pedido nada. Ni un puto día libre. Y me debes el culo.

—Joder, Augusto, no me toques los cojones, hostia —replica este mirando de soslayo a Carmen Reverte que asiste impávida al choque.

Salas, percatándose de ello, dirige una significativa mirada a su compañera, quien abandona el despacho en silencio. Una vez se cierra la puerta, el inspector vuelve a la carga.

—Escucha, viejo, este asunto puede convertirse en algo muy delicado. Estamos hablando de posible asesinato. Y resulta que una de las víctimas no es otro que un hijo del Delegado del Gobierno. Sé que los homicidios corresponden a otra unidad, pero todo esto podría estallar en nuestras manos. Déjame que investigue un poco más. Te doy mi palabra de que cuando logre algo sólido se lo dejaré a los muchachos. No me interesan las medallas, ya lo sabes.

El comisario se muestra pensativo durante un instante. Reconoce que su viejo amigo tiene razón, aunque le cuesta dar su brazo a torcer. Escobar siempre ha tratado de ceñirse a las normas, de seguir los protocolos de manera escrupulosa, haciendo gala de una actitud que a veces ha sido tildada de recalcitrante. Por eso ha llegado a ocupar un puesto notable dentro de la jerarquía policial. Bueno, por eso y por su capacidad innata de adaptarse a los cambios de aires, de aprovechar el viento de cola sin llegar a perder del todo sus valores.

Como en este caso.

—¿Y tú qué interés tienes en todo esto? —le espeta al inspector. Es la primera vez que su amigo se empecina de esa forma por llevar un caso. Hasta ahora, siempre lo ha considerado un policía experimentado y hábil, incluso brillante. Y sobre todo carente de toda ambición; por eso no le cuadra en absoluto la actitud de su colega.

Salas no contesta de inmediato, sino que arruga el ceño; por un instante parece debatirse en la duda, como si estuviera escogiendo las palabras. En realidad, el

veterano inspector se resiste a desvelar sus motivaciones. Podría limitarse a decir que le ha puesto de muy mala hostia que alguien liquidara a la niña, pero esa no es la única razón. Salas está jodido porque no puede quitarse de encima la sensación de que alguien se la ha jugado. Ha sido una de esas raras ocasiones en las que no lo ha visto venir y eso le cabrea. Mucho.

—Ninguno. Solo que me gusta terminar lo que empiezo.

—Esa no es una razón, coño.

—¿Quieres que te suplique? Está bien, te lo suplico. Dame una semana más. Tan solo siete días —le dice en tono más bien desafiante. Salas no sabría suplicar aunque su vida dependiera de ello—. Vamos. Me lo debes... acuérdate de aquel asunto de las Olimpiadas...

Escobar resopla con disgusto al escuchar al inspector evocando ese capítulo de su vida. Es la primera vez que su amigo le hace algo así; Salas no es de los que suelen reprochar los favores pretéritos. Parece ser que su viejo amigo *quiere* de verdad ese caso.

—Está bien —dice finalmente tras meditar un instante más—. Hecho. Una semana. Después de eso vuelves a tus mujeres maltratadas.

—De acuerdo. Gracias —replica Salas en tono hosco.

—Otra cosa —añade mientras se reclina en su amplio sillón giratorio y dibuja una sardónica sonrisa en su rostro de pergamino.

—¿Qué?

—Cuando todo esto acabe, *tú* me deberás a mí un favor, camarada...

Cinco segundos más tarde, Salas sale del despacho del viejo. Su rostro pétreo resulta inescrutable para su impaciente compañera, que lo mira de hito en hito, expectante.

—¿Y bien? —pregunta al fin incapaz de aguardar un segundo más.

—Vamos. Tenemos trabajo —le espeta él en tono grave a modo de respuesta.

## V

El revés que sufren la mañana siguiente casi hace perder la flema al veterano sabueso. Algo se barrunta cuando los recibe un director totalmente distinto al de

la tarde anterior. En lugar del gesto severo de costumbre, muestra una sonrisa de oreja a oreja. Casi parece feliz. Pletórico, de hecho.

Tras un breve vistazo a los dos folios que contienen la autorización judicial — tan breve, que es imposible que haya podido leerla en realidad— les indica con solemne gesto el camino, sin formular queja alguna.

—¿Y las llaves? —pregunta el inspector, suspicaz.

—¿Llaves? ¡Ah, claro! Pueden recogerlas en secretaría. Ya están informados.

Tras un fugaz paso por las citadas dependencias, donde un sorprendido bedel les hace entrega de un pesado y herrumbroso manajo de llaves, Salas, seguido por su compañera, se dirige hacia las escaleras que conducen de nuevo a la terraza. Su paso ahora es apresurado, y a pesar de que en su rostro apenas se han producido alteraciones, su mirada fría y colérica permite adivinar que por la mente del inspector cruzan ahora espesos y oscuros nubarrones de sospecha.

—¿Qué ocurre? —pregunta escamada su compañera, que apenas ha abierto la boca en todo ese tiempo. Sin embargo, el inspector insiste en su obstinado silencio.

Unos minutos después, un desconocido Augusto Salas descarga con furia su puño contra una pared mientras Carmen, a su lado, permanece boquiabierta e incapaz de reaccionar.

Los aproximadamente treinta trasteros que conforman la anárquica construcción situada en el epicentro de la terraza muestran sus puertas abiertas de par en par como en señal de burla, exhibiendo su vacío contenido...

## VI

Al inspector lo invade una sensación de *déjà vu* fácil de entender cuando toma asiento de nuevo frente a dos padres de un niño fallecido. La actitud de ambos es muy distinta a la de Guillén y su esposa: al fin y al cabo, en su caso se trataba de una investigación rutinaria en torno al suicidio de un adolescente. Pero no es lo mismo, no puede serlo nunca, cuando tienes la certidumbre de que fue un desconocido quien segó la vida de la persona que más quieres.

El padre, de rasgos y físicos muy parecidos a los de Carlota, los observa con la mirada ida, ausente y lejana. Los trata con cortesía, pero sus modales resultan un tanto estereotipados. A Salas le da la impresión de estar hablando con un

autómata cuyo cerebro de metal acabara de ser reseteado. Su esposa, la madre de la niña, es una mujer pequeña y delgada, de aspecto frágil, cuyo rostro fino y alargado se oculta la mayor parte del tiempo tras un sobado pañuelo. Sus ojos, hinchados y enrojecidos por el llanto reciente, parecen absortos en el movimiento de sus manos que estrujan con ansiedad, una y otra vez, la estropeada prenda.

Salas carraspea en un par de ocasiones antes de comenzar. Tras evaluar a uno y a otro, llega a la conclusión de que el padre se encuentra en estado de shock. Por eso decide dirigirse a Felicia, la madre, quien a pesar de su honda tristeza parece estar en mejores condiciones que su marido.

—¿Sabía usted que su hija vino a vernos hace unos días?

La mujer abre los ojos mostrando su sorpresa. Al inspector no le cabe duda de la sinceridad de su reacción. El padre, por su parte, permanece indiferente.

—¿Cómo dice? ¿Mi hija acudió a la Policía? ¿Por qué? Ella nunca...

—Vino a prevenirnos sobre otro caso en el que estamos trabajando —le aclara Salas con un gesto antes de proseguir—. ¿Conocía usted a su amigo, Alejandro Guillén?

—¿Alejandro Guillén? —repite ella como hipnotizada—. ¡Alejandro! ¿El niño que se suicidó en su colegio? ¿Eran amigos?

—Sí. Lo eran —confirma el inspector.

Ahora mira de soslayo al padre, que sigue perplejo e impávido, contemplando la escena como si fuera una película. Apenas se ha movido en su asiento desde que comenzaron a hablar.

—Es algo más complicado que eso —interviene Carmen, a la que el inspector lanza una mirada de agradecimiento—. En realidad, su hija y Alejandro eran más que amigos. Al parecer, mantenían una relación desde hacía al menos un par de meses, que nosotros sepamos.

—¿Una relación? ¿Qué tipo de relación?

—Digamos que eran algo así como novios... —aclara Carmen bajando una octava el volumen de su voz.

Emplea un tono de voz relajado y dulce, muy lejos de su habitual estilo áspero y sin inflexiones. A Salas le recuerda mucho la actitud que mostró durante la entrevista con Carlota.

Felicia al principio parece incrédula. Se limita a devolver la mirada a esa mujer policía, de alta estatura y facciones graves y melancólicas, que la contempla con ternura. Para sorpresa del inspector asiente por último, esbozando una levísima sonrisa de aquiescencia. Su marido, por otra parte, mantiene el gesto estólido y ausente. Sencillamente no reacciona.

—Carlota estaba convencida de que su amigo no se suicidó —señala ahora el inspector—. Por esa razón acudió a vernos. Al parecer, habían decidido marcharse por un tiempo —añade con cautela.

Mientras la mujer digiere su última frase, el inspector continúa hablando ya que el tiempo apremia y necesitan información cuanto antes.

—De hecho, habíamos comenzado a indagar sobre la base de estas sospechas, cuando se produjo su muerte. Así que, si usted o su marido —dice señalando con la cabeza al aludido—, conocen algo que pueda ayudarnos... alguna expresión extraña que no tuviera sentido para ustedes en ese momento, alguna carta o mensaje de alguien desconocido, no sé...cualquier cosa que se les ocurra...

—No... no sabría decirles. Mi pobre Carlota actuaba en casa como siempre. No noté nada anómalo en ella, ¿y tú, Manuel? —inquire, dirigiéndose a su marido.

—Yo... no sé. No. Mi pequeña... mi pobre hija... no sé nada —balbucea este.

Algo incómodos por la incoherente actitud del padre, los dos policías deciden desviar la conversación.

—Si no hay inconveniente por su parte, nos gustaría examinar su habitación.

—Por supuesto, síganme —les indica Felicia.

Tras incorporarse con penosa lentitud, los guía a través de un angosto pasillo que termina en una deslucida puerta amarillenta que permanece entreabierta. La vivienda del desgraciado matrimonio es un sobrio piso de protección oficial de apenas ochenta metros cuadrados y solo cuenta con dos habitaciones más, además del salón, todas ellas pobremente amuebladas. La pintura, blanca en su origen, amarillea en las paredes, casi desnudas salvo por algún retrato de familia. La humildad de la casa contrasta con la suntuosidad y lujo del palacete en el que vivía Alejandro. Por un momento, Salas piensa en los esfuerzos que ha debido hacer esa familia para afrontar las, sin duda, prohibitivas minutas del colegio privado al que acudía su hija.

—Aquí es —les dice la mujer señalando la puerta—. Si necesitan algo de nosotros estaremos en el salón.

La disposición de la habitación les revela una personalidad opuesta a la de su novio. Aquí reina el orden y la pulcritud. La cama hecha con esmero —sin una arruga siquiera—, el suelo y las paredes inmaculadas y sobrias, una pequeña mesa sobre la que descansa un vetusto ordenador y su impresora, y por último la librería, peor surtida que la de Alejandro pero que guarda sus volúmenes clasificados por temática y título. A Carmen le llama la atención que todos los libros se encuentren alineados a la perfección, como si nunca los hubieran sacado de allí. Todos, menos uno:

—*Crimen y castigo*, de Fédor Dostoievski —informa a su compañero mientras lo hojea distraída. De repente, al pasar una de las páginas, un par de folios se deslizan hasta el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunta Salas recogéndolos con presteza.

Carmen se aproxima a él espiando con curiosidad por encima de su hombro.

—Parecen rutas. Rutas impresas desde una página web —le dice.

—Sí, eso ya lo veo...—replica Salas displicente mientras examina su hallazgo —. Fíjate, son rutas alternativas para viajar a Andalucía, y mira aquí detrás —le señala mostrándole el reverso de uno de los folios—. Parece el esbozo de un plan de fuga.

Efectivamente, escritas con letra pequeña y pulcra, pueden leer las siguientes anotaciones:

Viernes: salida del colegio a las 17:00

Autobús + hotel: 100 euros.

Sábado: salida desde hotel.

Autobús: 25 euros.

Domingo: ?????

—No parece que lo tuvieran muy claro, ¿verdad? —comenta Carmen. De repente se le ilumina la mirada—. ¿Y si examinamos el ordenador?

—Quizá tenga una clave...

—¿Bromeas? ¿Esta antigualla con una clave? Es un modelo de hace casi diez años —explica señalando la pesada torre, un desfasado espécimen de Hewlett-Packard—. No lo creo.

El ordenador se queja con un prolongado zumbido antes de encenderse, para lo cual requiere más de dos minutos. Mientras, la oficial ya sentada frente a la pantalla, aguarda impaciente con las manos sobre el teclado. Cuando por fin aparece en el monitor el conocido logotipo de Windows, contempla con cierta

admiración el escritorio casi limpio que le hace recordar el suyo propio, siempre saturado de carpetas, enlaces y archivos que nunca usa.

—Decididamente, era una chica muy ordenada —reconoce, al tiempo que abre la única carpeta denominada «Mis documentos».

Ante ellos se despliegan, al menos, otras treinta carpetas, todas tituladas y fechadas. La mayoría hace referencia a asignaturas y trabajos de clase, salvo una: «Mis fotografías».

—Abre ahí —le pide Salas, señalando esta última.

Más carpetas: «verano del 2012», «escapada familiar primavera 2013», «viaje de estudios»...

—¡Veamos! —exclama Carmen Reverte, abriendo una titulada con la letra A.

Ante ellos comienzan a desfilar una veintena de fotografías *selfies* en las que aparecen unos sonrientes y despreocupados Carlota y Alejandro realizando divertidas muecas ante la cámara, lo que arranca a los policías una sonrisa de tristeza. Parecen tan felices juntos...

—¡Fíjate en esta! Es distinta. La única en la que aparecen con más gente — señala de pronto Salas con emoción—. Qué extraño... —farfulla a continuación acercándose más a la pantalla del ordenador.

En ese momento la puerta se abre con violencia dando paso a Manuel, el aturdido padre de Carlota.

Solo que ya no parece aturdido en absoluto.

Su expresión está desencajada y sus ojos, antes extraviados, aparecen ahora enrojecidos e inyectados en sangre. Tras un segundo de tenso silencio, levanta un dedo amenazador y señala al inspector, que no sale de su asombro.

—Mi niña, mi princesa, está muerta. Asesinada. Y tú te permites venir a mi casa para decirme que pretendía fugarse con un tío como una vulgar ramera —le grita con furia. Gruesas gotas de saliva brotan furiosas de su boca alcanzando a Salas en pleno rostro.

—Escuche...

El padre, fuera de sí, no lo deja terminar. Se abalanza sobre el policía y logra derribarlo al suelo donde comienza a estrangularlo. Ambos son de complexión muy similar, pero el primero parece poseer una fuerza increíble, y, mientras lo sujeta del cuello, comienza a golpear su cabeza contra el suelo, increpándole:

—¡CABRÓN! ¡PUTO DE MIERDA!

Carmen, congelada en un primer momento por el inesperado giro, logra al fin ponerse en movimiento. Al principio intenta asir las manos del desquiciado padre y separarlas del cuello de su compañero. Imposible. A pesar de sus esfuerzos, permanecen firmes en la frágil piel del inspector caído como las garras de una esfinge de mármol, hundiendo sus dedos de acero más y más...

Desesperada, observa impotente cómo su cara va enrojeciendo a medida que se acumula la sangre y sus ojos se inflaman de manera alarmante, recordando a frutas maduras a punto de estallar. Apenas es capaz de bracear torpemente, lanzando descoordinados puñetazos que no llegan a acertar en el rostro de su atacante.

Carmen, sin saber qué hacer, se endereza y extrae su arma reglamentaria camuflada junto a la cadera derecha y encañona al enajenado individuo, que parece ignorarla por completo. Sin embargo, enseguida se percata de que este se encuentra tan pegado al cuerpo de Salas que no puede herirlo sin riesgo para el inspector.

—¡Mierda! —dice notando el pánico en su voz.

Su compañero está muriendo frente a ella y no puede hacer nada para evitarlo: aunque apenas han pasado unos treinta segundos desde el comienzo del ataque, en la mente ralentizada de Carmen han transcurrido horas.

Intentando serenarse, observa a su alrededor buscando un objeto contundente, pero solo se topa con la silla y el pesado tomo de Dostoievski que acaban de dejar sobre la mesita. Sin pensarlo dos veces, lo sujeta con fuerza por la parte delantera y propina un potente golpe con el lomo en la zona occipital de la cabeza de Manuel. Con un suspiro de alivio contempla como este se desploma junto a su compañero con un ruido sordo.

—¡Joder! ¡Hijo de puta! —exclama.

Con paso rápido se acerca al inspector, que comienza a respirar a pequeñas boqueadas como un pez recién sacado del agua, lo que la tranquiliza un tanto. Parece que saldrá de esta.

# Teorías

## I

Una luz blanca e hiriente comienza a filtrarse a través de sus párpados entreabiertos. Al principio, ni siquiera es capaz de recordar quién o qué es él. Tan solo se siente molesto por esa ofensiva luminosidad y desea regresar a la apacible quietud de la oscuridad.

Después, son las voces. Voces lejanas y fantasmales que zahieren sus oídos hasta que, como un torrencial aluvión, llega la consciencia, brutal, feroz, que lo sacude sin piedad. Abre los ojos.

Reconoce enseguida a Laura, su mujer, siempre pequeña y dulce, como de algodón, que oprime con fuerza una de sus manos al notarlo despierto.

—¡Augusto! —exclama en un tono que es mezcla de alegría y alivio.

Intenta hablar, pero solo consigue emitir un débil gruñido. La garganta protesta de inmediato con un dolor lacerante que lo obliga a cerrar los ojos.

—No se esfuerce por hablar aún —dice otra voz, más grave e impersonal, desde los pies de la cama—. Tiene las cuerdas vocales muy inflamadas. Pasarán unos días antes de que pueda volver a hablar con normalidad.

Salas posa ahora su mirada en un hombre de mediana edad y gesto indiferente, enfundado en una sobria bata blanca. Parece estudiar una carpeta de anillas —su historia clínica, al parecer— que le acaba de tender una mujer bajita y de actitud solícita, situada a su derecha. Cuando por fin levanta la mirada, el inspector aprovecha para llamar su atención por señas.

—¿Desea algo?

Asiente vigorosamente, al tiempo que levanta las manos con gesto interrogativo.

—¿Quiere saber qué le ha pasado?

De nuevo, asentimiento.

—No sé si eso será una buena idea, señor Salas. De todas formas, esta mañana estoy demasiado ocupado para ello. Su mujer puede contarle una parte y, si su evolución es positiva, quizá a partir de mañana comience a recibir visitas.

Salas lamenta no poder hacer uso de su voz en esos momentos. Nada le apetece más que enviar a la mierda a ese atildado matasanos, «demasiado ocupado». De todas formas, trata de convencerse de que quizá sea mejor así. Una descripción demasiado detallada en presencia de Laura tampoco le parece conveniente. Así que lo acepta resignado y vuelve de nuevo la mirada hacia su mujer, a la que sonrío agradecido.

—¿Quieres comer algo? ¿Te apetece un caldo caliente? —le dice ella levantando la tapa de una aséptica bandeja de hospital que descansa sobre el alfeizar de la ventana.

Salas, incapaz de reprimir un gesto de repulsión —siempre ha odiado la comida de hospital—, inclina la cabeza asintiendo. Qué remedio. Ello parece suscitar una aviesa sonrisa en su Laura, quien, tras elevar la cabecera y colocarle con esmero un fino babero de material impermeable (también marca de la casa), le suelta en tono juguetón:

—Bueno, bueno, señor inspector de policía. Parece que de momento estás en mis amorosas manos... Créeme cariño —le dice mientras hunde con placer la cuchara de plástico en un feo tazón gris demasiado parecido a un *tupperware*—, voy a disfrutar con esto...

## II

Carmen contempla con una mezcla de ternura y sorpresa el rostro dormido del inspector. Comprueba que ha desaparecido por completo su gesto adusto y ceñudo, dando paso a una expresión de serena tranquilidad en el que apenas reconoce a su compañero.

Su esposa, una pequeña mujer de aspecto benévolo y delicado, como de porcelana, se inclina sobre él de cuando en cuando, espiando su sueño. En esas ocasiones la mira también a ella de forma fugaz, con una mezcla de timidez y preocupación... Una mirada que se le clava como un puñal en el corazón, porque Carmen todavía siente el peso de la culpabilidad por lo ocurrido; porque, a pesar de su preciosa preparación, de las numerosas pruebas físicas y psicofísicas superadas durante su formación en la Academia de Ávila (qué lejos queda todo aquello) y de toda la teoría aprendida tras años de tedioso estudio, tiene la dolorosa sensación de que hace dos días reaccionó tarde y mal cuando su compañero la necesitaba.

Ahora él está ahí, tendido en una cama de hospital, vivo de milagro, respirando por una suerte de casualidad poco más o menos, y su mujer —que la mira entre sonriente y agradecida— lo ignora. No sabe que su marido estuvo a punto de morir y que ella es la responsable. A estas alturas, Carmen se ha olvidado de Carlota, de Alejandro y de toda su maldita familia, y a su mente solo regresa, intrusiva y persistente, la idea de que quizá todos los demás tienen razón y ella no debería ser policía.

Un familiar gruñido la rescata de su ensimismamiento; es Augusto Salas que regresa. Apenas consciente de estar moviéndose, se levanta del feo e incómodo sillón reservado a las visitas y se aproxima hacia él, con ademán preocupado. El ahora débil y envejecido policía se ha incorporado con esfuerzo y contempla con arrobo a su mujer; por un instante, a través de los ojos cansados y débiles de su compañero, Carmen cree vislumbrar a un desconocido inspector Salas. La impresión dura apenas un segundo, ya que enseguida levanta la vista por encima de Laura y la clava en ella.

Carmen está a punto de decir algo parecido a «perdóneme, le he fallado. Lo siento, tenía usted razón...», pero las palabras no llegan a brotar de su boca. Un molesto y doloroso nudo bloquea su garganta, privándola del habla.

En ese momento él la invita a acercarse con un gesto imperioso.

—¿Cómo está? ¿Cómo se encuentra...? —logra pronunciar al fin.

Salas hace un movimiento negativo con la cabeza y, al principio, ella piensa que trata de decirle que se siente mal. Él, tras volver a negar con gesto cansado, la coge de la mano y se la oprime con una fuerza sorprendente para su aparente debilidad.

Luego, sin apartar la mirada, le dice con voz gutural:

—¡Gracias!... Compañera.

Son dos palabras tan solo. Solo dos palabras.

Dos palabras preciosas, que insuflan vida de nuevo.

Carmen siente como si, a pesar de todo, se hubiera salvado en el último segundo de caer por un insondable abismo. Su estómago y su cabeza se aligeran de repente y, húmedas y calientes, gruesas lágrimas de inenarrable felicidad ruedan por unas mejillas poco acostumbradas a ello.

Y sin pensarlo, se deja ir. Toma la mano de su compañero y la coloca con delicadeza sobre su cabeza, prorrumpiendo en sollozos.

### III

—Ponme en antecedentes. Quiero saber qué ha sucedido mientras he estado fuera de circulación.

Han transcurrido apenas cuarenta y ocho horas desde que Carmen consiguiera hablar con su compañero, postrado tras la terrible experiencia. Durante este tiempo su estado físico ha experimentado una mejoría considerable. Su rostro parece haber recuperado el gesto mordaz y cargado de cinismo que tan bien conoce y a sus ojos ha regresado la chispa habitual. Aún la voz, rasgada y débil, y sus movimientos excesivamente lentos, le recuerdan que ese hombre estuvo a punto de morir a manos del desequilibrado padre de una de las víctimas; pero sí, delante de ella se encuentra otra vez el inspector Salas.

Apenas hace dos minutos, tanto su mujer como el médico —quien acaba de informarle de que será dado de alta al día siguiente— han abandonado la habitación a petición del propio paciente. Ni una mirada de reproche, ni un gesto de protesta ha advertido Carmen en Laura cuando, gorjeando, ha cerrado la puerta tras de sí anunciando que salía en busca de un «café de verdad».

—Bueno, no hay demasiado. Manuel Párraga, el padre de Carlota, continúa encarcelado; al haber transcurrido el plazo máximo de detención preventiva se encuentra en prisión provisional, de momento sin fianza, acusado de intento de homicidio. Hay quien piensa incluso que quizá hemos dado con nuestro asesino.

—¡Qué estupidez! —afirma su compañero con desprecio—. ¿Quién ha sugerido esa bobada?

—Tu jefe... —replica ella con una sonrisa.

—Al viejo cabrón ya le empieza a escocer esta historia. ¿Y tú qué opinas? —le pregunta con aparente indiferencia. Sin embargo, Carmen comprueba que aguarda su respuesta con interés.

—Pienso como tú. Que es una solemne gilipollez —responde con una carcajada.

Qué sensación más gratificante reírse de nuevo, piensa antes de continuar:

—Ese pobre hombre no estaba en sus cabales. Lo observé durante la entrevista y parecía ausente, como en estado de shock. Su reacción pudo obedecer a un más que probable trastorno adaptativo. Que yo recuerde, en ocasiones cursa con comportamiento irritable, arrebatos de furia, ideas delirantes...

—Que está como un cencerro, vamos.

—Más o menos —replica, cruzándose de brazos.

Salas se hunde en el silencio durante unos minutos. Carmen aprovecha para asomarse a una de las feas ventanas de la habitación, desde donde contempla ensimismada una espectacular vista de la ciudad de Murcia. El sol, poderoso e intenso como siempre, comienza a escurrirse perezoso tras una lejana colina, tiñendo el cielo de un delicioso tono salmón cargado de iridiscencia. Mira hacia el oeste, donde se encuentra Madrid. Donde quizá Adrián, en ese preciso instante, juegue con su equipo de construcciones de Lego, desparramando — como suele hacer— las diminutas piezas sobre la alfombra antes de comenzar a clasificarlas de forma meticulosa, una por una, bajo la severa mirada de su abuela. Ignorante de que, a muchos kilómetros de allí, su madre piensa en él con el corazón encogido.

Carmen lleva más de dos semanas sin poder hablar con su hijo.

—¿Conseguiste la información del disco duro de la chica?

La voz cavernosa pero firme de Salas la sacan bruscamente de su abstracción, haciéndola regresar a la realidad de manera dolorosa.

—Eh... sí, claro... pero lo he revisado y no he encontrado nada de interés—su propia voz le llega todavía muy lejana como si no le perteneciera—. Tan solo había trabajos escolares y más fotos...

—¿Correos electrónicos? ¿Redes sociales?

—Los de delitos informáticos están en ello. He traído las fotografías por si querías echarles un vistazo.

Los minutos siguientes transcurren en un afanoso examen de distintas imágenes que Carmen le muestra desde su tableta, la mayoría sencillas instantáneas, divertidas y pueriles. Las típicas poses de adolescentes; dos rostros sonrientes y felices que dedican pintorescas muecas a un observador imaginario. En alguna de ellas, sin embargo, el rostro de Alejandro aparece torvo, concentrado: el único indicio de que algo anormal le sucede tras esa apariencia de fresca ingenuidad.

Todas las fotografías son *selfies* en las que aparecen los dos solos, salvo una de ellas. El inspector, interesado, se detiene en esta última, escudriñándola con atención durante varios segundos: es la misma fotografía que llamó su atención en casa de Carlota, justo antes de ser atacado por su padre. Se trata de un retrato de grupo en el que pueden verse a Alejandro y Carlota junto al resto de sus

compañeros y distintos profesores. Probablemente una especie de fotografía oficial de comienzo de curso o algo parecido.

—¿Quién es este? —pregunta de forma repentina señalando una esquina de la foto. En ella aparece un cura grueso de baja estatura y rostro porcino abierto en una ancha sonrisa que a Carmen le causa una aversión instintiva. En la imagen se encuentra situado detrás de Alejandro, a quien rodea con un brazo en ademán protector.

—No lo sé, no me suena en absoluto —confiesa la oficial extrañada—. Quizá ya no se encuentre en el Francisco de Asís.

—Lo dudo —replica Salas moviendo la cabeza—. La fotografía fue tomada a finales de septiembre por lo que se deduce de la indumentaria de los niños. Tendrá unos tres meses, a lo sumo.

—En ese caso, ¿por qué el padre Ramiro no nos habló de él? ¡Qué extraño! —exclama la oficial, ceñuda.

—Esos malditos curas ocultan algo —responde Salas con voz trémula por el esfuerzo—. Recuerda que ya nos mintieron de manera descarada al decir que Alejandro siempre estaba solo, que carecía de amistades... Se les olvidó mencionar a Carlota —masculla con aire irritado.

—¿Tienes alguna teoría?

—No. De momento —replica el policía reflexivo—. Ciñámonos a los hechos desnudos: tenemos a un chico, Alejandro, diagnosticado de un trastorno psicótico y que posee la creencia firme de que alguien o algo lo persigue a él y a su familia. Se enamora de Carlota, una niña aparentemente sensata y metódica (algo que deduzco de la pulcritud que observamos en su habitación) que, sin embargo, cree a pies juntillas su extraña historia, llegando incluso a esbozar un plan de fuga. En el último momento la huida se ve truncada por la desgraciada muerte de Alejandro, un aparente suicidio acompañado incluso de la oportuna nota de despedida... —De repente, el inspector se detiene; abre los ojos de forma desmesurada y mira a su compañera de manera tan alarmante que esta incluso piensa en avisar a la enfermera.

—¡El expediente! ¿Lo llevas ahí?

—¿El expediente del caso? —responde ella algo asustada—. Sí, claro. Lo traje para echarle un vistazo mientras descansabas.

—Déjame ver el documento con la nota que se le encontró al chico encima.

Con aire nervioso, su compañera despliega la carpeta y comienza a revisar el breve historial, hasta dar con el folio en el que aparece fotocopiada borrosamente la escueta frase escrita de puño y letra por Alejandro.

El inspector la contempla solo un segundo antes de exclamar con una mezcla de satisfacción y enfado:

—¡Mira aquí! No me di cuenta al principio porque daba por sentado que se trataba de un suicidio. ¡Estúpido! ¡Más que estúpido! —le dice mientras señala el documento de forma imperativa.

Carmen lo mira una y otra vez, sin comprender. Es la misma nota. No es la original, que se envió al perito calígrafo, sino una copia. No le dice nada.

—¿Qué quieres que vea?

—Al tratarse de la fotocopia es más difícil darse cuenta al principio. Fíjate en el final de la frase... ¿no lo ves? —le insiste—. «No lloréis por mí».

Carmen vuelve a fijar la vista en el papel y, de pronto, surge en ella la comprensión súbita.

Joder, el inspector tiene razón. Han sido unos completos estúpidos.

—Está recortada... Alguien extrajo la nota de un texto mayor... —replica asombrada por el descubrimiento.

—Con la finalidad de dar más verosimilitud a la teoría del suicidio —dice Salas completando su frase.

—... No lloréis por mí... —repite entre dientes la psicóloga—. ¿No te suena de algo?

—Sí, maldita sea —reconoce con rabia su compañero—. Aquellos pasajes del Nuevo Testamento que hallamos en la Biblia del muchacho... Lo hemos tenido delante todo este tiempo, pero estábamos tan obcecados con la teoría del suicidio que no lo vimos. ¿Recuerdas aquello que te dije? ¿Lo de que no había que dar nada por sentado porque nos impedía ver las cosas bajo su verdadera luz? Pues eso es, ni más ni menos, lo que hemos estado haciendo todo el tiempo —afirma con irritación—. Trae una Biblia, rápido.

Carmen sale de la habitación con precipitación. Al aproximarse al control de enfermería se tropieza con Laura, que la mira con cierta alarma.

—¿Ha sucedido algo?

—No se preocupe, Augusto está bien. Es solo que... me ha pedido una Biblia —le explica apurada—. Por favor, ¿sería posible conseguir una? —espeta a una

enfermera que las observa con curiosidad desde el otro lado de la repisa que delimita el acceso al botiquín.

—Bueno, imagino que el capellán del hospital debe tener una...

—Para el paciente de la 525 sería muy importante que se le facilitara, créame —le explica fingiendo ignorar la mirada de extrañeza de la esposa del aludido.

—Bien, veré lo que puedo hacer —replica la enfermera en tono solícito.

Efectivamente, diez minutos después aparece en la puerta de la habitación con un ejemplar barato de un Nuevo Testamento, que deja encima de la mesita. Laura, que a pesar del tono de tranquilidad de la oficial no ha podido evitar preocuparse por la extraña petición, se encuentra de nuevo junto a su esposo, cuya mano sujeta con firmeza. Mientras, Carmen Reverte pasea nerviosa de un lado a otro de la habitación, parándose en ocasiones frente a la ventana. El sol se ha puesto y una oscuridad empedrada de estrellas comienza a cernerse sobre la ciudad que, adornada por brillantes rótulos multicolores de fantásticas formas, anuncia la proximidad de la Navidad.

—Aquí lo tiene... ¿está usted bien? El doctor ha dicho que mañana podrá volver a casa —le recuerda con aire interrogativo.

—Sí, claro, enfermera. Estoy perfecto. Es solo que echaba de menos mi religión —le explica sonriente.

—De acuerdo. Si necesitan algo, solo tienen que avisar... Hasta luego —se despide por último.

En cuanto cierra la puerta, el inspector se arroja sobre el libro y abre sus páginas con avidez. Recuerda vagamente las citas que hallaron en la habitación del muchacho, por lo que aún tarda unos minutos en dar con el versículo.

—Escuchad —exclama llamando la atención de las dos mujeres. Laura, que ha sido puesta en antecedentes, se inclina también con aire atento, aunque no tanto como la oficial, quien se coloca detrás de Salas tratando de leer por encima de su hombro—. «Pero Jesús, volviéndose a ellas, dijo: hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos.»

—«No lloréis por mí...» la nota del chico hacía referencia a esta frase, sin duda —afirma la oficial convencida—. Alguien recortó la última parte para convertirla en una nota de suicidio...

—Cuando quizá era todo lo contrario —completa su frase el inspector, que pasa las páginas de nuevo con aire febril—. ¿Dónde estaba esto...? Creo

recordar que fue en Mateo...

Carmen, que enseguida se percató de que su compañero busca el otro versículo que leyeron hace menos de dos semanas en el dormitorio de Alejandro, se apoya sin darse cuenta en su hombro, absorta y en tensión. Un silencio casi solemne envuelve ahora la pequeña habitación de hospital.

Laura, desde su silla, aguarda paciente y curiosa al mismo tiempo. Ya no parece preocupada por la salud de su marido. De hecho, le causa una íntima alegría el interés que suscita en él este nuevo caso. La apatía y el desánimo que se habían apoderado de Augusto los últimos años se han desvanecido. Allí, echado sobre una cama de hospital y a pesar de su aspecto frágil, está de nuevo el policía ilusionado y tenaz que conoció cuando se casaron. Una sonrisa complacida se dibuja con timidez en su rostro al olvidar, de momento, que su marido ha estado a punto de morir esta vez.

—«Mas respondiendo Él, les dijo: ¿veis todo esto? En verdad os digo: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada»—declama ahora con voz profunda.

El silencio de nuevo.

Hasta Laura se ha dado cuenta de la gravedad de la situación y aguarda expectante que alguno de ellos dos lo diga en voz alta, convirtiendo en realidad la terrible sospecha.

—Joder, no se iba a suicidar... Su intención era destruir el colegio —se atreve finalmente a susurrar una sobrecogida oficial Reverte.

# *Una velada navideña*

## I

El delicioso olor del asado comienza a invadir la caldeada estancia mientras su anfitrión, el inspector Salas —sonrosado y extrañamente feliz— llena otra vez su copa del aromático licor. Se trata de la tercera de la noche, pero Carmen no la rechaza. Es Nochebuena, la temida fecha que, según lo previsto, iba a afrontar en su triste piso de cincuenta metros bebiendo sola hasta emborracharse y llorando como una estúpida, por lo que este inesperado cambio de planes resulta más que gratificante.

Fue Laura quien insistió en invitarla el mismo día en que daban el alta a su marido. Sorprendida y abrumada, en un principio decidió rechazar el generoso ofrecimiento hasta que el propio Salas, en su tono severo y agrio de costumbre, insistió a su estilo. O sea, sin dejar opción.

—Está usted sola, ¿verdad? Quiero decir aquí, en Murcia, ¿o piensa volver a Madrid a pasar las fiestas? —le soltó a bocajarro después de que ella se excusara en dos ocasiones.

Ignora cómo, pero Carmen juraría que el inspector sabe bastante más sobre su vida de lo que ella sospecha.

—Pues la verdad es que sí; había pensado en quedarme. Ya sabe, para no desconectarme...—respondió evasiva.

—En ese caso, no hay más que hablar. La espero mañana en mi casa, a las nueve en punto. Y no se le ocurra llegar tarde —le espetó en tono taxativo.

Tras considerarlo unos segundos no encontró ninguna excusa plausible. Además, quizá la compañía alejara los fantasmas por un tiempo. Así que, sonriendo ampliamente, contestó volviéndose hacia Laura.

—Está bien. Si no es molestia será un gran placer cenar en tu casa en Nochebuena. De todas formas, ya os adelanto que no soy una compañía demasiado alegre.

—¡Vaya! Pues entonces encajarás a la perfección —repuso esta con una carcajada.

Y allí está; en la casa del tipo a quien hace pocos días aborrecía con pasión y dispuesta a disfrutar de una succulenta cena... ¡Qué paradójico resulta a veces el destino!

Carmen se lleva la copa a los labios y le da un corto y cauteloso sorbo. Comienza a sentirse algo achispada y lo último que querría es que su compañero la viera borracha.

—¿Tenéis hijos? —le pregunta mientras pasea la vista por el salón—. Disculpa la pregunta. Creo que he sido un poco indiscreta —añade enseguida al observar el gesto de contrariedad que ha aparecido en el rostro de Salas.

—No te preocupes. La respuesta es que no. Laura no puede concebir — responde con lentitud masticando las palabras.

—Lo siento. Es que claro, al no ver fotografías de niños... creo que he hablado sin pensar.

—Ya te he dicho que no es problema. Al principio, cuando nos enteramos... cuando Laura se enteró, lo pasó muy mal. Pero ya nos hemos resignado.

Augusto Salas guarda silencio durante unos segundos. Carmen se apercibe del breve instante de melancolía que envuelve a su compañero; una fugaz sombra de tristeza que el inspector hace desaparecer enseguida, con un rápido pestañeo.

—Y tú, Carmen, ¿qué tal? ¿Hay algún niño esperando en Madrid el regreso de su mamá? —pregunta a su vez—. La verdad es que ni siquiera sé si estás casada...

Afortunadamente para ella, en ese preciso instante entra en escena Laura cargada de platos y algo sofocada.

—El asado ya está. Solo le falta unos cinco minutos mientras termina de dorarse —les informa con voz cantarina—. Espero que te guste, cariño. El relleno es receta propia; si quieres, antes de irte te la paso —le dice a Carmen con una sonrisa.

—Por supuesto —replica titubeante; no es el mejor momento para confesarle a su atenta anfitriona que no tiene ni idea de cocinar—. Por favor, déjame que te ayude...

La cena transcurre razonablemente bien. Para alivio de Carmen, Laura se muestra muy experta en mantener la conversación alejada de cualquier asunto espinoso, así que la abundante y deliciosa comida, acompañada además con sabroso vino de Jumilla (un Juan Gil, nada menos), hacen que la oficial llegue a sentirse casi cómoda. Para su sorpresa, Salas se permite algunos chistes subidos

de tono que son recibidos por la risa dulce y gorjeante de su mujer. Hasta ella misma, a medida que avanza la velada, se atreve con alguna expresión irónica contra determinados mandos políticos corruptos, que Salas escucha con una amarga sonrisa de aquiescencia.

Por último llegan los postres y, con ellos, los brindis:

—¡Por nosotros! —exclama Laura con entusiasmo levantando su copa.

Al ser casi veinte centímetros más bajita que Carmen, esta se ve obligada a inclinarse levemente para chocar su copa. Mientras brindan, cruzan sus miradas durante unos segundos. En sus ojos de color miel, solo es capaz de leer bondad y ternura: se trata de una buena mujer. Sin poder evitarlo, Carmen se conmueve y siente un deseo irresistible de abrazarla. Quizá se trate de la bebida pero piensa que, si ella se lo pidiera, sería capaz de contarle lo de Gaby... y en el fondo, lo desea.

—Gracias por todo —responde tras el brindis—. Me habéis rescatado de una triste noche en soledad.

Por un momento Laura la observa con gravedad, borrándose parte de la alegría que irradiaba su mirada. Tras apurar su copa, se sienta de nuevo y dice en tono indiferente:

—Voy a preparar la bandeja de Navidad. Este año he vuelto a hacer dulces caseros para celebrar la recuperación de Augusto... Por cierto, lástima que también haya recobrado el habla. Con lo atractivo que me parecía cuando estaba calladito... —añade en tono mordaz ahogando una sonrisa—. Carmen, ¿me acompañas? La bandeja de plata, la que solemos usar para estas ocasiones, está guardada en una de las estanterías altas y voy a necesitar alguien de tu estatura. Y tú ni te muevas —le advierte a su marido esgrimiendo amenazadora el dedo índice—. Es evidente que no me sirves.

—Claro que sí —responde Carmen levantándose con aire solícito.

Salas, por su parte, lanza una mirada a su mujer. La conoce lo suficiente como para intuir que trama algo. Sin embargo, se limita a sacudir la cabeza y a hacerse con el mando de la televisión, mientras gruñe:

— En fin. A ver qué ponen este año para aburrir a la gente. El José Mota ese, como siempre, seguro...

Carmen sigue a su anfitriona hasta la cocina, que resulta ser una estancia equipada a la última. Por alguna razón, la había imaginado de otro tipo, más hogareña y tradicional. En su lugar, descubre una cocina lineal en gris oscuro

con salpicadero laminado y numerosos detalles en acero. Además, está provista de un horno cromado de última generación y placas de inducción. Carmen, tras contemplarla largamente, exclama admirativa:

—Bonita cocina, Laura. ¡Me encanta!

—Gracias cariño. Ahí arriba debe estar la dichosa bandeja, si no recuerdo mal —le dice en tono despreocupado señalando un armario de cristal y madera blanca.

Carmen recoge con mimo la bandeja, una preciosa pieza de plata de cierta antigüedad, y se la ofrece a Laura. En ese momento se percata de que la mujer la está mirando a los ojos. Sus ojos, profundos y cálidos, ya no reflejan la tranquila alegría de antes. Más bien parece preocupada. Por un momento, la oficial se muestra desconcertada e incluso llega a imaginar que pretende decirle algo de gravedad referente a su marido, hasta que se da cuenta de que, en realidad, se trata de ella.

—No hace falta ser un lince para saber que estás pasándolo mal, querida —le dice con suavidad tomándole la mano—. Augusto se dio cuenta hace tiempo, pero es demasiado prudente como para preguntar nada. Yo, en cambio, que soy traviesa e imprudente, me atrevo.

Carmen no sabe qué decir. De nuevo le acomete el deseo de desahogarse con esa mujer. De alguna forma, adivina que en ella encontrará algo de consuelo aunque no pueda ayudarla. Quizá...

—Gracias Laura. No te preocupes, no es gran cosa... —empieza a decir.

Nunca sabrá si fue el alcohol, el estrés o el cansancio que la desborda finalmente, pero, de nuevo, su vista se nubla por una cortina de lágrimas y Carmen rompe en inconsolable llanto.

«Vaya», piensa mientras se oye sollozar, «y yo que me preciaba de ser una mujer dura...»

—Tranquila, cariño. Desahógate... —le dice la pequeña mujer mientras la ayuda a sentarse. Al poco, nota que le acaricia el cabello con ternura, como si tratase de peinarlo con los dedos. Es una sensación tan reconfortante... evoca tantos recuerdos...

—Se trata de tu familia, ¿verdad? —escucha su voz muy lejos.

Ella asiente, enjugándose los ojos a duras penas. Como a través de una cortina translúcida se percata de que le tiende un lindo pañuelo bordado que acepta agradecida.

—Mi hijo. Adrián —es capaz de decir poco después.

En este punto se detiene un momento, y tras volver la vista hacia el techo, intenta recordar. A pesar del dolor intenso que le retuerce las tripas y oprime sin piedad su garganta hasta casi ahogarla, vuelve a pensar en todo. Y con sorpresa, comprueba que a medida que revive *aquello*, la angustia se extingue poco a poco. Quizá no sea tan malo, después de todo, contar su historia a esa mujercilla que le acaricia el cabello casi de la misma forma en que solía hacerlo su madre.

Así que, tras unos segundos, le devuelve la mirada y asiente. Y la historia empieza a fluir lenta, sosegada, como un fino cordel de agua filtrándose a través de un viejo grifo oxidado y medio obstruido por la cal:

—Conocí a Gabriel en la universidad. Yo cursaba segundo de Psicología, mientras que él estaba a punto de finalizar de forma brillante sus estudios de Medicina. Coincidimos en un par de fiestas, y casi sin darnos cuenta, comenzamos a salir de manera más o menos oficial a partir del tercer encuentro —comienza, balbuceante todavía. Su voz suena impersonal, sin inflexiones, como la de un autómatas o, peor aún, como la de alguien bajo los efectos de un profundo trance.

Y eso debe ser, piensa la oficial, mientras se escucha a sí misma.

—Al principio me sentía, en cierta medida, apabullada porque Gaby se hubiera fijado en mí. Él era un chico atractivo e inteligente y además provenía de una familia notable de Madrid, una saga empresarial bastante conocida... Yo, por el contrario, era de origen bastante más humilde. Había accedido a la Complutense con mucha dificultad gracias a las becas, ya que no tenía padre desde los diez años y mi madre se veía obligada a hacer verdaderas heroicidades limpiando edificios para cuadrar las cuentas a final de mes. Sinceramente, creo que su familia pensaba que Gabriel solo se estaba divirtiendo conmigo, y que antes o después se aburriría y buscaría algo más *adecuado*. Sin embargo, pasaban los años y nosotros, contra todo pronóstico, seguíamos juntos.

Se detiene un momento a tomar aire, tratando de elegir bien las palabras. Es entonces cuando se percató de que, en algún momento, mientras hablaba, su compañero se ha incorporado a la reunión. Permanece de pie en el vano de la puerta, como si no se decidiese a entrar por miedo a estropear algo.

No es necesario. Carmen ya no puede parar. Tras unos segundos de pausa, continúa con voz más firme:

—Todo transcurrió bien hasta cuarto curso. Éramos felices, o esa es la impresión que me daba. Él, en esos momentos, hacía la residencia para especializarse en Psiquiatría, pero seguíamos viéndonos con asiduidad. Y entonces cometí mi error: le pedí ayuda. —Ahora su voz se vuelve más grave llegando a adquirir una entonación contenida, cargada de rabia—. Mientras preparaba mi tesis fin de grado, le comenté de pasada que me sentía estresada, incapaz de hacer frente a todo el trabajo que se me venía encima y él, sin dudar, me recomendó unas pastillas... anfetaminas. A los pocos meses había finalizado con éxito mis estudios y me preparaba para ingresar en la Policía, mi gran sueño desde pequeña... Además, me había convertido en una auténtica drogadicta —dice bajando la voz, hasta casi hacerse inaudible.

Salas hace un gesto imperceptible a su mujer, que la abraza de nuevo.

—Gracias, no os preocupéis. Hablar de esto me está viniendo bien —les asegura, antes de proseguir con el doloroso relato—. Bueno, a pesar de mi problema con las anfetaminas, mi vida continuó de forma más o menos normal. Contrajimos matrimonio el mismo año en que él finalizó la residencia y yo aprobaba la oposición de ingreso en el Cuerpo, y enseguida me quedé embarazada de Adrián, mi hijo. —Esta vez sí que debe hacer auténticos esfuerzos para no volver a llorar. Piensa que si vuelve a romperse en llanto, nunca podrá terminar la historia y, en ese momento, le parece vital hacerlo.

—Adrián es un niño precioso. Tiene el cabello rizado y crespo de su padre, aunque, según dicen, sus ojos me pertenecen por completo a mí —señala con un atisbo de sonrisa—. Nuestra vida era perfecta. Él adquiría cada vez más prestigio en su profesión y yo trataba de hacerme un sitio a codazos dentro del duro mundo de la policía. Pero estaba bien: era lo que yo quería. Y el niño, por su parte, crecía sano y feliz. Todo era normal. Incluso hablábamos de buscar otro hijo, así que, con mucho esfuerzo, comencé a abandonar el consumo de anfetaminas de forma paulatina... y entonces todo se fue a la mierda de repente.

Carmen parece indecisa otra vez. En realidad, la frena el pudor. Lo que viene a continuación todavía la avergüenza y no quisiera escandalizar a esa gente. Tanto aprecia a Laura y respeta a Salas, que no sería capaz de soportar de ellos ni el asomo de un reproche. Sin embargo, traga saliva y prosigue. Ellos comprenderán.

—Una noche que me encontraba de servicio patrullando por una lujosa urbanización de las afueras de Madrid, me pareció ver a Gaby entrar en una casa particular. En teoría, ese día le correspondía guardia en el hospital, y además la

hora era muy intempestiva, por lo que me resultó extraño: «Detén el coche una calle más allá» —pedí a mi compañero, que en ese momento conducía—. «Espera aquí, por favor, vuelvo enseguida» —le dije pasando por alto su gesto de extrañeza. Ofuscada, corrí hacia la casa donde me parecía haberlo visto entrar. Se trataba de una lujosa vivienda unifamiliar con una inmensa parcela ajardinada. Llamé al timbre que había junto a la verja, pero nadie contestó. Y yo, sencillamente, perdí la cabeza. Sin pensármelo, escalé la valla, cometiendo un flagrante delito y, tras comprobar que no aparecía nadie ni sonaba alarma alguna, me acerqué a la casa, a la puerta principal, que por supuesto estaba cerrada a cal y canto. Esta vez no llamé, sino que comencé a explorar por los alrededores del edificio buscando una ventana que me permitiera examinar su interior, lo cual no resultó difícil ya que se trataba de una de esas casas post modernas, de líneas rectas y enormes ventanales... Así que no tuve ningún problema para encontrarlos.

Nueva pausa, que Carmen aprovecha para tomar aire, antes de balbucear con voz entrecortada:

—Estaban en el salón principal, sobre el sofá.

Salas y su esposa ahora la contemplan muy atentos. En ellos, en sus miradas, Carmen no detecta ni un rastro de compasión, sino preocupación y respeto, por lo que decide continuar:

—Nunca supe quién era ella. Imagino que alguna compañera del trabajo, o quizá una paciente. En realidad, eso da igual —les dice con gesto de cansancio—. Permanecí absorta frente a la ventana unos segundos más, incapaz de creer lo que veía, en estado de *shock*. Finalmente, me di la vuelta y me marché. Sin más. Ellos nunca me vieron. Y al día siguiente cogí a mi hijo, mis cosas y abandoné nuestra casa. Después, interpuse una demanda de divorcio —termina con un suspiro.

Ahora su gesto se frunce y en sus ojos aparece un destello de ira que se vuelve a reflejar en su voz, lenta y monocorde:

—Fue entonces cuando comenzó mi auténtico calvario. Él me lo dejó claro desde el primer momento: quería la custodia de Adrián. No iba a permitir otra cosa. Se reveló ante mí un Gabriel desconocido, cruel y vengativo, muy alejado del chico desenfadado e inteligente del que me enamoré. Apoyado por su influyente familia, me arrastró a una interminable batalla legal que me dejó exhausta. A pesar de ello, mi abogado me aseguraba convencido que, como mucho, tan solo conseguiría la custodia compartida, y que era improbable que un

juez decretase la separación de una madre y su hijo... pero infravaloramos el poder de su familia y la falta de escrúpulos de Gaby. Imagino que a estas alturas ya adivinaréis lo que hizo —dice mirando alternativamente a Laura y a su marido.

—¿Utilizó lo de las anfetaminas? —afirma más que pregunta el inspector.

—Olvidando, por supuesto, que fue él mismo quien me arrastró al consumo, sus abogados aportaron decenas de recetas firmadas por algún colega suyo, cajas vacías y el testimonio de varios farmacéuticos. Asistí, incrédula e indefensa, a mi destrucción, pieza a pieza. Consiguieron mostrar la imagen de una mujer desequilibrada, inestable, dominada por una terrible adicción que era incapaz de controlar y que afectaba de manera grave a sus responsabilidades como madre. Poco pude hacer... perdí a mi hijo.

—Entonces, ahora mismo, ¿no puedes verlo? —pregunta Laura. Su voz sosegada, deja entrever en esta ocasión un ligero tono de irritación.

—Una vez al mes y las visitas deben ser bajo supervisión. Además, al hacerse público, se me abrió un expediente sancionador. Estoy obligada a asistir a terapia hasta que se considere que he abandonado el consumo por completo. Y lo más gracioso es que hace más de dos años que no tomo nada. Lo dejé unos meses antes de que empezara todo: el mismo día que decidimos buscar otro hijo.

Carmen siente el abrazo suave y sincero de la pequeña mujer alrededor de su cuerpo y se conmueve. Por el rabillo del ojo puede ver cómo su amiga dirige ahora una mirada hacia su marido, implorante. Éste, sin embargo, permanece callado, con el gesto grave y torvo de siempre. Al cabo de unos segundos, nota también la mano de su compañero sobre su hombro, pesada, caliente.

Y por primera vez en demasiado tiempo, se siente confortada. Entre amigos.

# SEGUNDA PARTE

## La guarida del demonio

*Por mí se va a la ciudad del llanto; por mí se va al eterno dolor; por mí se va hacia la raza condenada; la justicia animó a mi sublime arquitecto; me hizo la divina potestad, la suprema sabiduría y el primer amor. Antes que yo, no hubo nada creado, a excepción de lo eterno, y yo duro eternamente. ¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!*

La Divina Comedia. Inferno: Canto Tercero

Dante Allighieri

## *El mundo oscuro*

No puede creer lo que está sucediendo. Es imposible.

Bajo él. Junto a él. Detrás de él...

Hay dolor, y aún peor, hay maldad e ignominia.

Y cuando todo termina en ese mundo oscuro cargado de perversidad, sufrimiento e iniquidad, el demonio escondido se atreve a mirarlo.

Lo mira mientras llora y él se aborrece por ello.

Allí, en su guarida. En la guarida del demonio, donde la maldad nunca duerme, él llora y su odio es infinito. Odia al demonio y se odia a sí mismo por existir siquiera, por respirar todavía.

El demonio le da la espalda, mientras termina de arreglar su demoníaca vestimenta.

Es su oportunidad.

Cierra los ojos. A lo mejor tiene razón el psiquiatra. Quizá hay cosas que solo suceden en su cabeza. Y en la oscuridad de sus ojos cerrados reza una oración para que sea así, para que nada de esto haya ocurrido nunca.

Abrirá los ojos y habrá escapado de aquello...

El demonio se gira de nuevo hacia él. Se percata de que ha dejado de llorar y le tiende una inmunda toalla para limpiar los vestigios de su infamia, pero él la rechaza.

Luego le acaricia el pelo con su mano repulsiva y le susurra una última palabra:

—Mañana...

# Más teorías

## I

Fran es un niño fuerte. Quizá el más fuerte de su clase. Ante sus compañeros presume de no temer a nada, aunque en realidad eso no es totalmente cierto. Teme a su padre. No hay cosa que le aterrorice más que contemplar a papá fuera de sí; a veces pierde los papeles de tal forma que lo golpea. Con los puños. A él y a veces también a mamá...

Sin embargo, para ser el tío más valiente del colegio, debe reconocer que ahora mismo está algo acojonado. Ante él se sienta un señor bajito y regordete con un ridículo y poblado bigote rizado colgándole de la nariz, que lo mira con gesto de aburrimiento; y a su lado, una señora joven y guapa de largo cabello negro y preciosos ojos verdes. Ojalá algún día pudiera tener una novia así. El padre Sabino, el cura que les da *mates*, le ha informado que ambos son polis y que quieren hacerle unas preguntas sobre el palurdo y la *putilla* que decidieron hacer prácticas de vuelo sin motor desde la terraza del colegio.

—Tus profesores me han dicho que ibas a la misma clase que Alejandro. Me gustaría que me hablaras un poco sobre él —le dice la mujer en tono suave.

—Era un tío raro. Y tenía una mirada extraña, no sé cómo decirles... era como si... como si estuviera esperando que los demás dijéramos algo estúpido ¿entienden? —le explica con aire convencido—. Yo creo que quería hacerse el interesante, que se creía mejor que los demás o algo así.

La mujer joven y guapa asiente con expresión atenta, mientras que el hombrecillo, en cambio, permanece inmóvil, sin dejar de mirarlo. Le está empezando a molestar la actitud de ese tipejo.

—Continúa —le apremia la mujer. Al mismo tiempo le sonrío. Es una sonrisa dulce y amable. Le gusta.

—Estaba siempre solo. Nunca hablaba con nadie —le dice—. Quería aparentar que todo le daba igual, que pasaba de nosotros. Pero era solo *postureo*.

—¿Qué quieres decir? —le interrumpe el tipo gordo con bigote.

Le sorprende su voz. Es una voz grave, severa. Le recuerda a su padre, aunque el tono es muy diferente. En esas tres únicas palabras, en su forma de hacer la

pregunta, se intuye algo más. Autoridad. Y mala leche.

—Se estaba tirando a una golfilla del cole... —Interrumpe su frase a propósito, al tiempo que lanza una significativa mirada a la mujer, dando a entender que es a ella a quien contesta en realidad.

—¿Quién era, Fran?

—No se lo va a creer... es un poco fuerte.

—Dímelo, por favor —le pide sonriendo de nuevo—. Esto es más serio de lo que piensas. Estamos hablando de un posible crimen, ¿entiendes?

—Con esa tonta que se mató también. A lo mejor se suicidó por eso, ¿no le parece?

Fran pronuncia estas palabras paladeándolas con placer. Acaba de dar una información muy importante, es consciente de ello, y seguramente será recompensado con la admiración de sus colegas. Y, sobre todo, ha logrado la atención de la mujer. En su actual estado de complacencia es incapaz de percibir el breve gesto de desagrado que por un momento pasa por el rostro de ella. No puede apartar los ojos del tipo gordo... le sorprende que no se haya inmutado, como si su rostro hubiera sido esculpido en piedra.

—Estoy seguro de que *se lo estaban haciendo*, ¿saben? —añade en tono desdeñoso—. Y como aquí está prohibido echarse novia... los hubieran expulsado. Ya me entienden; aquí todo es pecado.

—Ya —espetea en tono seco el poli gordo—. Y además de ti, ¿alguien más sabía sobre esa amistad?

—Bueno... la verdad es que dentro del colegio apenas se les veía juntos. Aunque creo que al final el padre Ramiro terminó enterándose...

—¿De veras? —inquieta sorprendida la mujer policía. Ahora sí que parecen los dos interesados, se percata Fran con cierto regocijo.

—¿Y cómo crees que se enteró? —pregunta de nuevo el irritante hombrecillo.

Tiene su mirada fija en él y lo contempla de una forma que a Fran no le gusta nada. A pesar de las diferencias físicas con su padre, en estos momentos le recuerda a él... especialmente en la forma de mirarlo en ocasiones, poco antes de soltarle una *hostia*.

—¡Y yo que sé! —se defiende él, casi gritando. Pero nota cómo un intenso rubor comienza a cubrir su rostro, exacerbando aún más la densa nube de acné

que coloniza despiadadamente sus mejillas—. ¡Pregúntenle al director, si tanto interés tienen en saberlo!

—De acuerdo, eso haremos —le dice el policía y, para su sorpresa, una leve sonrisa de malignidad comienza a adivinarse en sus labios. El muy cabrón...

—Esto... puedes irte, Fran. Gracias por tu colaboración —le despide la mujer, en esta ocasión con frialdad. Fran levanta la mirada hacia ella.

La *poli buena* ya no sonríe.

## II

—Cecilia, haz memoria, ¿cuándo viste a Alejandro por última vez?

—Creo que fue la tarde anterior a que... a que apareciera muerto —responde con la mirada clavada en el suelo. Más que hablar, balbucea. No puede evitar sentirse intimidada.

El hombre del bigotito, que se parece mucho a su tío Miguel, le cae bien. Su tono de voz no resulta amenazador y sus ojos parecen sonreír en todo momento. Otra cosa es la mujer joven que permanece a su lado con los brazos cruzados — su ayudante, quizá— y que no ha abierto la boca todavía. Parece expectante, aunque procura no mirarla a los ojos de manera demasiado directa, lo cual Cecilia agradece.

—¿Y cómo se mostró? ¿Observaste algo fuera de lo normal en su comportamiento? ¿Algo que te llamara la atención de manera especial?

—No... parecía el de siempre. Algo más triste que otras veces, pero es que Alejandro era un chaval serio. Llevaba un libro en la mano y permanecía absorto en él. Ni siquiera me contestó cuando lo saludé, y eso que grité su nombre — añade entonces pensativa recordando la escena.

—¿Te fijaste en el título del libro?

—No... era un libro de esos viejos... antiguos. Sin dibujos ni fotos en la portada. La cubierta era de color negro, o quizá azul oscuro. No lo pude ver bien...

—De acuerdo —dice el policía/tío Miguel.

Ahora guarda silencio y mira a su compañera, que asiente levemente. Es posible que lo del libro tenga algún significado oculto para ellos porque parecen

más animados a partir de ese momento. La mujer incluso sonrío. Y, por primera vez, oye su voz. Una voz demasiado grave para una mujer. Sin inflexiones. Fría.

—Cecilia, sospecho que hay algo en todo este asunto que no nos has contado. Sobre Carlota o Alejandro. O sobre ambos, ¿verdad? —le dice clavando su mirada en ella.

La muchacha se encoge en su silla, como si la hubieran golpeado. Tiene miedo. Teme que esa mujer sea capaz de adivinar sus pensamientos. A lo mejor está entrenada para eso. Quizá es como ese tipo de la serie *El Mentalista* que tanto le gusta a su madre.

Sacude la cabeza con fuerza.

—No. No sé nada más... ¿puedo irme? —pregunta con voz entrecortada.

—Ya sabes que hemos hablado con tus papás, y nos autorizaron a que te hiciéramos preguntas. Y tú te comprometiste a contarnos la verdad —continúa la mujer en tono cada vez más severo. Cecilia lanza una mirada suplicante hacia el hombre simpático y regordete del bigote, pero este se limita a asentirle con aquiescencia animándola a seguir hablando.

—Alejandro... creo que tenía problemas aquí... —dice finalmente con un hilo de voz.

—¿Por qué piensas eso? —pregunta ahora el poli que se parece a su tío. Cecilia no percibe en su tono de voz ni el asomo de una duda; su actitud es de sincero interés, así que prosigue envalentonada.

—Por nada, en realidad. Son sensaciones, ¿saben? Por ejemplo, una o dos semanas antes de que lo encontraran... de que ocurriera... tuvo una reacción bastante extraña —la chica se detiene un segundo en ese punto antes de continuar. Su voz muestra ahora desconcierto y extrañeza—. Fue durante el recreo. Yo paseaba por el patio, buscando con la mirada algún sitio tranquilo para almorzar, cuando lo vi. Estaba solo, sentado como otras veces en los escalones de la puerta principal, repasando los deberes. Me di cuenta de que parecía preocupado; estaba encogido y tenso sobre las libretas mientras mordía un lápiz con ansiedad. En ese momento, levantó la cabeza hacia mí, ¿saben?... Y yo me asusté. Su mirada, que al principio solo reflejaba algo de inquietud, cambió. Se transfiguró de repente. Parecía estar llena de miedo o de odio. O de las dos cosas a la vez. Incluso estuve a punto de preguntarle si le ocurría algo, pero no me dio tiempo. En un santiamén recogió todas sus cosas y salió disparado.

—Sí que parece desconcertante—comenta reflexivo el policía—. ¿Y dices que miraba hacia ti cuando reaccionó de esa forma tan insólita?

—Sí. De eso estoy segura —afirma convencida.

—¿Había alguien más en ese lado del patio? —pregunta ahora la mujer. Su voz ha perdido parte de la dureza mostrada al principio, aunque Cecilia continúa mirándola con suspicacia mientras contesta:

—Bueno, creo que había un grupo de chicos jugando al fútbol y un corrillo de profesores paseando. Nada que se saliera de lo normal.

—Entonces, ¿nunca supiste de qué se asustó Alejandro? —inquire el policía en tono amable.

—No. Para ser sincera, olvidé el incidente poco después; tenía otras cosas en qué pensar, como por ejemplo los exámenes —replica pesarosa al recordarlo—. Hasta que ocurrió lo que ocurrió, claro. Entonces me vino a la cabeza, ¿saben? No puedo dejar de pensar que quizá tuviera alguna relación con lo que le sucedió. A lo mejor le ocurría algo malo, ¿no creen?... Algo que lo atormentaba o que lo tenía aterrado. No sé... —concluye sacudiendo la cabeza.

—Bien, creo que es suficiente —indica el policía levantándose de la silla—. Debo decir que nos has ayudado mucho, Cecilia—le dice acompañándola hasta la puerta.

La niña suspira, agradecida. Al final, no ha resultado ser tan duro después de todo.

—¿Qué te ha parecido? —inquire Carmen nada más cerrarse la puerta tras ella.

—Interesante...

—En realidad, todo puede tener una explicación bastante simple: si es cierto que Alejandro padecía un trastorno de tipo psicótico, cualquier mirada a destiempo pudo generar en él la sensación de ser observado. Los psicóticos paranoides viven en un continuo estado de hipervigilancia y alerta. Suelen pensar que cualquier cosa que sucede o se dice se refiere a ellos —explica Carmen.

—Puede ser —replica su compañero mirándola de manera enigmática.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad?

—Creo que el chico pudo ver algo. Aunque quizá no fue lo que Cecilia se imaginó. Sospecho que no la miraba a ella, sino a alguien que estaba detrás. Esos

chicos jugando al fútbol, el grupo de profesores u otra persona distinta a todos ellos.

—Salas, creo que no comprendes la naturaleza de los síntomas que puede provocar una esquizofrenia... —argumenta su compañera con cierta impaciencia.

—No, es verdad. Ahí eres tú la experta. Yo, sin embargo, parto de la hipótesis de que a Alejandro lo asesinaron, al igual que a Carlota. Y que debió ser alguien real, de carne y hueso, porque de momento, que yo sepa, las alucinaciones no pueden matar. La pregunta es, en mi opinión, ¿el asesino o asesinos guardan relación con lo que atormentaba tanto a Alejandro? ¿Qué parte de sus alucinaciones eran reales?

—Cabe además la hipótesis de que el psiquiatra se equivocara en su diagnóstico —indica ahora Carmen frunciendo el ceño.

—Ya se me había ocurrido—replica Salas, mientras se sienta de nuevo en la silla y junta la yema de los dedos en actitud reflexiva—. Verás, eso no solo contradiría el juicio clínico de un prestigioso psiquiatra, sino también algo de lo que nos dijo Carlota, ¿recuerdas? Llegó a afirmar que su amigo estaba convencido de que un grupo de individuos (*ellos*, así los llamó) lo perseguían a él y a su familia con ánimo de destruirlos. He tenido que investigar a algunos locos a lo largo de mi carrera, y esa expresión me suena demasiado a desvarío. No. Creo que el chico no estaba bien del todo. Pero quizá su locura tenía alguna base real.

Por un momento, Carmen guarda silencio. Reconoce que podría tener razón. No es extraño que los psicóticos mezclen lo real y lo ficticio en sus delirios. Así que se sienta junto a su compañero y se cruza de brazos, mirando por encima de la cabeza de Salas en dirección a la puerta, ensimismada.

Al cabo de un instante, se atreve a levantar la mirada y espeta al inspector:

—Eso parece encajar con nuestra teoría de que el chico se preparaba para hacer algo contra el centro, ¿no crees? Si es cierto que alguien del colegio lo acosaba realmente, su trastorno, con toda probabilidad, lo magnificaría presentándolo ante sus ojos como algo siniestro y perverso. Pudo haber generado en su mente una especie de conspiración diabólica que lo sumió en un estado de terror irrefrenable, llevándolo a planificar a la desesperada algún tipo de venganza.

—Sí. Es posible. Eso explicaría la nota y, si me apuras, el desgraciado fin que tuvo. Puedo imaginar algún tipo de enfrentamiento final con su acosador, seguramente en la misma terraza, durante el cual este lo arrojó al vacío...— explica el policía con aire dubitativo—. En cuanto a Carlota, creo que es posible que la pobre supiera algo más, algo que no nos llegó a contar aquel día, y que decidiera investigar por su cuenta. Quizá llegó a averiguar la identidad del asesino, quien, viéndose descubierto, decidió acabar también con ella.

—Sí, pero eso no explica, por ejemplo, la ausencia de señales de lucha en el cuerpo de Alejandro. Si hubo enfrentamiento, ¿dónde están las marcas de golpes o arañazos? El informe forense no encontró restos de piel o tejidos en las uñas de Alejandro. Recuerda que era un chico fuerte y atlético. Además, por su enfermedad, estaba sumido en un estado de recelo y suspicacia permanente. Imposible creer que ni siquiera intentara defenderse —argumenta Carmen.

—Tienes razón —reconoce Salas mirando a su compañera con el ceño fruncido—. Lo que nos lleva a la única explicación plausible, una vez descartada la hipótesis del suicidio: lo sorprendieron distraído en la terraza. Tan distraído, que no pudo hacer nada cuando su asesino lo empujó hacia la muerte.

Y el denso y tranquilo silencio que se instala en la pequeña aula sin muebles —ahora se ha convertido en una especie de almacén casi abandonado— donde los dos policías llevan encerrados varias horas interrogando a los alumnos del elitista colegio, parece prolongarse indefinidamente. Hasta que, de nuevo, Carmen se atreve a romperlo con una sencilla pregunta:

—¿Guardas aún ese dichoso botón?

# *El incidente*

## I

El padre Ramiro siempre ha sido el padre Ramiro. Desde niño.

No es que tuviera en mente hacerse cura a los ocho o diez años. Ni mucho menos.

En realidad, él quiso ser abogado desde que vio por vez primera una divertida película llamada *Testigo de cargo*, en la que un sagaz abogado lograba poner en libertad a un acusado de asesinato que a la postre resultaba ser culpable. A pesar de que se había cometido una injusticia a todas luces, al joven Ramiro le impresionó la astucia del personaje que representaba el letrado. Al fin y al cabo, gracias a su habilidad, había logrado que alguien con todas las pruebas en contra consiguiera ser absuelto en un juicio.

Eso era poder. Y Ramiro siempre había admirado el poder.

Lo de hacerse sacerdote vino después. Viernes y domingos acompañaba a mamá (viuda desde hacía tanto tiempo, que el niño Ramiro no guardaba ya ningún recuerdo de su padre) a rezar, oír misa y encender la vela semanal para el descanso eterno de su desaparecido progenitor. Contemplaba embelesado al cura del pueblo —un anciano de aspecto imponente al que todos reverenciaban y trataban con un respeto rayano en la veneración— en el momento de la consagración y la conversión del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Era un instante sublime. Lleno de magia. Y de poder. En esos momentos, deseaba ser él. Lo envidiaba. Esa fue la auténtica vocación de quien, más adelante, llegaría a ser el director del más prestigioso y distinguido colegio religioso de España: convertirse en alguien poderoso.

Por supuesto, él siempre aspiró a ser algo más que un profesor. Hubiera hecho cualquier cosa (CUALQUIER COSA) por ocupar un puesto destacado dentro de la jerarquía eclesiástica, pero sus limitaciones intelectuales constituyeron siempre un obstáculo insalvable. Puede decirse, por tanto, que ser nombrado máximo responsable del más importante colegio católico del país componía el techo de sus aspiraciones; y huelga decir que Ramiro disfrutaba de su posición

con toda la afectación e inmodestia que requería la dignidad de su imponente cargo.

El Francisco de Asís era su gran obra para el mundo. Su legado. Lideraba una institución educativa capaz de salvaguardar los valores cristianos primigenios: el respeto por quienes ostentaban la dignidad del sacerdocio, la veneración hacia las Escrituras, el amor a Dios, la disciplina moral y física... Y es que, en el fondo, el padre Ramiro se consideraba a sí mismo una especie de soldado de Dios. Un baluarte contra los valores inmorales, la descreencia y la falta de fe.

Es por ello que vive con temor situaciones como esta. ¡Resulta tan injusto! Dos niños que se permiten morir asesinados en su colegio, manchando de forma indeleble su exquisita reputación, su trabajo de años. Y ahora esos policías que no paran de husmear y hacer preguntas. Y que se atreven a tratarlo de manera condescendiente.

A él... ¡malditos sean!

El larguísimo y fresco corredor de la primera planta, el más ancho de todo el edificio, constituye un lugar tan bueno como cualquier otro para pasear y mitigar el terrible desasosiego que tortura al sacerdote esa mañana. Obligado por las circunstancias, ha tenido que permitir que entrevisten a algunos alumnos —por supuesto, previa autorización de sus padres— en una de las aulas abandonadas del colegio. El escándalo ya es un hecho y en el ambiente flota la penosa sensación de que la situación se le escapa de las manos al tenaz director. Esa misma mañana ha mantenido una conversación bastante tensa con un importante industrial de Murcia que ha dejado caer la idea de que quizá su hijo no termine el curso escolar en el Francisco de Asís.

Sobre él, como una espada de Damocles, pende la mano del arzobispado, cuya llamada teme que se produzca de un momento a otro.

Precisamente en ese instante, como si hubieran sido evocados por su febril pensamiento, aparecen ante sus ojos los odiosos policías responsables de la difícil situación que atraviesa su colegio. Con las manos a la espalda, el gesto severo y cargado de dignidad, y su barbilla casi rozando los piadosos adornos del techo, aguarda que lleguen a su altura para abordarlos con acritud:

—¿Han terminado ya ustedes?

El policía grueso y bajito, y con aire de despistado, lo contempla con ese gesto que tanto odia, curvando los labios en una sonrisa que quiere ser invisible y que Ramiro capta a la perfección. Es conmisericordia. O peor aún, condescendencia.

—De momento vamos haciendo progresos. Pero no le quiero engañar. Es posible que la cosa se alargue —replica el policía.

—No creo que entiendan ustedes el daño que están haciendo a esta institución. Irreparable. He pasado toda la mañana atendiendo llamadas de padres preocupados... —comienza a decir el clérigo en tono iracundo.

—Imagino que esos padres estarán más tranquilos una vez que atrapemos al asesino, ¿no es de la misma opinión?

—Esa absurda teoría suya de que existe un... un psicópata en mi colegio no es más que una patraña sin sentido. Esos dos desgraciados niños, atormentados quizá por el pecado que atenazaba sus almas, se arrojarían a la muerte ellos mismos.

—Padre, dejémonos de rodeos. Uno de sus alumnos nos acaba de indicar que usted disponía de una información esencial sobre Alejandro y Carlota que se ha negado a compartir con nosotros hasta ahora —salta la impertinente mujer, que hacía evidentes esfuerzos para contener su rabia.

El padre Ramiro, sin saber qué decir, se limita a mirarlos boquiabierto un instante... ¡Odiosa y recalcitrante mujer!... Ojalá tuviera la fuerza de Sansón en esos momentos; ojalá Dios le otorgara por un instante el poder suficiente para expulsar a esos dos seres impíos...

—¡Los secretos de confesión son sagrados y están por encima de cualquier ley! —exclama con gesto torvo.

Su indignación surte el efecto deseado. El policía bajito comienza a mostrarse inquieto y, tras levantar las manos en señal de calma, le dice en tono conciliador:

—Señor director, lamento las molestias, se lo aseguro. Tanto mi compañera como yo estamos haciendo todo lo posible para trabajar con la mayor discreción. Esperamos terminar pronto, pero necesitamos su colaboración.

Bueno, al menos ha logrado bajarles los humos. Aunque Ramiro está convencido de que esto no terminará así. Espera que, antes o después, Dios acudirá en su ayuda. Como ha hecho otras veces.

—Está bien. Pero terminen ya. ¡Y márchense de mi colegio! —les dice, dándoles la espalda con soberbia.

—Un momento, señor director. Existe otro detalle, ¿sabe?, que nos tiene algo confusos, la verdad. —le vuelve a requerir el irritante hombrecillo—. Verá, encontramos esta fotografía en la cual aparece un profesor del que no teníamos

noticia, hasta el momento —le dice mostrándole una imagen en la que le señala a uno de los padres.

—Ese no es ningún profesor —replica en tono agrio tras dedicarle una fugaz mirada.

—Pero...

—Ustedes solicitaron hablar con los profesores del colegio. Y ese sacerdote en concreto no da clases aquí —lo corta secamente.

—Discúlpennos, padre —se apresura a añadir el policía, mientras dirige una rápida mirada a su compañera que parece a punto de saltar—. En realidad, nos referíamos a *todos* los miembros del personal de este colegio. Quizá no fuimos demasiado precisos...

—¿Cómo se llama? ¿Quién es ese individuo? —lo interrumpe entonces la mujer con impaciencia.

—Ese individuo, como usted lo llama, es el buen padre Ignacio, responsable de la cocina y encargado de gestionar los recursos económicos destinados a cubrir las necesidades terrenales de la congregación —replica él sulfurado.

—De acuerdo, si no es demasiado pedir, quisiéramos mantener con él una breve entrevista —solicita el inspector con voz sosegada.

—¡Hagan lo que les plazca! ¡Y terminen rápido, por Dios Santo!

—Desearía pedirle un favor más —añade el policía en el mismo tono suave.

Pero su aire contrito no engaña al veterano director del Francisco de Asís. Es consciente de que en realidad no se trata de una petición, sino de una exigencia.

—Ustedes dirán —responde con un bufido cerrando los ojos como invocando paciencia.

—Quisiéramos conocer todo este magnífico edificio. Nos sería muy útil, para terminar cuanto antes, que nos proporcionaran las llaves de todos los despachos y habitaciones.

—No estoy seguro de si...

—Le aseguro que sería lo más conveniente para agilizar nuestro trabajo. Imagínese, si tenemos que iniciar el proceso de solicitud de una orden judicial en toda regla... es posible que esto se dilatara hasta límites insoportables —sugiere el policía en tono relamido.

Maldito bastardo.

—Está bien... ¡Está bien! Pasen por conserjería. Daré orden para que les entreguen una copia de todas las llaves —responde en tono seco y amargado—. Y por favor, procuren no volver a molestarme...—les ordena alejándose a grandes pasos.

El padre Ramiro se marcha furioso, herido su orgullo en lo más profundo. Y cuando alguien decide acometerlo de esa forma, tiene que estar dispuesto a pagar las consecuencias.

## II

—¡Uff! ¡Cómo se ha puesto! La verdad, empiezo a pensar que ese tipo no anda bien de la cabeza... Por cierto, ¿a qué ha venido tanta vaselina? —pregunta Carmen al inspector en cuanto comprueba que el arisco sacerdote se halla lo bastante alejado.

Salas quisiera hacerle entender a su compañera algunas de las cosas que ha aprendido a lo largo de los más de treinta años que lleva padeciendo a obtusos burócratas y a necios políticos cargados de suficiencia. Es posible que con el tiempo lo aprenda por sí misma.

—Hace varios días que agoté la prórroga de una semana arrancada a mi jefe, y una queja formal de ese... *sacerdote* sería la excusa perfecta para apartarnos del caso —le explica.

Carmen se cruza de brazos, resignada. Como casi siempre, Salas tiene razón.

—Bueno, ¿entonces te has decidido a registrar el colegio? —inquire ahora a fin de cambiar de conversación.

—Sí. Creo que se hace necesario. No un registro meticuloso... Eso sería imposible dada la envergadura de este edificio. Calculo que debe haber más de trescientas habitaciones entre aulas, despachos, salas, bibliotecas... nunca podríamos abarcarlo todo, al menos de manera minuciosa. No. Mi plan es pasear por aquí, visitar, eso sí, las bonitas dependencias y lujosos despachos, disfrutar de su belleza... y hablar. Así trabajábamos hace años, cuando no existía tanta tecnología ni papeleo: hablábamos, sin más. Antes o después se acostumbrarán a vernos por aquí, y a alguno de ellos quizá se le escape algún detalle. Algo que a sus ojos carezca de importancia. O quizá el asesino se ponga nervioso y sea tan amable como para dejar una pista.

Para Carmen Reverte, formada en la Academia de Ávila a la lumbre de todas esas tecnologías que tanto parece despreciar su compañero, ese discurso es una pura mojiganga. Pero el respeto que le profesa la hace asentir. Además, no le queda otra opción.

—Por otra parte, se me está ocurriendo que sería buena idea que hablaras de nuevo con ese sacerdote que impartía educación física... ¿cómo se llamaba...?

—Jonás —contesta ella demasiado rápidamente. Tarde, se percata de que su compañero la mira con una sombra de sonrisa asomando a sus labios.

Esa sonrisa dura tan solo un segundo. Carmen contempla asombrada cómo el gesto tranquilo e irónico de su compañero cambia de forma repentina. Sus labios se fruncen en una mueca extraña y a sus ojos asoma el miedo. Hasta ese momento, nunca había visto a Salas con gesto de sorpresa o terror. Ni siquiera hace unos días, cuando estuvo a punto de morir estrangulado por el demente padre de Carlota. Su cara se congestionó, sí, pero en ningún momento llegó a asustarse de verdad.

Como ahora.

Todo sucede excesivamente rápido. Excesivamente lento. Augusto mira aterrado al techo y a continuación se lanza sobre ella. La empuja con fuerza contra la pared opuesta, a dos metros de distancia. Se golpea la cabeza primero con la pared y luego contra el suelo y enseguida él le cae encima. Otro golpe. La cabeza le arde y la oscuridad se cierne sobre ella durante un segundo eterno. El tiempo se detiene. Los sonidos se callan y Carmen siente que va a morir. Después, un estallido espantoso que ocupa todo su cerebro. Grita aterrada, tratando de zafarse de su enloquecido compañero. Finalmente logra levantarse a duras penas y se aleja de él, trastabillando. Es entonces cuando su mirada se dirige hacia el lugar donde se hallaba hace tan solo un instante y vuelve a gritar.

Un crucifijo de más de dos metros de altura yace ahora allí, destrozado sobre el pavimento.

—¿Estás bien? —pregunta el inspector con voz balbuciente, mientras se incorpora con dificultad, dejándola libre.

—Creo... creo que sí —contesta ella como ausente.

Acaba de salvar la vida de milagro. Sin la rápida intervención de su compañero ahora mismo estaría muerta, aplastada bajo más de quinientos kilos de madera y escayola.

Salas se recupera enseguida y se sitúa en el mismo centro del estropicio, desde

donde mira hacia arriba con interés. Ella, sin embargo, permanece rígida, incapaz de moverse ni de pensar. Tiembla. Como si de una retransmisión radiofónica se tratara escucha hablar a su compañero, que ahora examina uno de los fragmentos del gigantesco crucifijo.

—Estaba fijado a esta pared maestra, justo a la altura de la segunda planta, muy cerca del pasillo exterior —afirma en tono intrigado.

Acto seguido se agacha y recoge un objeto de metal cilíndrico de considerable calibre. Carmen lo contempla con estupor. Se trata de un grueso tornillo cubierto de herrumbre.

—¡Vaya! —exclama su compañero sopesándolo sobre la palma de la mano—. Quédate aquí un momento. Voy a comprobar algo.

—Ni lo pienses. Voy contigo —replica ella recobrando la voz.

Salas le dirige una mirada apreciativa, antes de asentir. A lo lejos comienzan a oírse voces apagadas. Sin duda, alumnos y profesores que acuden para comprobar el origen del estruendo.

Sin perder un instante, Salas se lanza hacia las escaleras, y un par de minutos después ambos se encuentran en el pasillo circular que rodea el piso superior, asomados a la planta baja donde ya comienza a reunirse un nutrido grupo de curiosos. Haciendo caso omiso del bullicio creciente, Salas busca con la mirada el lugar exacto donde se encontraba fijado el enorme crucifijo.

—Resultaría difícil acceder desde aquí, ¿no crees? —pregunta Carmen a su compañero, aliviada en parte—. Todo indica que se trata de un simple accidente.

Sin pronunciar una palabra, Salas se encarama con sorprendente agilidad a la balastrada que separa el pasillo del patio interior, y contempla el orificio un instante antes de insertar el tornillo que aún conserva en la mano. Este penetra con excesiva facilidad, sin necesidad de ser atornillado. Después, y tras menear la cabeza pensativo, salta de nuevo al pasillo para tranquilidad de su compañera.

—¿Qué opinas? —le pregunta ella nada más regresar a su lado.

—Creo que el orificio tiene demasiada holgura. En la situación actual no hubiera podido sostener la cruz...

—¿Crees que está forzado?

—No lo sé. Parece difícil forzar un tornillo de estas dimensiones. Salvo que ya estuviera preparado de antemano o se encontrara a punto de caer... En ese caso habría bastado con empujar con fuerza hacia fuera, pero no con las manos.

Debería haber usado algún tipo de palanca... y en ese caso... —De repente, y antes de que su compañera pueda añadir nada, el inspector salta con ímpetu de nuevo sobre la balaustrada.

En esta ocasión, sin embargo, su compañero no calcula bien el salto. Carmen advierte, aterrorizada, que Salas no ha logrado incorporarse bien sobre el ancho mármol de la baranda. Bracea, está a punto de caer. Por un segundo lo ve precipitándose sobre el grupo de gente que, allí abajo, los observa con curiosidad. Incluso llega a oír algún grito de sorpresa y miedo entre la muchedumbre, anticipando su salto al vacío... en el último momento, con un movimiento instintivo, Carmen extiende su brazo y lo aferra de la camisa.

—¡Ten cuidado, joder! —le espeta desabrida.

—Gracias —es su escueta respuesta. Su mirada se dirige de nuevo por la sólida pared de piedra, pero en esta ocasión busca algo diferente—. ¡Ahí está! — exclama unos segundos después con satisfacción.

—¿Qué?

—Fíjate ahí —le dice, aún sin soltar su mano, y señalando con un movimiento de la cabeza—, ¿ves esa muesca justo donde se encontraba el travesaño mayor del crucifijo?

Carmen da un fuerte tirón de él hacia dentro, que le hace caer sobre el pavimento del pasillo, trastabillando. Después, tras ayudarlo a levantarse de nuevo, le dice a voz en grito:

—¿Estás loco o qué coño te pasa?

Él se limita a sujetarla de la muñeca y arrastrarla hacia el borde de la balaustrada, desde donde inspeccionan de nuevo la pared.

—Fíjate bien. Es una señal reciente, aún quedan restos de piedra triturados. Alguien aplicó en ese punto una palanca. Quizá solo tuvo que imprimir un poco de fuerza, ya que el tornillo es muy antiguo.

Ella ahora mira interesada el punto que le señala su compañero. Efectivamente, en el lugar indicado por este, se observa una zona deprimida en la vieja piedra que conforma la pared. Es tan solo un pequeño roce, una hendidura sin importancia situada unos centímetros por debajo del cruce entre los dos travesaños de la cruz; es decir, el lugar ideal para aplicar presión si se pretendía derribarla...

—¿Sabes una cosa? —dice Salas.

Carmen lo mira sorprendida: su compañero está sonriendo.

—¿Qué? —replica ella furiosa.

—Me parece que, de momento, Jesús está de nuestro lado.

### III

El mazazo llega una hora después, en Jefatura.

Lo reconoce de inmediato. Su rostro afilado y cruel. Sus ojos indiferentes, vacíos de alma, que se detienen en los suyos un breve instante, el suficiente como para transmitir todo el veneno y la mordacidad de que es capaz al veterano policía.

Se ríe de él a través de la mirada.

Camina seguro y firme a pesar de ir esposado de manera reglamentaria con las manos detrás de la espalda. No parece un detenido vulgar, temeroso o irritado. Matías Calderón Ruipérez, que en pocas horas será conocido en toda Murcia como *El asesino del hacha*, se muestra tranquilo; diríase que relajado. Satisfecho.

—¿Qué ha ocurrido? —balbucea el inspector a los policías que custodian al monstruo. Aunque adivina la respuesta.

—Acaba de confesar el homicidio de su mujer y su hijo. Los compañeros de la científica ya están en el lugar haciendo fotos —contesta el veterano de los dos, un agente alto y de anchas espaldas que conduce al detenido con gesto de repugnancia—. ¿Lo conoces?

—Yo... llevé el caso —explica el inspector mordiendo las palabras con rabia.

—Vaya, lo siento... —empieza a decir el policía. Sin embargo, su frase queda en suspenso, sorprendido por la reacción del inspector Salas. Ha oído hablar de él, por supuesto. Muy respetado por todos los caimanes. Según dicen, a pesar de su aire de fastidiado aburrimiento, es uno de los más experimentados inspectores de policía de Murcia. Uno de esos polis, viejos pero eficaces, que no se mezcla demasiado con nadie. Un solitario.

Por eso le sorprende la forma en que se arroja sobre el detenido y, tras aferrarlo de la pechera de su ajada camisa medio abotonada, lo estampa contra la pared con un violento empujón.

—¡Maldito hijo de la gran puta! —le grita pegando su rostro a escasos milímetros del asesino—. Al final lo has hecho, ¿verdad, pedazo de mierda? Despojo de ser humano... Ojalá te pudras en la cárcel... Ojalá experimentes algún día tan solo una fracción del sufrimiento que has causado a lo largo de tu asquerosa y miserable existencia, basura repugnante —dice por último soltándolo con brusquedad y lanzándole una mirada de asco.

—Inspector... —comienza a decir Carmen acongojada. Aunque desconoce el caso, es fácil deducir lo que acaba de suceder.

—Tranquila. Estoy bien. Existen en el mundo seres humanos que jamás debieron ser concebidos.

Minutos después, ya en el reducido y desordenado despacho, los dos policías se miran con aire de tristeza. Carmen se ha quedado sin palabras, no sabe qué decir. Intenta comprender cómo se debe sentir su compañero. Acaba de conocer la muerte de una mujer y de su hijo que acudieron a pedir su ayuda hace pocos meses, a ese mismo despacho. Querría decirle que nada de eso es culpa suya. Que él hizo lo que debía. Detuvo al delincuente, preparó las pruebas y presentó el caso al juez, logrando su condena. Y, sin embargo, ella intuye que el inspector siente que les ha fallado. Porque les ofreció algo que no podía proporcionar... Algo que, en realidad, nunca estuvo en su mano.

—Estoy cansado, Carmen —le dice en tono abatido.

—No fue culpa tuya, Augusto.

—Es posible... pero a veces me siento un fraude, amiga.

Entonces Carmen, por respeto, vuelve su mirada hacia la puerta.

Acaba de descubrir que, al otro lado de la mesa, su compañero llora en silencio.

# *Historia de un botón*

## I

Una oleada de aromas, entre los que se distinguen la hierbabuena, el ajo, y por supuesto el omnipresente orégano, envuelve a los dos policías nada más penetrar en la vasta cocina del colegio. Debido al frío, densas humaredas se elevan, como árboles fantásticos, de media docena de enormes cacharros que reposan hirvientes sobre el fuego. Dos mujeres de mediana edad con el cabello completamente cubierto por sendos gorros, se afanan sobre los pucheros mientras que un tercer personaje, de gestos ampulosos y amanerados, va y viene de continuo entre una y otra, prodigando vagos consejos que ellas apenas parecen escuchar.

La repentina presencia de los funcionarios no pasa desapercibida para este, un grueso sacerdote vestido con una amplia sotana deslucida y manchada, apenas unos centímetros más bajo que el propio inspector. Por su rostro cruza una fugaz expresión de desconcierto, pero enseguida se rehace y camina hacia ellos con expresión sonriente y los brazos abiertos en amplio saludo.

—¡Buenos días! ¡Pasen, pasen a mi cocina! ¡Como ven, me pillan liado, aunque no más de lo normal! Llenar los buchets de trescientas almas en pleno crecimiento es más difícil de lo que pueda parecer... —los recibe al tiempo que lanza una risita nerviosa.

—Usted debe ser el padre Ignacio, ¿me equivoco? —pregunta el inspector tendiendo la mano.

—En absoluto. Y si no estoy en un error, ustedes son los policías que investigan el triste asunto de esos pobres niños —responde él sustituyendo la amplia sonrisa por un gesto compungido.

—Por desgracia sí, padre. ¿Podríamos hablar unos minutos con usted?

—Claro, cómo no. Acompañenme, por favor —replica guiándolos hasta un reducido cuartucho situado en el otro extremo de la cocina. Se trata de una pequeña habitación, mezcla de despacho y alacena, amueblada de manera espartana y que desprende un intenso olor a encurtidos que obliga a Carmen, pulcra y remilgada *urbanitas* de toda la vida, a arrugar la nariz con desagrado.

—Este es mi modesto santuario, me temo. Lo empleo un poco para todo: despacho, biblioteca, despensa, espacio de oración... Se trata del único lugar del edificio que considero casi mío. Lo lamento, pero como podrán ver, no les puedo ofrecer un asiento —añade haciendo un significativo gesto con las manos en actitud de disculpa.

—No se preocupe, padre. Como le dije, será solo un momento. Querriamos que nos hablara sobre los alumnos asesinados. Haga memoria, se lo ruego. A estas alturas, cualquier información podría ser de ayuda, por insignificante que pudiera parecer —dice el inspector con aire grave.

—Por supuesto, por supuesto... —responde el cura mostrando de inmediato una actitud reflexiva—. Veamos... Alejandro, por ejemplo, un chico muy guapo e inteligente. Buen apetito, por cierto. Le gustaba comer bien. Sobre todo, comida de olla. En una ocasión me halagó diciendo que nunca había probado unas lentejas más sabrosas que las de aquí. Yo se lo agradecí, claro. Un elogio así, proveniente de alguien acostumbrado a los mejores restaurantes...

—Entonces, ¿solía pasar por la cocina? —lo interrumpe Carmen.

—Bueno, en realidad, solo vino un par de veces. Una de ellas acompañado de su amiga, esa pobre chica... Al parecer se habían quedado con hambre y me preguntó si podía ofrecerles algo. La verdad es que ese día preparamos macarrones y algunos repitieron plato. Solo pude darles un poco de jamón y queso, que aceptaron agradecidos.

—¿Estuvieron aquí? ¿En esta misma habitación? —interpela ahora el inspector dirigiendo una escrutadora mirada en derredor.

—Pues... sí, claro. Aquí es donde guardo esas cosas. Para evitar que se estropeen, por supuesto. Es el único lugar en el que hay suficiente oscuridad y el ambiente es seco y fresco —replica el sacerdote con voz excesivamente aguda.

—Ya. ¿Y suele usted hacer ese tipo de obsequios a los demás alumnos? ¿O solo los reservaba para algunos, digamos, *especiales*?

El obeso sacerdote, percatándose quizá del sentido de la pregunta, parpadea nervioso antes de responder en tono titubeante:

—Pues... no entiendo muy bien lo que quieren decir... por supuesto, claro... aquí suelen venir muchos niños a pedir comida, es algo normal a estas edades...

Los policías le dirigen ahora una intensa mirada. Un ominoso silencio cargado de sospechas se adueña del inmundo cuartucho, mientras el afeminado clérigo parece estar a punto de derrumbarse.

—Oigan... ustedes no pensarán... ¿Qué insinúan? —casi grita en tono ligeramente histérico.

—Yo no insinúo nada, padre. Me limito a preguntar —espetea el policía en tono seco—. ¿Algo más que debemos saber sobre los dos chicos...? Trate de hacer memoria. ¿Durante esas *visitas*, dijeron algo que le sonara extraño o escuchó alguna palabra fuera de lo común?

—¡No! ¡Todo fue normal, se lo aseguro!

—De acuerdo —replica Salas extrayendo una tarjeta del bolsillo delantero de su camisa. Carmen se da cuenta de que el inspector tiene sumo cuidado en evitar todo contacto con el cura cuando la deja entre sus manos.

—Si recuerda algo interesante en el futuro, no dude en ponerse en contacto con nosotros —le pide en tono seco volviéndose hacia la puerta. Carmen se detiene un segundo y dirige una última mirada al sacerdote antes de seguir a su compañero afuera.

Minutos después, ya en el exterior, se apresura a lanzar ansiosas boqueadas, aspirando con alivio el aire puro y oxigenado del helado jardín.

—¡Uff! ¡Qué lugar más repugnante! —exclama con disgusto.

—No es el lugar. Es ese tipo —explica su compañero, que pasea meditabundo con las manos a la espalda—. ¿Qué te ha parecido? ¿Qué impresión te ha dado?

—Es homosexual a todas luces. Y quizá pedófilo...

—Eso mismo creo yo. En fin, confieso que es un buen sospechoso, pero la verdad es que no me cuadra. No tiene las agallas suficientes. Podría ser un mirón, un *voyeur* a lo sumo... No un asesino.

—Hasta el más pusilánime puede matar si se ve acorralado —señala Carmen.

—En cualquier caso, lo añadiré a nuestra lista. Por cierto, imagino que también te habrás fijado, ¿no? —dice el inspector en tono indiferente, aunque con una tenue sonrisa asomando en sus labios.

—¿A qué te refieres?

—A su sotana. Deslucida, sucia... y además le faltaban varios botones.

## II

—Ya casi no te vemos el poco pelo que te queda, viejo —le espeta Ramón nada más cruzar la puerta. Como siempre, el caimán —sarcástico hasta la médula— lo recibe con las manos recogidas detrás de la nuca y una sonrisa torcida en su arrugada boca, que juguetea con un trillado palillo de dientes.

—Ando ocupado. No como tú —replica Salas con mal humor. No le apetece demasiado cruzar indirectas de mal gusto con su antiguo compañero de armas.

Este lo mira algo asombrado, pero enseguida se rehace y dirige una elocuente mirada hacia Carmen. Tras lanzar una significativa risita, le guiña el ojo de forma lasciva, antes de replicar:

—Ya veo, compañero. Ya sabes, si necesitas ayuda...

—Ramón —dice el inspector en tono desabrido.

—¿Qué?

—Vete a tomar por culo —le indica dándole definitivamente la espalda de camino a su despacho. Ya dentro, arroja su pesada gabardina sobre una silla y se vuelve hacia Carmen con gesto cansado.

—Discúlpalo. En otros tiempos fue un buen policía. De los mejores de la unidad, te lo aseguro. Ahora es solo un pobre *quemado*: la sordidez y el tiempo han hecho con él un buen trabajo.

—No te preocupes —lo tranquiliza ella—. Estoy acostumbrada. De todas formas, no creo que sea excusa. La sordidez nos afecta a todos, solo que en algunos encuentra mejor caldo de cultivo que en otros.

Salas guarda silencio. En el fondo sabe que su compañera está en lo cierto, pero prefiere no entrar en materia. Ahora mismo tiene cosas más importantes de las que ocuparse; como por ejemplo, de los resultados del análisis del botón que hallaron sobre la terraza del colegio, su única pista sólida hasta el momento. Enciende su ordenador y repiquetea con impaciencia sobre la mesa, mientras espera que aparezca en la pantalla el característico mensaje requiriendo su contraseña. Después de teclearla perezosamente con su dedo índice —Augusto Salas nunca ha llegado a dominar el solapado arte de la mecanografía, ni maldita falta que le hace— se abre el logotipo de Windows, así como su atestado escritorio virtual.

—Algún día tengo que limpiar esto... —murmura en voz baja mientras accede a su correo electrónico. Con placer, observa que le ha llegado el esperado mensaje del laboratorio—. ¡Aquí está! Veamos...

Carmen se acerca por su espalda, y se inclina sobre él, esperanzada. El documento adjunto, plagado de tecnicismos inútiles, les revela que no se han encontrado restos orgánicos de piel o uñas en el botón en suficiente cantidad para llevar a cabo el análisis de ADN.

—¡Mierda! —exclama Salas decepcionado—. Otra pista que se va por el retrete... ¿Qué sabemos de nuestros *hackers*? Los chicos de informática...

—¿Te refieres al disco duro del ordenador de Carlota?... Nada de nada, lo cual no deja de ser extraño. No se explican cómo una chica de su edad apenas tenía mensajes en su bandeja de entrada; y además carecía de perfil en Facebook, Twitter o Instagram.

—Era una niña introvertida, reservada... No me extraña su ausencia en redes sociales. Aunque lo de su correo electrónico es sospechoso —comenta el inspector en tono frustrado.

Por un momento permanece pensativo, con el entrecejo fruncido mientras se rasca con fruición la coronilla, pero enseguida su rostro se ilumina con una espléndida sonrisa no exenta de humor.

—Se te acaba de ocurrir una idea, ¿verdad? —le pregunta su compañera, quien ya es capaz de descifrar los cambios de expresión del veterano inspector.

—Más o menos... ¡Vámonos! Quiero presentarte a un amigo —le dice, incorporándose con brusquedad y recuperando su abrigo.

Carmen se encoge de hombros con resignación. No se le escapa la sonrisa traviesa que aparece en el rostro de Salas cuando pronuncia la última frase.

—Se trata de un personaje singular, muy conocido en el mundillo de la moda en Murcia. Es algo... mefistofélico, por decirlo de alguna manera, y tiene un toque narcisista que repele, pero sin duda es la persona que necesitamos en este momento —le informa su compañero poco después mientras pasean por las calles de Murcia.

—Concretamente, ¿a dónde vamos? —le pregunta ella tiritando un poco.

Esa mañana es especialmente fresca. El sempiterno sol de Murcia aparece hoy oculto bajo una espesa capa de nube gris, por lo que nada mitiga el gélido aire proveniente del norte que azota la región los últimos días.

—*Concretamente*, al Barrio del Carmen... bueno, en realidad, un poquito más allá —contesta el inspector.

—¿Y se puede saber por qué no cogemos el coche?

—¿Qué dices? ¿Y perdernos esta magnífica mañana de invierno...? Vamos, nos vendrá bien dar un paseo —le dice en tono desenfadado.

Carmen suspira resignada y sigue a duras penas a su compañero por las abarrotadas calles, camino de sabe Dios dónde, para encontrarse con vete a saber qué tipo raro. Sin embargo, a medida que avanza, se alegra más y más de haber dejado el coche en el garaje. La vieja y recogida ciudad (en realidad poco más que un pueblo grande) le sorprende por la animación de sus gentes —los murcianos sonrían más a menudo que los madrileños— y la mezcla de estilos arquitectónicos.

Así, siempre en pos del menudo inspector, atraviesa el Puente Viejo o Puente de los Peligros, el más antiguo de los que cruzan el río Segura en Murcia. Desciende la suave cuesta que le conduce al Jardín dedicado al marqués de Floridablanca y llega, casi sin darse cuenta, a la barroca Iglesia del Carmen. Respira con deleite el aire frío y limpio, tan diferente del de la populosa Madrid, y dirige una subrepticia mirada de agradecimiento a su compañero, que asiente sonriente.

—¿Sabes? Creo que podría acostumbrarme a vivir aquí... —le dice en un arranque de sinceridad al veterano policía.

A su alrededor, la gente conversa alegre. Carmen imagina que cada uno de ellos debe tener cuitas que atender, igual que en su Madrid, pero la vida parece más sencilla aquí...

*¡Ay! Por descuido, su pensamiento acaba retornando hacia su hogar, y recorre su cerebro como un gusano insidioso, removiendo, escarbando sin piedad. Las lágrimas, olvidadas durante días, quieren volver de nuevo y ascienden por su garganta, traidoras y crueles. Siempre pertinaces, siempre amargas.*

—Ya queda poco. El lugar al que vamos está a tan solo dos calles de aquí —le dice su compañero. En su voz detecta cierto tono de alarma. Ha notado algo.

—Bien, ya era hora. Me estaba cansando de tanto paseíto —replica ella con disimulo—. ¿Me vas a decir de una vez quién es ese tipo y por qué puede ayudarnos?

—Andrea Dalmazzo. Es un modisto de origen italiano muy conocido en Murcia. Es algo... mejor dicho muy excéntrico. También es un neurótico, un perfeccionista y el tipo más gilipollas que te puedas imaginar. Por lo demás, es el mayor experto en moda y complementos que conozco. Y me debe un favor. Hace

años lo denunciaron por agresión sexual. Yo demostré que la acusación era falsa y lo libré de una larga condena. Así que nos ayudará, quiera o no quiera.

Mientras habla, se adentran en una pequeña calle, estrecha, sinuosa y rodeada de casas antiguas de tres o cuatro plantas a lo sumo, todas ellas reformadas con exquisito gusto. Debe tratarse de una zona destinada a comercios y tiendas de todo tipo ya que, salvo un pequeño bar más bien semejante a una taberna —otra cosa que abunda en Murcia son los bares—, el resto de locales son de esa categoría. El más bonito de todos, el más elegante con diferencia, es una tienda de vastas y límpidas cristaleras cuya fachada está coronada por un llamativo rótulo de aluminio en el que reza el nombre en mayúsculas: DALMAZZO.

—Bueno, la verdad es que hace tiempo que no me compro ropa —indica Carmen en tono irónico—. Aunque creo que lo dejaré para mejor ocasión —añade, tras comprobar el desorbitado precio de un rutilante vestido de noche de gasa y pedrería que se exhibe en el escaparate.

Salas esconde una sonrisa de sorna y abre la puerta con decisión, entrando en la elegante tienda de ropa de grandilocuente nombre.

Varios grupos de mujeres vestidas a la última pasean con aire interesado entre los distintos estantes y percheros, sobando los tejidos y descolgando de cuando en cuando algún modelo que vuelven a dejar poco después. En el centro, Carmen contempla con interés al hombre que buscan. Es él, sin duda. Se trata de un tipo de edad indefinida —podría estar entre los cuarenta y los sesenta años—, alto y delgado, de cabello rubio demasiado brillante para su edad, y cuyo fino labio superior aparece adornado con un bigote largo y engominado que recuerda demasiado al de Dalí. De hecho, todo él evoca al genial pintor. Salvo su mirada. Despectiva y cruel, igual que sus labios. Mira a sus posibles clientas como ella contemplaría a un grupo de cucarachas que estuviera a punto de aplastar con el tacón de su zapato.

En ese momento se fija en ellos y su rostro se ensombrece. Acaba de reconocer a Salas a quien dedica un gesto con la cabeza, casi imperceptible, con el que le invita a acercarse. Un tenue rubor tiñe de manera leve sus pálidas y huesudas mejillas, mientras los conduce hacia la parte trasera de la tienda.

—¿Qué hay, Augusto? ¿De caza como siempre? —les espeta con una voz aguda y sibilante que destila mordacidad. A Carmen le recuerda el siseo de una serpiente al enroscarse sobre su presa y no puede reprimir un estremecimiento de frío y repulsión al notar su proximidad.

—Ya sabes cómo es esto, Andrea. Unas veces aquí, otras allí... Por cierto, te presento a Carmen. Es una experta venida de Madrid para echarme una mano con un caso especialmente difícil.

—Ya veo —replica el modisto dirigiéndole una mirada burlona y cargada de superioridad.

Ahora Carmen comprende la expresión utilizada por su compañero para definir al curioso personaje. *Mefistofélico* es lo más suave que puede decirse de este individuo.

—¿Y qué necesita la Policía de un humilde sastre como yo?

Salas resopla con suavidad dando a entender que ha captado el sarcasmo, antes de contestar:

—Es lo que siempre me ha encantado de ti, Andrea. Al grano. No te gusta perder el tiempo.

—El tiempo es algo que no me sobra, amigo. Siempre estoy ocupado, ya lo sabes.

—Y por ello te estaré doblemente agradecido si puedes ayudarme —repite el inspector extrayendo un minúsculo objeto de su bolsillo y colocándolo sobre la vitrina de cristal más cercana.

—¿Qué es esto? —pregunta Andrea.

—Un botón.

—¿Y...?

—Quiero que me digas lo que puedas sobre él. Sabemos que es un botón algo exclusivo. No aparece en los catálogos habituales de las mercerías corrientes, ya lo hemos comprobado.

El modisto ignora el pequeño objeto y dirige al policía una mirada larga y profunda, cargada de veneno. Por supuesto, el hecho de que ese hombre salvara su reputación y su libertad hace unos años no es para él más que un incómodo detalle que en estos momentos preferiría, sin duda, olvidar. Sin embargo, sus ojos no resultan difíciles de interpretar para Carmen. Expresan una antipatía feroz, rayana en el odio.

«Qué asco de tío», piensa. De repente, siente un intenso deseo por salir de allí.

—Por supuesto, inspector —dice por último recogiendo el botón y acercándose a los ojos—. Siempre estoy dispuesto a colaborar con la justicia.

Tras unos segundos de examen, extrae una gruesa lupa de un pequeño cajón situado bajo el mostrador.

—La utilizo para comprobar la calidad de algunos tejidos que nos llegan — explica concentrándose de nuevo en la imagen. Sus movimientos son apresurados y su gesto envarado. Es obvio que tiene prisa por terminar el encargo y volver a su quehacer habitual; al parecer, despreciar al resto del mundo.

Tras un par de minutos más, se marcha sin decir palabra al interior de la tienda, regresando enseguida con un grueso libro de tapas marrones entre las manos.

—Se trata de un viejo catálogo, de hace más de cinco años. Como has dicho antes, el botón es un modelo especial, exclusivo...—reconoce en tono molesto.

Carmen y Salas observan con cierta curiosidad cómo el excéntrico personaje hojea el libro con aire experto. Al principio pasa las páginas con rapidez, casi sin fijarse, pero poco a poco comienza a hacerlo más despacio, deteniéndose varios segundos, antes de pasar a la siguiente. De improviso da una fuerte palmada en una de ellas, profiriendo un gritito de satisfacción:

—¡Aquí está! ¡Sabía que me sonaba de algo...!

Los dos policías se inclinan con interés sobre la página señalada, aunque solo son capaces de distinguir la fotografía de un botón idéntico al suyo, bajo la que aparece un sinfín de detalles técnicos, incomprensibles para ellos.

—Tradúceme, por favor —le pide Salas con cortesía.

—Esas cifras indican el material y dimensiones del botón. Se trata de uno bastante caro, fabricado en baquelita. Fijaos en su tonalidad, amarillenta y cálida. Ello sugiere que está algo envejecido. Y si lo frotamos un poco desprenderá un fuerte olor a formaldehído. Sí, es baquelita sin duda... —afirma tras hacer la prueba.

—¿Y podrías averiguar en qué prendas se ha estado utilizando aquí, en Murcia?

—Es posible. Se trata de un material que solo empleamos algunos: los pocos que aún apostamos por la calidad en este inmundo pueblucho —escupe con desdén.

De repente sus ojos, grises e indiferentes, se abren de par en par como recordando algo. Recogiendo de nuevo la lupa, se inclina sobre el botón y lo

examina durante casi un minuto. Por último, levanta la cabeza con una aviesa sonrisa en los labios.

—¿En ese caso vuestro hay algún cura de por medio? —espetea a los sorprendidos policías.

—¿Qué has encontrado? —se apresura a preguntar Salas.

—Se trata de un modelo de botón que se emplea habitualmente en camisas y sotanas eclesiásticas. Es pequeño, de alta calidad y sin apenas desgaste, como suele ocurrir con los botones ocultos, que son los que se emplean en las sotanas modernas de los sacerdotes. No estoy seguro, pero juraría que lo han arrancado de una de ellas.

El inspector Salas y su compañera no pueden dejar de admirarse ante los conocimientos y la capacidad deductiva de la que acaba de hacer gala el sastre. En especial, Carmen muestra tan a las claras su asombro, que Dalmazzo se permite una tibia sonrisa de satisfacción.

—¡Vaya! Parece que acabo de brindar una información que merece la pena, ¿eh, inspector?

—Podría ser —reconoce Salas fingiendo indiferencia mientras recoge el botón y lo vuelve a guardar en su bolsillo—. Bueno, nos vamos ya. Nos espera una larga jornada... Por cierto, ese vestido de noche del escaparate... ese negro con tantos brillantitos...

—¿Sí?

—Recuerdo que hace unos años —creo que unos cinco, más o menos—, me ofreciste que eligiera algo para mi mujer... Fue cuando sucedió aquello tan desagradable...

El viejo buitre se encoge de hombros tratando de frenar el temblor que comienza a extenderse por su mejilla.

—Verás, resulta que el otro día mi caprichosa esposa pasó por aquí y se enamoró del dichoso vestido... y ya sabes cómo son las mujeres.

Un silencio denso e incómodo —para todos menos para Salas que sonrío abiertamente— se adueña de la escena. Carmen, ruborizada hasta las cejas, no sabe dónde esconderse, mientras que el viejo Dalmazzo parece hacer ostensibles esfuerzos para no lanzar alguna obscenidad. Por último se rehace, y con voz grave y contenida, replica en tono sibilante:

—Cógelo. Y dile a tu mujer que me hará muy feliz si no vuelve a venir de paseo por esta zona...

—Te lo agradezco, amigo. La verdad es que con mi miserable sueldo nunca habría podido permitirme comprarle un vestido de ese nivel.

Y ante la sorpresa de su compañera, el inspector retira él mismo la prenda del maniquí y lo introduce en una bolsa de la tienda, todo ello sin decir palabra.

—Toma, es un regalo —le dice minutos después, ya en la calle.

—Pero esto... esto no está bien. Es... acabas de...

Salas se cruza de brazos y la mira con aire de conmiseración, antes de añadir:

—Ese tipo es un indeseable egoísta y un miserable. Créeme, en el fondo le estamos haciendo un favor a esa raposa al *aceptar* su regalo. Además, es cierto que me ofreció un presente hace años, que rechacé en su momento. Fue el mismo día que detuvimos a una de sus empleadas, que había urdido una rocambolesca trama para chantajearlo a cambio de no denunciarlo por unos pretendidos abusos sexuales. Un asunto bastante turbio del que este individuo salió bien parado de milagro —explica con repugnancia—. Hazme caso. Disfruta el vestido. Además, quizá lo necesites...

—No te comprendo.

—Ya te lo dije. Quiero que hables de nuevo con ese profesor tan atractivo, el padre Jonás. Tú y él solos. Quién sabe. Quizá te cuente algo interesante.

Carmen enarca una ceja. No sabe si enfadarse o soltar la carcajada. «Maldito viejo tramposo», piensa al final con aire divertido.

—De acuerdo, hablaré con el cura. Así tú mientras podrás descansar un poco. Te veo fatigado últimamente, se te va notando la edad... —replica en tono mordaz.

Sin embargo, solo logra que aparezca un amago de sonrisa en su compañero.

—No. A mí me toca la parte más dura. Quiero volver a casa de Alejandro. Creo que nos dejamos algo pendiente la última vez que estuvimos allí.

—¿El qué?

—Su hermana pequeña. Sospecho que aún puede guardar alguna información interesante.

—¿Y qué te hace pensar eso? —inquire ella con gesto de sorpresa. Había olvidado por completo a la pequeña Lucía.

—La verdad es que no lo sé explicar muy bien. Intuición, supongo. Me pareció ver algo en su expresión que me llamó la atención... Claro, por aquel entonces investigábamos un presunto suicidio, así que le resté importancia. Pero ahora, por desgracia, ha cambiado todo. Creo que si le hacemos las preguntas correctas, podemos obtener alguna pista.

Carmen lo contempla apreciativa. Reconoce que tiene razón. El estado psicótico en que se hallaba sumido Alejandro le haría desconfiar de todo el mundo... menos, quizá, de su hermanita. Con un rápido gesto arrebatada a su compañero la bolsa con el caro vestido en su interior y le suelta con socarronería:

—Está bien, inspector Salas. Veo que a mí me toca hacer de vampiresa con ese cura. En fin, podría ser peor.

Por toda respuesta, su compañero lanza una desacostumbrada carcajada, mientras le palmea la espalda con entusiasmo.

—En eso estoy de acuerdo, amiga mía.

# *El demonio escondido*

## I

Carmen reconoce que está furiosa. Furiosa y avergonzada a partes iguales. Ese viejo zorro de Salas ha conseguido embarcarla en sus tejemanejes y ella se lo ha permitido. Porque la verdad, no comprende qué narices puede aportar el cura a estas alturas.

Embutida en el caro vestido *donado* por el viejo Andrea para la causa, aguarda incómoda a que el padre Jonás termine de dar las últimas instrucciones a sus alumnos tras la sesión de baloncesto de ese día. A pesar de ello, no puede dejar de admirar la apostura y el magnetismo del joven sacerdote. Su voz, metálica y cargada de matices, sirve para reforzar el carisma del profesor, sin duda el más popular entre las alumnas a juzgar por las rijosas miradas que recibe del grupo de atolondradas adolescentes que lo observan desde la distancia.

«Qué desperdicio», se permite pensar Carmen, ruborizándose ligeramente.

Al fin, el eclesiástico despide a los últimos alumnos y se dirige hacia el banco de madera, donde ella lo aguarda con una tímida sonrisa en los labios.

—Disculpe la espera, agente —dice mientras dirige una sorprendida mirada a su insólito atuendo—. Ya sabe, los adolescentes: un hervidero de hormonas alocadas, encerradas en un cuerpo que crece al margen de su cerebro... —explica risueño.

—No se preocupe. Además, me ha resultado muy instructiva la sesión. Yo en mi juventud era también muy aficionada a esto del baloncesto —replica ella incorporándose y tendiéndole la mano de forma cordial.

—¿En su juventud? Cualquiera diría que ha dejado ya esa etapa de su vida —ríe Jonás estrechando la mano que le ofrece—. Bien, usted dirá lo que necesita de mí... Por cierto, ¿va a alguna fiesta?

Carmen se ruboriza otra vez. Ojalá tuviera a mano un cajón de arena donde esconder la cabeza como los avestruces. «Maldito Salas», masculla para sí tratando de recomponerse:

—En realidad, no —balbucea con voz entrecortada por la vergüenza—. Cuando no estoy de servicio me gusta dar salida al fondo de armario... no tengo

mucho tiempo para fiestas, ¿sabe? —arguye en tono de disculpa.

Jonás continúa mirándola sorprendido, en silencio, esperando una aclaración. Y Carmen, a quien el rubor cubre ya hasta las cejas, decide darse por vencida.

—El caso es que, aprovechando que hoy no trabajo, he pensado que podíamos continuar nuestra conversación. Quizá en estos días, sobre todo a raíz de la desgraciada muerte de Carlota, le haya venido a la cabeza algún recuerdo o idea que pueda arrojar algo de luz sobre este asunto.

—La verdad es que le he dado muchas vueltas... Lo de Alejandro fue un gran golpe para nosotros, pero cuando pocos días después apareció el cuerpo de Carlota en esas condiciones tan lamentables, y en el mismo lugar que su compañero... reconozco que estoy sobrecogido. No concibo cómo puede existir alguien capaz de semejante maldad —replica en tono preocupado.

—Existe mucha gente malvada en el mundo, usted lo sabe mejor que yo. Y una de ellas está aquí, en este colegio.

El sacerdote la mira con gravedad: es incapaz de reprimir un estremecimiento de horror ante sus palabras. Finalmente asiente y, tras dirigir una mirada alrededor, le dice en tono confidencial bajando la voz:

—Venga conmigo. Mi despacho está ahí mismo, junto a los vestuarios.

Un minuto después, ambos se encuentran en una habitación diminuta, en la que apenas hay sitio para una tosca y sufrida mesa de oficina y dos viejas sillas. Sin embargo, junto a la pared, destaca un elegante armario de madera tallado a mano que llama la atención de la oficial.

—¡Vaya! Es una preciosidad —reconoce en tono admirado señalando el delicioso mueble.

—¿Cómo...? ¿Oh, eso...? —replica él agitando una mano, como restándole importancia—. Me temo que la carpintería es uno de mis escasos *hobbies*... pero siéntese, por favor —le pide mientras él ocupa uno de los desvencijados asientos.

Por un momento parece reflexionar, con el rostro enterrado entre sus manos. Carmen no puede evitar un sentimiento de compasión hacia ese hombre, sin duda atormentado por la pena o la culpa.

—Desde el principio, desde la muerte de Alejandro, supe que había algo que no encajaba del todo. Como les dije hace unos días, era un chico de fuerte personalidad, muy dotado para el deporte. Nunca me dio la impresión de que

fuera alguien predispuesto al suicidio. Y cuando ocurrió lo de Carlota... —se interrumpe de forma brusca y la mira a los ojos un instante—. Quiero confesarle algo. No fui sincero del todo en nuestra anterior entrevista. Omití una información y lo hice a propósito. En ese momento pensé que no tenía demasiada importancia, dado que se suponía que la muerte de Alejandro estaba más o menos clara. Además, creí que protegía al colegio y a los otros niños. Ahora me doy cuenta de que me equivoqué.

De forma instintiva, sujeta una pequeña cruz dorada que pende de su cuello, como buscando la fuerza necesaria antes de continuar:

—Estoy casi seguro de que Alejandro y Carlota mantenían una relación... quiero decir que eran algo más que amigos —explica titubeante—. Yo salgo del colegio a visitar el pueblo con frecuencia, cuando terminan las clases, y los sorprendí en alguna ocasión paseando juntos. Incluso una vez creo que los llegué a ver cogidos de la mano. Por esa razón, cuando él apareció muerto pensé que se había suicidado por alguna crisis sentimental; quizá una discusión o una ruptura. Pero después sucedió lo de Carlota y... Lo siento, debería haberles informado en cuanto supe que alguien la había asesinado.

—Cierto padre, debió hacerlo —le dice Carmen con severidad, algo sorprendida—. De todas formas tranquilícese. Ya disponíamos de esa información. La propia Carlota nos lo contó días antes de que la matasen. En cualquier caso, ¿hay algo más que sepa y que piense que podría ser relevante?

—Sí. Hay algo más —le dice en tono preocupado, clavando en ella sus intensos ojos azules—. Tengan cuidado, por favor, se lo suplico. He sabido lo del accidente que sufrió hace un par de días y también lo que le ocurrió a su coche. Sinceramente, pienso que no están seguros aquí...—Se interrumpe un instante y baja la mirada, como avergonzándose de antemano de lo que sugiere a continuación:

—Hace tiempo que se respira el Mal en el Francisco de Asís. ¿Quién sabe? Tal vez haya estado siempre aquí, impregnando estos viejos muros de piedra desde el principio. Quizá el Enemigo decidiera en algún momento buscar refugio en este lugar y desde entonces aguarde su momento...

—Padre Jonás. Todavía no sabemos quién mató a esos niños, pero le puedo asegurar que no fue un fantasma ni un demonio oculto desde tiempos inmemoriales entre las mohosas piedras de este colegio. Fue alguien real, de carne y hueso.

—No es eso lo que quería decir. No me ha entendido bien. El Mal es como un veneno, una ponzoña que pudre todo lo que toca. A veces lo noto. Está en todas partes. En el olor del aire, en el color de las cosas, en el sabor de los alimentos... Ha contaminado este lugar y a la gente que vive en él. Sí, Carmen. Yo también pienso que hay un monstruo viviendo entre nosotros.

## II

Salas observa a la niña de cabello blanco y rizado con cierto sentimiento de nostalgia. Lo único que lamenta de verdad en su vida es no haber tenido hijos. En momentos como este, cuando percibe tan de cerca la inocente bondad de un niño, tal emoción se intensifica porque, aunque la culpa no es de nadie, su paternidad frustrada lo atormenta desde siempre de manera soterrada y cruel.

Y le gustaría que hubiera sido niña. Niña como Lucía; como esa chiquilla de mirada profunda y triste, cargada de inteligencia y amargura. Por un instante no puede evitar imaginarse cuán diferente hubieran sido sus vidas con un hijo en ellas. O cuán diferente hubiera sido él, probablemente...

Esta vez, el padre no se ha opuesto a la entrevista. Al contrario, tras estrecharle la mano e interesarse por su estado de salud después del *incidente* que terminó con sus huesos en el hospital, se ha mostrado resignado y tranquilo ante su petición.

Salas tiene la sensación de que incluso la esperaba.

—No hay ningún problema, inspector. En realidad no creo que Lucía pueda serle de ayuda: cualquier cosa que pudiera saber al respecto lo habría contado hace tiempo —le dice con una sonrisa triste mientras lo acompaña a la habitación de la niña donde ella aguarda junto a su madre.

Está todo preparado. En esta ocasión, el inspector ha preferido avisar por teléfono de su visita. Una forma de evitar escenas de última hora. Cuando abre la puerta, las dos levantan la mirada hacia él. La madre —Rocío, cree recordar que se llama— muestra preocupación y recelo. Es lógico. Ha perdido un hijo y se aferra casi desesperada, como cualquier madre, al consuelo que le queda. Por otra parte, Lucía apenas ha variado su expresión. Sigue siendo aprensiva y dolorida. Salas intuye que oculta algo; algo que la atormenta y la hace sufrir. El policía lo vio ya la primera vez, pero en aquel momento estaba tan obcecado con

cerrar el caso rápido que lo apartó de su mente, como se aparta a un insecto molesto.

Sin embargo, la sensación de que esa niña podía tener la clave de algo importante, sigue ahí. Es un sentimiento familiar para muchos policías. Algunos lo llaman intuición. Otros lo definen como un pálpito. Salas sabe que se trata de la pura y simple experiencia de años preguntando, oyendo, observando, sabiendo...

Es consciente de que quizá solo tenga esa oportunidad de obtener respuestas, así que debe aprovecharla.

—Hola Lucía, ¿te acuerdas de mí? —le pregunta sonriente.

—Hola —contesta ella con una mezcla de timidez y curiosidad—. Ha venido para hablar conmigo, ¿verdad?

—Sí, pequeña —responde él en un tono en el que se puede notar cierta sorpresa—. Claro está, si tus padres no tienen inconveniente... y tú quieres.

—Vale —responde ella convencida. Mira a sus padres de forma significativa y estos, que conocen muy bien a su hija pequeña, se cogen de la mano y salen en silencio de la habitación dejándolos solos. El inspector aprovecha entonces para sentarse en la cama frente a ella, que ocupa una elegante y moderna silla junto a su escritorio. De esa forma quedan los dos a la misma altura, ni muy lejos ni demasiado cerca para no resultar invasivo.

El veterano inspector vuelve a sonreír, aunque en esta ocasión no lo hace para ganarse su confianza; sencillamente aflora a sus labios, sin poder evitarlo, inspirado sin duda por la simpatía y el afecto que le genera esa pequeña e inteligente niña que lo mira con aspecto serio y concentrado. Ella, por otro lado, no devuelve la sonrisa, aunque Salas nota cómo su gesto se relaja de manera ostensible.

—Verás —le dice en el tono más cálido de que es capaz: ninguno de los hijos de puta que ha tenido que interrogar a lo largo de su vida reconocería en esos momentos al duro y despiadado inspector Salas—. La oficial Reverte, la mujer que me acompañaba la otra vez, y yo seguimos trabajando para esclarecer lo que le ocurrió a tu hermano. Y hemos encontrado muchas cosas curiosas, ¿sabes? Pero aún no sabemos quién fue el hombre malo que le hizo daño y necesitamos tu ayuda.

— Yo no sé nada... —empieza a decir la niña.

—Lo sé... Y también sé que tu hermano y tú os llevabais muy bien y

compartíais muchas cosas. Tantas, que en algunos aspectos quizá lo llegaras a conocer mejor que papá y mamá. —Hace una pausa para concentrar su mirada en la de la niña y cree percibir un tímido gesto de reconocimiento—. Además, guardas un secreto porque crees que, si tus padres lo descubrieran, se enfadarían contigo o con Alejandro, ¿verdad?

La niña lo mira entre sorprendida y consternada. Después, vuelve a relajarse. Asiente con vigor, como dándose ánimos a sí misma, y comienza a hablar con voz entrecortada por la emoción.

—No quiero que papá lo sepa... No le gustaba Carlota, la amiga de mi hermano. Le molestaba que viniera a casa. Decía que no era como nosotros, o algo así, aunque no entiendo muy bien que quería decir con eso...

—Y sin embargo, os visitaba con frecuencia... —le anima a seguir el policía.

—Casi todas las tardes, en cuanto se marchaban mis padres y nos quedábamos solos con Nana —Salas imagina que se refiere a la ajada sirvienta que los recibió el primer día—. No entiendo por qué papá no quiere a Carlota. Es muy buena y siempre me sonreía y me daba un beso cuando me veía. —También parece claro que la niña ignora la suerte que ha corrido la amiga de su hermano. Mejor así.

—¿Y qué ocurría durante esas visitas?

—Hacían los deberes y leían libros, creo... —responde ella en tono vacilante.

—¿Crees? ¿No estabas con ellos?

—Casi siempre cerraban la puerta con llave. Salvo en una ocasión. La dejaron entreabierta y me colé dentro. Alejandro se enfadó mucho al principio, aunque después permitió que me quedara. Solo estaban estudiando —se apresura a añadir enrojeciendo levemente.

Salas no quiere continuar por ahí. Lo que descubriera Lucía entre ambos es algo que no necesita saber.

—Nadie piensa que estuvieran haciendo algo malo, Lucía. Solo te pido que intentes recordar. Además de los deberes, ¿viste que miraran otra cosa? ¿O que hablaran de algún tema que te resultara extraño?

—Cuando entré dejaron de hablar y cambiaron rápidamente de tema. No me importó; estoy acostumbrada. Los mayores siempre lo hacen... —explica la niña en tono resignado—. No, no sé de qué hablaban, pero creo que tenía algo que ver con el libro.

—¿Libro? ¿Qué libro? —inquire el inspector, tratando de que no se note la emoción de su voz.

—Un libro viejo y gordo que ocultaron en cuanto me vieron. Creo que es un libro malo.

—¿Malo? ¿Por qué piensas eso?

—Por el título. Parece relacionado con el Demonio, aunque está en latín y no he podido entender bien lo que dice—repite Lucía con aire atemorizado.

—¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas cómo se llamaba ese libro?

—No. No lo miro nunca, es un libro malo y me da miedo.

—¿No lo miras? ¿Es que sabes dónde está?

—Sí, claro que lo sé. Está aquí. Lo escondí en mi habitación después de que Alejandro se fuera al cielo para que mi papá no lo encontrara y no se enfadara con él —dice la niña con naturalidad, mientras se acerca a su armario.

Tras levantar varias mantas, extrae con aprensión un grueso y polvoriento libro de negruzcas y viejas cubiertas de piel que le tiende a Salas. Este, sorprendido, lo coge con avidez.

En grandes caracteres latinos de color rojo sangre, puede leer: *Summa Daemoniaca*.

## *La voz del Demonio*

Sabe que el final está próximo. No puede ser de otra manera: alguien tiene que acabar con todo eso...

Ha superado el dolor, el miedo y la vergüenza, y ya solo le queda el odio. Y eso es bueno, porque el odio lo estimula; aclara sus ideas y le proporciona el valor que necesita para lo que debe hacer. En estos momentos, su misión es lo más importante. Sus padres, Carlota, y hasta su hermanita pequeña, solo son ya tenues y vacilantes sombras chinescas en el telar de su mente comparadas con la envergadura del trabajo que tiene por delante.

En ocasiones se pregunta si alguna vez habrá existido en la historia de la humanidad alguien con una responsabilidad mayor que la que ahora pesa sobre sus hombros. Tan solo Jesucristo, quizá, pueda compararse. Aunque dado que Él podía hacer milagros, resulta obvio que lo suyo tiene más mérito.

Y no tiene claro del todo que él no posea también algún tipo de «poder» especial. Si no, ¿cómo es que nadie más es capaz de escuchar sus diabólicas voces o de leer sus pútridos pensamientos? ¿Por qué razón, entre todos los mortales, únicamente a él se le ha conferido el don de «saber»?

Hasta el tormento que sufre cada día forma parte del trabajo encomendado. El dolor y la afrenta infligida en su

carne mortal son su legado, el pago debido por la redención de los justos. Y afrontarlo con pundonor y generosidad es una obligación sagrada. Además, ya queda muy poco para acabar con él. Con todos ellos.

Hasta ayer mismo estaba decidido a compartir su sacrificio con Carlota pero de nuevo una voz secreta, muy distinta a las de ellos, le confió que la misión le correspondía en exclusiva, así que en el último momento guardó silencio ante su amada. Ese ha sido otro acto de amor: callar y ocultar. Porque, ¿qué sentido tiene añadir un solo gramo de sufrimiento a las personas queridas, cuando en definitiva es él, y solo él, quien debe apurar ese cáliz del horror?

Así que, mientras Carlota habla aún de los planes de huida —huida... hasta el recuerdo de la palabra le hace sonreír; como si se pudiera huir de eso—, mantiene la mirada atenta en sus preciosos ojos, sin permitirse ni un parpadeo, atesorando el recuerdo de su voz tímida y llena de bondad. Al menos, espera que su amiga sí pueda ser feliz una vez que él haya concluido su tarea.

Porque ayer encontraron El Libro. Su Libro. El Libro de «ellos». Y ese hallazgo le abrió los ojos al fin. Lo sumergió en una mística y gozosa epifanía que, ni tan siquiera las ingenuas y ahora insulsas palabras de su amada, pueden penetrar. Su determinación se afianza y su cerebro enseguida teje el plan.

Un plan horrible.

Un plan maravilloso.

—No entiendo tu interés ahora por estas cosas, la verdad —dice Carlota.

«No le digas nada... ella no debe saber. Solo nosotros... nosotros y ellos...», añade lejos, la voz del Amigo.

—Lo he cogido solo para curiosear un poco —le contesta, mientras trata de atenuar las palabras del «otro».

—Ya, pero si te llega a pillar ese chalado del padre Vicente como mínimo te castiga una semana... ¿piensas llevarlo con nosotros cuando nos vayamos?

—Aún no lo sé.

«No puedes huir... no podéis huir... no puedes huir... ¡NO PODÉIS HUIR...!»

Tiene que hacer un esfuerzo extraordinario para no gritar, y a duras penas logra arrancarse una sonrisa mientras las voces estallan en su cabeza, como lacerantes fuegos artificiales.

—¿Qué te pasa? —inquire ella en tono receloso.

—Nada, de verdad. Es que me acabo de acordar de algo...

En ese momento irrumpe su hermanita. Demasiado tarde, se percata de que se han dejado la puerta entreabierta... ¿habrá escuchado algo? Con un movimiento rápido, oculta el libro maldito de su vista,

seguramente tarde. Lucía lo mira extrañada y con aire ofendido.

—Deberías llamar a la puerta —le dice contrariado.

—¿Por qué? ¿Molesto? ¿Quieres que me vaya?

«Sí, que se vaya... dile que se vaya... no es bienvenida... dile que se vaya...»

—No... quédate —replica en el último momento acallando a los demonios con un esfuerzo sobrehumano. Y con un denuedo aún mayor esboza una forzada sonrisa, un burdo remedo de las que solía ofrecer en otra época—. Quédate y juega un rato con nosotros. Ya hemos terminado los deberes.

Y su hermana, la querida y dulce Lucía, se sienta de nuevo a su lado como tantas veces antes y lo mira a los ojos.

Por un breve instante, Alejandro es feliz.

# *El libro*

## I

Un delicioso aroma a guiso de lentejas inunda el agradable comedor de Augusto Salas. El inspector, que nunca quiso renunciar a los placeres del brasero, se arroja en el terciopelo de su mesa de camilla con las manos recogidas entre las piernas mientras contempla con una mezcla de curiosidad y repugnancia el inquietante libro.

Enfrente, una oficial Reverte ataviada aún con el elegante vestido de Dalmazzo dedica miradas furtivas y nerviosas al turbador volumen depositado por Salas en el centro de la mesa, desde donde parece irradiar alguna suerte de influencia maléfica. En el rostro de la joven policía aún puede adivinarse parte del disgusto por su reciente tarea como seductora de clérigos, lo que hace asomar una tenue sonrisa al taciturno semblante del veterano inspector. Le ha costado vencer la tozudez de su compañera para que acepte esa invitación a comer, pero tras relatarse ambos sus respectivas historias, ha considerado conveniente organizar una improvisada reunión de trabajo en su casa.

—Bueno, ¿piensas abrirlo o seguimos mirando el dichoso libro el resto del día? —le espeta ella en tono algo brusco.

—¡La comida está casi lista, así que dejad el trabajo para otro momento! — anuncia Laura desde la cocina en ese instante.

Salas, en silencio, toma con aprensión el turbador libro y lo deja con cuidado sobre una mesita cercana, junto a un retrato en el que aparece un jovencísimo y sonriente inspector cogiendo con ternura la mano de su esposa que lo contempla con admiración embutida en su sencillo traje de boda. Sin embargo, tras un segundo de vacilación, lo toma de nuevo abandonándolo por último encima del televisor.

—Después —replica en tono seco.

Carmen se encoge de hombros y vuelve su mirada hacia la puerta de la cocina por donde aparece la pequeña Laura cargada con sendos platos.

—¡No te molestes! ¡Tranquila! —le dice a Carmen cuando hace ademán de levantarse—. Espero que te guste. Siento que solo sean lentejas, pero son la

costumbre en esta casa todos los viernes —se disculpa con una sonrisa.

—Me encantan. Son mi plato favorito.

Y como para darle la razón, el delator sonido de sus tripas ansiosas resuena en ese preciso instante. Salas enarca las cejas con asombro y Laura suelta una carcajada.

—Lo siento...

Enseguida coge una cuchara y comienza a comer con voracidad. Los minutos siguientes transcurren entre el sonido de las mandíbulas, el tintineo de vasos y las divertidas indirectas de Laura hacia su marido, a las que este replica con sus rezongos habituales.

—¿Y ese libro que habéis traído? —les pregunta entonces señalándolo con un ademán de la cabeza.

Salas, impávido, se limita a encogerse de hombros mientras replica:

—Quizá no sirva para nada. Lo guardaba la hermana pequeña del chico.

Su esposa, que ya ha terminado de comer, se levanta y lo recoge con mimo. Es muy aficionada a todo tipo de libros desde bien pequeña y una ferviente detractora de los dichosos *ebook* que tienden a imponerse en los últimos tiempos. Le encanta el olor del papel, el rumor que desprenden las páginas al pasarlas, el tacto de los lomos antiguos y apergaminados... De hecho, con el correr de los años ha logrado convertir su sala de estar en una especie de museo para libros antiguos. El centenario mueble heredado de sus padres alberga al menos cien ejemplares viejos y mohosos, atesorados tras épicas búsquedas entre traperos, anticuarios y pintorescas exposiciones al aire libre.

Así que el curioso volumen que hoy, de forma insólita, ha traído su marido la atrae de inmediato. De un solo vistazo comprueba que debe tener al menos cien años o quizá más. No puede evitar un estremecimiento cuando se percata del inquietante título: *Summa Daemoniaca*.

—¿Y qué hacía una niña pequeña con esto? —pregunta más bien para sí misma.

—Pertenece a su hermano, al parecer. Lo escondió al morir él porque pensaba que podría perjudicarlo —explica Carmen al tiempo que coge un buen racimo de uvas de la fuente frutera que su anfitriona ha preparado a modo de postre—. Cosas de críos...

—Es un ejemplar raro... y muy antiguo —comenta pensativa Laura.

De manera distraída comienza a pasar las páginas. Son de un papel finísimo pero resistente, como el de las biblias pequeñas, por lo que se deslizan con facilidad entre sus experimentados y hábiles dedos. El libro, además, cuenta con una cinta marcapáginas del mismo tono rojo oscuro con el que están escritas las letras del título. Al abrirlo por el lugar marcado, Laura no puede reprimir un grito de consternación:

—¡Qué burrada! ¡Pintarraजार esta maravilla!

Augusto Salas salta de su asiento y en dos rápidos pasos llega hasta donde está su mujer, arrebatándole sin miramientos el libro de entre las manos y arrancando de ella una protesta, más producto de la sorpresa que del enfado.

—¿Qué tripa se te ha roto a ti ahora?

Salas no contesta de inmediato. Junto a él, sobre su hombro, Carmen se inclina tratando de atisbar aquello que tanto llama la atención de su compañero.

—¿Lo escribió él? —pregunta.

—La letra se parece bastante... —murmura este, comenzando a recitar en voz alta: «por mí se va a la ciudad del llanto; por mí se va al eterno dolor; por mí se va hacia la raza condenada; la justicia animó a mi sublime arquitecto; me hizo la divina potestad, la suprema sabiduría y el primer amor. Antes de mí, no hubo nada creado, a excepción de lo eterno, y yo duro eternamente. ¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!».

—¿Qué diantres significa eso? —inquire su compañera, asombrada.

—Ni idea... pero no me parece que Alejandro sea el autor original de esta parrafada.

Laura, que mantiene el ceño fruncido desde que su marido le arrebatara con brusquedad el extraño libro, parece ahora pensativa.

—Quizá solo sea una copia de otra parte del libro y no signifique nada; es posible que llamara su atención y por eso lo escribió aquí... —está sugiriendo su marido en ese momento.

De repente, algo se ilumina en el cerebro de la pequeña mujer:

—¡Aguardad un instante! —exclama mientras sale disparada hacia el mueble que alberga su preciosa colección de libros. Tras una rápida búsqueda se aproxima de nuevo a ellos portando un volumen de lomos marrones y prácticamente destrozados. En su parte anterior reza en caracteres dorados: *La Divina Comedia*.

—¿Qué es eso? —le toca ahora preguntar al inspector.

—Te vengo diciendo hace tiempo que deberías leer de vez en cuando —replica mordaz su esposa—. Se trata, ni más ni menos, que de *La Divina Comedia*, de Dante. La obra cumbre de la literatura italiana del Renacimiento.

—Ajá —repite Carmen con aire de no haberse enterado de nada—. ¿Y crees que el fragmento pertenece a ese libro?

—Mirad —dice la pequeña mujer, tras una rápida búsqueda. Aunque está escrito en italiano, a ninguno de ellos le resulta difícil reconocer el párrafo: se encuentra al inicio del *Canto Tercero* de un capítulo titulado *Inferno*.

—Si pudiéramos averiguar la procedencia del maldito libro... —indica Carmen, quien rompe el silencio tras varios segundos de reflexión.

—¡Oh! Eso es fácil cariño. En la primera página me ha parecido ver el típico sello de una biblioteca... probablemente lo tomaron prestado.

Salas, que aún no se había molestado en abrirlo, lo hace ahora con gesto apresurado. Enseguida localiza el lugar indicado por su esposa y, tras un breve examen, comunica a su compañera:

—Es del colegio. Maldita sea, debía haberlo supuesto. Lo sacaron de la biblioteca de su propio colegio.

—No estaría de más echar un vistazo allí. Siempre y cuando el *páter* Ramiro no ponga objeciones —propone Carmen esbozando una traviesa sonrisa.

—¿Qué es lo que resulta tan divertido? —inquire Laura.

—Nada, cariño... cosas nuestras—replica el inspector adoptando un aire misterioso que provoca un bufido de desesperación en su esposa.

—No te enfades, Laura. Es por el director del colegio, el padre Ramiro. Estamos seguros de que va a disfrutar de lo lindo mostrándonos su espléndida biblioteca...

Detrás de ella, el circunspecto y torvo inspector Salas estalla en carcajadas.

## II

Los ojos, acerados y fríos, los contemplan otra vez bajo las gruesas gafas de concha. Si las miradas pudieran causar la muerte, Salas está seguro de que tanto Carmen como él habrían caído fulminados hace mucho tiempo.

—Creo que no llego a entender del todo la necesidad de que la policía acceda a nuestra biblioteca, inspector —les espeta en tono seco, cargado de virulencia.

Salas, impasible como siempre, replica con su habitual estilo de voz sosegado pero cargado de intensidad, bajo el que su compañera ya es capaz de distinguir un principio de ira contenida:

—Al parecer, los chiquillos *asesinados* —Salas tiene buen cuidado de remarcar esa palabra— frecuentaban ese lugar, y de hecho acudieron la tarde antes de que Alejandro apareciese muerto. Tenemos sobradas razones para pensar que allí podríamos encontrar algún indicio que nos ayudaría en el esclarecimiento de este terrible suceso, padre.

—Han pasado ya varias semanas —replica el sacerdote, que no ha podido evitar un estremecimiento de cólera al escuchar la palabra *asesinados*—. No sé qué pretenden encontrar allí. No obstante, como ya les dije, el colegio desea ofrecer la máxima colaboración con las autoridades, así que, si vuelven esta tarde...

—Preferiríamos verla ahora —exige taxativo el inspector.

—No veo la necesidad —insiste el director rojo de ira y a punto de estallar.

—Créame. Es necesario.

Tras unos segundos, durante los cuales el clérigo parece rezar algún tipo de oración interior, levanta el teléfono y marca un número de cuatro cifras: una extensión.

—Venga enseguida —ordena en tono perentorio a la persona que se encuentra al otro lado del aparato, sin apartar en ningún momento su venenosa mirada del inspector.

Apenas ha transcurrido un minuto cuando alguien llama a la puerta. Carmen no puede evitar un repentino estremecimiento. Los golpes, impacientes y nerviosos, han roto el gélido silencio de forma abrupta, sobresaltándola.

—¡Adelante!

Aparece la pequeña y ratonil figura del padre Vicente, el profesor de religión, envuelto en su sempiterno halo de mojigatería caduca. En esta ocasión, tras saludar a su superior con deferencia, su mirada se dirige directamente hacia ellos. Sus ojillos, tras las enormes gafas bifocales, parecen cargados de reproche y suspicacia y su voz untuosa los intima enseguida:

—Ya les advertí en su día que no había nada de eso que ustedes sospechaban sobre acoso escolar... Al final, por desgracia, el tiempo me ha dado la razón: el Maligno habitaba en el infortunado muchacho. No he dejado de rezar por la salvación de su alma inmortal, pero me temo que ya era tarde...

—Es suficiente —interrumpe el padre Ramiro—. Le he avisado para que acompañe a estos señores a nuestra biblioteca. Por favor, infórmeles de las normas y no se aparte de su lado en ningún momento... por si necesitaran de sus servicios —le advierte lanzándole una significativa mirada.

—Por supuesto, padre. Puede confiar en mí —replica este con una leve reverencia—. Acompañenme, por favor.

Tras salir de nuevo al anchuroso pasillo central de la planta baja, los conduce hacia el extremo septentrional del edificio. Dejan atrás el comedor/refectorio, y ya casi al final, tras atravesar un espléndido arco de estilo barroco, llegan a una enorme puerta de doble hoja y madera bellamente ornamentada.

—Aquí es. Por favor, les ruego el máximo respeto; van a acceder a una de las bibliotecas más completas y valiosas del país, diría yo. A nivel artístico su valor es incalculable ya que las estanterías y el resto del mobiliario, aportado por las familias más ilustres de la ciudad, son originales. Datan, casi en su totalidad, del siglo dieciocho y están perfectamente conservadas. Respecto a nuestros fondos bibliográficos, he de decir que poseemos en la actualidad la mayor colección de libros de Murcia, entre los que se cuentan algunos raros incunables de alto valor...

Al oír esta última afirmación, Salas y Carmen se dirigen una rápida mirada recordando el *Summa Daemoniaca*. Por supuesto, se cuidan mucho de revelar al padre Vicente que tienen en su poder uno de sus raros y valiosos ejemplares. Aunque pueden retenerlo al tratarse de una posible prueba es mejor, de momento, evitar inútiles enfrentamientos.

—Descuide, padre. Le aseguro que seremos muy cuidadosos con sus libros.

—Y los muebles, no olviden los muebles.

—Por supuesto —añade el inspector en tono solícito.

—De acuerdo, pasen —replica el sacerdote extrayendo una antigua y pesada llave de hierro macizo de un bolsillo interior de su sotana.

No pueden evitar un gesto de sorpresa cuando contemplan por primera vez el fastuoso lugar. Ante ellos se abre un paraninfo de techos infinitos, culminados por una preciosa bóveda azul de la que pende una larguísima lámpara de araña.

Las paredes, cubiertas de extensas y repletas librerías ordenadas en gracioso desorden, parecen extenderse hacia arriba y hacia fuera, interminables y sublimes. No hay pasillos angostos ni oscuros rincones como quizá cabría esperar, sino tan solo luz y armonía. Acaban de penetrar en un paraíso de la lectura.

El prosaico inspector, una vez superada la impresión inicial, dirige su pensamiento hacia el aspecto práctico del asunto: ¡resultará imposible revisar todos esos libros! ¡Debe haber miles de ejemplares! ¡Quizá cientos de miles!

—Gracias, padre. Creo que vamos a necesitar un tiempo para examinarlo todo...

—¿Sí? —replica el sacerdote, socarrón—. Tómense el que quieran. Yo estaré aquí mismo —dice señalando un elegante escritorio, junto a la puerta—. Si precisan cualquier cosa...

—Para empezar, quizá nos haga falta una escalera bastante larga —señala Carmen mirando las eternas filas de libros que ocupan la parte superior de la gigantesca biblioteca.

—Pueden utilizar la que solemos emplear para limpiar el polvo de nuestras pequeñas joyas. La tienen allí —responde, esta vez señalando el otro extremo de la estancia—. Espero que no sufran ustedes de mal de alturas.

Una moderna escalera deslizante de aluminio brillante descansa sobre uno de los recodos que forma la estantería en ese lugar.

—Recuerden extremar las precauciones al manipular cualquier libro: la mayoría son pequeños tesoros —les advierte por último el diminuto sacerdote.

—Pues si son tesoros, a lo mejor deberían estar en un museo expuestos al público y no aquí acumulando polvo —murmura poco después la oficial cuando el clérigo está lo bastante alejado como para no escucharla.

—Estoy seguro de que mi mujer disfrutaría de lo lindo en este lugar. Cuando todo esto termine, tengo que conseguir que el director la autorice a visitarlo — replica el inspector, obviando el comentario de su compañera. Mientras, comienza a examinar las diferentes secciones con aire concentrado.

—Eso si no termina entre rejas... —susurra Carmen para su capote.

No puede quitarse de la cabeza la conversación con Jonás. Todo aquel rollo sobre el Mal y el Demonio residiendo entre esos fríos y arcaicos muros de piedra, acompañado de la inquietante advertencia... De repente, mientras

contempla ensimismada un bonito ejemplar en tapas doradas del *Cantar del Mío Cid*, algo se remueve en su mente, rechinando molesto. Tan rápido, tan efímero, que se escapa huidizo sin tan siquiera hacerse consciente. Tenía algo que ver con el coche, cree... aunque le resulta imposible, de momento, recuperar la fugaz idea.

—¿Qué te pasa? —le dice su compañero, quien parece haberse percatado de su momento de confusión.

—Nada. Creo que nada. Estaba recordando mi entrevista con Jonás... con el padre Jonás quería decir, y de repente me ha venido algo a la mente, pero se ha esfumado ya... En fin, si es importante volverá, imagino.

—Eso es —le confirma el inspector, aunque por un momento la mira con cierta atención, antes de añadir—. Estamos perdiendo el tiempo de esta manera. Deberíamos buscar libros relacionados con el Demonio o el infierno... probablemente exista una sección específica para esos temas. Voy a preguntarle a ese pajarraco —dice, alejándose hacia el cura, que los contempla desde su asiento con gesto entre indiferente y risueño.

Carmen, desde la distancia, observa divertida cómo, tras intercambiar un par de frases, ambos regresan conversando animadamente.

—Como ya les dije una vez, mi especialidad es la demonología —comenta en ese momento a Salas. Su tono ahora es de entusiasmo y fervor. Se nota que disfruta cuando habla de su tema favorito. Inmediatamente les suelta una larga parrafada repleta de tecnicismos y latinajos que la oficial apenas comprende. A pesar de ello, comprueba que su compañero no deja de asentir con aire de gran interés. Está segura de que ha entendido aún menos que ella el ininteligible monólogo, pero el inspector es un viejo zorro y pretende ganarse la colaboración del cura alimentando su ego.

—Aquí está la sección dedicada a Satanás y al Demonio. Comprenderán que para consultar estos libros es precisa una autorización especial de un profesor o del bibliotecario, o sea yo. Las frágiles y jóvenes mentes de nuestros queridos alumnos no están muchas veces preparadas para asumir el concepto del Mal en todas sus dimensiones y facetas.

—Espléndido, padre. Muy interesante. Si lo permite, nos gustaría echar un vistazo a su extraordinaria colección. Existe la posibilidad de que pudiera tener alguna relación con la muerte de los pobres chicos.

—No me extrañaría, agente —señala el clérigo, frotándose las manos y equivocando una vez más el grado del policía—. El Mal tiene muchas caras y, como creo que le dije en una ocasión, el mayor engaño del Demonio es hacernos creer que no existe.

—Muchas gracias reverendo...

—Llámeme solo padre o hermano si así lo prefiere.

—Por supuesto, padre Vicente. Y... ¿respecto a *La Divina Comedia* que le he mencionado antes?

—En la actualidad poseemos dos ejemplares de esa magnífica obra del Maestro Dante, pero me temo que uno de ellos se ha enviado a restaurar y el otro... está en préstamo.

—¿Y quién lo tiene? —inquire la oficial Reverte.

—Eso es confidencial. Tendrán que hablar con el padre Ramiro —dice por último, alejándose de nuevo hacia su puesto de vigía.

—Qué tipo más curioso... —masculla Salas borrando de golpe su fingida sonrisa de aquiescencia—. Bueno, ahora sí. A trabajar. Busquemos cualquier libro que pueda estar relacionado de alguna forma con el que Alejandro se llevó de aquí. Me extrañaría mucho que el chico solo hubiera leído ese libro. Debe haber algún otro...

Pero tras cuatro horas de intensa búsqueda, ambos se ven obligados a reconocer que se encuentran en una vía muerta. Han revisado más de mil volúmenes que versan, de forma directa o indirecta, sobre el Demonio, el Infierno o el Mal: así, nombres como *Satán*, *Iblís*, *Yinn*, *Seol*, *Valá*, *Vritrá*, *Lucifer*, y otros cientos, pasan bajo la mirada de los dos tenaces policías sin que encuentren ni un solo indicio. El inspector resopla con frustración:

—¡Nada! Si utilizó alguno de estos, no dejó pistas. Y sin embargo, tengo la corazonada de que hubo un libro previo que lo condujo al *Summa Daemoniaca*.

—Debió ser *La Divina Comedia*, sin duda —añade Carmen, frunciendo el ceño—. ¡Qué extraña casualidad que precisamente el único ejemplar disponible esté en préstamo!

—Hace años que no creo en las casualidades —indica su compañero mirando su reloj—. Ya es muy tarde, vámonos de aquí. Mañana hablaré de nuevo con ese cuervo y nos haremos con el maldito libro... Por cierto, imagino que esta vez sí que te has fijado, ¿verdad?

—¿En qué? —pregunta la cansada oficial. Cuanto más tiempo pasa junto al inspector Salas, más le invade la molesta sensación de haber regresado a la academia.

—En el padre Vicente. Míralo bien ahora.

Y cuando el pequeño e inquietante cura les acompaña de nuevo a la salida frotándose las manos y sonriendo maliciosamente, Carmen tiene que hacer un gran esfuerzo para ahogar una exclamación de sorpresa.

El segundo ojal de la negra y ajada camisa de su sotana está vacío.

—¿Pero es que aquí nadie sabe coser botones? —exclama irritada mientras su compañero sonríe con ironía.

# *El rostro del Demonio*

## I

El viento frío del norte azota pesadamente la ventana de su estrecho cuarto y algunas gotas de agua comienzan a caer racheadas sobre el cristal como minúsculos proyectiles disparados por algún enemigo invisible. La lluvia en Murcia es rara y no siempre resulta beneficiosa. Por desgracia, en demasiadas ocasiones, cuando se decide a llover, el cielo descarga auténticos diluvios de pedrisco que solo sirven para castigar aún más a la sufrida huerta murciana, que sobrevive a duras penas gracias a los esfuerzos y el ingenio de sus resignados propietarios.

Carmen Reverte, tumbada en la cama con las manos detrás de la nuca, descansa relajada escuchando los lejanos truenos que anuncian la tormenta que sin duda se avecina, mientras, repasa mentalmente los últimos acontecimientos.

En realidad, es la mejor forma de apartar sus pensamientos de Adrián, allá lejos en Madrid... ¿Pensará en ella de vez en cuando? ¿Se acordaría de su madre el día de Reyes al recibir el disfraz de Batman? Imposible saberlo. Aún no ha conseguido hablar con él. Siempre existe una razón plausible e inocente que justifica que su hijo no pueda ponerse al teléfono: el niño está durmiendo, el niño ha salido con su padre de compras, el niño está en casa de unos amigos... Todas le suenan a burdas y mal elaboradas excusas pergeñadas por la bruja de su suegra, que es quien atiende, con su habitual tono frío y desdeñoso, todas y cada una de sus desesperadas llamadas. Gaby, al parecer, nunca está en casa.

El trabajo la ayuda a no pensar en esas cosas, así que, agradecida y con cierta sensación de alivio, se refugia en los extraños detalles del caso. Su cerebro, ordenado y metódico, trata de colocar cada idea, cada hallazgo, cada indicio, en su lugar correspondiente, ensamblando con esmero las pocas piezas que poseen del inmenso puzle en que se ha convertido este maldito embrollo:

Alejandro, inteligente y atractivo, pero atormentado por visiones que no comprende, y Carlota, la niña de piel blanca y mirada triste; muertos, asesinados...

Tanto ella como Salas coinciden en que Alejandro descubrió algo real; algo perverso que estaba sucediendo en el colegio y que su pobre cerebro enfermo

interpretó de forma delirante. También sospechan que alguien, en algún momento, pensó que el chico podía resultar peligroso para él (o ellos) y decidió cargárselo. No hubo lucha según el examen forense, aunque eso puede explicarse: es probable que lo arrojaron al vacío mientras se encontraba desprevenido en la terraza... En la terraza haciendo, ¿qué? Eso también es un misterio de momento.

La muerte de Carlota fue, por tanto, consecuencia del asesinato de Alejandro. La niña sabía demasiado y quizá su visita a comisaría precipitó las cosas. Probablemente el asesino sintió miedo y decidió actuar. Por otra parte, a Carlota no la sorprendieron. Alguien, tras una violenta lucha, la arrojó al vacío desde la terraza con la esperanza de hacerlo parecer otro suicidio... Nada más dramático ni más lógico que una chica decida quitarse la vida de la misma forma que su enamorado.

—¡Maldita sea! ¡Está todo demasiado enmarañado! ¡Hay demasiada información que no conduce a ningún sitio! —exclama frustrada la joven oficial.

Otro dato que barajan Augusto y ella es que, al parecer, Alejandro tramaba hacer algo violento. La sustracción en la biblioteca de ese oscuro libro que tan celosamente había tratado de ocultar a su hermana, las anotaciones de pasajes religiosos halladas entre las páginas de su Biblia tan parecidas a la manipulada nota encontrada en sus bolsillos y que en un principio les llevó a pensar que se trataba de un suicidio: todo ello parece indicar que el desgraciado niño planeaba algún tipo de ataque contra el colegio.

Y a todo eso se une el hecho, ya indiscutible, de que alguien intenta atemorizarlos o incluso quitarlos de en medio...

De repente, la idea irrumpe con fuerza en su cerebro, golpeándola como el trueno que en ese momento estalla fuera.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —exclama y comienza a vestirse de forma apresurada.

## II

Aún no sabe por qué no se decide a destruir el manuscrito. Bueno, en realidad sí que lo sabe: leer las torturadas palabras del chico le excita tanto que se ve

incapaz de hacerlo. Sería tan sencillo aplicar una simple cerilla encendida al puñado de páginas y dejarlas consumirse destruyendo para siempre su pecaminoso recuerdo... Pero no puede. En especial, ciertos pasajes en los que el muchacho los describe a ellos dos, juntos, vencidas para siempre su juvenil rebeldía y su arrogancia. Esas frases logran despertar sus apetitos carnales, martirizándolo, dejando expuesta de nuevo su alma inmortal...

Sin embargo, tiene que deshacerse de todo; la policía está cada vez más cerca. Ese maldito inspector y la ramera que lo acompaña sospechan. Además, desconfía de los otros. Ninguno de ellos es digno...

Y mientras, a su pesar, su alma sigue debatiéndose entre la culpa, el odio y la lascivia. Ya ni tan siquiera las oraciones logran calmarlo. ¿Por qué había de escucharlo Dios, al fin y al cabo? ¿Acaso no se ha convertido en un ser impío, indigno a sus ojos...?

Esa tarde, el cielo parece haberse trocado en un reflejo de su espíritu atormentado. Como aliado con sus pensamientos, relampaguea y ruge acongojado, abriendo sus inmensas compuertas y envolviendo el mundo en un espeso manto de agua. «Quizá la lluvia logre refrescar su frente enfebrecida», piensa. Así que decide escapar al patio y dejarse envolver por ella.

—¡Señor mío, y Dios mío! ¡Por favor, ayúdame! ¡Dime

lo que tengo que hacer! —implora en un raptó de desesperación.

Y el Padre, como en tantas ocasiones, contesta a sus plegarias. La respuesta es tan directa, tan literal, que a pesar del frío que comienza a entumecer sus huesos, se estremece de alivio.

La puta, la inmunda y odiosa ramera, acaba de cruzar el umbral de la puerta. Afortunadamente, él se encuentra en ese momento en el jardín, detrás de uno de sus enormes nogales centenarios, por lo que no ha podido advertir su presencia. Un signo inequívoco de que Dios ha decidido perdonarlo. De que vuelve a estar con él.

—¡Gracias, Señor! —grita al cielo, juntando las manos en ademán de plegaria—. ¡Gracias por no abandonar a tu hijo! —vuelve a gritar corriendo alborozado bajo la lluvia, en pos de ella.

### III

Carmen vacila. Una ruidosa y molesta vocecita interior la martillea una y otra vez para que dé marcha atrás: «¿Qué narices haces aquí, estúpida? Vas a buscarte un lío y de los gordos cuando se entere Salas...», le grita desaforada. Pero el impulso de comprobar por sí misma la irritante sospecha que se ha instalado en su interior ha resultado demasiado poderosa para ella esta vez.

Tiene que saber ya, ahora, y está segura de lo que hubiera dicho su compañero: «De acuerdo, muy bien... mañana lo comprobaremos, aunque es probable que todo tenga una explicación lógica».

—Vale, inspector, es posible que estés en lo cierto, como siempre —se dice mientras llega, empapada hasta los huesos, al enorme portal que sella la entrada

principal—. En cualquier caso, tampoco estoy haciendo nada malo... —continúa hablando consigo misma.

Al final se decide. Empuja la pesada puerta, esperando encontrarla cerrada (lo cual le hubiera dado la excusa perfecta para darse media vuelta) que, sin embargo, cede con facilidad abriéndose de par en par con un leve chirrido de protesta.

La recibe el inmenso pasillo principal, que se extiende ante ella como una gigantesca e inquietante boca ansiosa por tragársela. La oscuridad es tan espesa y el silencio tan ominoso que por unos segundos siente la tentación de huir de allí y regresar a la seguridad de su destartalado y acogedor piso. Son las ocho de la tarde y a esas horas no queda ya ningún alumno. Imagina que los profesores estarán comenzando a cenar o rezando o cualquiera de las malditas cosas que hagan los curas a esas horas, pero le da igual. Solo quiere hablar con uno de ellos. Uno en concreto...

—Joder, qué oscuro está esto... —susurra, no percibiendo más que su propia voz. Lejos de tranquilizarla, las reverberaciones que devuelven los gruesos muros de piedra, fríos y enmohecidos por siglos de humedad la inquietan aún más. En ese momento estalla el fragor horrísono de una bomba arrancándole un grito de espanto.

—¡Maldita sea! —exclama enseguida al percatarse de que se trata de un trueno. Ha caído muy cerca, posiblemente en el jardín que acaba de atravesar corriendo bajo la lluvia—. ¡Parezco una estúpida colegial...!

El miedo la avergüenza —toda una oficial de policía amedrentada de esa forma tan ridícula. Aterrorizada por un simple acontecimiento atmosférico— y la impele a adentrarse en el pasillo, que la engulle voraz.

Solo tiene que buscar la puerta de un comedor o de una cocina, que no deben estar muy lejos de allí por lo que recuerda. Pronto podrá reírse de sus ridículos temores. Pronto, en cuanto consiga llegar a una zona iluminada, los fantasmas que la rodean se desvanecerán y sus estúpidas aprensiones nunca habrán existido...

Detrás de ella, un rumor de pasos.

Carmen se detiene y, tras aguardar un segundo entre la oscuridad y el silencio, se gira despacio...

Nada. Solo negrura.

—¿Hay alguien ahí? ¿Padre? —pregunta notando un ligero temblor en su voz.

Sin embargo, esta vez no le importa. Está asustada. Asustada de verdad.

Despacio, muy despacio, da un paso. Dos. De nuevo un rumor, esta vez cauteloso y subrepticio, que le encoge el corazón.

Ahora está segura. Hay alguien detrás de ella, acechándola hace rato. Quizá la lleva espiando desde el principio, vigilando sus pasos, aguardando el momento perfecto para atacarla. Para arrebatársela hacia la oscuridad.

—¡Idiota! ¡Imbécil! —se dice a sí misma, mientras extrae su arma reglamentaria y apunta hacia la nada con ademán tembloroso. Con la mano izquierda palpa la pared en busca de alguna puerta, la llave de la luz o cualquier cosa a la que pueda aferrarse. Una salvación.

Fuera, otro trueno más formidable que el anterior estalla iluminando por un instante el ancho pasillo.

Ahí no hay nada.

Su imaginación, estimulada por la tensión del momento y la espantosa tormenta que se abate en el exterior, le ha jugado una mala pasada.

Todavía hiperventilando, vuelve la pistola a su lugar y continúa su camino a tientas, en busca del comedor que ya cree vislumbrar a escasos metros. Un lejano estrépito de platos y cubiertos terminan de tranquilizarla. Ya está a salvo.

Entonces cae sobre ella. Un dolor breve e intenso, un estallido de luz y, después, la nada.

## IV

No sabe si está despierta o todavía sueña. La oscuridad es tan absoluta que quizá aún tiene los ojos cerrados, le susurra el sutil destello de su consciencia dormida.

Siente frío, eso sí parece real. Y dolor. Un dolor sordo y extraño que recorre lo que deberían ser sus brazos y sus piernas.

Sabe quién es ella y poco más. Es Carmen, una estudiante de Psicología a la que le gustaría convertirse en policía algún día, y que hace tiempo que no puede ver a su hijo Adrián porque el cabrón de su exmarido ha conseguido alejarlo de su lado. También es la oficial Reverte y vive en Murcia, en un pequeño piso alquilado en el centro. Y la hija mayor de Marta, una empleada de la limpieza viuda que trabaja diez horas al día para poder pagar el alquiler y los estudios de

su hija... A ella le duele profundamente contemplar a su madre envejecer y marchitarse por días, derrotada y aplastada por eternas horas de duro trabajo. Quisiera ayudarla, aliviar su carga, pero no sabe cómo hacerlo. A veces —esto no se lo ha dicho a nadie—, incluso la sorprende un vehemente sentimiento de rencor y rabia hacia su padre (que murió en un inútil accidente de tráfico cuando ella tenía diez años) por haberse ido así, dejándolas tan solas.

El complejo maremágnum que son sus recuerdos comienza a tomar una forma cada vez más definida y coherente hasta que, como una espantosa epifanía, el terror de la realidad la sacude con fuerza dejándola exhausta: está presa, cautiva del ser abyecto, del monstruo asesino de niños que allí habita.

Su cuerpo, entumecido e inmóvil, se queja entonces con un profundo estremecimiento que pronto se transforma en un doloroso calambre, arrancándole un grito agónico.

Al fondo se abre un resquicio de luz por el que penetra una sombra que se aproxima hacia ella. Se mueve como si se deslizara sobre el suelo, sin apenas balanceo, y Carmen tiene la terrible sensación de que es la propia muerte quien se acerca. Grita de nuevo, esta vez pidiendo auxilio.

—¡Socorrooo! ¡Por favooooor! ¿Hay alguien ahí? ¿¡Alguien puede oírme!?

La sombra se detiene a escasos metros de ella, y aunque aún no puede distinguir su rostro, Carmen juraría que sonríe.

—¿Qué quieres de mí? ¿Vas a matarme? —exclama, haciendo un nuevo esfuerzo por moverse. Se percata entonces de que está indefensa, con los brazos atados a la espalda y atrapada en una incómoda silla de madera.

La figura no responde, sino que da otro paso. La silueta que aparece ante ella le resulta familiar; ya la ha visto antes y su voz, que surge susurrante y viscosa, se lo confirma de manera terrible.

—Debió marcharse cuando tuvo la oportunidad. Han estado ustedes entrometiéndose en cosas que no comprenden.

Avanza de nuevo y, ahora sí, su rostro se muestra ante ella. Sus ojos, ya acostumbrados a la penumbra que la envuelve, son capaces de distinguir perfectamente a su captor.

El padre Sabino, el profesor de matemáticas y tutor del infeliz Alejandro, la contempla con aire calculador, cargado de malignidad. Ha desaparecido el individuo apocado y tímido, de mirada huidiza y esquiva. O quizá nunca existió... Ante ella aparece un ser solapado, oscuro, de ojos crueles y fríos.

Y Carmen, incrédula, se reprocha ahora no haber sido capaz de distinguir al perturbado monstruo oculto bajo esa máscara de cordura.

# *La búsqueda*

## I

Han pasado más de veinticuatro horas desde la desaparición de su compañera y el inspector Salas —Areta para algunos de sus colegas— comienza a tener la impresión de que la tierra se tambalea bajo sus pies, como si caminase sobre la cubierta de un velero azotado por una tempestad. La sensación de vértigo y horror ahoga y entumece sus sentidos. Sabe, es consciente, de que el tiempo corre en su contra y de que cada minuto que pasa aumenta la probabilidad de que nunca vuelva a ver con vida a su compañera.

Y lo peor es que no puede pensar. Su cerebro esta vez se niega a servirle. La tensión emocional lo ha bloqueado. Por primera vez en su larga carrera se siente perdido.

El registro del piso de Carmen ha sido infructuoso y Escobar no quiere asignar hombres a la investigación. Su opinión al respecto es que ha debido surgir algún problema en casa que la ha obligado a marcharse de forma precipitada y sin avisar. Pero Salas sabe que no es así. Carmen nunca se hubiera largado de esa forma sin advertírselo antes. Está seguro de que su implicación en el caso es tan seria que solo algo muy grave la habría obligado salir de Murcia: y de ser así, él lo sabría. De hecho, ya se ha molestado en comprobarlo. Sin conocimiento de Escobar, por supuesto, se ha permitido llamar a sus jefes de allí primero y al cretino de su exmarido después. Y tanto unos como el otro le han confirmado lo que ya sospechaba: no existe causa alguna para que la oficial Carmen Reverte se haya visto obligada a regresar a casa de manera tan inopinada.

—¡Maldita sea, dónde demonios estás! —masculla en el refugio de su caótico despacho sin dejar de dar vueltas y manosear el maldito libro de tapas negras que hasta hace poco constituía su máximo problema. Mientras, repasa mentalmente la última conversación que mantuvo con su compañera tratando de recuperar cualquier detalle, por sutil que parezca, que le dé una pista sobre su extraña desaparición. Y de momento, nada.

Ha de reconocerlo, está bloqueado, seco, sin ideas. Se siente frustrado, llamando de forma obsesiva a una puerta que se niega a abrirse...

De repente, ya no puede soportarlo más. Se levanta de la silla con un brusco impulso y colocándose el abrigo, se dirige hacia la salida.

—¿Te vas, Areta? ¿Y tu *amiguita*? ¿Ya te has cansado de ella? —le increpa Ramón desde su sitial mientras hojea distraído el periódico de ese día.

—Que te den, maldito capullo —le responde sin apenas mirarlo, apresurando su salida al exterior.

Debe tratar de controlarse. Por un momento ha sentido el fuerte deseo de emprenderla a golpes con su antiguo compañero. Ese amargado y resentido caimán en el que a veces se ve reflejado como en un espejo.

Si no fuera por Laura...

—¡Laura! ¡Eso es!

Laura, su inocente y aguda esposa. La posibilidad es muy lejana, aunque han sido tantas las veces en las que una frase o una sugerencia suya lo han puesto en el camino correcto... ¿Por qué no podría también suceder en esta ocasión? Además, Laura conoce a Carmen casi tanto como él.

Y de todas formas, está vacío. Seco, como un estropajo de esparto. Nunca se había sentido tan inútil.

Cuando llega a casa, no se anda con rodeos. No le sobra el tiempo. Así que le espeta nada más verla:

—Ha desaparecido. No está en su piso, ni ha vuelto a Madrid.

Ella le devuelve una mirada preocupada. Sabía desde ayer que Carmen no había acudido al trabajo, pero hasta ahora pensaba —como él— que podría haber alguna explicación lógica para ello.

—¿Crees que está relacionado con vuestro caso?

—Estoy seguro... —Salas vacila un segundo antes de continuar—. ¿Recuerdas lo que le sucedió a nuestro coche el primer día que aparecimos por allí...? Pues hace unos días volvió a ocurrir algo parecido: esta vez se desprendió un enorme crucifijo de madera y estuvo a punto de aplastarnos. Creo que alguien trataba de atemorizarnos... o advertirnos.

El gesto de preocupación se acentúa en el rostro de su esposa que lo mira consternada mientras él se deja caer abatido en un sillón.

—Carmen es una mujer muy intrépida. Quizá averiguó algo y quiso investigarlo por su cuenta —sugiere, indecisa.

—Me lo hubiera dicho. Estuvo con nosotros esa misma tarde, comió aquí... ¡Demonios, me niego a creer que decidiera seguir una pista sin informarme antes! —protesta él encogiéndose de hombros.

—Bueno, a lo mejor fue algo que recordó después.

—¿Relativo al libro?

—No lo creo. Cuando descubrimos la anotación de Alejandro, ella estaba con nosotros. Debió ser anterior —sugiere su esposa.

—Bueno, mientras yo hablaba con Lucía, la hermanita del chico, ella estuvo tratando de sacar información a uno de los curas, el profesor de gimnasia.

El inspector calla y se sume en el silencio. Repasa una y otra vez lo que su compañera le contó al respecto. Lo único reseñable a su parecer, es la enigmática indicación del padre Jonás sobre la Maldad y el Demonio, o alguna estupidez parecida. Nada de interés. Pero es la única pista con la que cuenta y Salas no soporta seguir inactivo mientras quizá su compañera...

—Está bien —dice sacudiéndose los pensamientos que lo atormentan como un perro se sacudiría el agua después de un baño—. Veamos qué tiene que decir.

## II

No puede evitar su admiración hacia el Apolo rubio de rostro perfecto que lo mira consternado desde el otro lado de la pequeña mesa. Sus ojos, claros y azules, expresan sin embargo una honda preocupación cuando el inspector le revela los detalles de la desaparición de su compañera. Para Salas, hábil fisionomista, el gesto de desasosiego del sacerdote parece sincero. O eso, o se encuentra frente al mejor actor con el que se ha cruzado nunca.

—¡Eso es terrible, inspector! —exclama mientras aparta con desesperación un rebelde mechón rizado de su frente—. ¡Tenemos que hacer algo! ¡Ella podría estar en grave peligro ahora mismo!

—En realidad, por eso estoy aquí, padre. Teniendo en cuenta que usted fue la última persona de este colegio con la que hablé, pensé que quizá podría ayudarme.

Un brevísimo destello de comprensión, casi fugaz, aparece en los ojos del sacerdote, que asiente con tristeza.

—Entiendo. Me considera sospechoso. Es comprensible. Por supuesto, estoy a su entera disposición.

—No se trata de eso, padre. Además, de momento la desaparición no es oficial, así que no hay sospechosos. Pero me interesa mucho la charla que mantuvo usted con mi compañera hace un par de días.

El cura permanece silencioso unos segundos. Quizá reflexiona sobre los aspectos relevantes de dicha conversación, o a lo mejor oculta algo, piensa el policía. No importa. Él sabrá averiguarlo.

—En realidad solo mantuvimos una charla bastante intrascendente, inspector —indica tras meditarlo un instante—. Hablamos sobre la relación entre Alejandro y Carlota que, al parecer, ustedes ya conocían... y traté de advertirla del peligro que corría.

—Esa parte es la que quisiera aclarar, si no le importa —señala él—. Según me comentó Carmen esa misma tarde, usted le dijo que estábamos en peligro. ¿Podría ampliar esta información? ¿A qué se refería, en realidad?

—¿Es usted creyente, inspector? —pregunta Jonás a modo de respuesta.

—No lo sé. ¿Es importante eso?

—Quizá sí. Al menos, ayudaría a que comprendiera lo que voy a decirle —replica el sacerdote en tono bondadoso.

—Creo que no le sigo, padre.

El profesor de gimnasia le responde con una sonrisa de aquiescencia mientras junta los dedos de las manos en actitud reflexiva antes de comenzar:

—Le contaré algo. En realidad, yo soy bastante nuevo en este lugar. Comencé a dar clase en el Francisco de Asís hace tan solo cinco años. Acababa de salir del seminario y nuestro obispo me recomendó al padre Ramiro como sustituto del anterior profesor de Educación Física. Para mí, deseoso de conocer mundo y entregarme por completo a ayudar a los más desfavorecidos, supuso un duro revés, como podrá imaginar.

Salas no entiende por qué dedicarse a enseñar en un colegio, en lugar de marcharse a África o a un sitio peor con el fin de pasar mil calamidades, puede suponer un revés para nadie pero asiente con vigor.

—Sin embargo, pronto me convencí de que Dios puede llamarnos a su servicio de muy diversas maneras y de que la tarea de formar buenos cristianos es, al menos, tan valiosa como velar por los desheredados del mundo —explica en

tono resignado—. A los pocos meses de llegar al colegio conseguí sentirme plenamente realizado, como si esta hubiera sido mi vocación desde siempre.

—Padre... —le apremia el inspector. Aunque todo eso es muy interesante, Salas no olvida que cada segundo cuenta. De hecho, quizá sea ya demasiado tarde.

—Perdone. Lo que quiero hacerle ver es que podría haber sido muy feliz aquí, ejerciendo este ministerio con humildad, enseñando a los niños a ser buenas personas y buenos cristianos, pero nunca he llegado a sentirme cómodo entre estos muros, ¿comprende?

—Pues no del todo...

—Es este sitio. Este lugar —dice el sacerdote aprensivo.

Sus ojos se oscurecen y se concentran en sus grandes y delicadas manos que se cierran formando un puño en señal de súplica.

—En el seminario nos hablan sobre el Demonio. Nos dicen que es algo real, que actúa como la contraposición del Bien y que no debemos dudar de su existencia... Aun así, los nuevos sacerdotes dudamos. Entre bastidores solemos rumiar nuestra incredulidad y esgrimimos enmarañados argumentos teológicos para justificar nuestra falta de fe respecto a su existencia. Y es que la existencia del Infierno y del Demonio, tal como nos lo explican las Escrituras, constituye hoy día la principal complicación de la fe.

—Comprendo —dice el inspector, al que en realidad le importa un carajo todo eso.

—Pero aquí, entre estos muros de piedra, he podido constatar su presencia. La presencia del Mal puro. Aquí se respira maldad, las paredes emanan su esencia y el ambiente está pervertido de malevolencia...

Salas lo mira sorprendido. Los modales naturales y desenfadados del joven sacerdote hacen olvidar que se trata, al fin y al cabo, de alguien que cree fervientemente en la existencia de Dios. Tal expresión de fe lo ha dejado algo apabullado.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Yo advertí a su compañera de que ustedes corrían un serio peligro mientras permanecieran aquí. En el Francisco de Asís, el Demonio campa a sus anchas hace mucho tiempo.

La extraña afirmación del padre Jonás es seguida por un instante de silencio. A su pesar, el inspector se siente impresionado. Como una película proyectada a cámara rápida, aparece ante sus ojos el maltratado coche oficial, el intento de estrangulamiento por parte del enloquecido padre de Carlota y la ciclópea cruz estrellándose a escasos metros de ellos, a lo que se suma ahora, la desaparición de su compañera.

—Padre, si sabe algo del asunto será mejor que lo diga. La vida de una persona podría depender de ello.

—Lo siento, inspector. Por desgracia solo le hablo de impresiones personales. No sé qué o quién puede estar detrás de todo esto. Si supiera algo, cualquier cosa, no dude usted de que lo pondría en su conocimiento.

Salas le lanza una mirada larga y fría. Piensa que ojalá ese tipo esté diciendo la verdad porque si más adelante averigua que ocultó información relevante, o si a causa de ello su compañera sufriera algún *percance*...

Cierra los ojos un instante para hacer frente al mareante vértigo que lo coge por sorpresa. Por un momento ha pensado en matar.

### III

Está en la guarida. En su guarida. Como todas las tardes, después de ser usado repetidas veces por dos de «ellos», es abandonado a su suerte, arrojado sobre el roñoso sofá cubierto de polvo como un montón de trapos viejos. Después lo miran con aire displicente y, tras limpiar sus restos de inmundicia sobre una toalla mugrienta, se dirigen presurosos hacia el crucifijo que preside la sala al otro extremo de la gran mesa central, postrándose de hinojos y prorrumpiendo en amargas y lastimeras letanías.

Mientras, Alejandro, exhausto y débil, los observa

repantigado, con el brazo extendido lánguidamente a lo largo de su cuerpo y deseando la muerte a cada segundo.

De pronto se yergue sobre su improvisado lecho, asustado. Acaba de escuchar algo que procede del interior del armario; algo que se parece a un rumor de pasos: toc, toc, toc...

Tiene miedo; intuye la perversidad en esos pasos que se acercan. Cierra los ojos. No quiere ver más. Desearía quedarse ciego para siempre. Morir...

Toc, toc, toc.

Oye la puerta del armario, que se abre entre crujidos, y los pies de «eso» descendiendo hasta la apolillada alfombra que tapiza parte de la guarida.

TOC, TOC, TOC.

El demonio se detiene ante él y permanece inmóvil un instante. No puede verlo, ya que se niega a abrir los ojos, pero lo huele. Se trata del olor impuro que desprende la espantosa fetidez de la muerte y la corrupción. Una mano húmeda y caliente se apoya en su muslo y comienza a acariciarlo. No son caricias amables; su repugnante contacto solo le provoca más miedo y más dolor. Tiembla como una hoja y se odia a sí mismo por hacerlo...

Al final decide que tiene que verlo. Descubrir el rostro del Mal aunque le cueste su propia alma. Así que se vuelve sobre sí mismo y abre los ojos.

Es entonces cuando comienza a gritar.

## IV

Han pasado siglos desde que perdiera la noción del tiempo. Los minutos (o las horas) caen una tras otra como las finas gotas de arena de un reloj infinito, aunque para ella todo parece igual. Solo el dolor cada vez más insoportable de sus brazos —no recuerda cuándo dejó de notar las piernas— le permiten tomar conciencia de que lleva allí mucho tiempo.

Un día, quizá dos...

En ocasiones aparece de nuevo el inmundo personaje. El sacerdote le ofrece un poco de agua, que sorbe con dificultad de una escudilla de madera, acompañado de un bocado de pan duro. Después, coge una silla desvencijada y se sienta frente a ella, a observarla. No quiere ni imaginar los nauseabundos pensamientos que pueden pasar por su retorcida e infecta mente. Ese es uno de los escasos momentos en los que logra permanecer despierta.

En ocasiones le habla.

—Tu compañero ha venido hoy. Parece ansioso por encontrarte —le dice con una risita nerviosa.

Carmen abre los ojos un momento, pero luego vuelve a mostrarse apática. No quiere parecer demasiado ilusionada a los ojos de ese espantajo.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —le pregunta en cambio.

—Aún no lo sabemos. Lo está pensando.

—¿Quién?

—Será mejor que de momento ignores ese detalle. Además, ¿de qué te serviría? —murmura en tono grave.

Carmen cree percibir miedo en su voz. Es evidente que el cura no es más que un simple subordinado... el lacayo servil del *otro*.

—Vais a matarme, ¿verdad? —le increpa elevando la voz—. Igual que hicisteis con Alejandro y Carlota.

Ahora el monstruo no contesta. El nefando ser parece incómodo, pensativo... Es la primera vez que detecta en él algún signo de tribulación. Pero dura poco.

—Tú no sabes nada. No te atrevas a juzgarnos.

—¿Que no os juzgue? —le espeta furiosa.

Sabe que va a morir de todas formas, así que permite a la ira fluir por toda ella. La rabia está en su sangre, palpita en su cerebro, se irradia en su mirada y se transmite en la dureza de su voz.

Si tuviera una mano libre...

—Asesinasteis a dos chiquillos a sangre fría, ¿por qué?

—Quizá Alejandro no era tan inocente como crees... —replica en tono susurrante. Su voz ahora es melosa y, hasta cierto punto, condescendiente—. Vosotros, los simples seglares, preferís tener todo clasificado: esto es bueno, esto es malo, esto es justo, aquello es injusto... Y el Demonio, el auténtico, se ríe de todo eso. Porque esos conceptos en realidad los inventó él. Esa es su treta para sojuzgar a la humanidad.

—Escúchame, maldito engendro: torturar y asesinar es malo. Siempre lo ha sido. Incluso cuando vosotros lo hacíais hace siglos, en nombre de vuestro Dios. Es la religión, en definitiva, la que termina pervirtiendo el sentido natural de las cosas y las presenta bajo una luz falsa. Retuerce y adultera la realidad para confundir y fascinar, envolviendo simples fábulas en seductores argumentos con apariencia de verdad para someter la voluntad del hombre... Vosotros sois el auténtico *Demonio*.

El cura parpadea varias veces antes de añadir.

—No sabes lo que dices. No tienes fe.

—No. No la tengo.

—Por eso nunca podrás comprender...

—Bueno, tú eres cura, ¿no? —le intima, esforzándose por aplacar la cólera que comienza a dominarla. Debe hacerle hablar a toda costa. Intuye que allí hay mucha más maldad de la que imaginaba—. Tu obligación es *convertir* a los infieles. Explícame entonces por qué murieron los dos chicos... y por qué voy a morir yo ahora.

—De acuerdo, lo intentaré, aunque no espero que una ramera como tú sea capaz de comprender algo así. Es demasiado complejo, demasiado superior para alguien de tu condición. Pero de todas formas nos sobra el tiempo, ¿verdad? Al menos de momento... —le dice permitiéndose un rictus que quiere ser sonrisa—. Has de saber, *mujer*, que el Mal puede presentarse bajo distintos disfraces.

En ocasiones adopta rostros inocentes o apariencias hermosas y deseables con el único fin de tentar y pervertir a los hijos de Cristo...

—¿A quién te refieres?

—A ese chico, Alejandro. Llegó aquí contoneándose, exhibiendo esa sonrisa simpática e hipócrita que en realidad albergaba la perdición de nuestras almas. Nos tentó, nos embaucó, haciéndonos perecer en el pecado de la lujuria.

—¿Qué estás diciendo, maldito loco? ¿Qué insinúas?

El sacerdote la mira ahora con gesto torvo. Su rostro cetrino se cierra en una mueca de desprecio que la oficial reconoce bien. En esa mirada, en ese gesto, hay una mezcla de fanatismo religioso y perversión sexual que la repugna y la aterroriza. Si tuviera algo en el estómago, lo vomitaría ahí mismo.

El monstruo, que la observa, permanece en silencio. Parece haberse quedado mudo, o quizá teme ahora hablar demasiado.

—¿Abusasteis de él? ¿Violasteis al chico?... ¿Es eso lo que hicisteis?

—Sabía que no lo comprenderías. No tienes fe. No crees en Dios ni en el poder de Satanás...

—¡Era un niño! ¡UN NIÑO ENFERMO, MALDITO HIJO DE PUTA!

—¡Solo un niño! ¿Solo un niño? ¡Tú no sabes nada, perra! ¡No te atrevas a juzgarnos! ¡NO TE ATREVAS A JUZGARME!

El clérigo continúa gritando a su víctima unos minutos más. Incluso llega a abofetearla con furia varias veces. Hasta que se da cuenta de que ella ya no se encuentra allí.

Ha perdido el conocimiento.

# Condenados

## I

Salas se ha quedado sin ideas. Ya no tiene nada. Ni una pista que seguir.

Sabe que es uno de ellos. Uno de los curas, que posiblemente esté loco de atar. Mató a los dos chicos y ahora ha secuestrado a su compañera. Quizá ya esté muerta.

*No. No lo está. Vive. Sé que vive. Lo sé.*

Pero si eso fuera cierto, si Carmen sigue viva, debe encontrarse allí. Confinada en algún agujero de ese maldito colegio.

¿Una orden de registro? Ya lo ha pensado, por supuesto; llegaría tarde y, de todas formas, no tiene nada para sustanciar la petición al juez. En realidad, su compañera ni siquiera se considera desaparecida.

Podría hablar con Escobar, con el viejo. Rogarle, suplicarle de rodillas para que utilice sus influencias, pero sabe que no dará su brazo a torcer. Lo conoce demasiado bien. Lo escuchará con ademán comprensivo, incluso quizá le ofrezca un vaso de agua o un refresco. Y acto seguido lo enviará a un despacho a poner sellos. Siempre ha sabido que ese sería su destino y, después de todo, parece que el momento ha llegado.

Hasta ha pensado en hablar con el Delegado del Gobierno, el padre de Alejandro. Si logra convencerlo, quizá pueda mover algunos hilos para que le asignen una dotación policial y poner patas arriba el colegio. Registrar todos sus rincones. Descubrir todos sus secretos.

*Encontrar a Carmen.*

Al final, ha renunciado a la idea. Es un político y los políticos son todos iguales. Para ellos lo más importante (lo único) es su carrera. Echará por tierra sus argumentos, buscará excusas de todo tipo, incluso se enfrentará a él... y no hará nada.

Y mientras cavila perdido entre elucubraciones e ideas a cada cual más fantástica, el tiempo pasa y él sigue sin saber qué hacer.

El policía se percató de que sus pasos lo han encaminado a la biblioteca del colegio. De súbito lo acomete una sensación de frío, como la que se experimenta en el mar cálido cuando nos sorprende una corriente de agua helada. Carmen y él pasaron varias horas allí dentro buscando algo que quizá ni siquiera existía, hace tan solo un par de días.

La puerta está abierta esta vez y el lugar, vacío. Pasea distraído entre las estanterías infinitas, mirando sin mirar. Allí están las obras de los grandes españoles del Siglo de Oro como Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Góngora, Quevedo, Fray Luis de León, Saavedra Fajardo, Tirso de Molina... También las de autores más recientes, posiblemente considerados como *modernos* por los profesores de literatura de ese colegio: Cela, Delibes, Espronceda, Zorrilla, Bécquer...

Más allá, encuentra libros más viejos y polvorientos. Un pequeño rótulo escrito a mano con una letra pulcra y menuda le indica que se trata de literatura extranjera del Renacimiento clasificada por países.

—Sí señor... verdaderamente, aquí mi mujer disfrutaría de lo lindo — murmura el policía mientras se distrae admirando dos ejemplares de obras de Shakespeare (ese sí que le suena), así como un librito pequeño y fino de un tal Christopher Marlowe.

A continuación encuentra toda una estantería dedicada a la literatura italiana: Boccaccio y *El Decamerón*, *El Cancionero* de Petrarca, Dante... De repente sufre una pequeña conmoción. Frente a él, en grandes letras doradas escritas sobre el lomo de un grueso tomo encuadernado en piel, puede leerse con nitidez: *Divina Commedia*.

Por un instante se queda en blanco. Lanza una subrepticia mirada por encima de su hombro y trata de aguzar el oído. Nada. El silencio más absoluto. Y, sin embargo, tiene la acuciante sensación de ser observado...

A pesar de ello, no se lo piensa dos veces. Extrae el viscoso libro de tapas negras que aún guarda en su bolsillo y busca entre sus páginas hasta dar con la cita manuscrita localizada por su mujer hace unos días: «por mí se va a la ciudad del llanto; por mí se va al eterno dolor; por mí se va hacia la raza condenada; la justicia animó a mi sublime arquitecto; me hizo la divina potestad, la suprema sabiduría y el primer amor. Antes de mí, no hubo nada creado, a excepción de lo eterno, y yo duro eternamente. ¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!».

La lee despacio dos veces, en voz alta y tranquila, como declamando. Y de repente la idea le golpea con fuerza, haciéndole parpadear de sorpresa.

—Tan sencillo... Si todo fuera tan sencillo... —masculla entre dientes.

Ahora sí. Está seguro. Una especie de susurro, el frufrú de una falda... Hay alguien más con él. Pero le importa una mierda. Está preparado, piensa mientras palpa la Heckler & Koch corta que lleva camuflada bajo la axila. Si alguien se interpone...

Con un gesto tímido, cargado de incertidumbre y esperanza, extrae el grueso libro de la estantería y aguarda expectante.

*Nada.*

¡Maldita sea!

—Bueno, solo queda una alternativa —dice en voz alta.

Con cuidado, devuelve el libro a su sitio, esta vez, presionando con fuerza sobre él.

Al principio no ocurre nada y Salas vuelve a temer que todo haya sido una fantasía suya. Es entonces cuando oye el sonido chirriante y oxidado. Suena a mecanismo viejo, aunque sin ser estrepitoso; más bien recuerda a una especie de sinfonía de cuerda poco afinada.

Y entonces la estantería, que al principio parecía perfectamente ensamblada formando un todo con el resto de la biblioteca, se separa silenciosa y se abre hacia dentro, dejando al descubierto un resquicio de menos de un metro de alto por medio de ancho.

—¡Joder! —exclama. A continuación, extrae una pequeña linterna (siempre lleva una como dotación; resulta útil durante los registros de viviendas y vehículos) que arroja un débil pero eficiente rayo de luz blanca y, tras una profunda inspiración para armarse de valor, entra.

—¿Qué cojones? —susurra. Esperaba que condujera a algún lugar situado bajo la estructura del edificio. Mudo de asombro, contempla sin embargo como se revela ante él una sinuosa escalera de caracol que asciende en una espiral infinita de toscas formas irregulares, semejante a un vórtice infernal proyectado desde el cielo. El techo es tan bajo que lo obliga a inclinarse y el aire, viciado y metálico, le provoca una breve arcada.

—Vamos allá... —murmura a pesar de todo. Y comienza a subir.

## II

Esta vez encuentra algo distinto al despertar. El padre Sabino no está solo. Junto a él, otro cura: bajito, calvo, gruesas lentes... es el padre Vicente, el bibliotecario.

Carmen se nota débil, sin fuerzas. Es incapaz de pensar con claridad y en ocasiones el dolor de los brazos se ve intensificado por agudos calambres. La falta de alimentos unida a la inmovilidad prolongada la han convertido en un despojo y cada instante, en un suplicio.

Los mira por un momento, incapaz ya de sentir odio hacia esos dos esperpentos. Trata de hablar, pero las palabras se niegan a salir de sus labios: está exhausta.

Oye la voz del bibliotecario, lejana y apagada, y a pesar de todo, siniestra.

—Bienvenida, hija mía. Es una lástima que el padre Sabino se haya visto obligado a traerte aquí... una auténtica pena —dice con una sardónica sonrisa en su rostro de ratón—. De todas formas, no te preocupes demasiado; es posible que pronto tengas compañía. Por lo visto, tu amigo arde en deseos de reunirse contigo.

Su pensamiento es tan lento y tórpido aún que al principio no entiende sus palabras. Solo tras unos segundos de reflexión cae en la cuenta de que ese espectro se refiere a Augusto. En ella se despierta un hálito de esperanza que enseguida decae al comprobar cómo la sonrisa del padre Vicente se ensancha todavía más, mostrando unos dientes ennegrecidos y contrahechos.

—No te hagas muchas ilusiones, querida. Lo aguardábamos hacía tiempo. Pronto todo acabará —termina en tono reflexivo.

—¿Qué vais a hacer con él? —logra preguntar Carmen con esfuerzo.

—Lo traeremos aquí, por supuesto.

—Esto debe concluir —añade el padre Sabino con voz nerviosa y vacilante.

Por un momento vuelve a vislumbrar al tipo acomplejado y tímido que entrevistó en su día. Intuye en su mirada irresolución y miedo, así que lo intenta:

—Sabino, usted sabe que todo esto está mal. Matar, violar niños... es horrendo.

El aludido lanza una nerviosa mirada de soslayo a su compañero, que permanece impasible y sonriente a su lado.

—Horrendo... ¿Horrendo? Yo le diré qué es horrendo... —estalla finalmente el interpelado—. Soportar el desprecio y la burla día tras día; sufrir, una y otra vez, los insultos y las miradas de repugnancia de los demás; ser un «apartado», el «rarito» ... el «maricón»... ¡Usted no sabe lo que es eso!

—¿Quién, padre? ¿Quién le hacía eso?

—Ellos... ¡Todos! ¡Los demás chicos! ¡Hipócritas y presumidos, demasiado pagados de sí mismos para mezclarse con alguien como yo! ¡Chicos como él! ¡Como Alejandro!

Un largo silencio repleto de estridencias se adueña del oscuro aposento. Tanto el padre Vicente como Carmen contemplan asombrados al ofuscado clérigo, que ahora camina nervioso de un lado a otro retorciéndose las manos.

—Padre... —comienza su compañero en un tono irritado.

—¡Cállese! ¡Maldito enano pervertido! —le grita fuera de sí—. ¡En el fondo es usted como todos! O peor aún.

Carmen Reverte se percata aterrada de que comienza a caer en la semiinconsciencia. Su única oportunidad de salvación, el alterado padre Sabino, un triste despojo resultado probablemente del acoso y el desprecio continuado por su condición sexual, empieza a desvanecerse ante sus ojos. Si aún tuviera fuerzas para hablar, quizá...

Un ruido lejano, un golpe sordo seguido de unos pasos firmes, pesados, que ascienden por una escalera invisible, surge del inquietante armario situado en la esquina, al fondo de la espaciosa sala.

—Ahí viene —anuncia el padre Vicente, frotándose las manos con malignidad.

Sabino, por su parte, se limita a contemplar el mueble con una mirada cargada de ansiedad e indecisión. Gruesas gotas de sudor resbalan por su frente. Tiene miedo.

Con un chasquido se abre la puerta del viejo armario dando paso a una enorme y horripilante sombra que, tambaleante, entra en la habitación. Su rostro, cubierto por una ancha capucha marrón, solo arroja una tenebrosa sombra que consigue horrorizar a la oficial de policía a pesar de hallarse casi sin sentido.

Enseguida se percata de que el gigante camina con esfuerzo. Sobre sus hombros, un pesado fardo que oscila a cada paso lo obliga a adoptar una

posición antinatural. Por último, llega a la altura de los dos curas que lo aguardan en silencio y, tras un breve gesto de saludo, se inclina y lo deja caer sobre el suelo, sin miramientos.

Carmen observa ávida el bulto. El propio movimiento de la caída deja al descubierto un rostro cuya contemplación arranca a la oficial un grito de sorpresa y consternación: es su compañero quien yace a escasos metros de ella con la cara empapada en sangre. Entonces levanta la mirada hacia la enorme sombra que permanece de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, al parecer observándola con curiosidad.

—¿Quién eres? —logra balbucir.

Por toda respuesta, el gigante echa hacia atrás la capucha dejando su rostro al descubierto y arrancando un hipido de sorpresa a la prisionera.

Es Jonás quien la observa desde arriba.

# *A solas con el Demonio*

## I

Carmen reacciona como si hubiera recibido una súbita descarga de adrenalina. La embarga una mezcla de emociones tan intensa que apenas puede respirar: sorpresa, pena, decepción, miedo... y en el fondo, palpitante y voraz, está la ira. Una rabia honda y visceral que la espolea y la enardece. Que la llena otra vez de vida.

—Así que, al final de todo, estás tú...

El demonio le sonrío. Después, con aire ceremonioso, se acerca hasta ella y ante la sorpresa de todos, comienza a liberarla de sus ataduras.

Sin embargo, Carmen no se deja impresionar durante mucho tiempo.

—¿Un acto de caridad antes de enviarme al infierno, hijo de puta? —le espeta con dureza.

—A lo mejor solo quiero que estés cómoda...

—Jonás... —le interrumpe el padre Vicente, saliendo de su estupor.

—¡Calla, imbécil! —le grita este, en tono de desprecio—. Ocúpate del policía. Llévatelo a la otra habitación. Y ten cuidado. Todavía respira.

Pero es el padre Sabino, quien ha permanecido en silencio durante toda la escena, el que comienza a arrastrar el cuerpo con esfuerzo, auxiliado enseguida por su compañero.

Jonás los vigila con dureza hasta que comprueba que ambos desaparecen por una puerta hábilmente camuflada tras unos polvorientos cortinajes. La oscuridad es casi total. Hace tiempo que se desvaneció la escasa luz que aún penetraba a través de las vidrieras de colores situadas en lo alto, muy cerca del techo.

—Imagino que tendrás algunas preguntas, ¿no es cierto? —dice poco después, girándose de nuevo hacia ella. Su tono es natural y afable, como si fueran dos amigos charlando amistosamente en la terraza de una cafetería cualquiera. La oficial identifica ahora con claridad el estilo desenfadado y espontáneo de un auténtico psicópata.

—No demasiadas, en realidad. Si pudiera me abofetearía a mí misma, por estúpida.

—¡Ja, ja, ja! No seas tan dura contigo. En realidad, nunca tuvisteis ninguna oportunidad. Yo siempre fui por delante —declara el joven sacerdote que hasta hace poco le resultaba tan atractivo.

—Te equivocas. No siempre.

—¿De veras?

—Te aseguro que si hubiera seguido mi instinto en lugar de a mi corazón, ahora estarías pudriéndote en una oscura celda.

—Explícate —le intima el sacerdote, en cuyo rostro vacila la sonrisa por un instante.

—Es muy sencillo. Cometiste un error de sobreactuación. Cuando montaste el numerito sobre el Mal que se había adueñado del colegio y el peligro que corríamos, tuviste el desliz de mencionar los actos vandálicos que sufrió nuestro coche. Resulta que esa información nunca trascendió. No queríamos generar alarma entre los escolares y guardamos silencio sobre ello. Así que tú nunca pudiste saber nada del asunto... salvo que estuvieras involucrado de alguna forma, claro.

Al menos puede gozar durante un segundo del gesto de estupefacción de su verdugo antes de que este comience a aplaudir de manera teatral:

—Muy bien... ¡Muy bien, señora policía! Y en ese caso, ¿por qué no me detuvisteis?

—Digamos que no estaba segura del todo. Por eso vine aquí. Para aclararlo personalmente. Y ese instante de duda al parecer me va a costar la vida. Y lo que es peor, la de mi compañero.

—Bueno, bueno... no adelantemos acontecimientos —se apresura a decir el clérigo.

A pesar del tono conciliador, Carmen no se permite dudar de sus intenciones. En último término no pueden quedar testigos, por lo que no hay alternativa posible: tanto ella como Augusto están condenados.

—He de confesar que lo del coche no fue idea mía. Lo planeó ese imbécil fanático de Sabino. Ya has visto que no es más que un pobre diablo acomplejado. Al parecer, de niño fue el hazmerreír de su clase. Imagínatelo, con esas maneras femeninas, contoneándose por el patio de la escuela ante la mirada burlona de

los demás chavales. Supongo que sufrió bastante —añade sin darle demasiada importancia—. Sin consultarme, en un arranque de miedo o de rabia, el muy estúpido decidió sabotear vuestro coche... En cuanto a la nota teatral, la frasecita intimidatoria, creo que debo atribuirme todo el mérito. Mi intención era arreglar un poco el desaguizado, que continuarais pensando que se trataba de un suicidio. Con un poco de suerte sospecharíais que había sido obra de algún perturbado ofuscado aún por la triste muerte de su amigo.

Carmen escucha estas palabras cada vez más lejanas mientras nota cómo la debilidad vuelve a invadirle. A pesar de ello, su instinto de supervivencia la empuja a alargar el momento, a incitarle a hablar; conoce a la perfección el placer que sienten los psicópatas cuando alardean de sus proezas.

—¿También fue él quien intentó aplastarnos, dejando caer la cruz hace unos días?

—Eso sí que fue cosa mía. No me hacían ninguna gracia vuestros planes de registrar el colegio. ¿Y si por casualidad dabais con alguna de mis *salas especiales*? En fin, reconozco que fue una imprudencia, un acto poco premeditado. Pero a veces hay que arriesgarse. Podía haber salido bien...

—Solo habrías conseguido que la unidad de homicidios se interesara por el caso. El colegio se habría llenado de policías ese mismo día.

—¿De veras? Yo no lo creo. ¿Un viejo crucifijo que se desprende de la pared a causa de una deficiente sujeción...? Como mucho, un desgraciado accidente más que lamentar.

— Pero ¿por qué? ¿Cuál es la razón de todo esto?

El rostro del demonio adquiere entonces una expresión burlona, dejando escapar una escalofriante risita.

—¿Nunca has hecho algo solo porque podías hacerlo?

—No te comprendo...

—Me refiero a que no siempre es necesario tener un motivo. A veces, basta con el placer que proporciona saber que tú, y solo tú, puede conseguirlo. Así que la pregunta no es ¿por qué?, sino más bien, ¿por qué no?

Carmen lo mira entonces con horror, incrédula. Se resiste a creer en la existencia de semejante perversidad. A pesar de tenerlo allí mismo, sonriente y satisfecho, a pesar de haber escuchado de sus propios labios la atroz revelación de su crimen, continúa entreviendo al simpático y apuesto cura por el que había

llegado a sentir atracción. Sus siguientes palabras brotan atropelladas de sus labios, temblorosas por la ira. La ira contra ese demonio y contra sí misma.

—O sea que escogisteis a Alejandro para convertirlo en vuestro juguete sexual, ¿no es eso, maldito sádico?... ¿Cuántos repugnantes hijos de puta como tú están metidos en esto? —le interpela, haciendo vanos esfuerzos por incorporarse. Pero es inútil, a pesar de encontrarse ya libre de ataduras, sus miembros se niegan a responderle. La inmovilidad prolongada la ha convertido en un fardo inerte.

Una sombra de desdén pasa como un rayo fugaz por la mirada del sacerdote antes de contestar:

—Bueno, eso ya no importa, ¿no te parece?

—¿Hay más niños? ¿O Alejandro fue vuestra primera víctima? —insiste la oficial.

Tiene que seguir hablando o se desmayará, y entonces...

El sacerdote se cruza de brazos y lanza una subrepticia mirada por encima de ella, en dirección a la puerta camuflada tras la cortina donde se encuentra su compañero, herido o algo peor.

—¿No has oído un ruido?... Parece como si se hubiera caído un mueble.

—Yo no he escuchado nada —le miente ella, adoptando el tono más inocente de que es capaz. A escasos metros acaba de sonar de manera nítida un golpe sordo, como el que provocaría alguien al caer al suelo. Ahogando la frágil esperanza que aletea en su pecho, vuelve su atención hacia el asesino que tiene delante. Debe seguir hablando, sea como sea...

## II

Mientras asciende una vez más, una sonrisa de alivio relaja su adusto semblante por un momento. Ya queda tan poco para acabar con todos ellos... El último tramo es el más difícil: el techo es tan bajo que se ve obligado a encogerse para poder transportar los dos pesados bidones.

Las voces fantasmales lo atosigan ahora con fuerza: a

veces son lamentos angustiosos; otras, gritos de furia que lo insultan y amenazan sin tregua, formando un coro diabólico y enloquecedor.

Se detiene. Debe hacerlo para no estallar él también. Como otras veces, se limita a permanecer muy quieto, mirando al vacío y concentrando sus pensamientos en los pocos recuerdos felices que le quedan: su hermana pequeña, su papá, su mamá, Carlota...

Esta vez la crisis se resiste a ceder, pero Alejandro es paciente, sabe que antes o después, si se relaja lo suficiente, los demonios se irán silenciando poco a poco hasta convertirse en un lejano murmullo. Y así pasa los minutos: apoyado contra la fría pared, con los bidones afirmados sobre las escaleras hasta que de nuevo aparece la otra voz: la voz de Él.

Alejandro no sabe quién le habla, aunque su tono es suave y sus palabras le inspiran confianza. Está convencido de que debe ser un ángel u otro ser celestial:

«Sigue, Alejandro. No te des por vencido ahora. Ya queda muy poco. Pronto, tu dolor y tu sufrimiento habrán terminado para siempre».

—Sí... lo haré... lo haremos juntos —se responde a sí mismo.

Con fuerzas renovadas, agarra de nuevo con firmeza los dos bidones y reanuda el ascenso por la tortuosa escalera.

### III

—Ya que al parecer voy a morir en breve, me gustaría al menos que me aclararas un par de detalles.

—¿Sí? —replica Jonás con aire distraído apartando la mirada de la puerta.

—Pues por ejemplo el director, el padre Ramiro, ¿está involucrado?

—¿Ese borrico presuntuoso? Demasiado cobarde para ensuciarse las manos. Es posible que sospeche algo, aunque creo que ha decidido ponerse una venda en los ojos. Para él, lo más importante de este mundo es que todo rezume normalidad, decoro y valores cristianos. No es un fanático acomplejado como Sabino o un depravado sexual como Vicente. Tan solo tiene una aspiración en la vida: medrar, escalar en la jerarquía, que lo reconozcan, que lo adulen...; su ego es tan enorme y su miedo al escándalo tan desmedido, que negaría la realidad aunque le golpearan con ella en la cara —dice con una nueva carcajada.

—Comprendo... ¿Y este sitio? ¿Qué lugar es?

—¡Oh! Eso es lo mejor de todo. Resulta que el colegio fue construido sobre la base de un monasterio del siglo XVI. Se amplió más adelante, por supuesto. Sin embargo, aún conserva parte de la primitiva edificación. De momento hemos logrado descubrir un par de pasadizos, probablemente cegados en algunas de las sucesivas remodelaciones. Esta habitación, por ejemplo, es un antiguo desván que conecta con la biblioteca a través de un pasaje abandonado y secreto. Quizá en su día fue algún medio de huida de los franciscanos. En realidad, no lo sé. Lo descubrió el padre Vicente por casualidad. Enseguida me di cuenta de sus posibilidades. Con la excusa de unas reformas en la biblioteca, yo mismo diseñé el artilugio de la entrada; se me da bien la carpintería, como recordarás —dice en tono de orgullo.

—¿En qué consiste?

—Es bastante ingenioso: el único libro que tiene las dimensiones adecuadas para accionar el mecanismo es *La Divina Comedia*, que curiosamente siempre está en préstamo. Salvo hoy, claro —añade con una malévola sonrisa de satisfacción.

—Le habéis tendido una trampa a Salas, ¿no es eso?

—Y el muy estúpido ha caído en ella como un conejo.

## IV

La frescura de la mañana le provoca un súbito temblor que pronto desaparece por el esfuerzo de la carga. El de hoy es un cielo despejado y límpido, sin nubes, en el que aún se adivina alguna estrella tardía que se niega a desaparecer bajo la luminosidad del sol todavía vacilante.

Alejandro deposita los bidones en el suelo y se asoma con cautela procurando no dejarse ver. Aún falta más de una hora para que el colegio abra sus puertas. Afortunadamente, sus padres se suelen marchar temprano al trabajo. Casi nunca los ve. «Eso facilita las cosas», piensa con un suspiro.

No hay nadie. Un lejano ladrido es el único sonido que logra captar. Las voces —las buenas y las malas— han decidido dejarlo tranquilo, de momento. Quizá se han dado cuenta de que nada lo hará abandonar. Es su misión.

Tras mucha reflexión, ha llegado a la conclusión de que no actúa por venganza. El mal infligido no justificaría, por sí solo, lo que se dispone a hacer. Es un elegido. El Elegido para librar al Mundo de los demonios que lo pueblan. Los demonios que fagocitan niños y devoran sus almas. Los demonios que viven en su cabeza y lo atormentan día tras día. Los demonios disfrazados de hombres devotos que destruyen inocencias...

—El fuego. El fuego purificará. —No sabe si lo ha

dicho él mismo o ha sido la otra voz, la que le aconseja y lo guía desde hace meses. La voz buena. En ocasiones, le cuesta distinguirse a sí mismo de ella.

Respira una vez más el aire fresco y limpio del otoño que termina y trata de cargar sus pulmones de oxígeno. Lo va a necesitar en breve.

«Si algo malo ocurre, si saliera mal...»

Entonces se palpa el bolsillo trasero con la nota explicándolo todo. Además, está El Libro. Su Libro, El Libro de ellos. Entre sus páginas ha dejado oculta la forma de localizar la entrada de su guarida, el mayor secreto del demonio escondido.

—Si algo sale mal, Carlota comprenderá...

No llega a oír nada. El murmullo apagado de las voces hace tiempo que se lo impide. Solo un instante de sorpresa antes de notarse en el aire, cayendo. El suelo se abalanza sobre él, demasiado rápido como para permitirle un último pensamiento.

## V

—El chico estaba mal de la cabeza. Se había convertido en un perturbado peligroso. En realidad, le hice un favor —comenta Jonás con un gesto de desdén mientras pasea por la oscura habitación con los brazos cruzados—. Es extraño, hace tiempo que no los oigo —musita de repente el sacerdote en tono intrigado, mirando de nuevo la puerta.

—Alejandro padecía un brote psicótico. Sufría delirios y alucinaciones que lo atormentaban día y noche. Era un enfermo —replica la oficial, tratando de atraer

de nuevo su atención. Mientras, intenta de manera infructuosa mover los dedos de los pies y los de las manos. Aunque nota un ligero hormigueo, de momento su cuerpo se niega a responderle.

—Es posible. Pero se había convertido en una amenaza. No temía que nos delatara; más bien pensé que podría cometer algún acto desesperado... Las últimas semanas lo noté especialmente desquiciado.

—No comprendo... ¿Cómo estabas tan seguro de que no os denunciaría?

—¡Ja, ja, ja! ¿Y tú eres psicóloga? Deberías saber lo manipulable que puede llegar a ser la mente de un adolescente, amiga mía. Su ego es tan frágil, son tan vulnerables en realidad, tan fáciles de controlar...

—En ese caso, ¿por qué lo asesinaste?

—Ya te lo he dicho antes —explica él en tono cansado—. El chico no estaba en sus cabales. Lo sorprendí hablando solo en varias ocasiones. Murmullos, balbuceos... un par de veces se me quedó mirando de forma muy rara y me sonrió. Comencé a sospechar que algo no iba bien, así que decidí vigilarlo de cerca.

A Carmen empieza a importarle cada vez menos toda esa historia. El cansancio y la fatiga de las largas horas de inmovilidad y ayuno vuelven a adueñarse de ella. El efecto estimulante de la emoción en su sistema nervioso se disipa y el dolor sordo de sus músculos entumecidos regresa, más intenso si cabe; como si nunca se hubiera marchado. Pero sabe que si aún queda alguna posibilidad de salir de esta, por lejana y peregrina que sea, pasa por que ese monstruo siga hablando.

Quizá no sea tan difícil. Está claro que le gusta pavonearse, que no puede evitar jactarse de sus horrendos crímenes.

—¿Cómo fue? ¿Cómo sucedió todo? Me gustaría saberlo... —pregunta con voz apagada.

—A decir verdad, creo que en eso intervino mi buena estrella —dice en tono reflexivo—. El caso es que una mañana, desde mi celda, escuché unos pasos ascendiendo por la antigua escalera de caracol que conduce a la terraza. Era él, cosa que no me sorprendió en absoluto. Como te he dicho, ya sospechaba hacía tiempo que el muchacho tramaba algo. Fue una suerte, la verdad.

—Una suerte para ti —insiste ella.

—Por supuesto. Aunque al final resultó que además salvé muchas vidas ese día.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que vuestro chico se proponía incendiar el colegio; cuando lo sorprendí en la terraza, llevaba consigo un par de bidones de gasolina. El muchacho inocente, el desventurado angelito, había resultado ser un asesino.

Carmen se queda sin habla. Le acaba de venir a la cabeza la falsa nota de suicidio y el pasaje de la Biblia que ella y Salas leyeron en el hospital (¡Dios, parece que hace siglos de aquello!). Por desgracia, todo encaja. Tan solo...

—Y entonces lo arrojaste por la terraza.

—No me quedó más remedio. Tranquila, fue todo muy rápido. Me limité a aguardar a que el chico se asomara al borde. Creo que ni se dio cuenta que estaba muriendo mientras caía.

Detiene su paseo un instante, y, situando los brazos detrás como si estuviera aguardando que alguien le diera unas palmaditas en la espalda a modo de felicitación, añade en tono satisfecho:

—Después fue todo muy fácil, claro. Era aún muy temprano, nadie se percató de nada, ni siquiera ese par de imbéciles que dormían como lirones. No imaginas lo que me costó después convencerlos de que había sido necesario hacerlo. En especial a Sabino. Imagino que, antes o después, tendré que matarlo también... —añade pensativo—. En fin, ¿por dónde iba...? ¡Ah, sí! Después escondí los bidones de gasolina en uno de los trasteros y me apresuré a bajar al patio a fin de asegurarme de que el chico estaba, en efecto, muerto. Mientras lo examinaba, descubrí un Zippo en el bolsillo trasero de su pantalón junto a una carta manuscrita repleta de insensateces. Estuve a punto de destruirla, pero tras leerla con detenimiento me di cuenta de que podía convertirse en una nota de suicidio bastante creíble. Y así fue, en definitiva, cómo se cometió el crimen perfecto —concluye con aire de orgullo.

—Casi. Si hubiera sido perfecto no estaríamos hablando tú y yo ahora.

—Bueno. Hasta el plan mejor elaborado puede presentar algún fallo —replica plantándose frente a ella con los brazos en jarras.

Parece escrutarla curioso, con una mirada entre conmisericordiosa e interesada. La sonrisa ha desaparecido de sus ojos y ya no queda ni un rescaldo de la hipócrita amabilidad con la que disfrazaba sus modales hace tan solo unos minutos.

Carmen, cuya conciencia se aleja lenta, entre brumas, ni siquiera es capaz de sentir miedo a pesar de la certeza de que pronto estará muerta.

—¿Y Carlota? ¿Por qué también ella? —pregunta en tono apagado.

—Obvio, ¿no? —replica la sonriente máscara—. Ignorábamos lo que sabía en realidad. Por supuesto, cuando acudió a veros, firmó su sentencia de muerte. He de decir en su favor que mostró una gran resistencia a morir. Peleó como una loca... —añade con una risita cruel.

De repente, Carmen cae en algo.

—Pero entonces... el botón...

—¡Aquello sí que fue divertido! —exclama riendo el sacerdote—. Cuando me di cuenta de que me faltaba, me dediqué a arrancar unos cuantos por ahí. Una solución ingeniosa, ¿no crees?... La verdad es que me ha resultado todo demasiado fácil. Ha sido muy divertido jugar con vosotros —afirma ensoberbecido mientras le muestra la completa hilera de botones. Uno de ellos, el segundo empezando por arriba, parece cosido recientemente; el hilo utilizado, aunque de color negro, es de un tono algo más brillante.

Un espeso silencio se adueña ahora de la espaciosa sala. A Carmen le resulta cada vez más difícil mantener los ojos abiertos bajo la gótica penumbra que los envuelve. El infecto sujeto se inclina ahora sobre ella hablándole en tono susurrante:

—He pensado mucho en ti, no creas. Tengo mi corazoncito, a pesar de todo. Por desgracia, no me dejas opción —dice con reluctancia mientras se acerca hasta el fingido armario de donde extrae un objeto alargado y flexible. Por un momento, Carmen llega a creer que el demoníaco individuo se dispone a arrojarle una serpiente o algún horror parecido, tal es la nebulosa sensación de letargo que la invade. Pero tras una segunda mirada, comprueba que se trata de una simple cuerda.

Al parecer, esa es la suerte que le espera. Va a morir *suicidada* por ahorcamiento.

—Otro suicidio por precipitación no sería creíble. Además, me temo que en esta ocasión me resultaría más complicado. Dado tu estado tendría que llevarte yo mismo en brazos hasta la terraza y alguien podría verme. Demasiado arriesgado. Pero una oficial de policía depresiva, divorciada y con problemas de drogas... bueno. Resulta bastante lógico, ¿no crees? Ya has visto que sé muchas cosas sobre ti. Me resultaste interesante desde el principio, así que hice mis

indagaciones. Lástima... —No deja de parlotear mientras lanza el extremo de la cuerda por encima de uno de los travesaños de roble que cruzan el techo artesonado.

Carmen ya no puede emitir ningún sonido. En cambio, se limita a contemplar indiferente al monstruo humano que en ese momento confecciona con habilidad un eficiente y aterrador nudo corredizo. Mientras trabaja, silba una cancioncilla melódica. Parece algo de Nino Bravo. *Libre*, quizá.

Una vez que finaliza la espantosa tarea se acerca a ella, que se limita a dejar caer la cabeza sobre el pecho.

Todo es inútil.

—Bueno, señorita Reverte. Nuestra amistad termina aquí me temo. Pronto estarás en compañía de tu colega, que ya debe ser fiambre si no me equivoco.

Nota la cuerda alrededor de su cuello. Nota su cuerpo elevarse, trémulo y rígido al mismo tiempo. Nota la realidad circundante, extraña e irreal, como una desvaída foto de almanaque. Nota el calor en la cara y el escozor en su garganta. Nota el aire de sus pulmones: queman como teas encendidas... Y mientras asciende torpemente hacia el infinito, contempla el último rostro que verá. Es un rutilante diablo quien le sonrío ahí abajo de forma aviesa. Sus dientes son afilados y brillantes y sus ojos como dos monedas de plata.

... Y Carmen se marcha.

No llega a oír la detonación. No puede ver cómo, en la frente del diablo sonriente, aparece un tercer ojo de intenso color rubí...

# *El infierno está aquí*

## I

Como viene haciendo cada cinco minutos, más o menos, inclina unos centímetros el periódico —*El Español*, por supuesto— para dirigir una breve mirada a la mujer que permanece en la cama durmiendo (en coma). La maquinilla que registra sus latidos mantiene su monótono parpadeo, seguido del irritante y sempiterno pitido.

Su situación es —en palabras de los médicos— estable a largo plazo. Eso significa que no se espera ninguna evolución y que, aunque su vida no corre ya un peligro inminente, ignoran si despertará algún día.

Pronto tendrá que marcharse. La hora de visitas está a punto de finalizar y en su despacho todavía le aguarda una infinidad de papeleo: informe al juez, atestado policial, declaraciones...

Por otra parte, los cadáveres de Jonás y Vicente, los dos curas a los que tuvo que liquidar, permanecen todavía en alguna de las asépticas y claustrofóbicas salas de autopsia del instituto anatómico-forense. Aunque su asistencia durante el examen no es un requisito obligatorio, ha solicitado estar presente; les debe una visita, al menos. El otro cura, el padre Sabino, se encuentra aislado en alguna de las habitaciones de ese mismo hospital, custodiado por un par de agentes de paisano. Salas cree que le darán el alta muy pronto. Al fin y al cabo, solo sufre un ligero caso de contusión en el cráneo y fractura de tabique nasal.

Por las noches, mientras finge dormir junto a su esposa, vuelve a vivirlo. Una y otra vez. Y otra... a veces a cámara lenta... otras, al contrario, todo pasa muy rápido, como una película cómica de los años treinta. Pero siempre duele.

Se ve a sí mismo despertando de repente en el suelo de una polvorienta habitación, estrecha y oscura. Gira despacio la cabeza y su mirada tropieza con unos pies que permanecen quietos, dándole la espalda. Las voces de los hombres son al principio simples murmullos que se aproximan de manera progresiva, como si alguien estuviera jugando con el volumen del televisor. Y su cabeza... ¡Oh, Dios, qué dolor! La siente aplastada, inflada, palpitante.

Entonces recuerda. Todo. Sube por la sinuosa escalera, apresurado y nervioso, y de repente... ¡Zas! El golpe sordo y pesado y después, la inconsciencia.

—Ahora no podemos dar marcha atrás —bisbisea una de las voces. La reconoce enseguida. Es el padre Vicente, el sacerdote diminuto y calvo de gruesas gafas que los acompañó durante su visita a la biblioteca—. Es demasiado tarde para eso.

—Yo no estoy tan seguro. Todavía no tenemos las manos manchadas de sangre —replica la otra voz. Sí, también le suena, aunque de momento no le pone cara.

—Da igual. Si no lo hacemos nosotros, lo hará él...

—Pues que lo haga él.

—¡Idiota! ¿Qué crees que ocurrirá si nos descubren? ¡Iríamos a la cárcel! ¿Lo entiendes?

Ahora es cuando se produce el instante de silencio durante el cual Salas recorre la estancia con la mirada. No encuentra lo que busca, así que vuelve a fijarse en los dos demonios negros que discuten ajenos a él. Tras unos segundos más de examen, sus ojos finalmente se detienen en el padre Vicente. O mejor dicho, en su cintura, donde cree adivinar un bulto extraño que sobresale de su cadera derecha. Sin sorpresa reconoce su arma reglamentaria.

—Vicente, si tan convencido estás, adelante. Hazlo tú. Yo no quiero seguir con esto —replica en ese momento la otra voz, en tono irritado.

Todavía no sabe si podrá moverse; ignora si tendrá la fuerza suficiente para hacerlo, pero es consciente de que, si no lo intenta al menos, está muerto. Así que cuando el hombrecillo se gira hacia él y comienza a hurgar bajo su oscura sotana, Salas se incorpora lo más rápido que es capaz.

Al principio la sorpresa es su aliada. Los dos sacerdotes permanecen inmóviles al verlo de pie, frente a ellos. No son hombres acostumbrados a la acción, aunque la diferencia de fuerzas es evidente. Además, al menos uno de ellos está armado. El inspector aprovecha el instante de estupor para abalanzarse sobre Vicente, el más próximo, e intentar arrebatarse la pistola. Casi está a punto de conseguirlo. Por desgracia, en el último momento, el otro cura lo empuja con fuerza arrojándolo contra la pared.

Ahora sí, el padre Vicente extrae la pistola y aprieta el gatillo. No ocurre nada; el seguro de la Heckler & Koch le ha salvado la vida. En ese momento, el más alto corre hacia él con los brazos levantados, como si se dispusiera a hacer una pirueta en lugar de atacarlo. Al policía le resulta muy fácil asestar un fuerte

puñetazo a su tabique nasal, que se rompe con un sonido crepitante. Su cabeza rebota hacia atrás y la inercia le hace caer sobre una mesa cercana donde se vuelve a golpear, esta vez en la cabeza, perdiendo el conocimiento.

Salas dirige la mirada ahora hacia el otro sacerdote, que continúa paralizado con el arma en la mano. Se percata de que está mirando de forma angustiada una puerta que hay a sus espaldas, así que se lanza sobre él sin pensárselo dos veces. Con satisfacción, comprueba que ha recuperado su fuerza: el propio miedo por la cercanía de la muerte parece haberle dotado de un inusitado vigor.

Lo agarra del cuello con una mano para evitar que grite, mientras que con la otra se aferra a su arma, todavía inservible. El forcejeo se prolonga durante unos segundos: mientras él trata de mantener la presa sobre la garganta del clérigo, el otro se retuerce de manera desesperada, golpeándole la cara al mismo tiempo con la mano que le queda libre. Es inútil, en estos momentos apenas nota los golpes. Se siente eufórico, como un cocainómano recién esnifado.

Poco a poco, logra conducir al sacerdote hasta una pared y lo empuja contra ella. El trastornado clérigo continúa golpeando insistente su rostro, aunque al inspector no le importa. Con un nuevo impulso logra estrellar su cabeza contra la pared. Por último (¡gracias a Dios!), el cura deja caer la pistola al suelo. Tras sus dientes, fuertemente apretados por la furia, escapa un sibilante sonido de rabia y desesperación.

Pero el inspector no cesa aún. Ahora tiene las dos manos libres, así que lo sujeta con fuerza por el cuello y lo arroja contra el suelo.

«¿Y ahora qué?», se pregunta el policía. El tiempo apremia; le aterroriza pensar en lo que puede estar sucediendo en esos momentos al otro lado de esa puerta. Por otra parte, si suelta al maldito cura, este gritará alertando a su cómplice (o cómplices... podrían ser varios...). En el último instante se le ocurre una idea desesperada. Recoge la pistola que se encuentra junto a ellos, en el suelo, y golpea con fuerza al clérigo en la cabeza. Un sonido hueco, parecido al de la porcelana rota, le indica que probablemente le haya fracturado el cráneo.

El padre Vicente deja de moverse.

Salas no se molesta en comprobar su estado. En esos momentos le acucian otras preocupaciones. Como averiguar si su compañera vive.

Se incorpora con la pistola todavía en la mano y se dirige hacia la puerta. Despacio, con suavidad, gira el pomo y entreabre una finísima rendija: lo justo para poder lanzar una cautelosa mirada al exterior.

Un estremecimiento de espanto lo sacude de inmediato. Le parece imposible que sea verdad el horror de la escena que contempla: de espaldas a él, Carmen es izada desde una silla. Su cuerpo apenas se estremece mientras es elevado en el aire como un muñeco. Parece inerte.

*Que no esté muerta por favor. Que no esté muerta...*

Frente a ella el padre Jonás tira de la cuerda con una pavorosa sonrisa dibujada en su rostro, ahora enloquecido. Salas puede ver perfectamente cómo el esfuerzo hincha las venas de su cuello mientras alza a su compañera, pero enseguida se concentra en su amplia frente, dándose cuenta de que solo tendrá una oportunidad.

Tiene que hacerlo así. No es capaz de mantener otra lucha, y menos con ese monstruo. Además, a su compañera —si es que aún vive— no le queda mucho.

¡Por Dios! ¿Cuándo terminará tanto horror?, se dice mientras libera con suavidad el seguro de su arma y la amortilla en silencio.

Muchos años atrás, Salas llegó a ser un reputado tirador. Su admirable sangre fría, unida a un pulso seguro y firme, lo convirtieron en alguien casi infalible. Su instructor incluso lo propuso en varias ocasiones para competir en campeonatos nacionales de tiro, algo que él siempre rechazó. Solía rehuir cualquier cosa que oliera a circo. Eso prefería dejarlo a otros.

Sin embargo, todo eso ha quedado atrás. Salvo en los ejercicios obligatorios, el inspector apenas toca ya su pistola. Aunque recuerda bien la teoría.

Primero, levanta el arma, la sujeta con firmeza con ambas manos y centra las miras.

*Una respiración profunda. Ahora otra contenida.*

Una última mirada a su compañera, que agoniza: es Carmen Reverte, la mujer que una vez le salvó la vida.

Pero también es Isabel, asesinada a hachazos por su marido junto a su hijo, quien intentó protegerla hasta el final.

Y Rocío, postrada de por vida en una silla de ruedas tras ser arrojada por su expareja desde un tercer piso.

O Elena, una chica casi adolescente que murió a consecuencia de la brutal paliza que recibió de su novio por no contestar a tiempo a sus llamadas.

O Carlota. Sí, también es Carlota.

Es, en definitiva, el rostro de todas las mujeres que Augusto Salas no ha

podido salvar a lo largo de su carrera.

Apoya con suavidad el dedo índice de la mano derecha en el gatillo y presiona despacio, de forma gradual.

*Recuerda. Ha de sorprenderte. No esperes el disparo.*

Sale el estallido y enseguida nota el retroceso del arma. Por un instante teme haber fallado. Un segundo después, el asesino, con un último gesto desconcertado, se tambalea y cae. Y tras él su compañera, al ceder la única sujeción que la mantenía en el aire.

El resto de los recuerdos permanecen borrosos en su mente. Quedan muchas lagunas aún y la mayor parte de ellas solo puede llenarlas la mujer que permanece inconsciente en esa fría cama de hospital cubierta de tubos y sueros, durmiendo entre pitidos y ruidosas alarmas.

Y lo peor es que quizá nunca despierte.

## II

Salas vuelve a su despacho tras la enésima reunión con el comisario Escobar esa semana. El diario de Alejandro, encontrado durante el registro de la habitación del padre Sabino, aclara la mayoría de las incógnitas que aún existían en torno al caso. A estas alturas parece ya indudable que los tres sacerdotes abusaron de manera continuada y durante más de dos meses del pobre chico, que llegó a integrar esas experiencias dentro de su delirio psicótico. Las escenas que describe el manuscrito son tan explícitas y truculentas que han causado una fuerte impresión en los dos avezados policías.

El resultado final de todo el asunto son dos curas muertos y otro herido. Demasiado jugoso para los medios de comunicación, que se están cebando a gusto con ellos. Alguien de dentro ha filtrado parte de la información —aún bajo secreto de sumario— y los rumores no contrastados, así como los comentarios a favor y en contra de su actuación se suceden: se habla de abusos sexuales en el colegio, de responsabilidad del obispado, de negligencia de las autoridades, de excesivo uso de la fuerza por parte de la policía... etc. El veterano inspector conoce demasiado bien el negocio como para no saber que los periodistas tienen carnaza fresca para más de un año.

Tras analizar la situación, al fin el viejo ha dejado caer que quizá a Salas le venga bien un cambio de aires.

—De todas formas, llevas demasiados años haciendo lo mismo, amigo. El mes que viene nos llegan chavales nuevos, recién salidos de Ávila. Y tú podrías ocupar alguno de los huecos que han quedado en la Brigada de Información —le acaba de decir en tono nervioso, evitando mirarlo a los ojos.

Probablemente, presiones de arriba. Ha tenido que dar muchas explicaciones, demasiadas, y es raro el día en que no aparece en algún telediario o recorte de prensa preguntado sobre el escandaloso asunto. Salas es comprensivo. Entiende que su jefe se debe sentir como alguien que acaba de descubrir un avispero debajo de su cama.

Por otra parte, el inspector también está obligado a aclarar muchas cosas. Aún no sabe si saldrá bien librado por la muerte de los curas. En ambos casos, la fiscal lo acusa de uso desmedido de la fuerza. Según ella, el inspector Salas, a pesar de encontrarse herido y a punto de ser ejecutado, debería haber tratado de emplear medios menos contundentes contra sus secuestradores. Y respecto al disparo en la cabeza del padre Jonás, la entregada funcionaria alberga serias dudas sobre la necesidad de utilizar un recurso tan expeditivo para salvar la vida de su compañera. Salas no le guarda rencor por ello. Es su trabajo. Está más que acostumbrado a enfrentarse a diario a esta doble moral.

De todas formas, al veterano policía le importa un comino toda esa mierda. Su mente se concentra tan solo en la situación de Carmen, su compañera. Llegó a tiempo de evitar que muriera su cuerpo. Y, ¿para qué? ¿Para quedar convertida en un vegetal humano de por vida?

—Carmen, Carmen... no mereces lo que te está pasando... Pero ¿qué puedo hacer yo? —musita entre dientes.

Su mente distraída viaja hasta Madrid. Piensa en el hijo de su compañera (¿Adrián se llamaba?) y en el cabrón de su marido. No ha habido ni tan siquiera una llamada preguntando por ella. Imagina que ese tal... Gaby «Comosellame» debe conocer lo ocurrido, ya que el jefe de Carmen recibió un informe bastante completo hace un par de días. Sin embargo, el gran hombre no se ha molestado lo más mínimo en saber nada sobre el estado de su ex.

Lo puede ver. Puede ver su gesto de alivio, su sonrisa de felicidad, quizás teñida con una brizna de sentimiento culpable en el mejor de los casos. Y Salas tiene que apretar los dientes con furia para no soltar una retahíla de juramentos. Así es la vida, al parecer. Los peces gordos, los ricos, los poderosos, son quienes tienen siempre las de ganar.

De repente, una fugaz idea cruza por la mente del hastiado policía. Es solo un pensamiento peregrino, aunque por un momento le arranca un atisbo de sonrisa...

Pero ¿y si fuera posible?

Con un gesto impulsivo el inspector descuelga el teléfono de su despacho y comienza a marcar un número. Nervioso, cuelga antes de que contesten: ¡Dios! ¿Qué iba a hacer?... no se puede ser más estúpido. Acto seguido, comienza a marcar de nuevo, esta vez desde su teléfono móvil. Al tercer tono contesta una voz juvenil de mujer al otro lado.

—¡Salas! ¿Qué tal, hombre?

—Pues la verdad, bastante apurado últimamente, Marta.

—Ya lo he leído, tío. Estoy al tanto de todo... ¡menudo marrón! —le dice en tono conmisericordioso.

—Tranquila, ya me conoces. Saldré de esta.

—Estoy segura de ello, viejo amigo. Palos más duros te ha dado la vida. Bueno dime, ¿a qué debo el honor de que te acuerdes de mí después de tanto tiempo?

—No han transcurrido ni dos años desde que te ficharon en la UDEF, maldita traidora —contesta él con una sonrisa.

—Parece que nunca me lo vas a perdonar, ¿eh?

—Por supuesto que no, cariño. Tenlo por seguro... —repite el inspector—. En fin, te llamaba para saber si podías echarme un cable en otro caso que estoy llevando. Te paso los datos y me dices si conocemos algo sobre ellos.

—Desembucha, viejo.

Media hora más tarde, Salas cuelga el teléfono para marcar otro número.

—Dígame —responde una carrasposa voz de hombre.

—Soy Salas.

Durante unos segundos nadie replica al otro lado, hasta el punto de que el inspector llega a temer que hayan colgado.

—¿Qué quieres? —dice por fin su interlocutor.

—Necesito que ahora tú me ayudes a mí.

—¿No será nada ilegal? —replica el otro en tono cauteloso.

—Toma nota de este nombre: Gabriel Manzano Villaescusa. Lo quiero todo sobre él. Lo antes posible.

—Escucha, ya no me dedico...

—Jokin, no me toques los cojones. Ahora no estoy de humor. Haz el trabajo y estaremos en paz para siempre. Si no... ya sabes lo que puedes esperar.

De nuevo, el silencio. Ahora Salas está seguro de que el otro no se ha ido. Tan solo sopesa su oferta.

—De acuerdo —contesta por último—. Dame tres días.

—No hay problema... No me llames aquí, ¿vale? Ya sabes dónde.

—Descuida —dice el otro y cuelga.

El inspector se queda mirando el teléfono durante unos minutos con gesto pensativo. Ojalá esta vez tenga un poco de suerte.

### III

Comen en silencio, los dos. Salas porque tiene la cabeza llena de pensamientos. Laura porque sabe que cuando su marido se encuentra así, es inútil cualquier intento de conversación. Probablemente, si en esos momentos de distraída reflexión ella le hiciera cualquier pregunta, el pobre se limitaría a contestar con alguna inútil incongruencia solo por cortesía, y continuaría inmerso en su mundo interior.

Laura es capaz de detectar cuándo su marido vuelve a estar conectado. Se produce un cambio casi imperceptible en su mirada, un tenue brillo que a ella le dice que Augusto, de manera temporal, ha regresado de su fugaz período de evasión contemplativa.

El café es intenso y fuerte, como a ellos les gusta. Sin azúcar para él, dos terrones para ella. Y un par de pastas. De dieta, claro. De esas que solo tienen algo más de sabor que el papel.

—¿Has ido a verla hoy?

Él la mira consternado y asiente con lentitud.

—Sigue igual. Y los médicos no quieren hablar conmigo porque no soy un familiar. Pero me da la impresión de que en realidad no saben si despertará algún día o no.

—He pensado que mañana iré yo a visitarla... No lo entiendo, ¿acaso no tiene padres, hermanos...?

—El padre falleció en un accidente siendo ella una niña y la madre, que aún vive, es bastante mayor y está ingresada en una residencia, diagnosticada de alzhéimer... Y no. No tiene hermanos: es hija única —contesta él con gesto adusto.

—Comprendo.

Remueve con parsimonia su café, hasta que nota que el azúcar se ha disuelto completamente. Tras un lento sorbo, vuelve a mirar a su marido.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues la verdad es que aún queda mucho papeleo. El caso no está cerrado del todo. Existen cuestiones que no entendemos aún: no sabemos todavía si existieron otros niños sometidos a abuso sexual además de Alejandro; ignoramos si el director sabía algo de lo que ocurría allí o está implicado de alguna forma, cuántas personas intervinieron en la muerte de los dos chicos... De momento, solo puedo decirte que el colegio está cerrado y estamos procediendo a un registro exhaustivo, habitación por habitación. Por supuesto, todos los profesores han sido citados a declarar...

—No me refería a eso —lo ataja ella.

—Lo sé.

Salas desearía decirle a su mujer lo que se trae entre manos. Pero, aunque tiene en muy alto concepto la inteligencia de Laura, hay cosas que es mejor que no sepa nunca.

—De acuerdo, cariño. Hagas lo que hagas estoy a tu lado, ya lo sabes—le dice ella tras un prolongado silencio.

Él le sonrío agradecido.

—Confía en mí...—le dice con suavidad.

—Siempre.

Es entonces cuando suena el teléfono. Los primeros acordes de la última canción de Pablo López inundan la estancia causando un leve sobresalto en Laura.

—¿Te has comprado otro móvil? —inquire a su marido en tono de reproche.

—Estoy haciendo algunos cambios... —replica él con una sonrisa, mientras se lo acerca al oído con aire despreocupado.

En cuanto oye las primeras palabras, su gesto se transforma. Entrecierra los ojos en actitud calculadora, al tiempo que inclina pesadamente la cabeza sobre el pecho: el gesto típico que suele adoptar cuando reflexiona de manera muy intensa.

Laura, que se percata de ello, lo deja solo. Sabe que Augusto está tramando algo. Sea lo que sea, ha decidido no compartirlo con ella así que, de momento, renuncia a indagar nada al respecto. Por otra parte, conoce demasiado a su marido como para intentarlo.

Mientras deja el juego de café sobre el fregadero, una sonrisa de resignación aflora a sus labios. Desde el salón le llegan las escuetas contestaciones de su marido que apenas puede oír, ya que este se esfuerza en hablar entre susurros:

—Muy bien, ¿cuándo lo tendré todo?

—[...].

—De acuerdo. Sí, parece interesante. Me sirve.

—[...].

—Descuida. Tienes mi palabra. Adiós.

Cuando termina de hablar, Laura regresa al salón. Trata de parecer despreocupada, como si este tipo de conversaciones telefónicas fueran lo más normal del mundo. Aun así, no puede evitar fijarse en el cambio operado en el gesto de su marido: en su, habitualmente flemático rostro, acaba de aparecer una beatífica sonrisa de satisfacción. Hasta parece excitado, algo extraño en él...

Sin embargo, su mirada no sonríe.

Laura lo observa con más atención y siente un frío repentino. Por primera vez en su vida ha creído percibir un vestigio de crueldad en el rostro de su esposo.

# *Una visita inesperada*

## I

El inspector Salas se detiene indeciso ante el lujoso edificio.

Se trata de una compleja construcción de líneas rectas y superficies lisas y perfectas, cubiertas de amplios ventanales de cristales azulados que permiten espiar parte del interior. El policía contempla perplejo el moderno panel repleto de complicados y diminutos botones que encuentra a la entrada. Al cabo de un rato, con un mohín de resignación, busca en uno de los bolsillos de su amplia gabardina hasta localizar un pequeño trozo de papel manoseado que despliega con parsimonia.

—¡Vaya, vaya! —musita entre dientes volviéndolo a guardar tras echarle un apresurado vistazo.

Un breve titubeo. A continuación, pulsa dos teclas en rápida sucesión.

—¡Diga! —responden casi de inmediato a través del interfono. Se trata de una voz de mujer, de cierta edad. El tono es severo y acre. Procede, sin duda, de alguien acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

—Soy el inspector Salas, de Murcia. Necesito hablar con Gabriel Manzano.

—¿Inspector? ¿Es usted policía?

—Sí. Tengo que comentarle algo relacionado con Carmen Reverte.

Se produce una pausa —esperada, por otro lado— no demasiado larga. Posiblemente la haya cogido por sorpresa. Salas ya ha decidido que existe una alta probabilidad de que acabe de hablar con la suegra de su compañera.

—De acuerdo. Suba —ordena la mujer en tono cortante.

El ascensor, un enorme tubo de cristal perfilado en acero, asciende en silencio a una velocidad que a Salas le llega a producir vértigo. Le invade una inquietante sensación de ingravidez cuando el mecanismo lo arranca del suelo y se lo lleva flotando, como si de repente hubiese adquirido la capacidad de volar.

—¡Joder! —exclama impresionado ahogando un silbido.

La pesada puerta del piso —de las de seguridad, con doble plancha de acero en su interior— se abre casi antes de tocar el timbre, dando paso a la Señorita

Rottenmeier.

—Buenas tardes... —comienza el inspector en tono cortés.

—¡Vamos, pase! No se quede ahí parado... —le espeta la mujer con sequedad.

El interior del piso, amueblado con todo lujo de detalles, arranca un gesto de admiración al inspector. Ni siquiera la casa-palacio del Delegado del Gobierno en Murcia le pareció tan impresionante como el monumental apartamento donde se aloja el exmarido de su compañera. Un largo y anchuroso pasillo de techos blancos bellamente iluminados y paredes lisas cubiertas de lienzos de extraordinaria belleza lo conduce hasta un vasto salón donde imperan los espacios abiertos y llenos de luz. El mobiliario, blanco inmaculado, y el extraño e irregular techo de formas geométricas, contrasta con un oscuro suelo de tarima que cubre toda la superficie del piso. En el centro de la estancia se erige una elegante mesa de billar inglés con la estructura en madera de arce finamente labrada que enseguida atrapa la atención del policía, muy aficionado a ese juego.

La mujer lo conduce unos metros más allá, hasta otro espacio formado por dos piezas de sofá de piel blanco marfil y una mesa rinconera de cristal, frente a las que se sitúa una acogedora chimenea.

—Siéntese —le ordena con acritud señalándole uno de ellos.

—Muy amable —contesta el policía con sencillez, dejando en el suelo su viejo y fiel maletín deshilachado.

La mujer no toma asiento. Se limita a cruzarse de brazos frente a él y a escudriñarlo tras sus gruesas lentes bifocales.

—Usted dirá —inquieta impaciente.

—Me temo que lo que vengo a comunicar solo puede oírlo el señor Gabriel Manzano.

—Es mi hijo, pero ahora mismo no se encuentra aquí —replica en tono virulento.

—En ese caso, volveré en otra ocasión —contesta el inspector, comenzando a incorporarse.

Entonces aparece él.

Salas es capaz de apreciar enseguida el magnetismo que desprende ese hombre. No se trata tan solo de su elevada estatura o de su prestancia al caminar. También tiene que ver con la forma de mirar, serena y distinguida, su piel bronceada y su cabello pulcramente cortado, como si acabara de salir de la

peluquería. Sin embargo, sus grandes ojos grises, y sobre todo su boca, desprenden crueldad y sangre fría.

—Mamá, déjanos un momento a solas al señor...

—Salas. Inspector Salas —se apresura a completar este.

—... al señor Salas y a mí, por favor.

—Si esa pretende ahora...

—*Esa*, que yo sepa, está enferma, mamá. Ya os lo dije hace una semana, creo recordar.

—Voy a ver a mi nieto —lo corta ella en tono seco saliendo de la estancia con aire de ofendida dignidad.

El hombre toma asiento en el otro sofá y cruza las piernas con afectación, situando los brazos sobre el respaldo.

—Usted dirá, inspector. Espero que Carmen esté mejor.

—Lamento decirle que su exmujer continúa en estado de coma.

—Siento oír eso —manifiesta Gabriel sin que su pétreo rostro sufra variación alguna.

—Y yo tener que darle la noticia.

Salas deja pasar unos segundos, aguardando a que su interlocutor añada alguna cosa, pero tras comprobar que este prefiere mantenerse en silencio, recoge su maletín del suelo y comienza a extraer una ingente cantidad de documentos con aire pausado. Algunos de ellos vienen organizados en pulcras carpetas de cartón azul. Otros aparecen en hojas sueltas, en papel de fax o fotocopias de irregular calidad.

—¿De qué va todo esto? —exclama finalmente Gabriel impaciente.

—¿De qué va?... Pues creo que de una madre separada de su hijo tras perder una larga y costosa batalla legal en la que nunca tuvo la menor oportunidad. Batalla a la que fue arrastrada por su marido, un brillante y prestigioso psiquiatra proveniente de una de las familias más ricas y poderosas del mundo empresarial madrileño —comenta Salas con sencillez.

—¡Oiga! —interrumpe en ese momento el aludido mientras se incorpora de su asiento con brusquedad.

—Siéntese, por favor. Lo que le voy a decir le interesa, se lo aseguro —le solicita el inspector en tono apaciguador.

—De verdad, no sé lo que pretende...

—Seré claro. Quiero que contacte hoy mismo con su abogado para que pacte un pequeño acuerdo. Uno que contemple la petición al juez de la custodia compartida de su hijo.

—Ya veo que está usted loco —replica Gabriel frunciendo el ceño y contemplando a Salas como si fuera un extraño ejemplar de marciano—. Y que no sabe bien en lo que se está metiendo...

—A decir verdad, sí que lo sé. De hecho, me complacería mucho que todo eso lo hiciera de forma voluntaria y hasta con placer por su parte; que actuara guiado solo por el interés y la felicidad de su hijo, dejando a un lado todo sentimiento de revanchismo hacia su exmujer. Creo que cualquier niño necesita querer y respetar a su madre y a su padre. Existen pocas cosas más dañinas y repulsivas en este mundo que utilizar a los hijos para dirimir los conflictos entre dos adultos.

El rostro del doctor Gabriel Manzano ha dejado atrás la ira y la sorpresa. Ahora se relaja, distendiéndose en una amplia sonrisa de comprensión que deja ver unos dientes blancos y perfectos... afilados y crueles.

—Bueno, inspector, si es que es usted policía de verdad... me parece que ya he mostrado suficiente paciencia. Ahora le rogaría que se marchase de mi casa y no volviera a ponerse en contacto con nosotros, salvo que desee que avise a los policías de aquí. Le puedo asegurar que no suelen mostrarse tan comprensivos como yo con estos temas.

Salas se limita a sonreír; aunque su sonrisa es mucho más discreta, beatífica casi. Una sonrisa que su mujer reconocería enseguida de encontrarse allí presente. Continúa extrayendo documentos de las carpetas que coloca de manera ordenada sobre la mesa de cristal dejándolos al alcance de Gabriel.

—Su familia es propietaria de una compañía de infraestructuras bastante importante en este país llamada Manzano-Villaescusa. No llega al volumen de Ferrovial quizá, pero digamos que con sus quince mil trabajadores y sus diez sedes distribuidas por distintos países podría considerarse una empresa de gran envergadura. A vista de todo el mundo, ustedes son un ejemplo a seguir por el resto de empresarios: generan puestos de trabajo, obtienen beneficios para sus inversores, prosperan año tras año...

—¿Y qué demonios tiene eso que ver ahora? —interrumpe Gabriel irritado.

—En las carpetas que acabo de dejar encima de la mesa existe documentación relativa a una compañía afincada en Irlanda, conocida con el impronunciable nombre de Brainbridge Holding Limited. Sobre el papel fue constituida en Dublín en 2010 por un gris empleado de banca llamado William Rotswood. Según el registro oficial de empresas de Irlanda, el señor Rotswood poseía las mil participaciones de un euro que componían el accionariado. Estos que ve usted ahí —le dice mientras señala con un gesto de repugnancia una de las carpetas— son documentos que aseguran que ese hombre no es más que un simple testaferro contratado por el señor Guillermo Manzano Fonseca, es decir, su padre.

—Oiga...

—Aguarde un minuto. Hay más —continúa implacable el inspector—. Esta otra carpeta contiene copias de una ingente cantidad de facturas falsas que la Brainbridge Holding Limited giraba a nombre de pequeñas empresas nacionales que dependían precisamente de Manzano-Villaescusa por servicios inexistentes... No soy un experto en delitos económicos, la verdad; lo mío son más bien los crímenes vulgares, de esos en que un asesino mata a su víctima sin más, pero he consultado a algunos de mis compañeros que sí lo son, ¿sabe usted?... parece que este pequeño entramado no es más que un manido aunque eficiente recurso para blanquear capitales.

Ahora el inspector se detiene un momento y observa a su, hasta entonces, beligerante anfitrión. La metamorfosis que ha sufrido su rostro es tan radical que por un momento el inspector llega a temer que el exmarido de su compañera esté sufriendo algún tipo de crisis nerviosa. Sin embargo, lejos de sentir piedad, Salas solo es capaz de experimentar desprecio hacia ese individuo cobarde y prepotente así que, tras un leve carraspeo, continúa:

—Lamento decirle que eso no es todo... ¿ve esos otros documentos que hay junto a las carpetas? ¿Esos papeles que parecen cartas y restos de envíos de fax?... Creo que debería tener más cuidado con la seguridad de su ordenador. Algún desaprensivo, un delincuente informático quizá, ha accedido de manera ilegal a su disco duro —dice en tono mordaz—. Resulta que, al examinarlo en profundidad, han aparecido entre sus archivos comprometedoras imágenes de mujeres con escasez de ropa y en una actitud que hace sospechar que ignoraban por completo que estaban siendo fotografiadas, y verá, yo, que soy hartamente curioso, he indagado un poco y he descubierto que al menos cinco de ellas son o han sido pacientes suyas...

En esta ocasión el doctor Gabriel Manzano se lanza con avidez sobre los acusadores papeles y comienza revisarlos uno a uno con gesto febril. Ha desaparecido por completo la máscara de hombre tranquilo y seguro de sí mismo; de ser superior, muy por encima del resto de mortales. En su lugar solo queda un tipo apocado sumido en la desesperación, impotente, incapaz de afrontar el desastre que al parecer se dispone a abatirse sobre él.

—Puede quedarse todo el expediente. Evidentemente se tratan de simples copias: los documentos originales, fechados y sellados, se encuentran a buen recaudo.

Tras unos minutos más durante los cuales el psiquiatra apenas emite algún gemido ahogado, el inspector se percata sin sorpresa de que, desde el vano de la puerta, aguarda la madre observando la escena con mirada venenosa.

—¿Así que de eso trata todo esto, señor Salas? No es usted más que un mugriento chantajista de poca monta —estalla la mujer incapaz de contenerse.

El inspector, sin perder la sonrisa, dedica un instante a examinar a Elena Villaescusa. Es una señora de unos setenta años, aunque se empeña en aparentar muchos menos. Ojos crueles cargados de hiel y ademanes seguros y firmes, sin un atisbo de inquietud a pesar de la delicadeza de la situación. Vestido pulcro y elegante pero incómodo y zapatos de tacón, incluso para andar por casa: una mujer *de clase*. De *mala* clase... porque Salas intuye que, bajo sus maneras atildadas y severas, la vieja es una déspota insufrible, una mujer acostumbrada a ver satisfechos sus deseos al instante y sin rechistar; una persona para quien alguien como él debe ser igual de relevante que un parásito de jardín.

—Señora Villaescusa...

—¡Cállese, hijo de puta! A ver, ¿cuánto?, ¿cuánto quiere?

La gruesa andanada provoca una reacción en Gabriel que, aun sudoroso, intenta recuperar la compostura. Tras una leve vacilación, implora a su madre:

—Mamá, por favor, déjame a mí esto.

—Nada de eso. Voy a llamar a tu padre ahora mismo...

—¡No, madre! —grita exaltado su hijo—. Por favor, mamá... Esto me compete a mí.

—Por lo que he podido entender, este tipejo nos acusa de blanquear dinero. Eso podría afectar a la empresa familiar. No permitiré que nadie intente destruir

lo que con tanto trabajo construimos tu padre y yo. Y menos por esa putilla de cabaret...

En este punto, Salas debe hacer un gran esfuerzo para contenerse. Pero recuerda a tiempo que es él quien tiene la sartén por el mango. Le basta con ser paciente y esperar.

—De acuerdo, madre. Solo te pido que nos dejes cinco minutos a solas al caballero y a mí. Después, haz lo que quieras —insiste Gabriel en tono suplicante.

Finalmente, la mujer, tras lanzar un último bufido —más parecido a un rugido de frustración—, abandona la estancia dando un portazo.

Una vez solos, el inspector dirige una mirada de condescendencia al despojo que se retuerce en el lujoso sofá, frente a él, y pronuncia estas palabras:

—Bien. Y ahora hablemos...

## II

Tan solo quince minutos después, Salas se incorpora con su maltrecho maletín —del que rechaza deshacerse a pesar de la pertinaz insistencia de Laura— que custodia ahora tan solo un par de documentos. En el sofá, aún sentado, permanece la persona con la que acaba de negociar un inútil preacuerdo de custodia compartida que —salvo un milagro— nunca llegará a cumplirse. De todas formas, su conciencia está tranquila al respecto. A pesar de que su promesa le obliga a no revelar la información de que dispone, Marta ya le indicó que solo era cuestión de pocos meses —como mucho un año— que el escándalo estallara. El futuro de Manzano-Villaescusa se avecina incierto.

No le tiende la mano. Lo suyo no ha sido ningún pacto de caballeros, sino más bien un convenio entre reptiles. Pero Salas no siente a estas alturas ningún escrúpulo por ello. Ha hecho lo que tenía que hacer. Ha pasado mucho tiempo ya desde que el veterano inspector descubriera que la justicia y la ley eran conceptos que no siempre iban juntos. Y a sus casi sesenta años, muy próximo a su obligado retiro, prefiere hacer un poco de verdadera justicia, aunque tenga que ser de espalda a las leyes.

Demasiada mierda en el mundo. Demasiada miseria en los corazones de los hombres. Demasiada corrupción en las sociedades. Demasiado de todo.

En ese momento, el chiquillo irrumpe en el salón. Es un niño muy guapo. Tiene el mismo rostro moreno que su padre. El mismo pelo negro y ensortijado. Sin embargo, los ojos, enormes y bondadosos, del color verde del mar al atardecer, son de Carmen.

—¡Adrián! creí que estabas en la habitación de los juegos con la abuela — exclama su padre sorprendido.

—La abuela se ha ido. Y María está muy ocupada limpiando para jugar conmigo —se excusa el muchacho sin quitar los ojos de encima al policía.

—Este señor es...

—Me llamo Augusto. Soy un amigo de tu mamá —se adelanta este antes de que el padre pueda reaccionar a tiempo.

—¿Mamá? ¿Ha venido también? —pregunta el chiquillo en tono de esperanza. Su padre, azorado, comienza a balbucear una explicación que es interrumpida de improviso por la rasgada voz de Pablo López.

—Perdón. Es mi móvil —informa Salas en tono de disculpa mientras echa mano del teléfono con gesto indolente.

Se sorprende en un primer momento al comprobar que es su mujer quien realiza la llamada. Ella piensa que se encuentra en Madrid resolviendo un trámite burocrático relacionado con el caso, y salvo urgencia, no suele ponerse en contacto con él cuando está trabajando.

—Dime.

Y ella, con voz emocionada, comienza a hablar. Y lo que dice es tan extraordinario, tan mágico, que se refleja de forma inevitable en su adusto rostro. Primero, por supuesto, la sorpresa, seguida de la incredulidad. Después, la alegría más exultante, la felicidad absoluta de quien asiste en persona a un milagro real. Sus ojos chispean y su boca se abre en una inusual sonrisa. El cambio es tan notorio que no pasa desapercibido al miserable que tiene delante.

—¿Ocurre algo, inspector? —se atreve a preguntar con voz titubeante.

Salas hace caso omiso de él, y tras colgar el teléfono, se inclina hacia el chiquillo que lo observa con curiosidad. De rodillas, lo coge del hombro y, clavando la mirada en sus preciosos e ingenuos ojos esmeralda, le susurra en tono afectuoso.

—Hijo, tu mamá te manda recuerdos.

## *Epílogo*

A escasos kilómetros de la ciudad existe un paraíso forestal considerado como el pulmón verde de Murcia. Son miles de hectáreas de pinares, agrestes picos y denso sotobosque, donde abundan los conjuntos monumentales y arqueológicos así como lugares de ocio y esparcimiento ideales para escapar —durante un par de horas al menos— del bullicio de la cercana metrópoli.

En el mismo centro de este enclave se encuentra La Balsa, más conocida por los lugareños como Los Peces. Junto a una zona de mesas y bancos estratégicamente situada bajo un pequeño bosque de eucaliptos, existe una piscina poblada por peces y tortugas abandonadas a su suerte por dueños desaprensivos y que hace la delicia de los niños. Suelen arremolinarse alrededor y contemplar los excéntricos vuelos acuáticos de percas, anostómidos, carpas y otros ejemplares de especies irreconocibles por la turbidez del agua, a los que alimentan con migas de pan de sus propios bocadillos.

Sentado entre la hojarasca y apoyada la espalda sobre el tronco de uno de los eucaliptos más altos, un hombre bajito, rechoncho y de grueso mostacho entrecano contempla, arrebolado todavía por un reciente esfuerzo, los juegos de un chiquillo que ríe entusiasta, inclinado el cuerpo sobre la verja que rodea la balsa. Junto a él, también sonrientes pero sin quitarle el ojo de encima, dos mujeres observan la escena mientras se dirigen cómplices miradas de orgullo y felicidad. La primavera brilla esa tarde en todo su apogeo, y el sol, que ya comienza a descender, desprende preciosas iridiscencias que envuelven el mundo en un refulgente espectáculo de luces anaranjadas y rosáceas.

En un momento dado, el grupo se separa de la balsa y se acerca a un merendero cercano donde adquiere refrescos y bocadillos. El niño palmorea de alegría, y tras coger de la mano a la más joven de las dos mujeres, tira de ella con frenesí arrastrándola de nuevo hacia la balsa de los peces. Solo tras varios minutos de porfía logran convencer al chiquillo, que frustrado, se sienta a la mesa con un mohín de disgusto.

—¿Vienes a merendar? —grita la otra mujer madura, regordeta y de rostro alegre y rubicundo, haciendo una señal con la cabeza al hombre menudo sentado bajo el árbol.

Este se levanta con la lentitud precavida de quien no confía demasiado en su propia agilidad. Sin embargo, repentinamente consciente del apetito que

comienza a morderle, se apresura a ocupar el único asiento que permanece libre en la rústica mesa de madera.

—¿Te gusta este lugar, Adrián? —pregunta al niño, que se afana en ese momento con un solemne bocadillo de atún con tomate.

—Mucho. Los peces son chulísimos y hemos visto un par de tortugas — replica él con la boca llena.

—¿Venís mucho por aquí, Augusto? —pregunta la mujer más joven, mientras contempla ensimismada el espléndido paisaje que la rodea.

—Solía visitarlo con mi padre hace muchos años, cuando aún no existía nada de esto —dice señalando el merendero y el pequeño quiosco donde acaban de comprar la comida—. Ahora es distinto. Pero sigue teniendo su encanto —añade con nostalgia.

—Aquí te declaraste —le recuerda Laura.

—Sí. No lo he olvidado, cariño. Y lo volvería a hacer... de hecho, ¿quieres que lo vuelva a hacer? — replica en tono pícaro provocando las risas de todos.

La tarde ha transcurrido apacible. La temperatura, no demasiado calurosa todavía, y la ligera brisa que menea las reverdecidas copas de los árboles esparciendo por el aire las fragancias de la primavera, invitan a la somnolencia; pocos minutos después, todos descubren sin sorpresa que el niño se ha dormido apoyando su cabecita de cabellos ensortijados sobre el regazo de Laura.

—¿Te apetece una pequeña excursión, Carmen? Esta zona tiene lugares muy pintorescos y creo que los conozco casi todos —invita Salas a su excompañera, incorporándose—. Además, así dejamos que Laura haga un poco el papel de abuela.

—¿Y quién podría resistirse a esta cara de ángel? Idos, no os preocupéis, yo me quedo con él —responde ella ahogando un bostezo.

Salas pasea ligeramente encorvado con las manos a la espalda, contemplando sin prisa la preciosa vegetación y la imponente orografía que compone el Valle Perdido. Junto a él camina Carmen, en cuyo rostro enjuto y demacrado pueden leerse todavía las huellas de la reciente convalecencia.

—Aquí fue —le dice señalando una de las rocas que recuerda vagamente a un sillón.

—¿Qué?

—Aquí estaba sentada mi Laura el día que le pedí que se casara conmigo y me convirtiera en el hombre más feliz de la tierra...

Salas deja pasar el momento de silencio mientras parece evocar con regocijo la lejana escena.

—Mañana solicitaré la jubilación anticipada. Estoy demasiado cansado de todo —añade en tono neutro, el mismo que utilizaría para comentar el estado del tiempo.

Carmen lo mira con los ojos muy abiertos por un instante, antes de preguntar:

—¿Estás seguro?

—En realidad, lo sucedido en estos meses ha tomado la decisión por mí. El viejo ya ha insinuado que me van a trasladar a otra unidad en la que me encargaré exclusivamente de trámites burocráticos. En estos momentos soy un estorbo; un molesto residuo que necesitan sacudirse de encima de alguna manera. El revuelo que se ha montado tras el asunto del colegio, las acusaciones por los métodos *irregulares* empleados, las muertes de los dos sacerdotes... en fin, demasiada publicidad para el departamento.

—No lo entiendo... ¡Si deberían condecorarte! ¡Hemos resuelto el caso! Y en cuanto a los dos curas... si no hubiera sido por lo que hiciste, a estas horas estaría muerta...

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿desde cuándo eres policía, Carmen? —inquire Salas a su antigua compañera.

—Ingresé hace unos tres años...

—Yo voy a cumplir treinta y cinco en el Cuerpo y creo que conozco muy bien de qué va todo este negocio. Verás, para ti un asesinato múltiple es algo muy importante: has salvado las vidas de futuras víctimas y puesto a los asesinos en manos de la justicia. Para ellos, para los burócratas y los políticos, tu actuación no es más que otra muesca en sus putas estadísticas... perdón por el lenguaje.

—No importa —le anima ella a continuar.

—He visto repetirse lo mismo una y otra vez. Quieren que resuelvas el problema y les entregues el caso limpiito, sin una mancha. Y cuando por desgracia ocurre algo que se sale de sus manuales, arrugan el ceño y te colocan en la lista negra. A partir de ese instante, cuando les llegue algún asunto delicado que pueda manchar su expediente, te buscarán. Te endosarán el marrón y aguardarán como buitres a que la *cagues* o a que lo resuelvas a tu modo. Y

después, cuando todo haya terminado, se lavarán las manos y te arrojarán a los leones. Así funciona el maldito sistema... por desgracia, yo ingresé en su lista al principio de mi carrera.

Se sientan juntos en la roca con forma de silla y miran el horizonte. Desde la altura a la que se encuentran pueden ver a Laura y Adrián, ahora sentados a la sombra de un eucalipto. Laura acaricia con dulzura el cabello del niño, quien continúa dormido.

—Ojalá le hubiera podido dar un hijo... —confiesa el inspector en tono abatido—. Es lo único que le reprocho a la vida.

—Bueno, ahora tenéis un nieto.

—¿Qué quieres decir?

—Gaby ha accedido a cederme la custodia del niño. De forma sorprendente, diría yo —dice mirando a Salas de soslayo.

—Bueno... en ocasiones la gente cambia —arguye él evasivo.

Ella menea la cabeza con aire de duda, pero prosigue:

—He decidido quedarme aquí. Me gusta esto... esta tierra... la gente.

—¿Entonces? ¿Tu trabajo...?

—Me han concedido la incapacidad laboral transitoria... secuelas psicológicas... trastorno por estrés postraumático y no sé qué monsergas psiquiátricas más. Así que lo dejo y me establezco aquí —anuncia con una sonrisa.

Salas acoge la noticia con sorpresa y alegría. No esperaba esto. En realidad, llevan varios días preparándose ambos (él y su mujer) para despedirse del chiquillo al que han llegado a querer. Por eso el corazón le rebosa de felicidad y casi es incapaz de permanecer sentado para dar la noticia a Laura. Finalmente, vence su carácter flemático y reflexivo, y tras otro minuto de silenciosa contemplación de la naturaleza se vuelve de nuevo hacia Carmen.

—En ese caso te voy a hacer una proposición.

—¿Una proposición? —pregunta ella entre divertida y curiosa.

—Verás... me retiro de la Policía, pero no me apetece quedarme en casa leyendo periódicos, o peor aún, en el centro cultural relatando batallitas a otros viejos como yo, por lo que he decidido montar un modesto negocio.

—¿Un negocio? ¿Tú? La verdad Salas, no lo veo...

—Una agencia de detectives... nada grande, solo llevaría pequeños asuntos de robos y esas cosas —se apresura a aclarar—. Por supuesto, nada relacionado con divorcios. Odiaría convertirme en el espía de las infidelidades ajenas. Aunque si llega algún asunto interesante, sería una manera de mantener el cerebro activo —explica de forma algo atropellada, como disculpándose.

Carmen lo mira de hito en hito, admirada. No esperaba eso de su viejo amigo; y sin embargo, al pensarlo bien, debe reconocer que se trata de una excelente idea.

—La verdad es que me parece extraordinario, Augusto. Estoy segura de que tendrás mucho éxito. Te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias. Ya veremos. Aún tengo que arreglar algún papeleo, formalizar mi solicitud de jubilación, obtener las licencias, etc. Quizá hasta después del verano no podamos ponernos en marcha.

—¿Podamos?

—Sí, eso es. Te estoy ofreciendo trabajo, amiga mía.

Esta vez, Carmen Reverte contiene la respiración mientras cientos de ideas en las que se entremezclan el agradecimiento, la indecisión y la esperanza forman un torbellino informe en su cerebro. Se ha quedado literalmente sin palabras.

—No sé qué decir, la verdad...

—Di que sí y me estarás haciendo un favor. Me aterroriza comenzar algo así yo solo. Y ten en cuenta que podríamos tener que cerrar a los pocos meses. En realidad eso es lo más probable que ocurra.

Carmen vuelve a mirar hacia abajo donde Laura —vencida finalmente por la somnolencia— se inclina sobre su pequeño, cuya cabeza reposa tranquila y segura en su regazo. Por encima de ellos, otro golpe de brisa mece con placidez las copas de los árboles desprendiendo la fragancia pura y vivificante de sus hojas.

Y Carmen toma una decisión.

—De acuerdo. Lo intentaremos. Juntos.

—Gracias compañera... volvemos a la carga, je, je, je —responde el futuro exinspector en tono aliviado.

—No. Gracias a ti. A vosotros —dice señalando con la cabeza el lugar donde se encuentra Laura con su hijo—. Nos habéis dado otra oportunidad a mí y a Adrián... No, no finjas que no sabes nada sobre el cambio de Gaby —añade

cuando Salas comienza a menear la cabeza—. Sé que has tenido algo que ver, aunque ignoro en qué forma... aún —dice con una sonrisa.

—Carmen... —empieza él en tono de excusa.

—Déjalo. Es igual. Lo que estoy tratando de decir es que vosotros me habéis enseñado que otro mundo es posible... y que estaré encantada de seguir trabajando contigo.

Los dos compañeros se estrechan la mano con solemnidad.

Y mientras la tarde va muriendo poco a poco en el Valle Perdido y un niño que sueña con ser futbolista duerme en paz sobre el regazo de una agradecida señora de mediana edad, los dos policías dedican una última mirada al horizonte. Cómodamente recostados sobre la silla de piedra escudriñan hacia el oeste, vislumbrando la majestuosa y señorial ciudad de Murcia ahora cubierta del brillante fulgor naranja de una de las puestas de sol más impresionantes que contemplarse pueda.

## *Agradecimientos*

No existe historia que no merezca contarse. Todo depende de cómo y por qué.

De igual forma, no hay libro que pueda ser escrito sin la colaboración de otras personas. Todas contribuyen de alguna forma: con sus palabras, con sus gestos, con sus anécdotas, triviales o magníficas. Sería interminable la lista de personas a las que puedo agradecer la existencia de *El demonio escondido*, así que desisto de nombrarlas a todas.

En cambio, agradezco a José Belmonte Serrano y Bartolomé Llor Esteban el fragmentado y estupendo relato de su infancia que permitió el nacimiento de una idea. Una minúscula idea que terminó siendo la historia que acabas de leer.

Agradezco a María José de Miguel, mi esforzada agente literaria, su incansable apoyo y sus oportunas recomendaciones durante la revisión del manuscrito. Ella nunca lo sabrá, pero la noche en que me envió cierto correo después de leer el primer capítulo de esta novela un servidor se hallaba en un tris de tirar la toalla. Por ella existen ahora personajes e historias que quizá no hubieran nacido nunca.

Estoy muy agradecido a Asun Martín y Raúl Gómez, de Ediciones Dokusou, la confianza que han depositado en un autor apenas emergente. Se trata de editores atípicos, *rara avis* en este, a veces, despiadado mundo de las letras. De esos que aún se preocupan de la calidad de las obras que editan y no únicamente del porcentaje de beneficios. Estoy seguro de que si hubiera muchos editores como ellos la literatura de este país viviría un momento dulce perpetuo.

Por último, agradezco a la asociación Palin de creadores y artistas por haber considerado mi obra merecedora de su II Certamen de Novela. El día que recibí la noticia fue sin duda uno de los más felices que he vivido en mi corta carrera de escritor.







